SALVADOR RODRIGUEZ
BIBLIOTECA
GRANADA

BIBLIOTECA HOSPITAL REAL
GRANADA
Sala: B
Estante: 3
Número: 582

B
4
125

EL FIN DE LA ANARQUÍA

BIBLIOTECA
UNIVERSITARIA
DE
GRANADA

Av/202

R. 6146

CH. BIGOT.

EL FIN

DE LA

ANARQUÍA

TRADUCCION DE

JOSÉ OROZCO

TERCERA EDICION

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA DE GRANADA

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA GRANADA

MADRID.

Bailly-Bailliere

10, Sta. Ana, 10.

MÁLAGA.

Tip. de «El Mediodia»

4, Cister, 4.

1880

A Dn Melchor Almagro
tiene el gusto de dedicarle
este ejemplar
José Orozco

Es propiedad del traductor.

El autor dedica esta obra á la memoria de MR. THIERS y á MR. LEON GAMBETTA y el traductor tiene un honor especial en que los nombres de tan esclarecidos repúblicos figuren á la cabeza de su trabajo, tributándoles así un justo aunque pobre homenaje de respeto.

SR. D. CÁRLOS BIGOT.

Muy Sr. mio y de mi mas distinguida consideracion: Deseoso de contribuir á la propagacion de cuantas ideas considero útiles á mi pais, tuve la de traducir su notable obra titulada «La fin de l' anarchie», que V. ha publicado con tanto y tan merecido éxito.

Próximo á la terminacion de mi trabajo, veo en la primera página esta sencilla advertencia que me hace dirigirle las presentes lineas: «Tous droits résérvés.»

Como quiera que los tratados internacionales prescriben determinados procedimientos sobre la traduccion de obras entre las naciones contratantes, me permito rogar á V. por indicacion tambien de nuestro comun amigo D. Emilio Castelar, que asi para contribuir con mi traduccion al conocimiento mayor de su gran obra, como para borrar de mi ánimo temores que V. comprenderá fácilmente, me autorice por carta á seguir mis trabajos, seguro de que al recibir tan honrosa mision, procuraré llevarla á término con todo el celo y cariño, á que le hacen á V. acreedor sus probadisimos talentos y sus merecidos titulos.

Aprovecho gustoso esta oportunidad para ofrecer á V. la espresion de mis respetos.

J. Orozco y García Ruiz

SR. D. J. OROZCO Y GARCÍA RUIZ.

Me siento orgulloso del honor que V. quiere hacer á «La fin de l' anarchie», creyéndola digna de interesar al noble pueblo español. Yo amo mucho vuestro hermoso pais, donde cuento con numerosos amigos que he tenido el honor de visitar el otoño último.

Vengo de ver á mi editor Mr. Georges Charpentèr y me considero feliz al poder enviaros, tanto en su nombre como en el mio, la autorizacion que solicita de publicar su traduccion. Solo le suplico que cuando esta salga á luz, tenga la amabilidad de enviarme un ejemplar. Estoy confuso de todas las frases lisonjeras que V. me prodiga. Si yo puedo hacer reflexionar algunos espiritus patriòticos en España, como en Francia, esa será mi mayor recompensa.

Dignaos recibir, señor, con el agradecimiento por el trabajo que os tomais, la espresion de mis sentimientos distinguidos y afectuosos.

CHARLES BIGOT.

LIBRO PRIMERO

LOS DOS PROBLEMAS

CAPÍTULO PRIMERO

La cuestion social en 1789

Cuando en 1789, el 5 de Mayo, por vez primera desde 1614, se reunieron los Estados Generales representando á la Nacion, dos poderes habia en Francia: un gobierno y un estado social. El gobierno, era una monarquía hereditaria, el estado social, una feudalidad. El gobierno, no estaba muy querido, el estado social, detestado, y era en efecto detestable.

Se componia de cinco elementos: el *soberano*, y á su lado tres poderes, tres verdaderas gerarquias: la aristocracia, el clero, los parlamentos; el *estado llano*, es decir, casi la totalidad de la Nacion, *el vecindario, los artesanos* y *el pueblo*.

I

El movimiento de la Historia, las circunstancias, la política vil y perseverante de los reyes de la dinastía Capetana, ó de sus ministros, el temperamento de la Nacion francesa, habian hecho poco á poco del soberano, un gefe absoluto. El gefe feudal del ducado de la isla de Francia, era el rey de los franceses; este reinado en sus manos, era uno de los mas poderosos del mundo y el mas poderoso verdaderamente en ciertas ocasiones: el rey hablaba como absoluto y firmaba sus órdenes con la fórmula «*tal es nuestra voluntad*». Para administrar sus estados, á nadie pedia consejo, ni pedia cuentas á nadie, ni á nadie se las devolvía. Solo, declaraba la guerra ó firmaba la paz, nombraba ó revocaba los ministros, ordenaba los impuestos. Proclamábase gefe absoluto tanto de la vida cuanto de los bienes de sus administrados. Si finalmente, en esta época, 5 de Mayo de 1789, se decidía á convocar la Nacion y á oir su parecer, era porque cien años de placeres, habian ocasionado en los negocios públicos un dèficit espantoso, lo que hacia necesario imponer al pais cargas abrumadoras, y por lo tanto, queria hacerse absolver por el mismo pais y á objeto de que aprobara las medidas que le iba á proponer. Voluntad no habia, sino una autorizada, la voluntad real; cuando esta hablaba, forzoso era inclinarse, callar y obedecer.

II

No fué obra de un solo dia, el que esta voluntad real se hubiera hecho tan soberana; la dignidad

real no habia sido por largo tiempo sino una dignidad elevada, que coronara el edificio de la gerarquía social.

Por debajo del rey, rindiéndole homenaje, colocada entre él y la multitud, habia ocupado un puesto importante por varios años, la aristocracia feudal: duques, príncipes, marqueses, condes y barones, cada uno dueño de sus tierras ó castillos, investidos del poder de mandar pequeños ejércitos, hacer justicia alta y baja, y fabricar moneda. No sin resistencia, habian dejado pasar á las manos de uno solo, sus derechos y su poder efectivo. Desde muchos siglos, habian ocupado un puesto importante en las luchas interiores del reinado contra los señores; del reinado de Francia, contra los reinados extrangeros. Para triunfar de las resistencias de la nobleza, la monarquía debió hacer alianza con el pueblo bajo, oprimido por la nobleza, el cual hubiera preferido un gefe, á tanto y tanto tirano. La lucha habia continuado, en medio de toda suerte de vicisitudes y á veces bastante sanguinaria, de Luis el Grande á Luis XI, de Luis XI á Richelieu.

Hubo mucha resistencia de los señores á la Autoridad Real, en las guerras de religion del siglo XVI: la revolucion de la *Fronde* marcaba en el siglo XVII, el último esfuerzo de la feudalidad que espiraba, por sacudir esta Autoridad suprema, definitivamente establecida, por la Eminencia Roja bajo Luis XIII.

Desde 1660, la lucha habia concluido, el rey era el gefe de la Francia. La nobleza reconoció su derrota. El mas grande de los señores, lo mismo que el último de los artesanos, era igualmente vasallo del rey y este podia ordenar la muerte tanto del uno como del otro. El señor hubiera sido decapita-

do; el artesano colgado: en eso hubiera consistido toda la diferencia.

Luis XI, y mas tarde Richelieu, habian vencido la aristocracia; Luis XIV habia hecho mas, la habia avasallado.

Una vez destruida la aristocracia como organizacion política, Luis XIV no quería hacerla desaparecer, como institucion social; habiala dejado en posesion de sus prerogativas honoríficas y pecuniarias. Guardaba sus títulos, su rango, sus privilegios. Sin hacer nada por el estado social, ocupaba sin embargo, una situacion exepcional. Estaba libre de impuestos, vivía en posesion de los derechos señoriales, tan vejatorios otras veces, como la compensacion de la proteccion acordada por el hombre de armas á los débiles, incapaces de protejerse por sí mismos. Los derechos de caza, de pesca, servidumbre y otros muchos, que hacian pagar al pueblo por medio de pesadas contribuciones, subsistian.

La nobleza no habia protestado contra esta esclavitud; muy léjos de eso, era para ella un honor, venir á hacer la córte al rey, y engrosar la turba de criados; disputábase las sonrisas del gefe y los empleos de su casa, y se arruinaba por presentar grandes trenes, á fin de dar brillo á aquella corte. Una vez arruinada, mendigaba las pensiones, los socorros, los empleos, las limosnas á veces del soberano.

Vivia en Versalles, en Marly, en Trianon, en la preponderancia cuando el gefe le dirigia la palabra; pero una mirada severa de este, les conducia á la desgracia; dócil á todos sus caprichos y pronta á complacerle: hombres y mugeres, tan vanos unos como otros, elegantes sí, en sus maneras, amables, impertinentes, no conservaban otra virtud, sino la

bravura sobre el campo de batalla, ó en el duelo; ignorantes y teniendo á galardon esta ignorancia, depravados en las costumbres, no tomando en sério sino las cosas frívolas, amando solo el placer no querian mas que la holgazanería, y el ocio. Soberbios al mismo tiempo, llenos de arrogancia y de desden, tanto mas orgullosos de sus títulos, cuanto menos de verdad habia en ellos, enumeraban la larga genealogía de sus antepasados, y midiendo el valor de un hombre por la ancianidad de su raza, vivian lejos del pueblo y no reconocinále, olvidando lo que habian perdido y no pensando en reconquistarlo; creíanse dichosos por estar libres de los servicios; de esos que sus antepasados estimaban como un honor y que á sus descendientes parecian cargas insuperables, considerando la humanidad por bajo de ellos y despreciando al pueblo: tales eran, con raras excepciones, los grandes señores del siglo XVIII. ¿Como semejante aristocracia, no fuera aborrecida por parte de esa mayoría de la nacion?

III

El clero á su vez no tenia contra él menos resentimiento. De todos los bienes de la tierra era preciso entregarle el diezmo, y este unido á tantos otros impuestos, representaba á veces, la mas importante de las ganancias, que producia la tierra. Por sí solo considerábase en la nacion, como una casta aparte, sin deberes para con el pueblo, y superior á este.

Presentábase como haciendo regalo á la humanidad, de todo aquello que no queria para si. ¿Todos los bienes concedidos por Dios no procedian en parte del que representaba á este mismo Dios? Intermediario entre los hombres y la divinidad, parecia mas cerca de esta que de aquellos. Estaba libre de

todos los impuestos, que eran mas pesados para el pueblo, que bastante desgracia tenia ya, con el peso de la nobleza, Además del clero secular, obispos, grandes vicarios, decanos, capellanes, habia necesidad tambien de sobrellevar al regular, religiosos, monges de todas las órdenes, conventos, congregaciones. Esto era verdaderamente lo mas pesado. Casi todo lo que los señores no poseian en tierras, pertenecia á las congregaciones ó abadías. Sus opulentos y envidiados bienes, que se elevaban al trono del sol, cubrian muchas y muchas leguas del país. Cada dia alguna nueva heregía, consistente en un nuevo donativo, ofrecido por un penitente moribundo, añadia mas capital á sus ya extraordinarias fortunas.

Un convento, no podia poseer mas de 99 haciendas: pero era sí libre de reunir dos fincas que hasta entonces hubiesen estado separadas. Fué preciso que los edictos de los reyes se ocupasen en poner un término á esta lepra de la nacion, cada dia mas imponente.

Sin embargo, el mal aumentaba, y la inmunidad de las cargas, extendiéndose á los conventos, lo mismo que al clero, hacian que estas fuesen mas y mas pesadas, para el pobre trabajador. Este miraba con envidia el suelo objeto de sus primeros amores, de sus perpétuas codicias, que cultivaba, regaba con su sudor y que, sin embargo, érale prohibido poseer.

Si al menos el clero hubiérase mostrado cariñoso con los pobres, humano, humilde, caritativo, pero era al contrario, las mas de las veces.

El bajo clero, los monges que vivian en medio de los campos y salian por lo regular de las filas del pueblo, eran á veces caritativos; pero en las altas gerarquías, los obispos, los abades, los superio-

res tenian un orgullo, que compararse podia tan solo al orgullo de la aristocracia.

Y verdaderamente de la aristocracia salian todos estos obispos y abades que pretendian ocupar opulentas prebendas. Cada familia importante, tenia un hijo entre estos, por lo cual la Iglesia gozaba de tanto poder. El altar habia hecho alianza con el castillo. El Cristo, en nombre del cual predicaban, no era el Cristo del Evangelio, triste y compasivo, amigo de los pobres, grave con los poderosos, á quienes recordaba sin cesar sus deberes de proteccion; el de estos tiempos, era un Cristo que habiase vuelto el cómplice de los opulentos. No predicaban en nombre suyo el deber de la sumision, de la resignacion, de la obediencia. La esperanza estaba muy lejos; en el Paraiso solamente.

¿Qué habia sido de aquellos tiempos, en que los Profetas de Israel, sabian hablar tan descaradamente á los Reyes y prohibirles tocar á la miserable ganancia del artesano? Donde se hallaba Jesús de Nazareth, sin una piedra en que reposar su cabeza?

Los apóstoles de Jesús, los sucesores de los Profetas, vivian en la córte: el alto clero estaba tan reducido á la domesticidad real, como la aristocracia. Se les veia apenas, apesar de sus deberes ¿y cómo, si vivian en Versalles y solo servian para engrosar el séquito de los cortesanos? El clero francés, hallábase ante el poder real, mas bajo que ninguna otra gerarquía. Apenas habia resistido la servidumbre, ¿qué era su preponderancia sino el efecto de esta humillacion?

¿No habia rehusado la autoridad del Pontifice Romano, para venir á ser el mas dócil servidor del rey de Francia? Fué Bossuet, quien en nombre de la religion, en «*la política sacada de las santas Escrituras*», habia proclamado que el rey, era el gefe

de su reinado, como el padre de familia, de su patrimonio.

Ayudó al Concilio francés, de 1682 para que los individuos estuviesen incondicionalmente á las órdenes del rey, á título de que este habíase encargado de reducir á su poder, sus individuos y sus bienes. La Iglesia de Francia habia estendido el despotismo real hasta sobre las conciencias: recibia como compensacion, la inmunidad, las liberalidades, las larguezas, la persecucion contra los protestantes, contra la libertad del pensamiento, siempre que la libertad de pensar apareciera como motivo de inquietud, para el dogma católico, en esta tierra de herejías.

Si al menos el clero hubiera sido respetado por la integridad de sus costumbres! Pero no lo era y en efecto no merecia serlo. La riqueza y el decaimiento de los caracteres, habian engendrado la corrupcion.

Nada habia mas relajado que el alto clero, envidiado, harto de bienes. Y no se preocupaba de cubrir las apariencias; hacia ostentacion de sus vicios. No creia en la religion que enseñaba, y solo queria explotarla, mirando á su ambicion, sus pasiones y su holganza, que ya rayaban en desórden. Escribia versos, cenaba con los marqueses del *faubourg Saint-Germain* y las bailarinas de la Opera; frecuentaba el teatro y los bastidores en compañía de los filósofos; reíase despues de beber de las necedades humanas y de la supersticion.

Leia «El Cándido», así como los romances de Crevillon (hijo). Hubiérale, en fin, importado poco, destruir esa fé, á la cual debia su rango, su preponderancia y sus monstruosos privilegios. Tal era en el estado social, la situacion del clero.

IV

Uno de los poderes esenciales, el mas importante en ciertas ocasiones, es el poder judicial.

En esta época, residía en los Parlamentos.

Estos decidian sobre la vida y la fortuna de los ciudadanos. En posesion de esta importante autoridad, investido en ocasiones de prerogativas políticas, los Parlamentos formaban una especie de gerarquia en el Estado. Existia la nobleza de la toga, como existia la nobleza de la espada. Los legistas descendientes del pueblo, y como este, oprimidos por la aristocracia, habian empezado por secundar al reinado, en sus disgustos contra la nobleza. Habian ayudado á los reyes de Francia á llevar sus terribles epitetos de «*Justiciero*». Habíales encontrado en las leyes, los medios de establecer por bajo de ellos, el nivel de la obediencia, lo mismo sobre el primero que sobre el último de sus individuos. Eran los auxiliares, los cómplices, á veces las armas condenadas de Richelieu, como antes las de Luis XI ó Felipe el Hermoso, en sus luchas contra los señores de Francia, ó la teocracia romana. Eran ellos, quienes habíanse encargado de hacer caer las cabezas de los rebeldes, de facilitar al rey los artificios para proceder en la política.

La nobleza les habia llamado los ayudantes del verdugo del reinado. La aristocracia abatida, habia tenido la pretension de hacerse importante, á fin de que la monarquía con ella pudiese contar. Habian reivindicado el derecho de representacion y á veces el de imponer órdenes, rehusando los edictos.

Este era el Parlamento de Paris que en 1648 habia dado la señal de La Fronde. Fué la arres-

tacion de Broussel lo que motivó el primer alboroto. Pero esta audacia no respondió á sus esperanzas. El grito de independencia, no sirvió sino para hacer mayor la servidumbre. Desde el dia en que Luis XIV, en 1656 entró en el Parlamento, á la vuelta de una caza, hasta la muerte del *gran rey*, la magistratura no habia osado moverse.

No habíase mostrado menos dócil que la nobleza ó el clero. Despues de la muerte del *gran rey* y durante el reinado de su sucesor, los Parlamentos habian, mas de una vez, probado levantar la cabeza.

Los ministros sabian que era preciso sufrir por intérvalos el espíritu de oposicion, pero esta oposicion no les debia asustar. Era una oposicion terca las mas de las veces, desmañada é inocente, sin atender el fondo, por fijarse en la forma. No miraba los intereses generales de la nacion, sino en ciertas miserables prerogativas, que interesaban tan solo á algunos miembros del Parlamento. Se les podia dejar protestar, quejarse y gritar, sin temor de que estos gritos, estas quejas y estas protestas turbasen el reposo público, é hiciesen eco alguno en la opinion.

De tiempo en tiempo, cuando al gobierno les eran molestos le bastaba enviarles por algunos meses á variar de aguas, ó mejor dicho, á hacer penitencia. Y era que los Parlamentos no se hallaban muy considerados. En política, dispensaban al rey las mayores alabanzas. En la vida ordinaria, la nobleza de la toga no se mostraba menos desdeñosa para con los pobres, que la otra nobleza. Si sufria algunas veces las afrentas de la espada, devolviáselas con usura al cuarto estado, á quien por lo regular debia su encumbramiento. Casi siempre la

ciega reaccion podia contar con ella. Por un Aguesseau, por un Montesquieu, ¡cuántos espíritus vulgares y rutinarios! La religion, en la cual la magistratura no creia, encontrábase dispuesta siempre que se la llamaba. Los mas bellos libros de Voltaire, de Rousseau, ¿no hubieran sido quemados, si en ella hubiera consistido, por la mano del verdugo? ¿No habia condenado á Labarre, á Calas y Sirven? Obligada de aceptar sus cargas, los miembros del Parlamento hacian pagar cara la justicia. Erales preciso á los jueces cobrar salario y á menudo imponer esas esacciones, que deshonran el puesto respetable, que en sociedad ocupan. Las protecciones, las opiniones de los parciales era dinero que pesaba en la «balanza de Themis» bajo la forma, la menos disimulada y escandalosa. La conciencia pública habíase vuelto severa para con la venalidad, así como para el desórden de las costumbres, muy frecuentes entre los magistrados: esta pedia á voces una magistratura respetable y una justicia, que pudiera llevar este nombre sin creerse avergonzada.

V

Enfrente de la monarquía absoluta, de la nobleza, del clero, de los Parlamentos, hallábase el pueblo. Vil rebaño de esclavos en tiempos lejanos, mas tarde de siervos, tenia á la sazon bastante importancia; componia en el Estado una fuerza la mas respetable. De tres elementos se componia el vecindario, los obreros á quienes se les daba el nombre de artesanos, los labradores y mas de 23 millones de plebeyos sobre 26 millones de subditos.

En el Estado no se contaba con estos 23 millones

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA DE GRANADA

para otra cosa, que para trabajar y pagar. No tenian parte en la gestion de los negocios públicos, ni en la direccion de la política. No se les consultaba para nada en la administracion del país, ni en el empleo del dinero que obtenia de su trabajo. En 1614 el Estado llano habia sido convocado á la Asamblea de los Estados generales, su palabra les habia parecido demasiado libre, y á causa de esto, no se les volvió á llamar. Así es, que de año en año, sobrevino la bancarota.

Ese Estado llano representaba el trabajo en medio de las otras gerarquías, que tenian á galardon su pereza: representaba la inteligencia. El vecindario era activo, industrioso y se hallaba en posicion desahogada; sin ningun derecho oficial era sin embargo considerado y poderoso: las costumbres habiánle concedido lo que las leyes le habian negado. Una fuerza nueva apareció: llamábase la *opinion pública*, y esta fuerza que él habia creado por sí, á él pertenecia.

Desde dos siglos, reivindicar podia como suyos, á casi todos los hombres eminentes que habian ilustrado al país, creando su grandeza y su prosperidad. El comercio hallábase entre las manos del Estado llano, la tierra era cultivada por el pueblo, la industria hallábase bastante sostenida por la inteligencia de los obreros, apesar del despecho que le habia producido el edicto de Nantes, lo cual ocasionó la postracion de la marina francesa y disminuyó los ingresos por la pérdida de las colonias. Al Estado llano pertenecian todos los artistas, todos los literatos, todos los sábios, todos los filósofos, cuyos nombres podia la Francia citar con orgullo, ó presentar sus obras á la admiracion del mundo.

Este Estado formaba la verdadera Francia, era el honor y la fuerza, y poseia tanta virtud como inte-

ligencia, respecto á los derechos sociales, reducidos á una condicion miserable. A él se le debian todos los servicios, soportaba todas las cargas.

No tenia solamente obligacion de defender sus glorias durante la guerra, ó sostener su trabajo durante la paz, la influencia, el honor de la pátria; éra-le preciso tambien mantener una legion sábiamente ordenada de parásitos, que se alimentaban de su carne y engordaban con sus penas.

No recibia en cambio de aquella, sino los desdenes y la arrogancia.

El Estado llano habia, durante muchos siglos, sobrellevado, no sin impaciencia tal situacion y no queria soportarla por mas tiempo. Por una parte, el dominio habíase vuelto mas pesado y menos justificado; por otra, la en otros tiempos bestia de carga, habiase elevado al rango de criatura humana; tenia conciencia de sus derechos y habia adquirido el sentimiento de su dignidad. La filosofía descarada y atrevida del siglo XVIII forma todos los secretos del vecindario. De esta filosofía es de la que se puede decir con razon, que devolvió á la humanidad, sus títulos de nobleza, tiempo há perdidos. No quedaban ya de la feudalidad de la Edad Media sino los abusos; el Estado llano deseaba el término de ellos. Dos cosas pedia: en primer lugar, el término de los privilegios, es decir, la igualdad civil; en segundo, que se le consultara alguna vez, para la gestion de los negocios públicos.

Así la cuestion que preocupaba á todas las personas en 1788, cuando se convocaron los Estados generales, era una cuestion esclusivamente social. Y en verdad, que lo era llamar á los habitantes de un país, para votar los impuestos y el empleo de estos.

Cuando Sieyes escribia: «¿Qué es el Estado llano?

Nada; ¿qué debe ser? Todo,» la revolucion social resumíase en esta fórmula. Que se abran las actas estractadas de las sesiones en 1788, y se verá que en ninguna parte se ha presentado de semejante manera la cuestion política, la forma de gobierno, el sosten ó la caida de la monarquía.

Nadie pensaba en este destronamiento: los mas temerarios no ideaban otra cosa sino la monarquía constitucional, á semejanza de Inglaterra. Rousseau al escribir su *Contrato Social*, no pretendió hacer otra cosa, sino una utopía política y no admitiendo la delegacion de la soberanía nacional, proclamaba la república inaplicable en los grandes Estados.

Puede asegurarse mas: el reinado era popular y el rey querido. Si la reina y la camarilla del soberano hubieran sido objeto de aborrecimiento, la persona del rey hubiera sido respetada y querida.

No habian desconocido las generosas intenciones y las tentativas corajudas de los preludios del reinado Repetíase la frase real: «M. Turgot y yo somos los que amamos al pueblo.» Pero si no se pensaba en cambiar el gobierno político de la Francia, si solamente se pedia alguna atenuacion al poder absoluto del soberano, en cambio hallábanse dispuestos á resolver la cuestion social, á poner fin á este estado escandaloso de cosas.

Pedian que la justicia fuese igual para todos, ejercida por los mismos jueces y siempre gratuita; que hubiese igualdad ante la ley; para los impuestos pedian que desaparecieran los derechos de caza, de pesca, de portazgo, y los restantes de la feudalidad; pedian tambien que no hubiese privilegios para los nobles, ni para los sacerdotes, ni para los conventos, ni para los castillos.

Finalmente, pedian que no quedasen en Francia

sino ciudadanos iguales, bajo el gobierno legal y moderado del rey.

El 5 de Mayo de 1789, los representantes del Estado llano llegaron á Versalles, con la mision de hacer una reforma, y necesariamente una revolucion social.

CAPITULO SEGUNDO.

La cuestion política en 1792.

Tres años y medio han trascurrido; trasportémonos á Setiembre de 1792. La revolucion social ha terminado, y la noche del 4 de Agosto de 1789, ha puesto término á los privilegios. La Constitucion de 1791 tiene por preámbulo la admirable declaracion de los derechos del hombre. Sin embargo, el país no se halla tranquilo. Antes al contrario, nunca se han temido sucesos mas espantosos. Y es, que á la revolucion social, ha sucedido una revolucion política. El 21 de Setiembre, la Convencion se abre al sonido del cañon de Valmy. El reinado es abolido por aclamacion, y la república le reemplaza. El rey se halla prisionero y cuatro meses despues, su cabeza caerá por tierra.

¿Qué ha pasado y cómo ha podido subsistir á la cuestion social, una cuestion política? Háse averiguado que la antigua monarquía estaba ménos sólida de lo que imaginarse podia; así es, que le fué

imposible soportar la crisis que un estado de cosas semejante produjera.

Jamás rey alguno fué mas obedecido, mas soberano, mas absoluto y nunca pareció mas fuerte, cuando en realidad era tan débil.

Creyó arraigarse por medio del absolutismo, y se engañó.

Por espacio de muchos siglos, el rey de Francia no habia sido sino el primero de los nobles, teniendo por vasallos á los señores, como estos tenian á los trabajadores.

El rey soñaba una feudalidad dócil, así como esta soñaba un rey humilde. La monarquía que se hallaba molesta con la aristocracia, dispuesta siempre á sublevarse, buscó un apoyo en el pueblo bajo, dispuesto tambien á hacerlo á su vez contra el despotismo de los señores, y el cual recibió con alegría la demanda de esta proteccion.

Así, á causa de la alianza del rey con el pueblo, estableciόse la unidad de la ley, al mismo tiempo que la unidad nacional. Contrariada por estos dos adversarios, la aristocracia se encontraba muy endeble, por lo cual fué definitivamente vencida. La Fronde fué su última convulsion, al procurar que desapareciera el extraordinario poder del rey. En adelante, su fuerza de resistencia seria nula. A causa de esto, dos cosas quedaban solamente en Francia; el rey y los súbditos. Luis XIV podia con razon decir: «el Estado soy yo.» «El hombre tiene importancia mientras le miro ó hablo.»

El nombre que cuadrara á semejante autoridad no era ciertamente el de monarqnía, sino el de absolutismo, pues representaba la igualdad en la servidumbre. A un Neron ó á un Marco Aurelio, podia tan solo compararse el rey de Francia. Su razon de Estado era: «puesto que así lo deseamos», y

en esto consistia su debilidad. Àpesar de ser tan obedecido, hubiera sido incapaz de imponer su autoridad, el dia en que uno solo no hubiera querido acatar sus mandatos. La aristocracia no podia ni como fuerza militar, ni como politica, prestarle apoyo. No habria podido ayudar al trono el dia en que este hubiere peligrado. Por otra parte, el pueblo era mas importante Su vanguardia era el vecindario, y debido á su energia, á la complicidad del soberano ó á la pereza y poca inteligencia de la aristocracia habíase vuelto una clase nueva en el Estado. Ocupaba los puestos mas importantes en la Administracion; ejercia las profesiones liberales y el comercio; cultivaba las ciencias y era por sus talentos literarios ó artísticos la honra del país. Poseia las tres fuerzas reales: la inteligencia, la actividad, la fortuna.

Reducida la aristocracia á semejante estado, no quedaban sino dos poderes: la monarquía y el Estado llano.

Si una lucha se hubiese empeñado entre ambos, el resultado no hubiera sido dudoso. ¿Privado del concurso de su armada feudal, cómo hubiera podido resistir ataque tan numeroso? Su autoridad no era sino moral, sin prestigio bastante para hacerse respetar en el momento en que un individuo tan siquiera le faltara. Toda su fortaleza consistia en su prestigio y el dia en que la fé monárquica desapareciera seria el señalado para su muerte. Situacion grave y que no podia por mucho tiempo prolongarse. Con razon pudo decirse que el reinado de Luis XIV en que la monarquía francesa parecia haber llegado al mas alto grado de esplendor, no habia sino inaugurado la decadencia. La Fronde, que habia sido la última de las resistencias aristocráticas, fué tambien la primera de las resistencias populares.

El pueblo francés tuvo fé monárquica.

Amó á sus reyes, como jamás pueblo alguno les amara. Encarnó en ellos todas las ideas de magestad, de proteccion, de bienhechor, que ostentan los atributos de la Providencia. Representábase al rey, como preocupado siempre, pensando en el bien de sus subordinados.

Una y otra generacion dióles sin murmurar su sangre en la guerra, su dinero en la paz. Aceptaba su poder sin exigencias y tan solo se le oia decir: «el rey lo desea, la ley lo manda.» En todos sus graves trances, tendió suplicante sus manos hácia el trono, como lo hiciere para con la Divinidad; siempre que era víctima de un abuso, oíasele repetir. «¡Si el rey lo supiera!»

Pero esta fé monárquica habia desaparecido. Al final del siglo XVIII ya habia muerto. Y no es que consistiera en ella, ¡se le habia expuesto á tantas pruebas!

La filosofía, la ciencia, el conocimiento del tiempo y de las cosas, habian hecho grandes progresos y fueron la causa de su muerte.

Aparecieron Voltaire, Montesquieu y Rousseau, Diderot y Alembert. Preguntábase en virtud de que derecho divino, un solo hombre pretendia imponer sus voluntades como ley, á millones de personas. Un nuevo derecho habia surgido y se insinuaba en el ánimo de todos; *el derecho popular*, *la soberanía del pueblo*, teniendo por base el consentimiento de todos y por forma natural, la república. Creian no deber obedecer sino las leyes que votaran, y pagar los impuestos que habian consentido.

Una revolucion política germinaba en todos los ánimos y preciso era llegase el dia en que habia de estallar.

La fé monárquica moria mas bien en los corazones, que en las inteligencias. No poseyendo la mo-

narquía sino su prestigio, debió velar al menos con solícito afan en conservarle. Poco se preocupó de esto, pues creia que nada podia comprometerle, y tan solo decia: «despues que yo, el diluvio!»

Luis XIV guardó la dignidad hasta en los desórdenes de su vida, como conservado habia su grandeza, hasta en los reveses de su fortuna. Habíasele visto en 1709, cuando aquellos desastres que compararse podian tan solo á los esplendores de la primera mitad de su reinado, levantar la cabeza con arrogancia ante los insultos de sus enemigos triunfantes y decíales: «Moriré á la cabeza de mi último batallon.» Estos son recuerdos que reavivan el amor de una nacion por su rey, lejos de separar al uno del otro. Luis XV se encargó de destruir el prestigio real. Hizo tanto para aniquilar la fé monárquica, como hacer pudo un San Luis ó un Enrique IV para establecerla. Fué á su manera, uno de los grandes artífices de la revolucion. Rey de Francia, dejó humillar su reinado, por las naciones extrangeras. Sus armadas fueron vencidas en Alemania, en América, en los mares.

Se inclinó ante todas las derrotas; firmó la pérdida del Canadá, la de las Colonias; presenció sin protestar la deshonrosa division de la Polonia. Bajo él, la Francia no fué solamente vencida, sí que tambien degradada, perdiendo su rango entre las naciones. El honor nacional sintió con pena caer sobre su megilla el bofeton que el rey parecia no preveer. En 1744, antes de Fontenoy, el rey estuvo gravemente enfermo, y la nacion entera hizo votos por la salud de Luis el adorado.

Treinta años mas tarde, Luis el adorado, habíase vuelto un objeto de horror para sus subordinados. La infamia del hombre habiase unido á la indignidad del soberano. Habia pasado de la duquesa de

Châteauroux, á la Pompadour, de la Pompadour, á la Dubarry. Ibasele á buscar á los garitos de baja estofa. El rey de Francia, tomaba como amante, la herencia de un caballero de industria. Una muchacha le tuteaba, le llamaba «la Francia», y esta muchacha era dueña de la suerte del país, ponia y quitaba los ministros. Horribles é infames misterios tenian lugar en el parque de los Ciervos, y todo esto sucedia mientras que el pueblo padecia, sufria el peso imponente de las contribuciones, pagaba los impuestos de las guerras ineptamente emprendidas y mas ineptamente conducidas. El rey, apesar de la escasez del Tesoro, olvidando el aniquilamiento de la Francia, continuaba en esa vida de placeres y de lujo. El labrador no tenia pan que comer, pero veia gastar el oro en Versalles y Trianon. El rey decia: «esto durará tanto como yo!»

Estas bajezas no eran un secreto para nadie: los periódicos, las *Gacetas*, con valor inaudito, llevaban las anécdotas escandalosas hasta el confin de las provincias y lo que las *Gacetas* no dijeran, los chismes lo exageraban. La revolucion de los hombres honrados, juntóse á la emancipacion de los espíritus, para condenar una autoridad que tan despreciable habíase vuelto.

El prestigio real hallábase en decadencia á la muerte de Luis XV; Luis XVI acabó de arruinarle. Su vida era ejemplar. Sus costumbres honradas, sus intenciones rectas: una prolongada aclamacion de alegría y esperanza habia acogido su advenimiento al trono y continuado durante los dos primeros años de su reinado. Amaba al pueblo y el pueblo devolvíale amor con amor. Una desgraciada falta de carácter, fué suficiente á hacer olvidar tantas bellas cualidades, como suficientes fueran á paralizarlas.

El rey era débil: no sabia ni querer, ni perseverar

en una actitud, una vez adoptada. Marchaba en todos sentidos, siguiendo la impresion del momento, y la influencia recibida. Llamaba á los mejores ministros, como á los peores. Tuvo á Calonne, á Malesherbes y Turgot. Escogió á Necker y despues le despidió.

No habia nacido para ser rey. Su dicha consistia en trabajar en oficios mecánicos, cuando no se hallaba de caza.

Ocuparse de los negocios públicos era para él carga en estremo pesada. La Francia gemia abrumada por el peso de los impuestos, lo que la conducia á la bancarota. No por esto el lujo de la córte limitábase en manera alguna. Si los gustos del rey eran supérfluos, la reina, hija de una emperatriz, amaba el fausto, gastaba locamente. Su vida era frívola; asemejábase mas bien á la de una favorita que á la de una reina de Francia; y á semejanza de las favoritas del reinado precedente, ocupábase sin cesar en las intrigas de la política. ¡Al menos las otras eran hijas de Francia! Esta no tenia ni tan siquiera ese mérito; austriaca, llena de soberbia y gravedad, amaba tan poco el pais como al hombre que aceptado habia por esposo. La maledicencia ó la calumnia no influian nada en sus costumbres Todo esto caia sobre el soberano. Se concibe que un rey absoluto sea malo y detestable, mas no mediano. Como su condicion le eleva sobre los demás, no puede escoger sino entre la santidad ó el infierno. En el momento en que no es respetado, no puede ser el jefe de los demás. Esto le sucedió á Luis XVI, el mejor de los Borbones, el mas honrado entre los reyes de todas las épocas.

Decir que la fé monárquica hallábase espirante en 1789, no es suficiente. La Francia se habia divorciado de sus reyes; aborrecíales con todo su cora-

zon; hé aquí la obra de la monarquía absoluta.

Habíase hecho tan grande que era imposible apercibir otra cosa que la monarquía. Cuando el pueblo levantaba los ojos, la única cosa que descubria era el trono, como hoy es el Estado. A ella se atribuia el poco bien que se recibia y el mucho mal que se sufria. Los tiempos eran malos y era triste el vivir. El pueblo hallábase agobiado por tanto peso hasta que llegara el dia en que estallara. Cuando el encargado de las contribuciones le oprimia, acusaba al rey: irritábase con el diezmo, culpaba al soberano. Como de él emanaban todos los mandatos, á él atribuia toda la responsabilidad. Era todo en el Estado y estas eran las consecuencias. El trono era pesado á la nacion. Todas las conversaciones tendian á un solo objeto: anatematizar la monarquia. Todo recaia sobre ella, desde el aborrecimiento de un clero decidioso y corrompido que poseia la mitad del suelo, hasta los rencores terribles por la gravedad altanera de la aristocracia que poseia la otra mitad. La nobleza y el sacerdocio no aparecian sino como dependientes de la autoridad real, como una doble série de favoritos alimentados con los sudores del pueblo. La monarquía tenia la llave de la organizacion social; siendo ésta una série no interrumpida de abusos, considerábase á la monarquia como la llave de estos mismos abusos.

Todo esto no era sino latente en 1789, puesto que la naturaleza de casi todos los hombres está en no apercibir las consecuencias necesarias de un estado de cosas, sinó en el momento en que estas consecuencias estallan. Grande hubiera sido la sorpresa de los constituyentes llegados á Versalles el 5 de Mayo de 1789, si les hubieran dicho que tres años mas tarde su primer acto como convencionales, seria abolir la monarquia y hacer caer la cabeza del

rey, al que venían entonces á traer las adhesiones de la nacion. Presentábanse tan respetuosos como altivos; querian una reforma política, mas no una revolucion. La Francia, lo mismo que sus diputados, no pedia sino una cosa: marchar de acuerdo con su rey por el camino de la libertad, de la igualdad y de la justicia social.

En tres años se adelantó bastante. Inútil es contar los detalles de esta revolucion que tuvo lugar en todos los ánimos: se les puede seguir en las luchas de cada dia entre la autoridad real y la mayoría de la Asamblea ó los movimientos populares hasta la insurreccion del 10 de Agosto. La Francia sintió que se separaba del rey y bien pronto húbole de detestar. La monarquía apareció como obstáculo á todas las aspiraciones de la nacion y para hacer triunfar estas, convenciéronse que era preciso sacrificar aquella. Reducidos á escoger entre la nueva Francia á que aspiraban y la monarquia secular, difícil era titubear por mucho tiempo.

El rey no supo ni ceder ni resistir, no tuvo la energía de combatir el movimiento, ni la franqueza de asociarse. Nada se obtuvo de él sino por violencia, y su consideracion aniquilábase por momentos en esta lucha que se agravaba mas cada dia. Encontrábase débil para ser leal y á menudo probaba de recuperar por la astucia lo que el dia anterior acordara por pusilanimidad. A la confianza sucedió bien pronto el recelo, hasta que este fué reemplazado á su vez por el desprecio y aborrecimiento. Hacia protestas de sentimientos que no eran los suyos, comprometíase á respetar una Constitucion, á la cual excecraba.

No supo hacer nada resueltamente ni á tiempo; y el dia que intentó huir no supo preparar su fuga.

Condújosele á su palacio, no como á un rey, sino como á un cautivo. Dos de sus hermanos hallábanse hacía tiempo en el extrangero y el extrangero era el enemigo.

Una parte de la nobleza siguió este ejemplo de los príncipes. La reina, la familia real, dirigian en el interior la contra-revolucion. La córte era el centro de cuanto se tramaba contra la Asamblea constituyente, contra el pueblo de Paris y contra la nacion francesa. Una camarilla de cortesanos conspiraba abiertamente, procurando sublevar la armada contra la nacion, la Europa contra la Francia, y esperaba ansioso la hora de terminar con todas las libertades políticas y todas las reformas sociales. El rey era parte en la conspiracion, artero con las situaciones lo mismo que con los hombres, jamás sincero, jamás valiente. El dia en que rompió bruscamente con el ministerio Girondino sin motivo alguno, demostró de un modo bien claro que no pudo resignarse á sufrir este ministerio, sino esperanzado en comprometerle. La Francia tomó su resolucion y el rey fué condenado.

El sentimiento patriótico terminó la obra é hizo rebosar la copa. Los reyes declararon la guerra á la Francia. Brunswik publicó su famoso manifiesto. Ya no se vieron sino dos cosas; que la Francia era invadida y el rey acusado. Los hermanos del rey militaban en las armadas enemigas; la córte deseaba el triunfo del contrario. Alegrábase de las derrotas, entristecíanle las victorias. El sentimiento pátrio hállabase en su apogeo y este doble crímen no podia ser perdonado. Se acusaba al rey de complicidad con el invasor; pretendian que él revelaba dia por dia el secreto de los movimientos de la armada francesa, la indicacion exacta de sus fuerzas. Así las cosas, el reinado habia perdido la última

proteccion que pudiera ponerle á salvo contra el aborrecimiento, contra el ódio. Cada paso del extrangero en el suelo de la pátria, era motivo de resentimiento contra el soberano: este era el enemigo de la Francia, el aliado de la coalicion. Tales fueron las causas del 20 de Junio, 10 de Agosto y de las horribles jornadas de Setiembre. *Verdun* fué tomado, Paris veíase ya cercado: no habia tiempo que perder á fin de salvar la nacion.

Imposible era que Luis XVI educado en las ideas de la monarquía absoluta, consintiera ser en adelante un soberano constitucional, que reinara y no gobernara. ¿Cómo hubiera visto en las reivindicaciones de la Francia otra cosa que la rebelion criminal de los revolucionarios? Cómo pedirle que aceptara sinceramente el dogma de la soberanía popular que era la negacion del derecho divino en virtud del cual reinaba? Cómo, en fin, esperar obrara de otro modo que de acuerdo con su carácter dócil y enteco? Lo que seguramente llamaria hoy la atencion es que Luis XVI hubiérase resignado á practicar lealmente la Constitucion de 1791.

Los contemporáneos no pueden tener estas indulgentes apreciaciones. Desde el momento en que la guerra habia estallado entre el rey y la Francia, aquella no reconocia la misericordia de un tribunal que analizá é interroga para medir el grado de culpabilidad. Era imposible pedir á la política otra cosa sino que juzgara en semejante ocasion como juzga un consejo de guerra, imponiendo una sola penalidad: la muerte. La monarquía fué abolida, y la cabeza del rey cayó.

Así, una revolucion política en la que tres años antes nadie pensaba, habíase vuelto inevitable. Hízose necesaria para salvar la Francia de la invasion, y para asegurar la obra de la revolucion

social. Mientras el hijo de los Borbones fuera rey de Francia, las conquistas de 1789 y 1791 no podrian arraigarse. La córte no pensaba sino en recobrar tarde ó temprano, por la astucia ó la fuerza, lo que la contrariedad habíale arrebatado.

Quizás era una ilusion pensar que una tan completa reforma pudiera llevarse á cabo sin variar al mismo tiempo la forma política del gobierno. Este gran resorte de la antigua Francia, la monarquía, era muy débil para poder soportar semejante esfuerzo sin romperse. La facilidad misma de su caida, hizo ver lo endeble que habíase vuelto apesar de su aparente fuerza.

En el momento en que la cuestion social se resolviera, surgia la cuestion política. Cuestion no menos grave para un país, no menos peligrosa, y cuya solucion no podia ser como la otra lentamente preparada. No se trataba de averiguar qué reformas sociales se ejecutarian, sino cual seria la forma de gobierno, cual el régimen que sucederia á la monarquía condenada, y la solucion de este problema era preciso encontrarla de la noche á la mañana.

A decir verdad, desde el 21 de Setiembre de 1792 no se trataba en Francia sino de la forma de gobierno. Toda la historia de este país, desde ochenta y seis años, podia resumirse en estas palabras: *un periodo fecundo en naufragios de la nacion, para encontrar un régimen politico en armonía con sus deseos y necesidades.*

LIBRO SEGUNDO

LA ODÍSEA DE LA FRANCIA

CAPÍTULO PRIMERO

La República.

La República era el gobierno hácia el cual marchábase con pasos agigantados. Y no de otro modo podia ser.

Dos formas de gobierno son las únicas razonables, ó la monarquía absoluta si se parte como principio del derecho divino, ó la República como principio de la soberanía popular. El derecho divino fué vencido, la soberania popular hallábase triunfante: la República era la necesaria consecuencia del derecho moderno.

Añádase á esto, que en todos los paises, cuando la lógica demuestra mas ámpliamente sus derechos, es en tiempo de las revoluciones. Cuando las

reformas se verifican lentamente y por vía de conciliacion, los convenios ofrecen ventajas y son fácilmente aceptados por los individuos. Un progreso relativamente poco considerable, basta á contentar los mas exigentes; todos reflexionan y dicen: mañana mejorará la situacion de hoy, así como la de hoy es mejor que la de ayer. Pero cuando una ruptura violenta se produce entre el pasado y el presente, los cálculos y la prudencia pierden su razon de ser y todo el mundo reflexiona que cuando se trata de saltar es preciso hacerlo lo mas alto y lo mas lejos posible. La Inglaterra á su vez, el dia en que hizo caer la cabeza de *Cárlos* I, sustituyó, así como la *Roma* del primer *Bruto*, la República á la monarquía.

La educacion clásica de la nacion francesa parecía haber previsto el triunfo de la República. La juventud de los colegios habia vivido esos años que tan gran influencia ejercen luego en el resto de la vida, con los romanos y los griegos, especialmente con los primeros. Encontró en cada página de estos clásicos que sus maestros les enseñaban á admirar, con el aborrecimiento de la tiranía, la glorificacion de la República. *República, Libertad, Pátria*; estas tres hermosas palabras no se apartaban de su imaginacion. Ser hijo de una ciudad libre y republicana, dar por ella su vida como Decio ó Demóstenes, defenderla en la tribuna ó sobre los campos de batalla, vivir y morir como Cincinato, Fabricio ó Ciceron, tal era el ideal de la época, pues no habia jóven de alma noble, en quien la lectura de los antiguos maestros no hubiese hecho efecto; mucho mas, enseñados por profesores universitarios, como el buen Rollin, ó jesuitas como un padre Le Jay ó un padre Jouvency. Se les recomendaba que fueran buenos ciudadanos, fieles al rey,

dóciles á las doctrinas de la Iglesia; pero acordábase al mismo tiempo de Plutarco, de Tito Livio y de Tácito, y respetaba como incomparables modelos de la nobleza humana, á un Aristide llamado el Justo, un Sócrates bebiendo la cicuta, un Bruto levantando el puñal tinto en sangre de Lucrecia y persiguiendo á los Tarquinos, otro Bruto hiriéndose con su espada por no sobrevivir á la república, un Caton de Utica desgarrando sus entrañas, un Séneca abriéndose las venas y haciendo donacion de su sangre á Júpiter libertador. Los reyes, los tiranos, pareciánle monstruos; el regicidio no era solamente escusable, sino hasta legítimo.

Las lecciones que el adolescente habia recibido en el colegio, recordábalas cuando hombre. Iba al teatro y en ese mundo ideal de la escena, veia vivir y marchar delante de él, oia hablar á las grandes figuras de la antigüedad, tan superiores á los hombres con quienes se codeaba. Encontraba en sus discursos y sus acciones todo lo que en sí sentía de noble y generoso. Una vez hombre, abria los libros de los filósofos y siempre encontraba el elogio de la antigüedad, de las instituciones, de las virtudes republicanas. Voltaire no faltaba entre ellos. En cuanto á Rousseau, cuyo «*Contrato social*» fué como el breviario de los montañeses, Rousseau que poseia una influencia política y social superior á la de ningun otro de sus contemporáneos, era hijo de una República y á la República glorificó.

Formuló el dogma de la soberanía popular; espuso con un rigor matemático todo un plan de constitucion política y este plan era tanto mas seductor, cuanto que no habiendo sido aplicado nunca, nadie podia encontrarle faltas.

La República parecia tener, con solo llevar este nombre, un maravilloso prestigio. Todas las virtu-

des parecian ser el necesario cortejo de ella, así como todos los vicios parecian serlo de la monarquia. Que la República se proclamara y enseguida como por encanto, la faz del mundo cambiaria, el corazon del hombre transformaríase, la impostura, el aborrecimiento, las pasiones desaparecerian y veríase en fin, renacer la edad de oro.

El siglo XVIII fuè muy cándido, no conocia ni los tiempos ni los hombres; tuvo sin embargo un mérito que la historia no olvidará; creyó en la justicia, en la virtud. Creyó en la justicia, y hé ahí por lo que hizo la revolucion social; creyó en la virtud y esta fué la causa de la revolucion política. En su amor á la justicia, soñó establecer la igualdad completa entre los hombres; en su amor á la virtud, pensó que bastaria establecer la República, para que á la costumbre del egoismo, sucediera la del heroismo. Su locura triunfará con el tiempo, puesto que ella es la verdad. Su sola ilusion ha sido creer en las revoluciones súbitas de la humanidad y nó en las transformaciones lentas, como la ilusion de los naturalistas, sus contemporáneos, ha sido creer en las revoluciones del globo y no en su evolucion.

La Francia estaba llena de vicios, como llena estaba de abusos, y estos abusos y aquellos vicios se hallaban tan relacionados con la monarquía, que ésta, parecia ser la causa que motivara tanto unos como otros. Era en todo caso la protectora. Las personas honradas veian á su alrededor la bajeza, la corrupcion pública y privada. Tenian una fé profunda en la bondad de la naturaleza humana; figurábanse que procediendo todo el mal de las instituciones, bastaba echarlas abajo, para hacer surgir toda una nueva humanidad, como la mariposa sale impetuosa de la crisálida que rompe. «El

hombre nace bueno», decian ellos, luego es la sociedad quien le deprava. El mas profundo, el mas importante de los escritores del siglo, Montesquieu habia dicho «la república es el gobierno de la virtud» y no obedeciendo sino á la inspiracion de su corazon, habian contestado: «Establezcamos la República, y enseguida la virtud reinará sobre la tierra.» El entusiasmo de un gran número llamaba la República; las circunstancias acabaron la obra.

No siendo los republicanos sino una minoría en las Constituyentes, eran una mayoría en la legislativa esperando que en la Convencion serian unanimidad. En 1789 probaron de establecer la monarquía constitucional. Desde la Constitucion de 1791 creian haber hecho la prueba y antes del año habianla reconocido como impracticable. Empezaron de buena fé con las doctrinas de Montesquieu y de la escuela inglesa. La soberanía popular cada dia mas fuerte y teniendo conciencia de lo que era, volviase cada dia mas exigente; el rey que habia sido absoluto no podia resignarse á ser tan solo un *Veto*. La lucha no podia terminar sino con la derrota definitiva de uno ú otro adversario.

Destronar á Luis XVI y establecer la monarquía constitucional sin destruir el reinado, era cuestion que nadie podia soñar. El Cesarismo era imposible. Ningun nombre tenia suficiente prestigio para que la soberanía nacional abdicara ante él: ningun personage era suficientemente grande para poder confiscarla en su provecho. Nadie podia pensar en un golpe de Estado, ni para verificarlo ni para soportarle. La República solamente se encontraba en estado de heredar al reinado. Así es, que la necesidad acabó lo que el entusiasmo habia preparado, y el dia en que la monarquía fué condenada, la República, puede decirse, que se imponia á todos.

La República y la defensa del territorio eran tan inseparables, como la monarquía y la tradicion. La pátria y la República no componian sino una palabra. No existió la cuestion social, sino la cuestion política y patriótica. El Rey y los reyes, la República y la Francia, tal era el lema de los dos partidos. Con igual energia, la Convencion hizo frente á la guerra extrangera en la frontera, á la civil en el interior. Catorce divisiones fueron puestas sobre las armas. Cada crísis del Parlamento por espacio de dos años, respondía á una inquietud del patriotismo á causa de alguna victoria del extrangero, ó á la cólera de la fé republicana, ocasionada por una revolucion interior, que pusiera en peligro aquella forma de gobierno. Hubo de un lado los patriotas y del otro los «*cómplices de Bouillé,*» los agentes de Pitt y Coburg. Olvídase esta situacion cuando se juzgan los acontecimientos de esta trágica historia.

Dos años mas tarde, los patriotas habian vencido: si la guerra continuaba, era tan solo en las fronteras. El territorio estaba libre. La Francia invadia los paises que pretendieron conquistarla. Entonces fué cuando la cuestion política empezó á distinguirse de la cuestion nacional y la República se encontró amenazada.

La República no se hallaba arraigada en la nacion. Era la obra de cierto número de filósofos, de entusiastas é individuos educados en la admiracion de la antigüedad y dispuestos á imitarle. La Francia habíase embriagado con el néctar de la libertad. Los vapores subieron á sus cerebros. El idioma del que se sirvieron por espacio de tres años era el de la exaltacion, el del delirio. No hablábase sino de «la pátria en peligro»; no habíase cantado sino «que una sangre impura riegue nues-

tros campos.» Creyeron de buena fé ser un pueblo de Catones y se engañaron. Las almas abandonadas al exceso, experimentan bien pronto la necesidad de detenerse. El verdadero temperamento francés, comedido y moderado, sensible al ridículo, repugnando la exageracion, reaparecia. Sparta con sus leyes de Licurgo imponia miedo. La humanidad francesa era demasiado compleja para el seguimiento esclusivo de la virtud.

Se habian hecho la ilusion de creer que bastaria proclamar la República, para que los corazones cambiaran. Los hombres eran durante la República, lo que fueron bajo la monarquía. Conservaban el egoismo, las pasiones, y el amor al placer. Hombres y mujeres habian nacido en ese siglo diez y ocho, amable y ligero, espiritual y escéptico. El culto á la razon, las fiestas del Ser Supremo, no eran suficientes á su sentimiento artístico, á su religiosidad ni á la necesidad de divertirse. Pasada la hora del entusiasmo empezaba la decepcion. ¡Abajo las horribles teorías de Robespierre y de Saint-Just! Deseaban nuevamente divertirse, cantar, amar.

La naturaleza, comprimida un momento, recuperaba sus derechos. Despues de la Cuaresma, las Saturnales; despues de las austeridades puritanas, la orgía.

El pueblo deseó evidentemente la revolucion social y estaba dispuesto siempre á defenderla, si alguien la atacaba. Si toda la Francia habia hecho el 89; los aldeanos ayudados de los arrabales de Paris, hizo el 92. El pueblo era ignorante, tan sin educacion política, como sin instruccion. Debia estar tan dispuesto á separarse de la República, como solícito estuvo á acogerla. La transformacion política sobrevino demasiado pronto, antes que la

mayoría de la nacion le llamara ó pudiera comprenderla.

Añádase que la República alejó mas ciudadanos que atrajo. Reinó por el terror, los comités, las listas de sospechosos, los tribunales revolucionarios, el cadalso. La necesidad sin duda, la salud de la pátria en peligro, eran los culpables de tantas cabezas cortadas.

La existencia de la Francia costó todo esto. ¿Qué importa? Ya lo hemos dicho, la historia tiene la mision de esplicar y de comprender. Los contemporáneos no esperimentan jamás sino las consecuencias de los acontecimientos buenos ó malos. La nacion francesa, de naturaleza caritativa, olvidaba los crímenes de los que perecian, para no ver sino la severidad de los que le condenaban. El comité de salud pública, inundado de sangre, no parecia un justiciero, sino un verdugo. La represion tan justa como fuera en su principio, habíase ido por la fuerza de las circunstancias exaltando y exasperándose. Llegó á la locura, al furor. En las últimas semanas condenó ciegamente á derecha é izquierda. Nadie encontraba su cabeza segura. El mas pacífico ciudadano, podia de la noche á la mañana volverse sospechoso, y ser condenade. El instinto de conservacion era culpable de los ataques contra la República.

Estos ataques volvíanse cada dia mas numerosos é imponentes. La antigua monarquía, apesar de hallarse tan desacreditada, no dejaba de tener partidarios. Un pueblo no olvida en un dia diez siglos de historia. ¿Qué habia sido del brillo de la córte y de la aristocracia, opresiva sin duda, á veces maldíta, pero seduciendo la imaginacion, ahora que no quedaba sino el recuerdo? Los hombres sentian no presenciar este esplendor; mucho mas

sentíanlo las mujeres, quienes en la opinion pública, son quizás un factor mas importante que los hombres. La magnificencia real fué durante muchos siglos para la miseria popular, como un sueño dorado que en parte le consolaba. Un cuento maravilloso cuya riqueza admirábale sobremanera.

El reinado dichoso y resplandeciente, era como el lujo comun, en el cual todos creen tener parte.

Esta vision triunfante esclarecia por intérvalos las mas pobres cabañas. Vieron al rey, á la reina, al tropel de señores en trages de gala, cuajados de oro y pedrerías, con una aureola en la frente y semejantes á los dioses. Si al final del siglo XVIII, la fé monárquica habíase debilitado, la religiosa no habia perdido todavía su vigor. La filosofía, libre pensamiento del siglo, penetró apenas en las aldeas. No se resignaban ni á nacer sin el bautismo, ni á morir sin la Extrema-Uncion. La República no habia declarado menos la guerra á la religion católica, que á la monarquía. Hizo caer las cabezas de los sacerdotes, lo mismo que las de los señores. Los templos estaban cerrados, los ministros de Dios ocultos. Pero su imperio subsistia. Jamás habia sido mas importante. La persecucion recordaba la edad de los mártires y los misterios de las Catacumbas.

En la conciencia devota de las almas populares, estableciase una formidable oposicion, cada dia mas importante, contra la República.

Mientras que de este modo fortificaba á sus enemigos hacia todo lo posible para debilitarse. La revolucion, á semejanza de Saturno, devoró á sus hijos. El cadalso que hizo caer las cabezas reaccionarias, no perdonó á los republicanos. Los mas importantes, los mas generosos, los mas convencidos, resueltos á dar por la República su vida y

su sangre, pagaron el tributo en la fatal cuchilla. Tales fueron: *Vergniaud*, los treinta y dos *Girondinos*, Madame *Roland*, *Danton* y *Camille Desmoulins*, *Robespierre* y *Saint-Just*. Despues de Thermidor, sobrevino la reaccion para terminar esta obra de muerte. Otro terror sucedió al antiguo, cruel, feroz como es todo terror reaccionario. Entonces murieron los últimos montañeses. ¿Donde se hallaban los hombres de fé, de corage y energía, capaces de defender la República contra tantos enemigos conjurados?

La crísis violenta y heróica habia pasado, el territorio estaba libre, la coalicion vencida.

La República, aclamada en 1792, ¿podia vivir dos años mas tarde? Imposible. No se trataba de saber sino lo que podia durar su agonía. Por todos lados levantaba la cabeza la contra-revolucion.

Organizaba sus bailes «*á la victima*»: hablaba de ella en los salones y en la prensa y no disimulaba su aborrecimiento á las instituciones existentes.

Los señores recuperaban sus títulos, la «Juventud Dorada» mostrábase insolente y soberbia. ¿Qué restaba hacer para luchar contra ella? Los republicanos campestres, los tímidos y cobardes, los que la fuerza encontrara siempre dóciles, eran los únicos que sobrevivian. Todo su cuidado en tiempo de las luchas épicas, consistió en disimular y no comprometerse con nadie. Si se les hubiera preguntado que habian hecho bajo el Terror, hubieran podido contestar, como mas tarde Lieyes, «he vivido.» No era ciertamente de estos defensores de quienes la República amenazada, tenia necesidad.

Incapaces de luchar, su complicidad ó tolerancia estaba expuesta á todas las aventuras.

Una sola cosa restaba para que la República fue-

se condenada sin falta, ser deshonrada. El directorio se encargó de ello.

Podian reprochar á los hombres del 93, pero tenian, sin embargo, dos propiedades que nadie ignoraba: la energía y la virtud. La autoridad en sus manos habia sido invariable hasta la exageracion, siendo sus costumbres severas, habian llevado la probidad hasta el rigorismo. Ni la sospecha les pudo hacer mella; pudieron aborrecerles, mas no desacreditarles.

El Directorio fué el régimen de los corrompidos. Los desórdenes despertábanse con un ardor desenfrenado: los gobernantes daban el ejemplo. Especulaciones, exacciones extraordinarias, administracion llevada al pillaje; tal fué el espectáculo que del gabinete de Barras estendióse sobre toda la Francia. La angustia era grande, los soldados no tenian ropa, el artesano no encontraba trabajo, la miseria ahogaba al pueblo, pero Paris rebosaba en fiestas, y Mad. Tallien, vestida á la griega, hacia ver los riquísimos anillos de sus piés.

El órden público puede decirse que no existia. La seguridad habia desaparecido de los negocios. Los republicanos divididos. Una parte del Directorio no triunfó el 18 Fructidor sino por un golpe de Estado. Deportó al dia siguiente algunos miembros de la Representacion nacional, dos de los cinco directores, entre los cuales se hallaba Carnot, «organizador de la victoria», el nombre mas respetado del gran Comité de salud pública. Estallaban conspiraciones en todas partes, ó mejor dicho, todo el mundo conspiraba. Los realistas hablaban de restablecer el trono; surgiendo toda suerte de locuras religiosas y de utopías socialistas. La Francia, á decir verdad, no tenia gobierno. Todo el mundo interrogaba el horizonte con ansiedad, ha-

ciendo sus votos por alguna cosa estable. El pueblo sobre todo, necesitaba seguridad para trabajar, veia el comercio paralizado, el dinero oculto. Evidentemente no era la República la forma de gobierno que la Francia necesitara. ¿Cuál podia ser esta solucion? Qué nombre se daria al esperado salvador? El país se preguntaba: ¿cuál será el gobierno de la Francia?

CAPITULO SEGUNDO.

El Imperio.

Un soldado se encargó de la respuesta. Llegó el 18 Brumario. El general Bonaparte, ayudado de algunas compañías de soldados que conducia Augereau, arroyó el Senado y la Cámara de diputados. La Constitucion del año VIII reemplazó á la del año III. Tres cónsules sucedieron á los cinco directores. Pero de estos tres uno solo era el importante: el primero. La fórmula republicana se conservó, pero solamente era la fórmula la que sobrevivia. La Francia tenia un jefe. Bruto habia cedido la plaza á César. Bien pronto la Constitucion del año XII reemplazó á su vez la del VIII. Púdose leer en las monedas: *República francesa; Napoleon emperador*. El Imperio estableciόse sin protestas, como el 18 Brumario hízose sin resistencia.

Llama la atencion fundadamente á los hombres

de nuestra época ver la tolerancia, ó mejor dicho, el consentimiento unánime con que fué acogido el golpe de fuerza de Brumario. Los ciudadanos mas liberales, Joubert, Benjamin Constant, no se irritaban; lejos de eso, aplaudian. El hombre que arrojaba la representacion nacional por las ventanas de Saint-Cloud, y se apoderaba del poder por medio de un atentado, fué saludado por la Francia entera, como un libertador. Los realistas veian en el 18 Brumario el fin del régimen detestado de la República. Los hombres honrados veian el término ansiado del Directorio, y el establecimiento de un régimen, mas ó menos conforme á sus deseos, pero que le permitiera trabajar en paz y dedicarse á sus negocios. Para los devotos terminaban las persecuciones contra la religion, los templos se abrian, los obispos volvian á sus diócesis, los pastores á sus rebaños. La obra primera del nuevo régimen fué en efecto el Concordato: Bonaparte presentóse como el restaurador de la religion católica. El consulado, el imperio cerraban las puertas á las pretensiones de la monarquía legítima. Bonaparte era demasiado grande para contentarse tan solo con regir los destinos del país; era preciso ser Napoleon. Habian visto poco antes amenazando esta revolucion y preguntáronse si la contrarevolucion no tendria lugar. Tranquilos podian dormir ahora; el soldado que se hallaba á la cabeza de la Francia no dejaria restablecer el trono de un Borbon. Las conquistas sociales de la revolucion habian sido debidamente adquiridas y hallábanse tranquilas. Habian presenciado los extraordinarios excesos de la libertad, y esto bastaba para que fueran indulgentes con los atentados que recibiera del poder, aun cuando estos fueran de un gefe absoluto. Todo el mundo ansiaba

el órden, la paz interior, aunque esta paz y aquel órden fueran el silencio y la servidumbre.

En cuanto al labrador, veia una cosa sobre todo esto: que el nuevo régimen le aseguraba todo lo que habíale dado la revolucion. Temia la vuelta del señor con sus privilegios, irritado y deseando venganza: temia le desposeyeran de los bienes nacionales que se apropiaron. Nada de esto sucedió. Le fueron respetados. Al lado de esto, ¿qué le importaban la confiscacion de algunas libertades que casi sabia apreciar?

Una fuerza mayor que todas las otras, trabajaba en favor del jóven cónsul, su prestigio.

Las circunstancias que rodearon el nacimiento de la República, habíanle preparado para ser bien pronto reemplazada por la dictadura militar. Desde hacía ocho años, la Francia era un vasto campamento.

Para defender el territorio, para rechazar al enemigo, fué preciso que la nacion entera cogiese el fusil.

Todo el que tenia mas de veinte años era soldado.

El ruido del cañon llenaba el mundo; el país no leia sino boletines de batalla. El hombre que todo el mundo admiraba en el año 1800, cuyo nombre corria de boca en boca, no era el orador del club ó del Parlamento, el abogado solícito de los derechos populares, haciendo sonar el clarin al asalto de la tiranía, Mirabeau ó Vergniaud, Marat, «el amigo del pueblo», Robespierre ó Danton; era el general vencedor en los campos de batalla conduciendo á la victoria los batallones de la Francia. Y entre todos los nombres, uno era particularmente ilustre y glorioso: el del general Bonaparte. De Montenotte á Lodi, de Lodi á Castiglione,

de Castiglione á Arcole y Rivoli; habian visto este nombre, al cual sonreia la fortuna triunfar y triunfar. Este guerrero de pálido rostro, delgado perfil y pequeña estatura, aventaja á todos sus èmulos y antepasados. Sus concepciones militares así como sus triunfos, habian llamado la atencion. La espedicion á Egipto, las Pirámides y el monte Thabor, rodearon su frente de una prodigiosa aureola. La Francia entusiasmada saludaba á este génio. El pueblo entero parecia ansioso de abdicar en las manos de un hombre.

Hubo algunas protestas, pero tímidas, aisladas. No se oian casi en la corriente del entusiasmo general, las voces discordantes de algunos Catones. El gefe ofrecia buenos destinos à quien los queria aceptar, y se vió á muchos republicanos, que el cadalso habia perdonado, volverse en pocos años altaneros cortesanos, fastuosos duques y príncipes del nuevo imperio, cuando poco antes habíaseles conocido ardientes convencionales y feroces igualitarios.

En verdad este poder habia sido conquistado por la usurpacion. Pero las violaciones de la ley habíanse vuelto cosas superficiales. Se veian tantos excesos hacía diez años! En eso consistió la desgracia de la Francia; lo que se hizo de mas justo y mejor fué hecho revolucionariamente, despreciando la legalidad por golpes de fuerza. Tal fué la jornada de la Bastilla, la de Octubre y las del 20 de Junio y 10 de Agosto. Una insurreccion mandada por *Prairial*, ocasionó el 31 de Mayo. Todos los partidos habian empleado la fuerza. El 19 Fructidor no fué sino un golpe de fuerza, así como el 9 Thermidor ó el 13 Vendimiario. Quien se sirve de la espada debe morir por la espada, y la República debia perecer por lo que ella habia triun-

fado. ¿No habian enseñado que la insurreccion es el mas sagrado de los deberes? No habian, con motivo ó sin él, llamádola sin cesar? En el momento en que lo que producía una insurreccion era digno de elogio, no merecia ella tambien ser elogiable? Con la continuacion de tantos sacudimientos, la conciencia de la nacion habíase embotado. El sentimiento de la legalidad, ese garantizador del órden en las sociedades, habia desaparecido. Despues de tantas desgracias; ¿qué importaba una mas?

La Francia, por otra parte, habíase vuelto demasiado militar en estos últimos tiempos, para preocuparse de fórmulas y justicia. Los campamentos son mejor escuela de la disciplina que del derecho. Piérdense voluntariamente la timidez y los escrúpulos, sobre todo, cuando la guerra deja de ser defensiva para volverse de conquistas. En los campos de batalla, la fuerza es el juez encargado de pronunciar en último resultado: la victoria es del que sabe dar los golpes decisivos y el vencedor no piensa tener necesidad para poseer otro título, sino el tomarle. Vióse sin espanto, encargarse la fuerza de arreglar las dificultades políticas, como habíalo hecho con las militares, y parecia natural al país, que aquel que tenia mas carácter pretendiera ser el gefe.

Este fué Napoleon. Un hombre que conocia perfectamente su país y su época. Fué tan buen administrador como poderoso guerrero. Organizó la administracion civil, administrativa y judicial de la Francia y arregló el sistema de gobierno de la nacion.

No tuvo necesidad de inventar. No hizo sino coordinar y poner en práctica todo lo que habia preparado la obra de la Convencion. Sobre él re-

cayó el honor de haber regularizado los servicios, establecer el órden y haber publicado el Código, destinado á ser la ley de la nacion, y al que dió su nombre. No podia hacer acto político de mas trascendencia. Aceptó y promulgó las doctrinas sociales de la revolucion. La inmensa mayoría de los ciudadanos encontraba consagrados por el imperio los principios que le eran mas queridos. En oposicion á los reyes del derecho divino, Napoleon era el hombre del derecho popular. En todas las tierras que conquistaba ponia fin á los privilegios é implantaba el Código civil. Estraño misionario, paseaba á través de la Europa el evangelio de la revolucion. Decíase que era «*Robespierre á caballo.*»

Tal aparecia ante los ojos deslumbrados el triunfante emperador. El orgullo nacional, la alegria soberbia de la revancha tomada sobre los invasores, el espíritu de dominacion y conquista exaltábase en él. No se lo figuraban sino cubierto con el manto de los Césares, escoltado por un coro de victorias, teniendo el mundo en su diestra. La tierra parecia inclinarse ante el nuevo Alejandro. La Francia creia ser la sola en el mundo que pudiera rechazar las coaliciones importantes. El imperio proporcionábale bastante gloria para preocuparse en la libertad que le quitaba. El verdadero gobierno del que tenia necesidad la Francia, no habíase encontrado?

No era éste ciertamente. El emperador no habia fundado un régimen político; sino un poder puramente personal. Tenia demasiada intervencion en el Estado, ó mejor dicho, él lo componia. Todo terminaba en él y en él empezaba todo. Semejante poder no se trasmite. Supónese en todo el que es gefe, la actividad poderosa é infatigable, inspec-

cionando, dirigiendo y ordenándolo todo. Si el Emperador tuviera un hijo no podria heredar todas las buenas condiciones del padre, pues que el génio no se lega, y para que el Imperio pudiese durar, era preciso que el Emperador fuese inmortal. Su codicia traspasó los límites de lo que es permitido á un solo hombre por grande que este sea. Pesaba sobre el mundo, pues sabian que mientras él existiera no habria seguridad ni reposo en Estado alguno. No ignoraba él esto. «Sabeis lo que dirá el mundo cuando yo me muera»? decia en 1809 á Daru. Y como el cortesano se confundiera en vanales adulaciones: «No, no es eso lo que dirá el mundo, replicaba Napoleon interrumpiéndole bruscamente, el mundo dirá: «Uf.» Pesaba sobre la Francia mas todavía que sobre el mundo. La nacion estaba satisfecha de gloria, mucha mas que pudo haber soñado; pero sabia muy bien lo que esta gloria le costaba. Rendida, agotada, subyugada por este rudo caballero, demandábale gracia; pero el verdugo no escuchaba; preciso era seguirle en los campos de batalla.

En menos de diez años, Napoleon apartó de sí todo lo que le habia elevado. El Imperio era para los hombres amigos de la libertad el mas horroroso despotismo. Los realistas no olvidaban el asesinato del duque de Enghien. La ruptura con la Iglesia, el cautiverio del Papa en Fontainebleau, el destierro de los obispos indóciles, ofendieron mortalmente á los católicos. El Emperador habíase vuelto una especie de nuevo Antecristo. El comercio hallábase arruinado por el bloqueo continental. El pueblo tenia de dia en dia nuevos impuestos á pesar de las victorias. Uno, sobre todo, era el mas terrible; el de la sangre. Los hijos partian á los veinte años, á veces antes de esta edad y ya no les

volvian á ver. Cuantos morian sobre los campos de batalla, en las montañas españolas, en las frias llanuras del Elba ó del Vístula, en las nieves de la Rusia! Para la madre era un dolor ver crecer su hijo y hasta maldecia la hora en que nacido habia.

No hubo familia que no tuviera luto en el corazon. Los jóvenes no sentíanse atraidos por el prestigio de la charretera ni de la cruz; los aldeanos eran refractarios á esto. En despecho de todas las amenazas, en despecho de los apremiadores, la complicidad general les cubria. En cuanto á las gentes sensatas, comprendian que era una locura esta guerra desigual de un solo país contra el Universo, este desafío arrojado por un hombre á la fortuna y á los dioses, y que habia de llegar el dia, tarde ó temprano, en que todos estos triunfos y glorias habian de ser un mal para la Francia.

Por lo tanto, mas el Imperio duraba, menos durable era. Mas adelantaba, mas se debilitaba. Lejos de echar raices, íbase por el contrario aislando. Napoleon lo comprendía así y su frase sobre la conspiracion de *Mallet* lo demuestra bien claramente. «Muerto yo, todo seria posible». El emperador contaba con una sola fuerza, sus armadas: sus soldados á quienes electrizaba con sus proclamas, con su carácter, á quienes podia conducir á todas las batallas, sin que su fé disminuyera, sin que la disciplina se debilitara. Con este ejército imponíase á la Francia como se imponia al mundo. Tan jefe era de su país por derecho de conquista, como de la Europa. Así es, que desde que fué vencido, se perdió por completo. La nacion desconocióle, renegó de él: su mismo Senado fué el primero en acusarle. En todas las poblaciones arrastraron á las *gemonias* los bustos laurea-

dos del César. La nacion, así como la Europa, sintióse libre de un juez aborrecido.

Y presentóse otra vez la cuestion política, y el país vió nuevamente en lontananza la resolucion de este problema. ¿Cuál será el gobierno de la Francia?

CAPITULO TERCERO

La Restauracion.

Hízose la restauracion: acogida fué con entusiasmo por unos, con resignacion por casi todos. Era la paz tan necesaria á la Francia, la paz despues de la derrota y la humillacion. La primera época de la restauracion fué desgraciada. Ocho meses habian bastado para irritar contra ella la mayoría, y cuando el 1.° de Marzo de 1815, el hombre de la isla de Elba desembarcaba en Cannes, la armada entera volvió á las órdenes de su Emperador, y la nacion miró con indiferencia tomar el camino del extrangero, al heredero de sus antiguos reyes. Preciso fué que los reyes coaligados se propusieran restablecer sobre el trono al rey de Francia. La Francia, despues de Waterlóo, abatida y mutilada, habíase resignado á soportar la restauracion. La Carta fué otorgada. El país no podia disputar sobre la fórmula, ni distinguir sobre

una carta otorgada ó una carta consentida. La revolucion habia dejado trágicos recuerdos; los republicanos casi se contaban. No era Napoleon quien podia reinar.

El Imperio y los males causados por él hallábanse muy recientes para poder ser olvidados. Los buenos ciudadanos consideraban como un régimen durable, capaz de poner fin á las agitaciones que la Francia habia sufrido durante veinticinco años, á la antigua monarquía tradicional y hoy constitucional, la que consagraba los derechos de la nacion, reconociendo al mismo tiempo las conquistas sociales de la revolucion.

Sabian que el rey era liberal. Siempre lo habia sido; en él no habia ni fanatismo autoritario ni religioso.

Era hombre instruido, moderado, conciliador y rodeábase de consejeros hábiles y profundos. La familia real, los verdaderos legitimistas no ocultaban su descontento, acusaban al Rey de debilidad, procurando tan solo conducirle á la reaccion y verificar en su nombre la por ellos ansiada contra-revolucion. Su hermano llamábale Jacobino, por que no destituia á los funcionarios liberales.

Una administracion cuidadosa reanimaba el país; la Hacienda, á quien los presupuestos de la guerra habian arruinado, volvió á equilibrarse. La indemnizacion fué pagada á los aliados. Sentian las inapreciables dichas de la paz: las familias eran felices. El suelo fecundo de la Francia y la industria laboriosa de sus hijos reparaban, mas pronto que soñarse pudo, los males de la guerra. Todo el mundo experimentaba un bienestar desconocido largo tiempo há. La gloria literaria y artística de la nacion parecia pronta á florecer. La aurora de un nuevo siglo se levantaba. La actividad del talen-

to, absorvida un tiempo por la sola ciencia posible, la de la guerra, ocupábase ahora tan solo en las cuestiones de la inteligencia. ¿No era de creer que esta monarquía comprendiendo las necesidades de la Francia moderna y representando las tradiciones de la antigua, iba á ser por fin el gobierno definitivo del país?

Pero nó, este Gobierno llevaba en sí un vicio original, lo que ocasionaría tarde ó temprano su muerte. En lo que consistía su fuerza, consistía su debilidad. No era un gobierno nacional, ó mas bien, el sentimiento nacional protestaba contra él. Fué hecho por el extrangero vencedor. Alejandro, Blücher y Wellington establecieron la monarquía. Los Borbones habian penetrado «en los carros del invasor». Los verdaderos títulos al trono de Francia, eran Leipzig y Waterloo. A medida que se debilitaba el sentimiento de la derrota que habia hecho inclinar la cabeza, á medida que el leon aterrado recobraba nuevamente su vigor, á medida que una nueva generacion que no habia presenciado las ruinas de 1812, 13, 14 y 15 crecia, la rebelion elevaba su altar en los corazones altivos contra las humillaciones sufridas, contra las Horcas Caudinas, bajo las cuales debió pasar la Francia. Quedaban algunos que sobreviviendo á los épicos combates de la República y del Imperio, contaban á la juventud las heróicas batallas, las victorias triunfantes. Rendian culto á la bandera tricolor, bandera de la moderna Francia, paseada de capital en capital y que habia dado la vuelta al mundo. Reemplazábale la bandera blanca; la tricolor habíase ocultado, pero quedaba aún el sudario glorioso en el cual reposaba sepultada la gloria nacional. Los antiguos soldados, los ejemplares patriotas que habian vertido su sangre ge-

nerosamente eran desdeñados, espelidos, y tratados como tratarse podia á un enemigo.

Aquellos que quisieron salvar la integridad del territorio y rehusado inclinar la cabeza ante la derrota, fueron llamados los «brigantes del Loira.» La sangre del mariscal *Brune*, condenado por el Terror, la de *Ney*, el «bravo entre los bravos», era sangre que caia sobre las manos de la monarquia y la cual nunca podría borrar.

Esta monarquía era como la anterior, la del derecho divino que volvia cometiendo abusos y cargada de excecraciones populares. Tuvo por horrible aurora el terror y las facciones de Trestaillon paseando por el Mediodia sus terroríficas sentencias. Los antiguos soldados de la armada de Condé, los conspiradores de Coblentz, los emigrados volvieron. Nada habian aprendido ni nada olvidado. Creian ser los dueños de la Francia y no ocultaban su pretension de volver á poseer tarde ó temprano los privilegios que antes tenian.

No hablaban sino con desprecio de las leyes civiles y de las instituciones del país. Mas realistas que el rey, hacian ostentacion de su soberbia aristocrática, su gravedad afectada y su insolencia. Querian hacer retroceder la Francia al año 1789, á la «edad del placer.» Pero hacia veinte y cinco años que la democracia existía. El mas humilde ciudadano poseyendo inteligencia é instruccion, pudo ocupar los principales puestos como todo soldado pudo llegar á ser mariscal.

Poco á poco querian volver á poseer todo esto. La Cámara de los Pares no se abría sino á los antiguos nobles. Los títulos de nobleza eran mas estimados que todos los diplomas y todos los servicios. Era preciso hacer limpieza de sangre para entrar en la gestion de los negocios públicos. In-

tentaron restablecer el derecho de primogenitura y querian, en fin, dividir á los franceses en dos clases como anteriormente: de un lado, los nobles; de otro, el pueblo.

Con las pretensiones nobiliarias habian vuelto las clericales. El clero, desde el Concordato y mientras duró el Imperio, habíase mostrado humilde, modesto y absteniéndose de las ambiciones políticas.

La mano de hierro de Napoleon reprimió severamente sus menores pretensiones.

Pero libre ya este desde 1814 tomó la revancha, denunciaba á los libres pensadores y hacia destituir á los funcionarios que no se rebajaban á ser por lo menos hipócritas. De todas las dominaciones, la que menos podia soportar la Francia era esta.

Y no era el clero secular la que irritaba, sino la vuelta de las Congregaciones. La revolucion dispersó sus asociaciones y confiscó sus bienes. El Imperio le cerró las puertas de la Francia. Llegada la restauracion, estas puertas habíanse abierto y de todas partes del mundo venian para caer sobre el país cual sobre una presa. La autoridad protegia los conventos de hombres y mugeres, de monges de todas clases. Volvió á tener lugar la alianza del trono y el altar. La religion del Estado era la católica y veíase cerca el tiempo en que el clero por sus colectas, conventos y captaciones reconquistara á costa de la Francia laboriosa sus monstruosas riquezas de otros tiempos. El rey resistió hasta 1820 despues del asesinato del duque de Berry, á la reaccion. El cuchillo de *Louvel* no mató solamente al heredero de la dinastía, si que tambien al reinado. Abandonaron la sola política que pudo protejerla. Los ministros liberales

fueron despedidos, reemplazándoles otros, animados de sentimientos opuestos. La Universidad perseguida, la Escuela Normal cerrada. Redobláronse los rigores contra la prensa, estallaron conspiraciones y la violencia misma de la represion no hizo sino preparar otras nuevas. La influencia del clero y los emigrados, habíase vuelto preponderante. Entonces fué cuando aparecieron aquellos jóvenes historiadores, que, como *Thiers* y *Mignet*, contando los grandes hechos de la revolucion, reparaban su honor calumniado, é infundian en la juventud las ideas republicanas.

El Constitucional combatía con tanta energía como talento los abusos del reinado y las pretensiones del Gobierno. Las sentencias no servian de nada, puesto que la opinion pública estaba de parte de los sentenciados, y cada proceso aumentaba su popularidad é importancia.

El bonapartismo habíase vuelto liberal, uniéndose á los republicanos.

Napoleon no era ya el antiguo déspota enloquecido con sus ambiciones personales, sino el soldado de la revolucion, vencido en los últimos dias por los reyes de la Santa Alianza. Los hombres de mas entereza, hallábanse con la oposicion; periodistas como Armand Carrel ó Etienne, profesores como Coussin y Guizot, publicistas como Remusat y bien pronto Chateaubriand, vinieron á militar en sus filas llevando además de sus nombres y talentos una tercera autoridad: la del «periódico de los Debates.» La lucha pues, se empeñó entre el Gobierno y el país.

Mientras vivió Luis XVIII, la nacion guardó algun comedimiento, Su sucesor Cárlos X, desde el dia de su advenimiento, se arrojó con la cabeza inclinada en la contra-revolucion. Espíritu apocado,

carácter violento, tuvo al final de su vida una devocion tanto mas ardiente, cuanto que su juventud habia sido mas libertina; era, en fin, el hombre necesario para apurar una situacion ya bastante molesta. Toda concesion parecíale una debilidad y segun èl, la debilidad habia perdido á Luis XVI. No queria á su lado sino los consejeros que pensaban como él. Pero la oposicion habia aumentado: el partido liberal sentíase mas fuerte que nunca. La táctica era de encerrar la monarquía en la *Carta*, cual en otro círculo de Popilius, y reducirla á la Constitucion hasta echarla por tierra. La córte enfrente de la oposicion, cada dia mas amenazadora, intentó una guerra sin tregua, pero el ministerio Martignac demostróle la imposibilidad de resistir tan impetuosa corriente si antes no entregaba la Carta. Polignac fué llamado de Lóndres. La lucha entre la nacion y el gobierno habia llegado á su periodo álgido. La Francia habíase separado una vez mas de la monarquía. La córte se resolvió á tomar la ofensiva. La Cámara fué disuelta. Un golpe de fuerza estaba próximo á estallar y estalló en efecto. Publicáronse las ordenanzas. El Rey se fijaba en el artículo 14 de la Carta para suprimirla. Pero todo el mundo recuerda como respondió Paris á la provocacion. Despues de tres dias de combate, el Rey fué vencido y obligado á abdicar.

Y presentóse una vez mas el problema político: ¿Cuál será el gobierno de la Francia?

CAPÍTULO CUARTO

La Monarquía de Julio.

¿Qué gobierno iba á suceder al destronado Cárlos X? Una regencia con el duque de Burdeos? Imposible. La Francia habia condenado la dinastía de los Borbones. ¿La República? Esto pensaban gran número de los combatientes de Julio; una vez la monarquía legítima echada por tierra, la República era el lógico gobierno. La intriga del duque de Orleans vino á poner fin á las incertidumbres. Nombrado el 1.° de agosto lugar-teniente general por Cárlos X, el 9 del mismo mes era proclamado por la Cámara, rey de los franceses.

La revolucion habia desaparecido. El viejo *Lafayette* rendia, ante las guardias reunidas en el Campo de Marte, el tributo de homenage al ciudadano-rey.

Esta vez pudo creerse con razon que habia aparecido ese gobierno durable que la Francia buscaba en vano desde cuarenta años há. Luis Felipe era rey por la «voluntad de los franceses». Al

subir al trono prestó juramento á la Carta. Fué la soberanía nacional quien le escogió, valiéndose de sus mandatarios. La verdadera monarquia constitucional, la que habia dado á Inglaterra ciento cuarenta años de prosperidad y de paz, era la establecida en Francia. A los partidarios de la monarquía ofreciales el nombre del trono, el principio estable de sucesion que suprime las competencias á tan elevado cargo; á los amigos de la República, la responsabilidad ministerial, el reconocimiento de la soberanía nacional, la autoridad puesta en manos de una Asamblea nacida del sufragio.

El rey no era altanero; habíase hallado durante la restauracion á la cabeza de la oposicion liberal.

Honrado en su vida privada, teniendo á su lado una muger buena y respetada, una hermana discreta, rodeado de numerosa familia, de hijos bravos, el popular Luis Felipe poseia todo lo necesario para hacerse simpático á una nacion. La Francia podia trabajar en paz confiando en el porvenir. Los primeros años del nuevo gobierno no fueron muy tranquilos. El partido republicano que habia pagado con su sangre la victoria de 1830, no se resignó sino con trabajo á ver elevado un nuevo rey y la revolucion de 1830 esplotada en favor de éste. El legitimista verificó tambien su movimiento político. Tuvo lugar la insurreccion de la Vendée y la insurreccion de la duquesa de Berry. Una reaccion gubernamental fué la consecuencia del doble movimiento republicano y realista. La mayoría de la nacion, deseosa ante todo de la paz pública, marchó con firmeza trás el nuevo régimen. Los asesinatos políticos se multiplicaron. La emocion causada por el atentado de Fuschi fué extraordinaria. De todo esto se aprovechó

el gabinete para restringir la libertad de la prensa por las leyes de Setiembre. La tentativa del alboroto de Barbes, en 1839, la refriega de Strasburgo con el príncipe Luis Napoleon, no fueron afortunados para los enemigos del actual estado de cosas. La monarquía de Luis Felipe habíase arraigado en Francia. Armand Carrell fué muerto por la bala de otro periodista; la oposicion en el Parlamento era, con raras escepciones, dinástica. La Cámara nombraba y revocaba los gabinetes; las coaliciones de los partidos podian ser inmorales en sus actos é intrigas, pero respetaban al menos el principio del gobierno parlamentario. Los impasibles observadores tenian derecho á pensar que la era de las revoluciones habia terminado.

Pero se equivocaban; el despego general habia comenzado; no debia sino aumentar en los años siguientes.

El rey no se hallaba querido, ni, lo que es mas grave, considerado. No tenia afecto á nadie, y en justa reciprocidad, nadie tenia afecto á él. Hizo un juego doble bajo la restauracion y un desairado papel en las jornadas de Julio. Habíase hecho nombrar por su primo lugar-teniente general del reino aseverándole su fidelidad, y aprovechó esta ocasion para dar la *zancadilla* á Cárlos X y al niño llamado el duque de Burdeos. La sustitucion de la corona sobre su cabeza tuvo lugar en las tinieblas, por una série de oscuras intrigas. No retrocedió ante ninguna falta de delicadeza en el momento en que la juzgaba útil. Libróse de la insurreccion de la Vendée, perdiendo el honor de una muger, su sobrina. El juego pudo parecer hábil al político, pero la hidalguía del pueblo es severa para actos semejantes. Nadie podia contar con la palabra del rey ni con su reconocimiento.

Los hombres eran para él instrumentos que esplotaba segun le convenia, y nada mas. La ingratitud fué para este soberano la independencia del corazon. Él fué quien dijo en su lengua trivial, hablando de los tres hombres á quienes debia la corona: «Tengo tres medicinas que administrar: Laffitte, Lafayette y Dupont de l'Eure». Cárlos X tenia grandes defectos como hombre, pero al menos era bueno y fué seguido en la desgracia por heróicos servidores. Luis Felipe despreciaba la naturaleza humana, y decia: «Todo hombre puede ser comprado». Su fortuna pudo tener cortesanos, mas no amigos.

En verdad su método de vida era honrado, pero de esta honradez hacia una especulacion. Era accesible, no altanero, pero comprendian muy bien lo que significaba esta afabilidad. Despojábase de la ingenuidad que usara en los primeros años para conquistar simpatías, á medida que juzgaba supérfluo tal artificio. Procuraba médios con que perder á sus consejeros el dia en que no necesitaba su ayuda. Nadie podia tener confianza en él. Jamás hubo naturaleza menos generosa.

Tenía además otro defecto, el mas grave quizás á los ojos de la Francia en un rey; amaba el dinero. Y lo amaba con todas las mezquindades propias de un usurero. Antes de aceptar la corona hizo, ante notario, donacion de su capital á sus hijos para impedir que llegara el dia en que esta fortuna se uniera al dominio real. En esta situacion presentóse á la Francia para dar testimonio de la fé que tenia en la duracion de su dinastía, pero no dejaba por esto de tomar precauciones para el dia en que una revolucion surgiera.

Este afan de dinero habíale arrastrado á infinidad de pequeñeces. Tan mal rey como buen pa-

dre, aceptó despues de la estraña muerte del príncipe de Condé, al dia siguiente de su advenimiento una sucesion dividida con Mme. de Feuchere. Habiendo crecido sus hijos, trataba de establecerlos, y era la nacion quien se encargaba de este cuidado. Gracias á su prevision, eran ricos, pero los queria hacer poderosos.

Para cada príncipe ó princesa que casaba, establecia una dotacion en el presupuesto. Eran cuestiones sobre las cuales su solicitud paternal no transigia, y el país no acababa nunca con esta posteridad tan numerosa como exigente. La corona de Francia habíase vuelto como un beneficio, destinado á asegurar buenas rentas á los miembros de la familia real. El ministerio de Negocios Extrangeros, tenia por mision procurar brillantes casamientos á los hijos del rey, mas bien que verificar alianzas provechosas al país.

Los intereses de la Francia fueron reducidos en proporcion á los intereses de la casa de Orleans.

Esta política extrangera tan mezquinamente interesada, era indigna del país.

Al dia siguiente de la revolucion de 1830, el rey, llevado al trono por la soberanía nacional, no tuvo sino un pensamiento; hacerse aceptar como rey de derecho divino. Hizo ofrecer el reinado de Bélgica á uno de sus hijos, rehusándolo para hacer ver que no deseaba las conquistas, sino vivir en paz con sus vecinos. La Francia habia recobrado sus fuerzas; no era el vencido de 1815 y creia poder ocupar un lugar preferente entre las demás naciones. Luis Felipe no poseia esa hidalguía nacional; queria la paz hasta la pusilanimidad: soportaba los desdenes, las afrentas á veces del extrangero. En 1840 estalló la cuestion de Oriente;

el sentimiento patriótico sobreescitado, ansioso de tomar la revancha de Waterlóo, pedia la guerra. Luis Felipe no supo sino inclinar la cabeza ante las amenazas de las potencias. Esto irritaba contra él á la opinion pública. No sentian sino la humillacion que su rey les hacia sufrir. La Inglaterra exigió altanera la indemnizacion *Pritchard*, y la cólera hízose general.

La nacion francesa no consiente ocupar en el mundo sino el lugar que le corresponde. Tiene, á semejanza de Atenas en la antigua Grecia, la noble ambicion de la heguemonía. Para satisfacer este deseo no es preciso proponerle la conquista del mundo como Napoleon. Conocia otras victorias que esas en que la sangre humana corre á raudales, y otros laureles que los de la guerra. Que presenten á su actividad el esplendor del arte, de la ciencia, de las letras ó la industria, que le enseñen el primer puesto conquistable por la inteligencia y el trabajo, que le exhorten á ser ilustre en cualquier carrera y se le encontrará dispuesta á acudir al llamamiento. Ha sido una nacion poderosa y preciso es que siga siéndolo ó que perezca. Luis Felipe no le ofrecia sino un «término medio» en las artes, en las letras, en las ciencias, en la civilizacion, en la política; una cosa semejante á la gran Bélgica. Esto no lo consentía el país ni lo consentirá nunca, y por eso la Francia no quería la monarquía constitucional. «La Francia se aburre» gritó un dia Lamartine desde la tribuna. ¡Desgraciados los gobiernos que dejen aburrirse á la Francia, sea cualquiera el nombre que usen! Es un corcel de sangre generosa, el cual necesita aire y espacio, la cuadra mas dorada y la litera mas fácil de arrastrar, no le serán jamás suficientes.

Y si el rey hubiera sido un verdadero rey constitucional! La nacion dirigida por sí misma, dueña de sus destinos, hubiera podido encontrar el único camino que convenia á su génio. Pero no. Luis Felipe no lo comprendia así. No era ni queria ser un rey verdaderamente constitucional. Su parcialidad, disimulada al principio como cálculo político, iba apareciendo á medida que se creia mas firme. Tenia su política especial y pretendia hacerla triunfar, aunque fuera contra los deseos del país, y no acordaba nunca su confianza sino á los ministros que la seguian.

En toda cuestion existia la opinion de «Palacio», y los mas seguros de su fortuna eran los cortesanos, suficientemente hábiles á adivinarla. Luis Felipe queria ser no solamente el rey que reina, sino tambien el que gobierna. Aspiraba á reposar en el lecho de la antigua monarquía. De dos poderes que la *Carta* habia establecido, la Corona y el Parlamento, creia que el preponderante era la Corona, y que la nacion obedecia las voluntades del rey y no el rey las de la nacion.

¡Qué diferente hubiera sido la historia de la Francia, si Luis Felipe hubiérase llamado Leopoldo, si el yerno hubiera ocupado el asiento del suegro! El rey tenia lo peor que tener puede un soberano constitucional: un sistema de Gobierno personal. Y este sistema era el mas inoportuno, el mas antipático á la nacion. El rey era autoritario. ¿Como dejar de serlo si pretendia gobernar? Mientras que el movimiento de los ánimos y la corriente del siglo marchaban hácia el templo de la libertad, el rey asustado de los progresos de ésta, pretendia vanamente oscurecerla. La monarquía de 1830 encontró establecido el censo como base electoral. Lo que tan solo hizo fué rebajar ligeramente la cuota.

Quien no pagaba 200 francos de contribucion no era elector: quien no pagaba 500 no era elegible. Una pequeña minoría de ciudadanos era la sola admitida á establecer las leyes que obligaban á todo el mundo. ¡Estraña inconsecuencia en el país que habia hecho la revolucion de 1789 y promulgado la declaracion de los derechos del hombre! Los franceses iguales ante la ley, no lo eran ante la Carta; las desigualdades sociales habian desaparecido, pero las políticas subsistian. Al lado del país legal, el único con el cual debia contar, encontrábase el *verdadero pais* compuesto de treinta millones de habitantes que tomaban parte en todas las cargas, debian su sangre á la pátria, y no podian decir una sola palabra sobre la gestion de los negocios públicos. Esto le estaba reservado tan solo á los tres ó cuatro millones de privilegiados. La idea democrática iba á reclamar bien pronto, en nombre de la justicia y de la lógica, aun á riesgo de ser imprudente en su generosidad, el sufragio universal.

Reclamaba solamente la asociacion á la lista de los electores censatarios, á los abogados, médicos y á todos los demás que ejercian las profesiones liberales, á los cuales les daban el nombre de capacidades, y verdaderamente tan capaces eran de dar su opinion en los negocios del país, como los grandes propietarios, industriales, etc. Relegándolos al olvido, el Gobierno debia ver en todos ellos importantes y numerosos enemigos.

Así lo queria la doctrina del reinado, pues que el reinado tenia su doctrina. M. Guizot, el ministro, que tanto poder tenia sobre el rey, habíase encargado de formular y redactar el Catecismo. Como la monarquía constitucional era el término medio entre la monarquía de derecho divino y la República,

tenia necesidad para fundarse de crear una sociedad que fuera el término medio entre la antigua sociedad francesa y la democracia; la dominacion de los patronos. La aristocracia no era sino una ruina y nadie queria su dominacion. Tratábase de fundar una completamente nueva en que tuvieran entrada todos los hombres trabajadores y de talento, que pudiera aspirar á la direccion de los negocios públicos y no temiera las invasiones de esos hombres salidos de las filas del pueblo y que cuando se hallan en el pináculo de la fortuna, arrojan sobre él la escala que les ha ayudado á la ascension. Leyes sobre la instruccion, económicas y administrativas, que tendieran á favorecer el vecindario y á establecer mas y mas, á la ayuda de la supremacía política, la social.

La riqueza en su forma mas cierta, la propiedad de la tierra, pareció á los organizadores de este sistema como la base de toda clasificacion entre los ciudadanos. Poco importaban la inteligencia, la instruccion, el valor moral. A los que se quejaban de semejante organizacion, M. Guizot les contestaba: «enriqueceos».

¿Eran por ventura los únicos dignos de tomar parte en los negocios públicos los hombres millonarios?

Esta doctrina inmoral y que corrompia la nacion, no cesando de presentarle la fortuna como los únicos derechos terrenales, pues que ella sola concedia opcion á los principales puestos, era detestable y contraria enteramente á las ideas que predominar deben en todos los paises.

De año en año, la lucha volvíase mas importante y la juventud sentaba sus reales en los campos de la oposicion. La causa de la reforma electoral, cuestion pleiteada en los periódicos, estaba

ganada ante los ojos de todos los que sabian leer; y sin embargo, la resistencia del gobierno obstinábase mas y mas. A medida que M. Guizot aumentaba en impopularidad, volviase mas indispensable al rey. No se hallaba comprometido el ministro solamente, sino el rey que protegia á su favorito; la ficcion constitucional habiase vuelto difícil. La política del rey y del ministro conservaba la mayoría en el Parlamento: pero á qué precio! Al precio de la gestion administrativa mas afrentosa, de la corrupcion electoral menos disimulada. Estas deshonrosas transacciones, que inspiraban á la vez el desprecio y la indignacion, eran una epidemia para el prestigio real y la lealtad constitucional.

Mientras vivió el duque de Orleans, tuvieron paciencia. Conocian al príncipe liberal; esperaban mucho de su reinado.

El rey perdió en él el único consejero hábil, el país la única esperanza que consolarle podia.

No quedaba muerto él, sino un rey viejo y terco; tras el rey un niño, y para regente de este niño, el mas impopular de los príncipes, el duque de Nemours. El porvenir era sombrío.

Las escandalosas elecciones de 1846 aumentaron el disgusto general. Ante la obstinacion del gabinete no quedaba sino dirigirse á la nacion á fin de que pidiera una reforma, ocasionándose una revolucion.

Háse acusado mas de una vez al partido socialista de haber sido el agente principal en la caida del gobierno de Luis Felipe; han probado de representar la revolucion del 24 de Febrero no como política, sino como social. Ciertamente no pretendemos negar el movimiento socialista que siguió en 1830. Fué la época de las utopias místicas y humanitarias, siendo lo estraño que todas ellas par-

tieron de un noble sentimiento é inspiradas por un amor ardiente de la humanidad. Los principios de donde habia salido la revolucion de 1789, habian engendrado en las almas un alto ideal de justicia. La supresion del mal sobre la tierra, la dicha de todos, la elevacion de la fraternidad, tal era lo que pretendian los corazones generosos. Persuadidos como los filósofos del siglo diez y ocho, en la bondad de la naturaleza humana, sostenidos por su fé en el progreso, entusiastas soñadores, acusaban, como habíalo hecho Rousseau, á la organizacion social de todo el mal existente en la superficie de la tierra. Creyeron de buena fé que el mundo y la humanidad podian transformarse bruscamente al golpe de batuta de un legislador. No habian estudiado suficientemente todavía la Historia, ni comprendido que el progreso, tanto en la humanidad cuanto en la naturaleza, es la obra de la energía, ayudada por el tiempo.

Habia en los que pensaban, bastantes quiméricas ilusiones; en los que sufrian, mucha indignacion. Las grandes industrias de la civilizacion moderna no tienen lugar sin crísis terribles; y el trabajador de las grandes poblaciones estaba persuadido, en su ignorancia de las leyes económicas, que de un trastorno social saldria para él el remedio á todos sus males. Creíase explotado por los patronos, alimentando contra estos gran aborrecimiento, y dispuesto á coger un fusil el dia en que el pan le faltara.

El barrio Antoine en Paris y la Croix-Rousse en Lyon, eran imponentes focos de fermentacion popular. En todos los centros obreros existía una sorda y perpétua conspiracion, la que podia temerse se echara á la calle en la menor ocasion.

Y sin embargo, la verdad obliga á decirlo, nó

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA GRANADA

ha sido el movimiento socialista quien ha hecho caer la monarquía de Julio. El 24 de Febrero no ha sido una revolucion social, no ha tenido por punto de partida una agitacion socialista. La monarquía de Julio ha caido por la antipatía que inspirara, ha caido por que la Francia se habia separado de su rey, porque la nacion habia cesado de tener fé en la monarquía constitucional; ha caido por que habíase visto á Luis Felipe restableciendo hipócritamente un gobierno personal; ha caido, en fin, por que habian desesperado de obtener del rey, como de su ministerio, las reformas políticas que la gran mayoría del país reclamaba. La Francia no habia conspirado contra la monarquía constitucional. El dia en que un golpe de viento consiguió derribarla, vióla desaparecer con indiferencia y sino un pequeño número de interesados ó doctrinarios, nadie lo sintió. Tuvo lugar, siguiendo una frase célebre entonces, la revolucion del desprecio.

Y así, despues de un cuarto ensayo, tan infructuoso como los precedentes, reapareció el problema político. Preguntábanse de nuevo: ¿Cuál será el gobierno de la Francia?

CAPITULO QUINTO

La segunda República.

Una sorpresa al príncipio, una violencia despues; toda la historia de la segunda República está comprendida en estas dos frases: entre la insurreccion del 24 Febrero 1848 y la muerte premeditada del 2 Diciembre 1851.

Habia en Francia un partido republicano.

Este partido republicano existía cuando la primera revolucion. No habia desaparecido durante el Imperio, y aumentó su número durante la restauracion. Tomó una parte activa en los combates de Julio de 1830 y no perdonó á la monarquía que confiscara en provecho suyo la victoria popular. Las «*Historias de la Revolucion*» de Thiers y Mignet y en estos últimos tiempos la «*Historia de los Girondinos*» de Lamartine, exaltando á los combatientes de la gran revolucion, habian formado, sobre todo en la juventud, un importante número de republicanos. Tenian ilustres representantes en la prensa, en la Cámara, en el foro, en el pro-

fesorado. Tras un Armand Carrel, un Godefroid Cavaignac, un Garnier-Pagés, los Lamartine, los Armand Marrast, los Crémieux, los Ledru-Rollin, los Julio Favre, los Julio Simon. Jamás partido político tuvo un estado mayor tan glorioso.

Lo que faltaba desgraciadamente era la armada. La Francia, considerada en conjunto, no deseaba la República y no se habia preparado. Los aldeanos eran demasiado ignorantes para tener opiniones políticas de ninguna clase. Si el obrero, aunque privado de los derechos electorales, tenia pasion política, el labrador, en cambio, no votaba y permanecía indiferente. Vender bien sus productos, comprar una pequeña suerte de tierra; su ambicion no tenia un *mas allá.*

Si debió al gobierno de Julio una prosperidad real, un bienestar relativo, ¿por qué desear un cambio? La República tenia como enemigos á todos aquellos que perdian algo en la desaparicion de un régimen que habia durado diez y ocho años, á los partidarios de la monarquía y á los numerosos hombres y mujeres cuya educacion habíales inspirado el horror de la primera revolucion, y para los cuales la palabra *República* queria decir: terror, desórden, cadalso permanente, ley de sospechosos, guerra civil, proscripcion, persecucion de la religion católica.

La República aportaba al pais el sufragio universal, como la primera República aportara la supresion de los privilegios, la igualdad de las leyes, la posesion del territorio por los bienes nacionales. La primera revolucion fué la manumision social, y la segunda la manumision política. Y esta franquicia social fué la que puso el fusil en las manos de los voluntarios, cuando en 1792 fué preciso rechazar á los reyes y defender la República. La

moderna hacia tambien al pueblo una preciosa donacion. Elevábale al rango de ciudadano. Existía por lo tanto una diferencia. La posesion del suelo era un bien material, cuyo precio comprendia el mas egoista y obtuso; poseer la tierra era la codicia del aldeano, como antes lo habia sido del villano, del siervo, del esclavo. La libertad del voto era apenas inteligible. Les decian: «Nombrareis en adelante vuestros diputados.» ¿Pero qué era un diputado? ¿Qué papel desempeñaba? ¿De qué le serviría á la muchedumbre nombrarle ó nó? ¿Mejoraría por eso su suerte? Les decían: «Tendreis parte en la administracion del país y en la política general.» ¿Pero qué era la administracion del país y la política general? Casi todos desconocian el modo de gobernar; era materia que no enseñaban en la instruccion primaria; y por otra parte, ¿quiénes habian asistido á la escuela? De ciento, setenta eran incapaces de leer la papeleta que habian de depositar en la urna. La instruccion obligatoria debió preceder al establecimiento del sufragio universal. Sin ella, el pueblo no tan solo no podia apreciar la dignidad de que le investian, sino que ponian en sus manos un arma formidable, dispuesta á descargar sobre él y el país los golpes ménos previstos y mas trágicos.

Hubo por lo tanto una hora de entusiasmo: en esta primera hora todo parecia hermoso. Un país experimentado por las revoluciones, acoje con alegría un nuevo gobierno. El enfermo que se revuelve en el lecho, cree hallar reposo en cada nueva posicion. El que no amaba la monarquía de Julio, el que habia sufrido bajo su imperio, aplaudia su caida y se hacía partidario de la República. El clero bendijo los árboles de la libertad: el sufragio universal en sus primeras elecciones, designó una

mayoría republicana. Por desgracia este celo no podia durar.

Los hombres del 48 no supieron gobernar. No habíanse visto jamás en el poder, y no sabian lo que era administrar. Hicieron su experiencia y aprendizaje en detrimento del país. Su eleccion de funcionarios no fué muy acertada.

Habian aprendido la historia de la primera República en los discursos de la Convencion, en las arengas de los clubs, imitaron la parte teatral de la revolucion, sus proclamas ampulosas en sus fiestas nacionales, sin tener como entonces, la escusa del tiempo y las circunstancias.

No vieron lo que habia hecho la verdadera fuerza de la revolucion, el espíritu administrativo, práctico y positivo de sus comités, sus reformas sensatas, su génio de organizacion. Creian que las ideas, cuando son honradas y generosas, bastan á gobernar los hombres, y que se puede dirigir fácilmente una sociedad.

Este optimismo hubiera sido suficiente á perderles, aun cuando no hubieran sobrevenido crisis formidables, capaces de echar por tierra un gobierno mucho mas arraigado.

La primera fué la insurreccion de Junio, causada tanto por la miseria de los barrios obreros, la falta de trabajo y la imprudente y repentina clausura de los talleres nacionales, cuanto por la fermentacion de los espíritus y las utopías socialistas. La sangre corrió durante tres dias por las calles de Paris. El efecto moral de esta jornada fué terrible; el vecindario azorado tuvo miedo, sobre todo, cuando el peligro habia desaparecido. Creyó apercibir en el porvenir una série de nuevos motines: la propiedad, la familia, pareciéronle gravemente amenazadas. Liberal dos meses antes, acu-

saba despues á la República de todos sus disgustos, y la juzgaba incapaz de asegurar el órden y la paz, incapaz de proteger los bienes ni las personas, incapaz en una palabra, de ser gobierno. Para el vecindario, la República significaba «cadalso permanente». Daban oidos á los que se hallaban interesados en propagar estos terrores y no á los que se esforzaban en discutir la diferencia de los tiempos y las cosas; es propio del miedo taparse los oidos. Al mismo tiempo, relaciones espantosas de la insurreccion de Junio se propalaban por los campos, en donde la ignorancia les daba asilo. El aldeano cuida mas de su cabaña y su fanega de tierra que el rico de sus millones, pues que regularmente le cuesta mas trabajo llegar á poseerla. El capitalista creyó que la República era la guerra á la familia, á la religion, la confiscacion de la propiedad. No faltaba sino esto, para que la República fuera condenada.

La monarquía de Julio legó á la República una situacion financiera empeñada. El nuevo gobierno tenia que escoger entre la bancarota, ó unos impuestos que aniquilarian el país. Era honrado y se preocupaba del honor financiero de la Francia. No titubeó un momento. Los cuarenta y cinco céntimos fueron propuestos. Pero la República suicidábase al hacer esto; imitaba el heroismo de Curcio: arrojábase en el abismo. Los que pagaban el impuesto no se preguntaban si la República era culpable del aumento en las cargas públicas: solo veian que desde su advenimiento eran mayores las contribuciones.

Y esto sucedia precisamente en ocasion en que el impuesto aún sin ser aumentado, haciase mas pesado que nunca. No habia llegado la época en que el establecimiento de los caminos de hierro

y los progresos de la industria, habian de estender en tan grande escala la riqueza nacional. La menor inquietud hacia ocultarse el numerario y desaparecer el crédito. El primer efecto de la revolucion habia sido engendrar una crisis financiera, siendo preciso ordenar el curso forzoso de los billetes de Banco. Los fondos públicos sufrieron una baja extraordinaria. No habiendo confianza, todo lo que vivia del crédito se halló arruinado de un golpe. La industria y el comercio languidécian cruelmente.

Las quiebras se multiplicaban entre los comerciantes mas honrados. Estando el capital oculto, el trabajo no encontraba empleo. Los productos de la agricultura, esa riqueza natural de la Francia, no encontraban salida sino á bajo precio, la oferta excedia á la demanda; siendo la angustia general, cada cual disminuia sus gastos. ¿Qué gobierno hubiera resistido tantos motivos de disgusto? El partido republicano, que habia obtenido la mayoría, en las elecciones de la Asamblea constituyente en 1848, no obtuvo sino minoría en la legislatura de 1849. La República estaba perdida. No se trataba sino de saber quien la habia de reemplazar. Su duracion consistiría en las divisiones de sus adversarios, los cuales ansiaban su ruina. La presa estaría indivisa, hasta que llegara el dia en que uno de los asociados fuera bastante fuerte para hacerse cabeza del leon.

Es una historia triste la de la Asamblea legislativa, la mas triste quizás en los anales de la Francia. Orleanistas y legitimistas, hallándose con mayoría en el Parlamento de 1849, no soñaban sino en destruír, cada cual en provecho suyo, la actual forma de gobierno. ¿Quién triunfaria? ¿Qué trono restablecerían? La reunion de la calle de

Poitiers fué el centro de la conspiracion. A pretesto de defender los grandes principios sociales, orleanistas y legitimistas combatian unidos las instituciones republicanas. El clero, hábil en explotar las situaciones, haciase el intermediario de las alianzas, y, naturalmente, recogia los mejores beneficios. La religion habíase vuelto, segun ellos, el gran instrumento de la conservacion social. La Asamblea votaba la ley del 15 de Marzo de 1850 sobre la libertad de instruccion, lo cual era una ventaja para las congregaciones. Los conventos que habian encontrado en la monarquía de Julio un adversario á sus usurpaciones, veíanse ahora libres. ¿No eran ellos tambien enemigos de la República y de la libertad? La campaña contra el libre pensamiento, contra el espíritu del siglo, bajo todas sus formas, continuaba. Cerraron los clubs, restringieron la libertad de la prensa, votaron la ley de 1849 sobre la buhonería. No quedaba sino atacar el gran enemigo comun, el sufragio universal. Osáronlo en fin, y votóse la ley de 31 Mayo 1850.

El partido republicano parecia haber jurado la ayuda de sus adversarios. Veíase que la fortuna les abandonaba y perdieron la sangre fria en el momento en que era mas necesaria que nunca. Tenia grandes y poderosos oradores, vehementes tribunos, admirables tenores, pero nó hombres de Estado. Los mas violentos eran los mas escuchados, los que tenian mas influencia. La disciplina era necesaria. Bastaba pronunciar algunas palabras, evocar ciertos recuerdos para hacerla desaparecer, y todo esto sucedia cuando algun adversario tenia interés en ello.

El mútuo disgusto entre los republicanos y sus enemigos habia llegado al último estremo. Todos

los dias habia interpelaciones, asuntos personales, escenas de pugilato. En el momento en que un lado de la Asamblea votaba en cierto sentido, el otro le hacia la contra, sin darse cuenta de por qué obraba así. La sola diferencia consistia en que la provocacion partía casi siempre del campo de la reaccion.

El país asistia á este triste espectáculo y lo juzgaba severamente. La República se desacreditaba y con ella el gobierno parlamentario sin darse cuenta de ello. ¿Quién se encargaria de defender la representacion nacional, imágen de la soberanía del país, si, aprovechando la division de los partidos, algun ambicioso se arrojaba sobre la Francia.

Pero esto no lo veian. El mismo Mr. Thiers, el jefe de la calle de *Poitiers*, gritó cierto dia: «Señores, han establecido el Imperio». Para tener buen éxito en la empresa, bastaba un aventurero, audaz, diestro y sin escrúpulos. Y bien! este aventurero habíase presentado, se llamaba Napoleon, y nombróse presidente de la República. Era el sobrino del hombre de Marengo y Austerlitz. La leyenda napoleónica habia avanzado durante treinta y cinco años. Habian olvidado el espantoso despotismo interior, las generaciones sacrificadas, la Francia arruinada y finalmente mutilada; no pensaban en Waterloo sino esperanzados en vengarle. Poetas é historiadores habian celebrado la *Columna* y las victorias que recordaba. Napoleon aparecia en una aureola resplandeciente. Bonapartistas y republicanos habian combatido la restauracion; los nobles, la monarquia absoluta. Luis Felipe creyó ser hábil trabajando en levantar el culto del Imperio en los ánimos, para excluir y arruinar el culto del derecho divino. Condujo á Francia las

cenizas del héroe, para responder en 1840 á las amenazas de la Coalicion.

Era heredero de un nombre ilustre, y creia tener su estrella. Dos veces probó, bajo Luis Felipe, en dar un golpe de fuerza, y dos veces el ridículo de estas tentativas salvaron su cabeza del merecido castigo. La República de 1848 tuvo el candor de abrirle las puertas de la Francia, y el entusiasmo popular, poniendo en su nombre su esperanza, hizo de él el presidente de la República. En este puesto conspiraba hacia tres años, como habia conspirado toda su vida; pero esta vez hacíalo contra el Gobierno de que era gefe, al cual habia prestado el juramento de respetar.

Supo aprovechar las divisiones de la Asamblea. Al mismo tiempo que, por la expedicion de Roma, por las ostentaciones de piedad y por la ley de Marzo 1850, captábase la simpatía clerical, lisonjeaba las violencias reaccionarias de la derecha haciendo votar la ley de 31 Mayo; y por este mismo voto, preparábase á conceder al pueblo la integridad del sufragio universal. Mientras tanto gobernaba la Francia como dueño de ella, llenaba con sus partidarios las diversas administraciones y atraia hácia él los ambiciosos. Organizaba hábilmente la policía, adulaba la armada, confiaba las tropas de Paris á hombres seguros y el ministerio de la Guerra á soldados despreocupados. Una prensa dócil á quien pagaba, preparaba los ánimos á soportarlo todo. En la Cámara, los ministros del Presidente trataban de aumentar los aborrecimientos y agriar las discusiones. Y cuando se hallaban bien irritados los dos partidos en que se dividia la Asamblea, cuando la representacion nacional hallábase desacreditada, cuando el maquiavelismo hubo terminado su obra, cuando la Francia,

fatigada de las discordias, descorazonada de la libertad por los debates estériles, sufriendo en todos sus intereses, languideciendo su comercio, su industria, su agricultura, resignándose á sufrirlo todo con tal de que en ello consistiera el reposo, entonces, una noche de Diciembre, el príncipe Luis ejecutó el golpe que tanto habia meditado. Algunos centenares de vecinos probaron resistir en Paris: la metralla hízoles justicia. El fusilamiento del boulevard Montmartre se encargó de inspirar á todos un terror saludable. Algunas cabezas ardientes tomaron las armas en los departamentos para defender la violada legalidad. Las columnas móviles les hicieron entrar en razon.

La proscripcion arrojó de Francia á los gefes de los diversos partidos políticos, sobre todo del republicano: las Comisiones libertaron á Paris y la provincia de los hombres peligrosos y de los caractéres demasiado independientes. Los mismos que conservaban algun amor á la libertad inclinaron la cabeza ante el gefe: los que pedian solamente la paz, algo de estable aunque fuera á cualquier precio, depositaron en la urna, sin entusiasmo pero sin repugnancia, el «*si*» que les ponian en la mano, y fundóse el segundo Imperio.

¿Sería este ya el gobierno definitivo de la Francia?

CAPITULO SEXTO

El segundo Imperio.

Luis Napoleon presentóse como salvador social. El *Espectro rojo* de Romieu, el célebre prefecto de la Gironda, habia precedido al golpe de fuerza del 2 Diciembre. Decian hallarse amenazados la religion, la propiedad y la familia por las sociedades secretas de socialistas é incendiarios: una vasta asociacion de malhechores cubria la Francia. Un hombre providencial venia á protegerla; á poner las ciudades y cabañas al resguardo del pillage, de la devastacion, de la muerte; á salvar al país una vez mas del hierro y del fuego.

«Que los buenos se tranquilicen, decia, y que los malos tiemblen». Si habia en los ánimos alguna agitacion, la paz pública no estaba, sin embargo, en peligro. Los que habian hecho las jornadas de Junio, ne tenian ni la fuerza ni el deseo de volverlas á empezar; y la prueba es que ni soñaban resistir el golpe de Estado. Lo que el Imperio salvó sobre todo, fué la fortuna personal del príncipe Luis, la que se habria hallado bastante comprome-

tida, si, fiel á su juramento, hubiera esperado a terminacion de sus poderes presidenciales.

El golpe de Estado fué una revolucion política y nó otra cosa. El heredero de Napoleon era un pretendiente al trono de Francia, y esto sabíase largo tiempo há. Sus sueños de oro eran restablecer el gobierno, al cual dió nombre su tio. Sinó un cierto número de imbéciles y medrosos, nadie pensaba sériamente que Catilina se hallara á las puertas: pero todo el mundo, escepto los republicanos ardientes, veia que la Francia no tenia gobierno establecido, todos sufrian en sus negocios é intereses, viendo próxima una colision de los partidos disputándose la posesion de la Francia; un pequeño número tan solo podia decir que deseaban el triunfo. Así, cualquiera que fuere el desenlace, en el momento que la suerte le favoreciera, seria aceptada por la mayoría. Los plebiscitos de 1851 y 52 no necesitan otra esplicacion.

No impunemente presencia un país seis revoluciones en el espacio de sesenta años. Es preciso tener convicciones invariables y caracteres sólidamente templados, para que una fé política sobreviva á tantos cataclismos. El porvenir en tales momentos pertenece á los aventureros. A condicion de inspirar alguna confianza, el primero que se presente, aun siendo el peor, puede tener la seguridad de ser aceptado por una mayoría indiferente á toda doctrina. La violencia no puede perjudicarle: si inspira indignacion en las almas generosas, inspira por el contrario temor en las almas degradadas. El perjurio se llama habilidad, el destrozo, energía. La admiracion de la fuerza brutal es la última á que rinden culto los que han perdido toda fé política. El malvado que ha sabido conseguir lo que pretendía, pasa por un héroe.

La indiferencia; tal era la enfermedad de que se hallaba atacada una parte de la nacion. Por primera vez en 1852 apareció en las clases superiores de la sociedad francesa, entre las que tenian como derecho esclusivo la resolucion de todos los negocios públicos. El cansancio producido por una série de convulsiones políticas, la desilucion y el desaliento, efecto natural de esperanzas engañosas, y mas que todo, el decaimiento de los caractéres, el excepticismo, fruto de una educacion fatal, la debilidad moral, consecuencia de la sobreescitacion de los ánimos, tales eran las causas principales de esta indiferencia.

No quedaba fé y energía sino en un solo partido político: en el republicano. Él solo podia disputar á un César la democracia, él tan solo habia hecho resistencia al 2 de Diciembre; así es que este fué el único partido político que el nuevo Gobierno creyó de su deber atacar sériamente. Mientras que desterraba de Francia durante algunos meses á los gefes de los partidos orleanista y legitimista, abriéndoles despues las fronteras, las proscripciones fueron numerosas contra el partido republicano. Casi los únicos periódicos multados ó suprimidos, fueron los republicanos.

Luis Napoleon no temia la oposicion impotente, ni la guerra de epigramas en las academias, quintas, castillos y salones.

El Imperio comprendió que despues de la gran revolucion, despues del advenimiento del sufragio universal, sobre todo, no era posible en Francia el gobierno de castas. Presentose como restaurador del sufragio universal, é hizo inscribir á la cabeza de su constitucion los principios del 89. Mientras que con notable habilidad é inteligencia de las aspiraciones de la época, ponia á su lado

los intereses; mientras que estudiaba el modo de favorecer los caminos de hierro y el telégrafo, esos dos nuevos y maravillosos instrumentos del progreso material, recientemente descubiertos; mientras que daba un gran impulso á la actividad industrial, agrícola y comercial de la nacion; mientras que se proporcionaba el apoyo del clero persiguiendo la Universidad y haciendo callar el libre pensamiento, mientras que decia al vecindario, dispuesto á escucharle y á no pedirle cuentas: «enriqueceos y gozad en paz, yo estoy aquí para protegeros contra todos los apetitos y aborrecimientos del pueblo»; mientras tanto, el Imperio formulaba á los ojos de la democracia otra diferente doctrina, destinada á reunir los sufragios populares: «yo soy, decía, la Francia moderna, hija de la revolucion, que admite todas sus máximas y conquistas. Deseo manumitir al labrador, al obrero: al uno, facilitándole la posesion del terreno; al otro, asegurándole el trabajo, protegiéndole contra los deseos inmoderados de los patronos. No mas clases favorecidas opresoras de las demás! Llegó el tiempo de la igualdad absoluta. Las leyes son las mismas para todos, todos los sufragios pesan de igual modo en la balanza electoral. El número asegura á los pobres, á los pequeños, á los trabajadores, la mas grande influencia social y política. Aldeanos, obreros, no temais por mas tiempo la dominacion de los señores. El pais está en vuestras manos. Napoleon ama al pueblo como el pueblo ama á Napoleon. A la cabeza, César, el padre de todos, queriendo su bienestar, y siendo bastante poderoso para que su voluntad sea obedecida, manteniendo el órden, protegiendo la Francia contra el esfuerzo de los antiguos partidos; bajo él, todos los franceses igua-

les, resolviendo con la mayoría de los votos las cuestiones que les interesen; ¿no es esta la verdadera forma de la democracia?»

En esta nueva organizacion, el César lo era todo, y la nacion nada. Bajo el régimen de Julio, la responsabilidad ministerial garantizaba la eficacia; en el establecido el 2 Diciembre no existia esta responsabilidad; los ministros dependian del soberano. Este hacíase cargo de la responsabilidad; pero habian olvidado indicar de qué manera tendria ejecucion, ni qué consecuencias acarrearía. El verdadero nombre de esta responsabilidad es la perfecta irresponsabilidad.

El soberano se hallaba investido de poderes como nunca tuvo rey absoluto. Podia en ciertas ocasiones dar decretos que tuvieran fuerza de ley; podia declarar la guerra ó firmar la paz y empeñar al país en aventuras que habian de comprometerle, y todo sin consultarle. El sufragio universal tenia la palabra tan solo en ciertas ocasiones; cuando abdicaba y ponia su soberanía en manos de un hombre; cuando se presentaban las elecciones de la segunda Cámara. pues que la alta la nombraba el soberano. Y el sufragio universal, ¿como nombraba esta Cámara? El gefe designaba los candidatos y los recomendaba á la nacion. Los alcaldes convertianse en meros agentes de policía para apoyar los pretendientes adictos y combatir por todos los medios, desde la presion hasta la corrupcion, á los candidatos independientes, si tenian la osadía de presentarse.

El Imperio aceptaba como servidores á aquellas personas dispuestas á acatar todos sus actos. No habia persona de suficiente importancia, para dar su opinion en asunto alguno. Mientras que la prensa hallábase pendiente de las advertencias y

supresion, la tribuna política habia desaparecido. Los mismos que eran llamados á representar la nacion, no tenian derecho á que escucharan su voz.

¿Dónde estaba, con régimen semejante, la soberanía nacional? ¿Dónde el poderío de la pública opinion? El verdadero nombre que cuadraba á tal gobierno, era el despotismo. Todo procedia del jefe, todo convergia hácia él. La razon primera y última del Imperio, era el Emperador. Que mirasen la Francia tanto en el interior cuanto en el exterior, veríanla encarnada en un solo hombre.

Que semejante sistema político se hubiera establecido, bien fuera en épocas en que la humanidad estaba cansada de la libertad ó cuando semejante ideal no habia penetrado aún en los ánimos, entre esas razas asiáticas en que los hombres no son sino rebaños, nada mas admisible; pero, gracias al cielo, la Francia no era así. Conoció la libertad, y la mayoría no separóse un momento de semejante ídolo, sin perder la esperanza de que llegara un dia en que los demás le acataran. El país que habia dado al mundo la señal de manumision, no podia abdicar en las manos de un solo hombre, en pleno siglo XIX y sesenta años despues de la gran revolucion. Napoleon III lo comprendía así. No se hacia la ilusion de que el Imperio autoritario pudiera durar siempre, y cuando mas tarde la prosperidad material de la Francia, el prestigio de las victorias de Crimea é Italia, afirmaron, segun él creia, su dinastia, aflojó el freno y ensayó el vivir con la libertad. Devolvió al Cuerpo legislativo la publicidad de sus acciones, á sus miembros una aparente iniciativa, á la prensa una sombra de independencia.

Hubiérale sido difícil obrar de otra manera. El carácter nacional reaparecia; el recuerdo del espantoso terror de 1852 y 53 comenzaba á borrarse de la imaginacion y era imposible renovarlo. Una nueva generacion se presentaba. Era preciso, ó hacer de cada uno de sus miembros un implacable enemigo, ó darle lo que estaba unánime en reclamar: la libertad.

El mal era que esta libertad no podia realmente concederla el Imperio; y así hallábase colocado entre esta doble y fatal imposibilidad: ó permanecer sin la libertad ó vivir con ella.

No podia vivir con ella, porque este Imperio tenia por orígen el crímen, y la sangre derramada el 4 Diciembre, tanto en Paris cuanto en provincias, la legalidad violada, el perjurio, la deportacion, la ruina de familias honradas. No podia dejar que enseñaran á la nueva generacion su advenimiento ni menos que la discutieran. No podian decir por medio de qué maldades hubo de establecerse el Imperio, sin sublevar contra él la conciencia humana. El dia en que, en la tribuna ó en la prensa, pudieran levantar la cortina y presentar ante los ojos su pasado, se veria perdido.

No podia aceptar la libre discusion ni de su principio, ni de sus actos. Napoleon no se podia acostumbrar á ser, bajo el nombre de Emperador, un presidente constitucional de República, acatando las voluntades del país. Muy lejos de eso, creíase descendiente de los Césares y un hombre providencial enviado por el cielo para salvar las naciones. Queria gobernar personalmente y á su gusto, y á este objeto habia hecho el 2 Diciembre.

El Imperio decia apoyarse en los principios de 1789, y era por el contrario la negacion; decia tener por base la soberanía nacional, y era la confisca-

cion de esta soberanía en provecho de un hombre. Sus medios de gobernar eran sucesivamente la violencia y la corrupcion.

Temia á todas las opiniones, por que todas confinaban en la libertad.

El atentado que el Emperador meditaba no pudo tener buen éxito sino con el concurso de numerosos cómplices. Despues de verificado el golpe, todos reclamaban su parte en el botin, puesto que le habian seguido pendientes de esta esperanza.

Aventureros reclutados de todos los puntos de Europa, llegaban para ponerse á sus órdenes. Todos necesitaban dinero; los unos tenian sed de honores, de condecoraciones; los otros querian destinos, una parte de autoridad. Era preciso satisfacerles; ellos tan solo hallábanse comprometidos. Ministros, senadores, diputados, prefectos, hasta los comisarios de policía querian, segun la fuerza de sus dientes, su hueso que roer. Preciso era contentar sus apetitos, cerrar los ojos para no presenciar sus vicios, sus vergonzosas operaciones financieras, sus especulaciones, sus privadas inmoralidades, sus abusos del poder.

Hé aquí en qué condiciones se presentaba el Imperio para sostener la prueba de la libertad. No podia aceptar la discusion leal y sincera sobre ningun punto de doctrina ó de hecho, pues que el hacer luz sobre ellos era condenarlo. En este espacio de tiempo, desde 1860 á 1870 no ejercióse sino una política de hipocresía; bien fuera cediendo en apariencia, cuando fué imposible resistir por mas tiempo; ó probando de recobrar lo que habia abandonado, tan pronto como tuvo la esperanza de ser el mas fuerte.

La oposicion fué desde el primer dia anti-dinástica; trabajó abiertamente á la ruina del gobierno.

Hacia la guerra, no á los ministros, pues que no componian nada, sino al soberano, al mismo régimen político. Era implacable, irreconciliable. Evocaba en todas ocasiones el espectro de Diciembre. Decia ser la reivindicacion de la conciencia y la soberanía nacional contra la usurpacion, contra el crímen. No ocultaba sus ideas republicanas, ni sus trabajos para restablecer esta República, á la cual habia jurado fidelidad el presidente, para mas tarde asesinarla cobardemente. Jamás habíanse oido en la tribuna francesa una série de discursos tan notables. De todo se aprovechaban los elocuentes defensores de la libertad para arrasar la fortaleza imperial, la descarada presion de los funcionarios en las elecciones, defraudando el sentido del sufragio universal; los abusos del poder en los ministros ó sus agentes; los escándalos financieros; los fantásticos cuentos del prefecto del Sena; la maquiavélica política exterior, enagenando la Europa; las expediciones á lejanas tierras, como la de Méjico; la hipocresía religiosa; las persecuciones contra la prensa; los gastos ruinosos é improductivos, y en suma, todo el cortejo de vicios y violencias que al despotismo acompañaban. A despecho de las habilidades y sofismas ministeriales, era vencido cada dia mas, en esta incesante lucha. Procuraba ingeniarse para encontrar nuevos artificios á fin de levantar nuevamente el poder personal; modificaba á cada momento el papel del Parlamento, ó el personal de sus ministros y á veces hasta la misma Constitucion. Obligado por los ataques que volvíanse de dia en dia mas numerosos y formidables, todo el mundo comprendia que no podria continuar por mas tiempo este doble juego.

El imperio debilitábase, el emperador se ave-

jentaba. Aquellos que creyeron un dia en su génio, empezaban á dudar. La frase de Mr. Thiers volvíase mas y mas verdadera: Napoleon III era en el fondo una gran incapacidad desconocida. Una nueva generacion habia crecido, y Mr. Rouher vióse obligado á reconocer que la mayoría de los que ayudaron al establecimiento del Imperio con sus votos, habian muerto. La mayor parte de los jóvenes aplaudian á los oradores de la oposicion. Los *Cinco* habíanse vuelto en 1863 los *Cuarenta y dos*. Y esto se vió de un modo mas palpable en 1869. Casi la mitad de la Francia votó contra los candidatos oficiales.

La política exterior tambien habíase entregado á una gran melancolia: á las expediciones de Crimea é Italia, sucedió la desastrosa y humillante espedicion de Méjico. Por otras varias causas, veiase una colision inevitable y próxima entre la Prusia y la Francia.

El Imperio llevaba el peso de estas desgracias, y, sin ser profeta, podia preveerse su próximo fin. En vano probó de rejuvenecerse para la comedia del Imperio liberal en 1870 y el plebiscito que le siguió. El plebiscito, apesar de su éxito, no cambió en nada la situacion de los partidos. La cuestion se presentó de manera que el país no pudo dar una franca respuesta; y por otra parte, ¿cuantos artificios de todo género no habian puesto en obra para alterar el sufragio y la sinceridad? ¿Cuantos equívocos no habia en el plebiscito? ¿Cómo tener la osadía de pretender que todos aquellos que dijeron «*si*» eran partídarios del Imperio y aprobaban su política? Una cosa tan solo era segura; que el Imperio tenia 1.500,000 enemigos.

La nueva Constitucion no habia cambiado en nada el principio del régimen imperial. Con al-

gunas astucias maquiavélicas, el Cesarismo continuaba en su importancia. El Emperador podia declarar la guerra cuando lo deseara; la candidatura oficial subsistía; la libertad de la prensa hallábase rodeada de trabas. El Imperio creyó haber dado demasiada libertad, y esperaba una ocasion propicia para volver á conquistar su antigua dominacion. Pero la Francia de 1870 no podia soportar lo que la Francia de 1851. Estaba cansada del poder personal, y era evidente que la lucha no se detendria en mitad del camino. O Napoleon III consentiría, (lo que no podía suceder) á no ser mas que un soberano constitucional, ó era preciso que el Imperio desapareciera. Napoleon no procuraba sino la caida que repugnara menos.

Todo el mundo recuerda la que escogió y como fué arrastrada la Francia hácia el abismo, al mismo tiempo que el Imperio. Jamás habíase visto un gobierno que habiendo durado diez y ocho años, estuviese menos arraigado en el país. Separóse de la Francia, como un miembro gangrenado se separa del tronco sano. Nunca se presenció una revolucion semejante á la del 4 de Setiembre. Ni una gota de sangre se derramó tanto en Paris cuanto en provincias. Fué la revolucion del desprecio y del patriotismo. Ni un ofrecimiento en favor de la caida dinastía, ni una protesta se dejó oir: y mientras que el príncipe imperial entraba en Bélgica; mientras que un convoy prusiano conducia hácia Wilhelmshœhe al prisionero sin gloria de Sedan, la emperatriz, abandonada de sus cortesanos, pedia refugio en casa de un dentista americano.

La Francia, despues de Poitiers, fué mas fiel que nunca al rey Juan. La Prusia, despues de 1806, fué mas amante de su monarca. Francisco José

no fué jamás tan popular en Austria, como fuélo despues de los desastres de 1866. ¡Qué contraste y qué leccion en la Francia de 1870!

CAPITULO SÉPTIMO

Desde 1870.

¿Hay necesidad de referir la historia de estos últimos siete años? No han sido todos los franceses, grandes y pequeños, jóvenes y ancianos, tanto actores, cuanto espectadores? Necesitamos que la comenten ó espliquen?

El partido republicano habia aumentado durante los últimos años del Imperio: ocupaba en el cuerpo legislativo la mayoría de los asientos de la oposicion. En la Cámara, los Julio Favre, los Julio Simon, los Ernest Picard, los Pelletan, los Magnin, los Gambetta; en la prensa los Peyrat, los Jourdan, los Delord, los Ferry, los Brisson y los Rochefort pertenecíanle; podia reivindicar como suyos los nombres mas ilustres. Todo esto, unido á la fuerza de las circunstancias, fué causa de que se aclamara la República el 4 Setiembre de 1870. Ninguno protestó contra ella. En Paris, como en Tours y mas tarde en Burdeos, el nuevo estado de cosas, tomó el nombre de gobierno de la defensa

nacional, y ninguno de sus actos desmereció de tan bello proposito. Si apesar de su buena voluntad y esfuerzos, fué vencida; si Paris capituló obligada por el hambre; si la Francia confesó su derrota, abandonando al vencedor la Alsacia y Lorena, es preciso confesar que la República luchó mientras la lucha fué posible, y salvó, á precio de mil ruinas, cuanto pudo del honor francès.

Desde el 8 Febrero 1871, reapareció la eterna cuestion política, presentada por vez primera, noventa años há. ¿Cuál será el gobierno de la Francia? A decir verdad, desde el 4 Setiembre, á despecho de la invasion extrangera, planteóse esta cuestion. Los republicanos al defender de todo corazon la Francia, no olvidaban por esto á la República; decian: si la República triunfa, será definitivamente establecida. Los enemigos de ella no olvidaban esto, y el espíritu de partido tuvo en jaque al sentimiento nacional durante el invierno de 1870, profetizando desastres y malas noticias.

Cuando la salud de la pátria consistía en la union de todos los buenos franceses, el partido monárquico, (único que existía entonces, pues que el bonapartista, tan arrogante otras veces, doblaba ahora la frente ante la vergüenza), el partido monárquico era de oposicion: trabajaba para esparcir la desesperacion y el desaliento.

Las elecciones habian dado mayoría á los adversarios de la República. Háse observado varias veces, que en el fondo de toda eleccion popular, no se encuentra sino la respuesta á la cuestion que preocupa los ánimos. El 8 Febrero 1871, era la cuestion de la paz ó la guerra. La Francia estaba cansada de una lucha desigual; sentía, sinó el término de toda posibilidad de resistencia, al

ménos, falta de energía bastante para resistir. Queria la paz á toda costa, aunque fuera desastrosa y humillante. Para ella, los candidatos republicanos significaban: la guerra sin cuártel contra la invasion, el pillage del extrangero, el derramamiento de sangre: los candidatos anti-republicanos significaban la paz.

La Francia agotada, votó por los candidatos de la paz: la mayoría de los miembros de la Asamblea nacional fueron enemigos de la República. Les hicieron el triste honor de pensar que el vencedor les encontraria complacientes en todo lo que exigiera.

Si los miembros de la Asamblea nacional hubieran sido leales y no resueltos á abusar del mandato que les estaba confiado, habrian reconocido que una vez firmada la paz, su mandato habia concluido, y se hallaban obligados á decir al país: «Se acabó la mision que nos estaba confiada; nuestra obra ha terminado. Trátase ahora de reorganizar la Francia, y darle el gobierno que desee. Francia, haz conocer tu voluntad, designando ahora los constituyentes.» Pero las cosas, que moralmente debían marchar de este modo, variaban considerándolas políticamente. La Asamblea nacional aprovechando aquel estado de cosas no tuvo sino un pensamiento: eternizarse y hacer en nombre del país, todo lo que satisfaciera sus propias pasiones.

Tuvo presente el mal que habia ocasionado el Imperio á la Francia, y por un voto, contra el cual tan solo cinco voces protestaron, proclamó su eterna proscripcion. Por otra parte detestaba la República. Hubiera deseado ordenar tambien su abolicion.

¿Pero, por quién y con qué reemplazar á la República?

Los partidarios de la monarquía legitimista se hallaban en número igual á los de la orleanista en la Asamblea; los republicanos, aunque en minoría, eran sin embargo bastante numerosos para impedir el triunfo de uno ú otro partido. Tenian que renunciar á toda esperanza de triunfo inmediato. Dejóse para el porvenir la solucion definitiva del problema político. La República, que existia de hecho, fué aceptada, pero á titulo provisional y Thiers fué nombrado Presidente. La Asamblea se atribuyó la mision de no separarse sin haber regularizado los destinos políticos de la Francia; antes de haber votado una Constitucion, aceptó la proposicion del Presidente, de ser al menos «*la prueba leal*» del régimen establecido.

Un gran hecho tuvo lugar. Las elecciones de Julio 1861 sobrevinieron. Ciento cincuenta asientos próximamente hallábanse vacantes. Fué preciso ocuparlos.

Esta vez, la paz ó la guerra se resolvió.

La cuestion á la cual habia contestado el pais, era esta: «¿Cuál será el Gobierno, cuáles las instituciones políticas de la Francia?»

Y el país, nombrando 114 republicanos, demostró hallarse cansado de las monarquías y los imperios, y, pues que la República hallábase establecida, creia de su deber conservarla. Tal habia sido su respuesta, el dia siguiente del formidable alboroto de la Commune. No se limitó á espresar esta voluntad solamente el 2 de Julio: cada vez que se consultó al país en las elecciones parciales, eligió candidatos republicanos. Era imposible contrariarle: la corriente de la opinion era partidaria de la República definitiva, tanto mas enérgica, cuanto que habian ensayado vanamente de hacerle la guerra.

El presidente de la República observaba esta corriente y dijo que el porvenir sería de los mas cuerdos, cuyas palabras no fueron olvidadas por los republicanos. No mostrábanse estos menos disciplinados en la Asamblea y cada dia un miembro del Centro uníase á ellos, considerando, que si bien no habia deseado anteriormente la República, era en la actualidad el gobierno mas práctico y aceptable. Los republicanos, fuera de la Cámara, no eran menos sensatos. Su jóven jefe, el que ocupara un dia el primer puesto en la Defensa nacional, Gambetta, en discursos escuchados por todos, hacíase el gran propagador de esta templanza. Thiers creyó llegada la hora de terminar aquel gobierno provisional. Pensaba que el «*ensayo leal*» habia durado bastante. Conocia que la «tregua de los partidos» era una vana ficcion, pasada la hora de los graves peligros. Rogó á la Asamblea escuchara los deseos del país, para rodear de este modo al poder ejecutivo de definitivas instituciones constitucionales.

La mayoría no queria darle oidos. Hallábase en la imposibilidad de establecer una monarquía, y por otra parte no queria la República. Thiers insistia, la derecha y el centro derecho resistian. La lucha se entabló por fin. Hicieron diligencias cerca de Thiers para que se separara de la izquierda, y, segun le decian, para que inclinara el gobierno á la derecha; mas él rehusó. Tener en contra al gobierno y la opinion pública era demasiado! La República ganaba mas terreno cada dia y si pensaban hacerle la guerra por cualquier medio decisivo, manifiestamente volveríase inevitable. Para imprimir otra direccion á los ánimos, era preciso apoderarse del gobierno, inclinar contra el partido republicano cada dia mas fuerte, contra su

cómplice el país, á todas las fuerzas administrativas, establecer, en una palabra, el «gobierno de combate». Puesto que Thiers habíase opuesto á hacer este papel, era preciso derribarle. Mientras él mandara, era imposible cualquier ataque á la República. Bien se sabe como lo consiguieron. Imaginaron el «peligro social» precisamente en ocasion en que un empréstito de tres mil millones, cubierto cerca de catorce veces, acababa de demostrar la confianza que la Europa tenia en el crédito de la Francia; uniéronse todas las oposiciones políticas, todos los ódios particulares contra el presidente, adularon todas las mezquinas codicias individuales, é hízose el 24 de Mayo.

El 24 de Mayo no se ocupó en manera alguna de conjurar el «peligro social» pero sí de atacar el republicano. Cubriose la Francia de funcionarios hostiles á la República, desplegaban los rigores del estado de sitio contra la prensa republicana. Ocupábanse en restablecer la monarquía. El partido bonapartista no contaba en la Asamblea sino con pocos representantes. Los realistas hallábanse divididos. El centro derecho y la derecha tenian un número igual de miembros. Si hubieran conseguido reunirlos en una accion comun, la obra habria tenido buen éxito. El ministerio era del complot, el nuevo presidente dejaba que trabajaran. El país mostraba pocas simpatías por el reinado, mas ¿qué importaba? Que la Asamblea, en nombre de la soberanía nacional puesta en sus manos, votara el restablecimiento del trono, el gobierno, armado de la fuerza, lo impondria á la Francia y venceria, si preciso era, la resistencia.

Mas, para que las opiniones del centro derecho y de la derecha se uniesen, era preciso que les

precediera la reconciliacion de la familia de los Borbones.

Persuadieron á uno de los pretendientes, y el conde de Paris marchó á Frohsdorff.

Bien conocidos son los detalles de la «fusion», y la pompa con que fué anunciada, abortando miserablemente, pues el conde de Chambord no quiso aceptarla.

Mientras creyeron establecer la monarquia, no habian cesado de repetir la necesidad de terminar con aquel gobierno provisional Despues quisieron volver á él pero les fué imposible La esperanza del país estaba sobreescitada: era preciso hacer algo; y los republicanos decian: «Pues que no habeis podido levantar la monarquía, establezcamos la República, único órden de cosas posible» Hicieron el Setenado. Pero el mando del mariscal Mac-Mahon, aunque asegurado por espacio de siete años, no era un gobierno, pues carecia de instituciones que rodearan y definieran los poderes del jefe ejecutivo. La derecha se defendió durante quince meses contra la inevitable fuerza de las circunstancias. Hizo y deshizo ministerios, agotó las medidas dilatorias y procuraba que pesara sobre el país una administracion violenta. Pero, este, sufrido y resignado, reclamaba en nombre de su misma paciencia el establecimiento de un gobierno definitivo. Los ánimos templados de la Cámara hacíanse partidarios de la República, ante estas manifestaciones unánimes de la nacion. La Asamblea, despues de cinco años, imponíase al país; este reclamaba largo tiempo há, ó que determinara algo, ó que confesara su impotencia. Apareció la famosa enmienda Wallon y la causa de la República fué ganada por mayoría. Todo lo que pudo obtener la oposicion monárquica, fué in-

troducir en la Constitucion del 25 Febrero ese artículo 8 del cual tanto se ha hablado, y que admite una revision para el año 1880.

De derecho como de hecho, la República existiria en adelante. El Gobierno no se hallaba en manos de sus enemigos. Las elecciones generales tuvieron lugar, llevando á la Cámara de los diputados una importante mayoría republicana. El gefe del gabinete, candidato en cuatro circunscripciones, no pudo obtener un asiento como representante en la representacion del sufragio universal. Esto sin embargo, la reaccion no perdia la esperanza. Gracias á la presion administrativa, disponia de alguna mayoría en el Senado. Pasados unos cuantos meses de aparente sumision, la batalla empezó de nuevo: el 16 Mayo prosiguió la empresa del 24.

La Cámara fué disuelta. la Francia sufrió durante cinco meses el gobierno mas despótico, vejatorio y menos escrupuloso que hasta entonces habia conocido. Soportó la tiranía con una tenacidad paciente, pero invencible; cuando el país habló el 14 Octubre, el Gobierno rehusó someterse, resistiendo durante dos meses, y jamás nacion alguna hallóse mas cerca de un golpe de Estado y una guerra civil. Era preciso renunciar por lo tanto á una resistencia tan insensata como criminal.

El 14 Diciembre tuvo lugar la sumision del poder ejecutivo rebelde á la decision del país. El presidente volvió á desempeñar el papel irresponsable del cual no debió apartarse. La Francia republicana fué gobernada por un ministerio republicano, homogéneo, sacado del Parlamento, sostenido por su confianza, el cual poseia desde entonces la iniciativa, la independencia y la responsabilidad.

CAPITULO OCTAVO

CONCLUSION DE LA HISTORIA

La Anarquía.

Tal ha sido la historia de estos ochenta y cinco años. La conclusion es fácil.

En 1792, la Francia, semejante á Samson, ha derribado en un violento esfuerzo, el edificio que durante varios siglos le habia resguardado: desde 1792 trabaja, en medio de mil agonías, para levantar otro edificio, el cual pueda servirle de guarida en adelante.

En ciertas épocas ha podido presentarse una cuestion religiosa, social, económica, nacional ó militar, pero la que siempre ha reaparecido y dominado es la cuestion política. La Francia pide al cielo, y á veces al infierno, un gobierno definitivo, y no lo puede encontrar. Como Eneas arrojado de Troya, marcha sobre los mares, en busca de la nueva pátria donde establecer y fijar sus pe-

nates. Ha ensayado el establecimiento del Imperio, de la monarquía hereditaria y constitucional y de la República. Ha conocido horas de entusiasmo y mas de una vez, como Sisifo, creyó haber remontado su roca, desde el fondo del abismo, hasta la cumbre de la montaña. Incesantemente la roca ha caido de nuevo en el abismo, á riesgo de aniquilarle. Pasada la hora de la esperanza y el entusiasmo, ha llegado la desilusion. Cada gobierno, tras un número de años mas ó menos largo, ha sucumbído ante la hostilidad de los unos ó la indiferencia de los otros, no sintiendo su muerte sino sus partidarios. Esta historia de los gobiernos durante cien años próximamente, está reasumida en la imposibilidad de fundar un gobierno.

Yo he llamado á ese estado de cosas la anarquía. ¡Que digan si hay un nombre mas adecuado!

¿Presenciaremos el término de esta anarquía, ó estaremos condenados á verla durar siempre? ¿Está cada francés destinado á ver en el rápido curso de su vida, la sucesion de cuatro ó cinco gobiernos, los cuales creen ser eternos y luego mueren al poco tiempo? Semejante al don Juan del poeta que marcha en busca de un eterno amor, y enamorándose sin cesar de un nuevo objeto, y sin cesar tambien reconociendo su engaño, ¿deberá la Francia ir sin reposo de ilusion en ilusion política? O bien, despues de tantas borrascas, ¿le será dado arrojar el ancla en el puerto deseado?

Hé ahi la cuestion, segun la frase de Hamlet y esto es lo que importa aclarar ahora.

LIBRO TERCERO

LA INDISPENSABLE REPÚBLICA

CAPITULO PRIMERO

La necesidad de resolver el problema político.

¿Existió un medio para apartarse del problema político que perturba y agita al país, que ha ocasionado tantas revoluciones, cubierto el territorio de ruinas, hecho correr rios de sangre, y á veces de la mas pura?

Hemos visto, hace pocos años, una escuela que se llamaba liberal, predicar la indiferencia de forma, y sostener la necesidad de separar las instituciones sociales de las constituciones. «Tomad la libertad, decia, de cualquiera que os la ofrezca. ¿Qué importa el nombre de los gobiernos? Fijaos

tan solo en sus actos. Igual es que la Francia se llame Imperio, Monarquía ó República, con tal que la República, la Monarquía ó el Imperio os dé suficiente paz y libertad.»

Estos filósofos han hablado en vano: su soberbia serenidad no ha podido comunicarse á la muchedumbre que les escuchaba. Apesar de sus exhortaciones, la nacion no ha podido separarse de las fórmulas y nombres que le parecian miserables. Ha continuado apasionándose contra los gobiernos que pretendieron imponérsele; y háse visto una vez mas, que la muchedumbre tenia mas razon que los filósofos.

No es que la forma de gobierno sea indiferente: es que una lógica inevitable une las constituciones políticas y las instituciones sociales y hace tarde ó temprano salir de un régimen político las leyes con las cuales está en armonía; concilia, por ejemplo, el respeto de las libertades individuales, con la autoridad soberana de uno solo. La primera exigencia de toda sociedad es de establecer la forma de gobierno que le satisface. Pueden disgustarse contra este carácter de la humanidad: ¡y qué importa si esto lo ordena la fuerza de las circunstancias! El verdadero filósofo que ha estudiado la Historia, y vé reaparecer un mismo instinto en todas las edades de la humanidad, bajo todas sus formas y renacer en todas las épocas, comprende que es legítimo, y se preocupa en satisfacer sus necesidades en vez de combatirlas.

¡República, imperio, monarquía, nombres vanos, decís, y de los cuales no se ocupan los hombres amantes del verdadero progreso!

Nosotros respondemos con la Historia en la mano: cuestiones importantes, esenciales, decisivas, de las cuales se halla suspendida la vida ó

CAPITULO SEGUNDO

En qué condiciones puede resolverse el problema político.

¿En qué condiciones puede resolverse, una vez surgida la cuestion política? A condicion, ante todo, de que exista en el país una mayoría en favor de un gobierno. Este es el primer punto y en la política como en la guerra, el derecho es poca cosa sin la ayuda de los batallones.

I

Si fuera preciso esperar para establecer un Gobierno que todos los partidos desaparecieran, ninguno se habria establecido en este mundo; pues mientras tanto que un Gobierno no se halla sólidamente asentado, es natural que todos los partidos conserven sus esperanzas y se imaginen que mañana los acontecimientos van á serle favorables. Poco á poco, y cuando ven afirmarse lo que combatido habian, sienten penetrar en sus almas la

desconfianza, viendo cada dia producirse en sus filas una apostasía ó un desfallecimiento; despues de haber afrentado á aquellos que se marchaban con el enemigo, son los primeros á veces en imitarle; el partido vencido cesa de hacer prosélitos entre la nueva generacion; la voz del interés se deja oir, al mismo tiempo que el ánimo duda en la bondad de una causa que la fortuna acusa y que los hombres abandonan. Despues de algun tiempo, no queda en los partidos de oposicion sino las fidelidades obstinadas y las personalidades demasiado comprometidas, que no tienen esperanza de verse bien acogidas entre los enemigos. Estos últimos representantes de una doctrina son á su vez arrebatados por la muerte: el partido vencido vá á juntarse en el pasado á tantos otros desaparecidos, semejante á esas especies animales que el progreso de la naturaleza ha despreciado, y que irán buscando á los curiosos naturalistas de las pasadas edades.

Pero si un Gobierno para fundarse esperase á que los partidos adversos dejaran de existir, ninguno hubiera conseguido su establecimiento, á no contar con una mayoría en la nacion. Y entiéndase que no hablamos solamente de un país de sufragio universal, en donde nada puede hacerse sino en virtud del número, sino de todas las naciones, pues los sufragios no pesan menos cuando se cuenta con ellos, que cuando no.

Engáñase torpemente quien se figura que una minoría puede imponer sus voluntades por mucho tiempo á una nacion. La fuerza puede triunfar un momento, mas sirve de poco para fundar un establecimiento político.

Mientras se ha visto que el despotismo respondia á los deseos de la nacion, el despotismo es

adulado. Tal sucedió en los Imperios seculares del Oriente y tambien en el Romano, pues que la mayoría en una nacion cuando esta se halla en decadencia, tiene sed de descanso engañoso, como la mayoría en una nacion preponderante, tiene sed de independencia.

Cuando el despotismo, por el contrario, ha sido rechazado por la conciencia del país, no le ha servido que el génio ó la gloria le hayan rodeado de algun prestigio; sino que ha caido por tierra. Hánse vuelto hácia el que les restituia cada una de las libertades un tiempo confiscadas. Los ejemplos de este género abundan en los anales del pasado, y nosotros hemos visto no há mucho algunos bastante significativos. La opinion tan solo, esa «reina del mundo» eleva y derriba los gobiernos. Ninguna revolucion tendrá buen resultado si la opinion no está de su parte. Ningun régimen político se funda, si la opinion no le llama antes que haya surgido.

No se deben confundir los partidos políticos con los otros partidos que se agitan en un país; partido liberal, conservador, aristocrático ó demócrata, económico, religioso, son partidos que, léjos de perjudicar á la prosperidad de una nacion, son por el contrario los elementos del progreso. La humanidad es tal, que cada individuo no vé sino una parte de la verdad; se muestra á la vez justo é intolerante para las ideas que no son las suyas, y esta lucha de las diversas opiniones hace dicernir poco á poco la parte de verdad ó error que encierran: el triunfo sucesivo de cada una, establece á la larga el equilibrio sin cesar turbado y hace avanzar á las sociedades en las vías del porvenir. Una sociedad que dejara de contar partidos en su seno, seria una sociedad condenada á la inmovili-

dad, una civilizacion muerta, como nos pintan la civilizacion china.

Todas las demás evoluciones pueden llevarse á cabo por las vías pacíficas.

Que tal ó cual doctrina económica lo establezca, que tal ó cual personaje suba al poder con sus amigos, reemplazando á otros, que tales ó cuales leyes sean modificadas en un sentido reaccionario ó liberal, nada de particular hay en ello, pero los partidos políticos tienen otras ambiciones. Ninguno puede llegar al poder sino por medio de una revolucion. Todo el existente estado de cosas se pone en juego en estas competencias.

A cada mudanza de la autoridad, corresponde una perturbacion en el país.

Es un grave error ó mas bien una credulidad pensar que los partidos políticos puedan abdicar en momento determinado. Los partidos desaparecen, se extinguen; mas no abdican. Los hombres que han entrado en un partido por miserables é infames cálculos de interés egoista, pueden en efecto, si les ofrecen mejor porvenir en otra parte, aborrecer hoy lo que ayer adoraban. La mayoría de la humanidad no conoce, ni estas infamias, ni estos heroismos. Cuando entra á militar en un partido, entra sinceramente, sin separar sus intereses de sus instintos ni de sus opiniones. Puede acontecer que en un momento de grave peligro, los hombres de todos los partidos olviden sus discusiones, para no ver otra cosa que la pátria, la bandera comun, cualquiera que sea: estos momentos de generosidad no son frecuentes ni prolongados.

Nos decís: «Aplacaos.» «Amad el país, y no pensad sino en él.» Sí, pero cómo es necesario amarle? Hé aquí la cuestion. Podemos amarle con otras

que con nuestras propias ideas? Precisamente por que le amamos os combatimos, convencidos como estamos de que le conducireis al abismo. Nos decís: «Dejadnos restablecer el Imperio, él tan solo puede devolver la paz en el interior, la importancia en el exterior.» Podemos dejaros trabajar los que consideramos el Imperio como el gran desorganizador de la moralidad pública, como el verdadero culpable de las tres invasiones que el país ha sufrido y, finalmente, de su desmembramiento? Nos decís: «Ayudadnos á restablecer el legítimo rey: la monarquía tradicional es la única que puede proporcionar alianzas provechosas en Europa, y poner un término á las revoluciones dinásticas.» ¿Podemos daros la enhorabuena en vuestra empresa, cuando estamos convencidos de la incapacidad de esa monarquía legítima que nada ha aprendido ni nada ha olvidado, que quiere oscurecer nuestra gran revolucion y pretende restablecer un régimen político detestado del país? Nos decís: «La monarquía de los Orleanes es la mejor república, pues reunirá en la soberanía constitucional las ventajas de la libertad. Dejadnos hacer un estatuder del duque de Aumale si no podemos hacer un rey del conde de Paris.» ¿Podemos ayudaros los que estamos convencidos de que este régimen bastardo no es capaz sino de faltar á la causa de la libertad, y estamos seguros de que vuestra nueva restauracion sería una revolucion en corto plazo?

Y lo que dice el partido republicano lo repiten los demàs. Y así, mientras mas convencido se halla un miembro de cualquier partido político, mas inevitable es que se oponga á toda costa á las empresas de ningun otro; mientras mayor es la sinceridad de los unos y de los otros, mas se encona la discordia esperando la guerra y civil, la

misma honradez no se ocupa sino en desgarrar mas profundamente la pátria.

Aun se recuerda el dia en que Thiers propuso á la Asamblea nacional en Burdeos la «tregua de los partidos:» ese dia fué tan grande el duelo de la Francia, que todos aceptaron sinceramente, como sinceramente habianlo propuesto los indivíduos de la Constituyente en un cuarto de hora de entusiasmo, el beso Lamourette. Y sin embargo, al dia siguiente del beso Lamourette los constituyentes empezaron de nuevo á hacerse la guerra. Thiers, seguramente conocia demasiado á los hombres para pensar «que esta tregua de los partidos» podia ser otra cosa que un expediente pasagero, para creer que duraria sinó algunos meses, algunas semanas, algunos dias; pero entonces era mucho conseguir aunque no fuesen mas que dias. Y en efecto, no habian trascurrido muchos, cuando reaparecian los aborrecimientos. Cada cual, persuadido de que su partido era el único capaz de salvar el país, no soñaba sino en él; cada cual se esforzaba en esplotar la situacion en su provecho, se proponia una medida y entablábase nueva lucha y tan solo cuando cansado de guerra cada uno reconoció su impotencia para hacerse jefe en el campo de batalla, entonces fué cuando esa frase, la «tregua de los partidos» reaparecia en escena y recuperaba, siquiera por una hora, su hipócrita papel.

No hay medio de poner término á esta lucha intestina. Ninguna paz es posible entre los combatientes, si uno de ellos no se declara vencido. Hasta el dia en que uno de los partidos políticos no une su causa á la opinion pública, hasta el dia en que la mayoría de un pais no se declara en favor de un gobierno, éste no se halla fundado; no existe sino por un feliz acaso.

II

Y ahora es necesario definir el sentido de la palabra *mayoría*. No se trata de esa mayoría que resuelve de pronto tantas otras cuestiones litigiosas, la mayoría relativa. Es preciso que el partido que quiera gobernar cuente, no ya mas secuaces que cada uno de sus adversarios, sino muchos mas que todos sus contrarios juntos. Le es preciso una mayoría que, pronunciándose en su favor pueda reducir á la impotencia todos los otros partidos, esperando que, con la ayuda del tiempo, pueda absolverles. Es preciso que esta mayoría sea suficientemente compacta, no solamente para triunfar del mas poderoso de sus enemigos, sino para desafiar á todos sus adversarios reunidos.

Una vez en el poder, olvidan que antes se execraban, se apresuran á hacer callar sus agravios y á darse las manos los que poco antes se combatian. Convierten su aborrecimiento en una efímera amistad; su sed de venganza les hace olvidar á menudo hasta sus propios intereses.

Cuando con esta aparente amistad uno de los dos haya vencido, la implacable lucha empezará de nuevo entre estos coaligados de un dia; pero tendrán al menos la alegría de volverse hácia su soberbio triunfador, y decirle, segun la frase de la Biblia: «estais heridos como nosotros».

Figuraos un pais en el cual la Asamblea de 1871 hubiera sido la verdadera imágen. Seria imposible, en nacion semejante, establecer ningun gobierno durable.

Tal era el equilibrio de los partidos en esta Asamblea, que no habia solucion posible.

Ninguna opinion se hallaba en estado de im-

poner la ley á las otras. Veíase que en el momento de obtener un partido la ventaja de un dia, volvíase enseguida objeto de envidia é intriga de todos los demás. La Asamblea ha pasado cinco años desautorizándose á sí misma; las leyes que se apresuró á abolir eran las mismas que antes habia hecho. Despues de haber derribado á Thiers, por no votar una constitucion republicana, votó otra bastarda y mal traida; despues de haber proclamado que á una voz de la mayoría estaba dispuesta á restablecer el reinado, á una voz de la mayoría estableció la República; despues de haberse reservado el derecho de nombrar setenta y cinco senadores, precisamente para impedir á los republicanos que tuvieran mayoría en el Senado, la eleccion de estos setenta y cinco senadores fué una de las causas para que le faltara la seguridad; despues de haber hecho, finalmente, una constitucion republicana, no ha cesado de sostener durante el año 77 al ministro que se esforzaba en paralizarla; y cuando éste mismo se ha presentado exigiendo al país sus votos como senador inamovible, el país no ha querido otorgarle su confianza.

Así son todas las mayorías de coalicion, y esta es la causa por lo cual con ellas no se puede fundar nada. Son poderosas para impedir, son impotentes para obrar.

Su principio es el ódio, no una esperanza comun; no sabrian ser mayorías gubernamentales, puesto que, por el contrario, son la negacion de todo gobierno.

III

Las mayorías, con las cuales se puede fundar

un régimen político no son las mayorías de coalicion. Son, por el contrario, mayorías que saben lo que desean, y en las cuales todos desean una misma cosa. No son solamente mayorías de lucha, que defienden hoy lo que atacaron ayer, nó, son mayorías constantes; démosle su verdadero nombre: el de mayorías con fé.

La fé es tan necesaria, que sin ella los partidos mas numerosos son cosa insignificante. La fé triunfa de todos los obstáculos, puesto que siempre está dispuesta al sacrificio. A una mayoría verdaderamente convencida, no le desaniman los accidentes, las pruebas no le estremecen: puede sufrir los asaltos de la fortuna; está siempre ante el enemigo como un ejército dispuesto á entrar en batalla sin temer las deserciones; cada cual se ha unido voluntariamente á esta mayoría, y todos siguen esta divisa: «Tener una creencia, trabajar por una idea.» Estas son tan solo las mayorías robustas y que no se desmandan. Otras mayorias se han visto no animadas por una fé, sino pasivas y resignadas.

Eran una orda y no una legion. El temor y la indiferencia las habia formado; indiferencia dispuesta igualmente á todo, temor que lo mismo se echaba en brazos de la peor reaccion para huir un peligro; ó se humillaba ante los caprichos de un gefe. Semejantes mayorías no prestan ayuda á ningun gobierno. Mientras este subsiste por su propia fuerza, ellas están á su lado: el dia en que se halla amenazado, que no esperen su apoyo: dóciles é inertes, siempre están al lado del partido vencedor. Las únicas mayorías capaces de sostener un gobierno, de fortificarle, de establecerle, finalmente, son las mayorías militantes. Estas tienen el celo, ardor, disciplina y perseverancia ne-

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA GRANADA

cesarias en todas ocasiones, y el defender el régimen de su eleccion creen ser lo mas sagrado las ideas porque luchan.

El segundo imperio, al dia siguiente del golpe de Estado de Diciembre, vióse rodeado de una importante mayoría formada por el temor: el temor y la indiferencia componian tambien la mayoría del plebiscito en 1870.

¿De qué sirvió á Napoleon III esa mayoría, con la cual debia creerse invencible? Cuatro meses despues del plebiscito de 1870, ni uno tan solo de los siete millones de franceses que aclamaron el Imperio ha dado un grito para impedir que este fuese echado por tierra el 4 de Setiembre. Y cuando hablamos de fé, no se crea que nos referimos á lo que, por desgracia, se confunde con ella, es decir, la exitacion de los ánimos, el entusiasmo, la exaltacion de las imaginaciones.

Entendemos por verdadera fé, la conviccion séria y profunda. Producense á veces en las sociedades corrientes impetuosas y súbitas, que parecen irresistibles por que son violentas y que desaparecen lo mismo que se presentaron.

Asemejanse á esos incendios que parecen quererlo devorar todo y que en un instante se extinguen como en un instante tomaron vida. Natural es en la humanidad creer el porvenir risueño y fácil: las circunstancias favorables que dieron vida á un movimiento, se prolongan aun durante algun tiempo: pero bien pronto aparecen las verdaderas dificultades; los acontecimientos favorables son mas raros y los contrarios se multiplican: los que no se hallaban sostenidos sino por el entusiasmo, se desaniman, y solo persisten los que lo están por una firme conviccion, y resisten á las dificultades hasta que obli-

gan á la fortuna á inclinarse á su voluntad.

«El génio, decia Buffon, no es sino una continuada paciencia.» Y así sucede en todas cosas; la palma definitiva pertenece tan solo á la perseverancia, y nada hay mas glorioso para la humana naturaleza, pues que la voluntad es propiedad del hombre. Este es débil, mezquino, y no tiene mas que un dia de vida. ¿Qué es, comparado con el universo? Por la voluntad es el rey de éste. Manda, ordena y se hace obedecer.

IV

¿Lo hemos dicho todo? ¿Es suficiente para establecer un gobierno haber reunido una mayoría capaz de hacer frente á todos los partidos coaligados y animada de una fé política, valiente y firme? No, no es esto suficiente. Es necesario que esta fé sea grande y noble, que no se aparte del ideal político mas justo y elevado. Un pueblo cansado puede aspirar en la hora de decadencia, cuando sus ardores generosos se han extinguido, á una tranquilidad degradante y contentarse con un gobierno á quien aborrezca; pero, gracias al cielo, estos dolorosos espectáculos son raros en la historia. La humanidad necesita de un ideal: una fuerza imperiosa le impele al progreso. En vano el deseo de tranquilidad, en vano su aparente interés le grita: «Resiste á la voz engañosa que te llama.» Ha oido la voz y acudirá á no dudarlo. Ninguna mayoría de hoy puede tener la seguridad de ser la mayoría de mañana, sino á condicion de llevar en sí el ideal mas generoso.

Así la fuerza moral es siempre la mas importante; y cada dia el tiempo, ese motor de la verdad, trabaja para ella. Si una mayoría no lucha

en favor de buena causa, á despecho del mismo es siempre débil. Cada dia la discusion lleva el desaliento á sus filas. Cada dia está menos segura de sus adheridos, menos persuadida de su buen derecho. A medida que la conviccion falta á sus partidarios, el espíritu de procelitismo se debilita y el ardor de sus adversarios aumenta. Desde la invencion de la imprenta, no se funda un gobierno sino á condicion de poder dejar discutir libremente el principio, de ofrecer cada dia la batalla á sus enemigos. La verdad no tiene nada que temer de la luz. Un partido cuando está en el poder y no puede satisfacer las mas nobles aspiraciones de la conciencia, aunque sea numeroso, no se cree nunca firme y como posee la fuerza recurre á la violencia. Armase de coraza para detener las flechas de sus adversarios, y se rodea de leyes protectoras, que no son sino leyes restrictivas del derecho. Desde ese dia, este partido se halla condenado.

El instinto de justicia y de libertad protesta contra los medios dictatoriales. A despecho de los Césares, el mundo romano despierta un dia siendo cristiano. A despecho de Napoleon, la Francia despierta un dia con la República.

CAPITULO TERCERO

Por qué todos los gobiernos han tenido en Francia hasta ahora mal éxito.

El mal de la Francia desde hace ochenta años, ha consistido en buscar una mayoría y no poder la encontrar. Ha ensayado la República y el Imperio; la monarquía tradicional y la monarquía constitucional. Buscando sin cesar la estabilidad política se la ha exigido á todos los partidos, y todos hánse visto impotentes para dársela, pues que todos no han sido otra cosa que una minoría favorecida un instante por la fortuna. Cada uno ha debido su pasagero poder, no á su propia y legítima importancia, sino á la antipatía inspirada por aquel á quien sucedía; puede decirse que cada gobierno se ha elevado por la falta de sus adversarios y ha caido por las suyas. En los primeros dias del advenimiento de un nuevo régimen, la opinion se declaraba en su favor y la mayoría de la nacion, sin olvidar el triste recuerdo del ayer, volvíase con simpatía al nuevo poder; y léjos de pro-

porcionarle obstaculos, le llevaba un concurso importante.

Háse visto esta simpatía llegar hasta el entusiasmo. Los gobernantes decian: «El país entero está con nosotros, le hemos conquistado.» Creían haber edificado para muchos siglos; pero bien pronto podian ver que la unanimidad aparente no era sino engañosa, y que el partido gobernante no era otra cosa que una impotente minoría. Cada año, léjos de afirmarse el nuevo régimen, se debilitaba; por una singular contradiccion, mientras mas años pasaban menos se creia que durara.

Léjos de absorver los partidos opuestos, el imperante les hacia de año en año mas fuertes y amenazadores. Ningun gobierno ha podido educar una generacion en la cual no aumentara contra él un espíritu de hostilidad. Cada una de ellas, enemiga de lo que habia visto en su infancia y juventud, hálo condenado cuando ha llegado á la edad viril; despues, asustada de haberlo destruido y no pudiendo acordar lo que en su lugar se estableceria, ha aceptado lo que le han ofrecido, hasta que una nueva generacion se ha creido á su vez dispuesta á empezar de nuevo la obra de destruccion. Las revoluciones se han sucedido, sin demostrar á la Francia lo que deseaba y bajo qué régimen político queria vivir.

Léjos de eso, las mismas revoluciones han hecho mas difícil la resolucion del problema político, pues que á los partidos ya existentes, cada una ha añadido otro nuevo. Se han visto reaparecer sin cesar, llamando á la puerta del presente, aquellos que habian desempeñado un papel en el pasado, los cuales reclamaban la Francia como su patrimonio y hablando de sus derechos al poder y contando, para recobrar lo que habian perdido,

con alguna vicisitud análoga á aquellas que los habia arrojado. Cada nueva aventura engendra un nuevo partido: cada partido cuenta con varias divisiones: legitimistas puros y legitimistas constitucionales; imperialistas democráticos é imperialistas autoritarios: orleanistas á las órdenes del conde de Paris y orleanistas á las del de Aumale. Estos partidos políticos se complican á su vez con otros partidos económicos, religiosos, conservadores y liberales, con los cuales han hecho alianza. Es preciso hallarse en estado de hacer frente á todos estos adversarios esparcidos ó reunidos.

En medio de este desórden de opiniones disidentes, es muy difícil que una gran corriente tenga lugar, y sea capaz de llevar consigo á la mayoría de los ciudadanos.

Los unos van aquí, los otros allá, siguiendo la casualidad, el nacimiento, las costumbres.

Toda clase de mezquinas razones, de intereses personales, vienen á aumentar las divisiones.

Este seria partidario de la República en el fondo de su corazon; pero es el sobrino de una señora devota y rica, legitimista obstinada, que le desheredará si osa confesar sus simpatías. Este otro votaria gustosamente contra el candidato imperialista; pero es funcionario, y el prefecto le hará destituir si rehusa su voto al representante del Imperio á quien el prefecto apadrina. Este otro tiene relaciones de amistad que le unen á tal partido; aquel obedece al respeto humano. En la pequeña ciudad en donde vive, hay una opinion que está de moda, la cual es ley para los que quieren ser respetados. Se interesará por esta opinion, pues desea ser clasificado entre las gentes distinguidas, y desea que su muger sea admitida en los salones.

A estos móviles, otros se unirán menos nobles, si es posible. El ideal del francés, sobre todo en la clase media, es ser funcionario, tener el prestigio oficial de la autoridad pública. Nada le parece mas seguro y hermoso que un empleo administrativo.

Las revoluciones han proporcionado á la Francia un mal incurable; han añadido á todos los partidos el gran partido de la indiferencia política. Este es el mas funesto. Una nacion en que este fuera numeroso, resignado á sufrirlo todo, no podria encontrar el reposo sino en la tiranía. Los hombres tranquilos y desapasionados, que han visto en la primera mitad de su vida dos ó tres gobiernos unirse á los muchos de que les habian hablado sus padres, acaban por persuadirse de que ningun hombre y ningun partido merece se haga esfuerzo alguno por su triunfo. Renuncian á sus esperanzas, pues saben que el gobierno que se establece hoy no durará quizás mañana; sonrien cuando oyen hablar de su eternidad, y esperan resignados la nueva revolucion que fatalmente debe sobrevenir.

La política, dicen ellos, tiene como la naturaleza, sus inevitables borrascas. Dejan hablar, pensar y hacer, y esperan que pasada la tormenta, el cielo se aclarará nuevamente hasta la otra próxima tempestad.

No esperan nada de los gobiernos ni nada le conceden: en dándole este algunos años de tranquilidad están satisfechos. ¿No es bastante quince ó diez y ocho años de paz comparado con la brevedad de la vida humana? Cualquiera que sea el gobierno que le proporcione esto, cualquiera que sea, los tendrá á su lado. Su filosofía indolente, compuesta de escepticismo, desilucion y desprecio

á la humanidad, no vé mas que el interés en las conmociones de la pàtria.

La indiferencia hace que los hombres importantes y un tanto ilustrados con tal de conservar su tranquilidad particular, abandonen la sociedad á las miras bastardas de los aventureros. En un país con gobierno establecido, estos hombres se hallarían á la cabeza del partido conservador y serian un apoyo inquebrantable del gobierno; pero en Francia no puede suceder así, pues estos hombres cansados de tantas revoluciones, son, sin poderlo comprender, los peores enemigos de la paz pública, pues con su abstencion dejan solos en los partidos á los hombres apasionados é impacientes, los cuales con sus exageraciones, hacen mas daño que bien á la causa que pretenden servir.

En un país de sufragio universal, mas que en ningun otro, necesita un gobierno para establecerse contar con una mayoría, pues en esos paises, la opinion se deja oir mas pronto, y el menor desacuerdo entre gebernantes y gobernados, se manifiesta enseguida y cuando la nacion no quiere un régimen político, lo repudia imperiosamente. Pero el sufragio universal ha sido establecido en Francia, antes que la instruccion obligatoria y por lo tanto ha sido en las elecciones tan potente como ignorante.

Por lo tanto, si se quiere establecer un gobierno durable, es preciso que cuente con el favor popular, de tal modo, que ni los accidentes imposibles de prevenir, ni las pasiones de un momento, puedan deshacer la mayoría y echar por tierra hoy, lo que se edificó ayer.

¡Y bien! esta mayoría hace ochenta años que no la posee ningun gobierno. La Francia no ha sido mandada sino por minorías, y por consecuen-

cia natural, estas minorías no han sido sino gobiernos de combate. Todos han considerado á la nacion como un enemigo amenazador: han estado acampados en el poder, jamás establecidos. Han procedido como los extrangeros en una region conquistada. Han ocupado el país, como los romanos poseyeron el mundo. Todos los puntos en la instruccion, en el ejército, en la Hacienda, han sido destinados á recompensar el celo de sus amigos y á hacer impotente la hostilidad de sus adversarios.

Cada partido ha considerado á sus secuaces como de una raza distinta á la de los demás.

Han tenido dos reglas y dos leyes; una para los vencedores; otra para los vencidos.

Las mismas cosas han sido permitidas á unos y prohibidas á otros:

El pretesto de la seguridad pública, no ha sido sino un medio de proteger la forma política establecida, y ha transformado en enemigos de la sociedad, á todos los adversarios del gobierno. Cualquiera que osaba resistirle, era considerado por este solo hecho como malhechor, y perseguido por la policía.

Es la opinion pública quien constituye la fuerza de un gobierno apoyado por la mayoría. Pues bien, los gobiernos que se han sucedido, han tomado toda clase de precauciones rigorosas contra ella, prohibiéndole hasta la justa discusion. Libertad de reunion, de asociacion, de enseñanza, de la prensa, electoral, todas estas libertades han sido confiscadas. Sobre todas, la série de leyes sobre la prensa era cosa que espantaba, y todas ellas se pueden resumir en dos artículos, de los cuales el segundo tiene por objeto retirar todos los derechos que el primero reconoce.

Todas las formas de gobierno han agotado los medios desde la violencia hasta la hipocresía, han dominado por el terror ó por la corrupcion.

Con ciertos legajos encontrados en el ministerio de la Justicia y que olvidó destruir un ministro, compúsose un libro, el cual contenia tan terribles revelaciones, que impreso ya, no han osado dejarlo distribuir.

Ellos enseñarán á quien les pueda descubrir, lo que el imperio liberal llamaba en Francia interrogar al país, y qué confianza tenia un gobierno, despues de diez y ocho años de reinado, en él y en la nacion.

CAPITULO CUARTO

La Francia posee una mayoría, y esta mayoría quiere la República.

¿Existe hoy en Francia una mayoría en favor de una forma de gobierno? En esto consiste toda la cuestion. Si esta mayoría existe, puede creerse que por fin llegan al término de sus revoluciones. Si esta mayoría no existe, la generacion actual se consume tambien en vanos esfuerzos como las que le han precedido, y Sisyfo no habrá hecho otra cosa que subir trabajosamente su roca hasta la cúspide de la montaña, para verla una vez mas caer con todo su peso hasta el fondo del abismo.

Que esta mayoría existe, nadie lo puede negar. Las elecciones de 1876 lo habian ya probado á los espíritus desprevenidos: las del 14 Octubre 1877 han llevado la demostracion hasta la evidencia. Esta mayoría ha sido por dos veces incontestable; poderosa.

¿Pero esta mayoría es segura, es durable? ¿Es el resultado de un entusiasmo pasagero de la mayoría por la fórmula republicana?

¿O bien, por el contrario, espresa una opinion resuelta y reflexionada, que poco á poco ha tomado vida en la nacion y que no cambiará? ¿La corriente que pasa ante nuestra vista es tan solo un torrente que busca su camino, ó bien es un rio que ha encontrado su pendiente, que vá á dar su nombre al valle, y que ningun obstáculo impedirá que sus aguas corran hácia el mar que ha escogido? En esto consiste, una vez mas, toda la cuestion.

Las elecciones de 1876 fueron hechas en condiciones que daban una singular importancia al veredicto de la Francia.

La mayoría republicana que se habia manifestado, no debia su triunfo á ninguna coalicion. Todo lo contrario.

El partido republicano habia luchado solo contra los realistas, orleanistas y bonapartistas conjurados; y sin embargo, triunfó. El país se habia pronunciado en favor de la República, á despecho de los esfuerzos asociados de todos sus enemigos.

Esta mayoría no debia nada tampoco á la presion, ni á la administracion del país, en esa nacion en que la autoridad está acostumbrada á hablar alto y á ser obedecida. Todo al contrario, habia sido obtenida apesar de esta administracion, la que hizo todo cuanto pudo, para impedir su buen éxito. Hacia cerca de tres años, que los enemigos de la República ejercian la autoridad; sus gefes mas esperimentados y hábiles, se habian sucedido en el poder. Habian puesto en todas las prefecturas, en todos los servicios públicos, á algunos de sus secuaces; el estado de sitio les habia librado de los periódicos hostiles, y el dia de la lucha, se les vió presidiendo descaradamente la coalicion de los enemigos de la República. Y sin embargo, apesar

de tales manejos, se habian frustrado sus deseos.

No es esto todo. Cometieron las mayores infracciones en el escrutinio para engañar la buena fé de los electores. El ministerio y los partidos, habian dado su palabra solemne de no combatir á la República, y sin embargo, la combatieron. Decian hallarse preocupados con el «peligro social», y que no deseaban otra cosa sino detener el «radicalismo.» La «conservacion social» era el objeto único de todos los esfuerzos. Al mismo tiempo que sacudian las cenizas de la Commune, para hacer saltar llamas y terrorificar las imaginaciones, afirmaban á quien lo queria oir que aceptaban la Constitucion y que deseaban la práctica leal de sus instituciones. Cada cual habia guardado cuidadosamente su bandera política, y la palabra de órden de todos los comités fué la de «conservadores.»

¡Y bien, éste equívoco habia sido impotente. La piel constitucional con que se habian disfrazado los candidatos anti-republicanos no les habia impedido ser reconocidos, desenmascarados, repelidos ignominiosamente por el sufragio universal. Una mayoría enorme obtenida en tales condiciones era verdaderâmente un hecho considerable; parecia bien difícil á los ánimos sérios no ver en esto mas que un capricho efímero y un entusiasmo irreflexionado.

Los adversarios de la República no creyeron que esta demostracion fuera suficiente. Empezaron con nuevos brios el proceso de la República. Lo que la Francia sufrió durante cinco meses no se apartará en buen tiempo de su imaginacion. El gobierno del país ha sido puesto en las manos menos escrupulosas y mas violentas. Los ministros no han tenido durante ese tiempo el contrapeso de una Asamblea política, y han sido por lo tanto, dueños

absolutos del país. Han gobernado del modo mas tiránico; han trastornado la administracion, entregado los mejores destinos á los mas encarnizados enemigos del gobierno que representaban; han desplegado todos los rigores que podian autorizar las leyes, han hecho caer sobre los periodistas la multa y la prision, multiplicado los perseguimientos como no se habia visto durante el Imperio, y empleado los diarios oficiales para difamar á sus adversarios políticos. Luego se han refugiado tras la incompetencia de los tribunales civiles, para escapar á la responsabilidad de las violencias que cometian. Durante el periodo electoral, han apoyado sin reparo la candidatura oficial, usando para ello de la corrupcion ó de la presion. Han llevado algunos candidatos ante las tribunales por sus profesiones de fé, á fin de intimidar á los electores, y vióse finalmente para coronar su obra, falsificar hasta las urnas.

Encontraron en los partidos hostiles á la República, el concurso que sin reserva alguna pedian. Mientras que el uso de todas las libertades estaba prohibido á los republicanos, concedian el abuso de todas las licencias á sus adversarios. Jamás habíase visto semejante impunidad al que deseaba combatir la Constitucion de su país. La ancha manga de la autoridad, cubria todos los ataques, todas las audacias, todas las conspiraciones. El mismo gobierno se encargaba del papel de mediador: apaciguaba las cóleras, favorecia las negociaciones y reparaba la buena inteligencia turbada á cada instante entre estos estraños aliados.

Cualquiera legitimista, bonapartista ú orleanista, era proclamado con la misma facilidad candidato oficial, á condicion de que deseara la muerte de la República. Permitianle que declarara sin amba-

jes ni rodeos estar trabajando en favor del Imperio ó la monarquía; de gritar en su profesion de fé: «Viva el Emperador!» ó: «Viva el rey!»

Vióse mas todavía. Vióse al presidente de la República, despues de haber provocado la crísis en nombre de una responsabilidad inconstitucional emprender la campaña contra la República. Viósele hacer resucitar en provecho suyo el poder personal, y pasear á través de la Francia, pronunciando discursos, en los cuales decia: «mi política», «mi gobierno», «mis ministros». Antes de abrirse el periodo electoral, sin tomar la firma de ninguno de sus ministros, se dirigió directamente á la nacion, volviendolo á hacer á última hora. Afirmaba en su manifiesto, que él no meditaba nada contra la República, sino que por el contrario, era el mas perfecto guardador de la Constitucion. Presentaba la seguridad exterior amenazada ante la Europa si el país no le daba la razon. Empleaba hasta la amenaza, para obligar á los electores á votar segun él deseaba: afirmaba que, ni vencido que fuese cederia, y que mantendria en sus puestos á los ministros y demás funcionarios; que resistirle seria perder el tiempo, eternizando un conflicto en el cual sufririan todos los intereses, precipitando al país en las incertidumbres de temibles aventuras. Llamaba en su auxilio á un detestable auxiliar: el temor.

Era permitido creer que tantos medios puestos en juego asegurarian la ventaja. El país tenia sed de tranquilidad. M. Thiers habia muerto, y en esta muerte los amigos del Elíseo habian creido ver la mano de la providencia: los republicanos habian perdido su gefe popular, aquel á quien la opinion pública designaba como el próximo sucesor del mariscal Mac-Mahon. Si el nombre de M. Grevy era

bastante conocido entre los hombres políticos para ocupar la gefatura, podia creerse que su nombre necesitaba mas popularidad entre los habitantes campestres. Los ingénuos podian creer que la Constitucion y la república no corrian ningun riesgo con que votaran por los candidatos oficiales, pues que un soldado daba su palabra. Los hombres prudentes, enemigos de los desórdenes, é interesados en la paz pública, debian temer nuevos conflictos y sentirse obligados á sacrificar, hasta el sentimiento de la dignidad nacional, en la perspectiva de una lucha peligrosa que sostener contra un presidente resuelto á no someterse, y á continuar diciendo: «Aquí estoy y aquí permaneceré».

Y sin embargo, apesar de las promesas y amenazas del poder ejecutivo, apesar de la autoridad del presidente arrojada en la balanza para hacerla inclinarse, apesar del «peligro social» invocado, apesar del esfuerzo de los partidos hostiles á quienes se les habia concedido ancho campo, apesar de la candidatura oficial, apesar de la influencia administrativa y sus maniobras, apesar del concurso de la importante y hábil fuerza clerical obedeciendo á una órden emanada del Vaticano: apesar de todo esto, el partido clerical, los partidos políticos, la administracion, el gefe del Estado, todos han sido vencidos á la vez: sólo enfrente de tantos poderes é intereses aunados, el partido republicano ha quedado dueño absoluto del campo de batalla. Su victoria no ha sido solamente incontestable sino imponente: ha triunfado con una mayoría de cerca de 130 votos en las elecciones menos libres que hubo jamás.

¿Qué ha sido esto sino la demostracion de su fuerza invencible? Han votado por ellos aquellas personas que ni las promesas ni amenazas han

podido apartarles de este ideal. Ha demostrado hallarse en situacion de hacer frente á todos sus enemigos coaligados. ¿Si á esto no se le llama mayoría, á què otro acto se le podrá dar este nombre?

Esta mayoría la ven venir los hombres desapasionados que observan la historia y comprenden las enseñanzas. Léjos de hallarse sorprendidos, habian predicho todo cuanto ha sucedido. Observando la actitud del partido republicano y la de los partidos adversos, hace tiempo ya que estos filósofos y estos politicos preveian el próximo y definitivo triunfo de la república.

Desde hace cincuenta años el progreso de la idea republicana ha sido constante en Francia. En 1820, los republicanos eran tan solo un puñado de hombres; distinguíanse apenas de los bonapartistas los que no han podido perdonar á la restauracion la humillacion de la Francia: en 1848 eran ya bastante numerosos para ocupar el gobierno, si bien no para conservarle. Y son finalmente, desde hace medio siglo, el único partido que ha hecho prosélitos. Los otros, para engrosar sus filas ó conquistar la dominacion tienen necesidad de hallarse en el poder.

El partido republicano ha aprovechado quizás mas sus derrotas que sus ventajas. Mientras tanto que los bonapartistas, orleanistas y legitimistas hacen algun ruido, mientras les permiten agitarse impunemente, y desapareciendo como por encanto; cuando los gobernantes recuerdan que pueden aplicarles alguna severidad, el partido republicano por el contrario, sale cada vez mas vigoroso de todas las persecuciones, y eso que han sido innumerables. Han hecho callar sus órganos, desterrados ó corrompidos sus jefes, diezmados los soldados de su armada en el claustro San-Merry, en Lyon, en

el arrabal San Antonio en Junio de 1848, ó enviarles despues de Diciembre de 1851, ó morir á Cayenne ó á Lambessa, nada de ésto ha impedido á la idea republicana divulgarse y que las nuevas generaciones la acepten y respeten. La persecucion fortalece los ánimos y templa los caractéres: los vencidos son vencidos, nunca abatidos. Ni un solo dia les abandona la fé; soportan con resignacion las pruebas del momento, seguro de que el triunfo final les pertenece. Cada uno propaga segun sus fuerzas la buena nueva y encuentra almas jóvenes y ardientes, de las cuales hace buenos discípulos.

Y es que el partido republicano se apoya verdaderamente sobre una doctrina grande y generosa. La idea republicana no es un espediente político á semejanza de tantas otras formas de gobierno; sino por el contrario un principio político: el único que puede hallarse al lado del derecho divino. O la autoridad del derecho divino con el Rey, segun Bossuet, ó la soberanía de la nacion, segun la ha proclamado el siglo diez y ocho; y si la soberanía está en la nacion, una sola forma de gobierno responde lógicamente á esta soberanía; la República.

Cuando un hombre vé el triunfo de la doctrina á la cual no se halla unido, su primer movimiento es dudar de ella, como el primer sentimiento de un pueblo vencido es acusar á sus dioses; como el primer sentimiento de un ejército derrotado es culpar á su jefe. Desgraciadas las doctrinas especiosas, los dioses que no son sino ídolos, y los generales cuya autoridad no está fundada en el mérito! Pero cuando, despues del exámen hecho en el fuero interno, el vencido reconoce no haberse equivocado y mientras mas examina y reflexiona, mas pronto se convence de los caractéres de la

verdad, y siente que su corazon, como su entendimiento no pueden separarse, la adversidad entonces no es sino una prueba, que lejos de abatir las doctrinas las fortifica.

La idea republicana ha sido en este siglo una fé política que nada ni nadie ha podido quebrantar. En cada generacion, ha visto venir á asociársele los corazones ardientes, los espíritus elevados. Todas las nobles aspiraciones de la conciencia moderna, esas generosas ideas de fraternidad, de igualdad y libertad, todo lo que un alma bien nacida desea para la disminucion del mal sobre la tierra, para la manumision de los que sufren, para el establecimiento de la paz entre los hombres, la doctrina republicana los ha incluido en su programa. No es solamente un principio que satisface la razon, que conmueve, que seduce. Ningun partido aun siendo hostil, ha podido desconocer esta grandeza, y ni uno solo de los hombres sérios que han discutido la República ha podido reprocharle otra cosa, sino ser una utopía tan irrealizable como generosa, han visto su grandeza moral y se han apoderado de sus principios para combatirla, presentándonos á la monarquía constitucional, como la mejor de las repúblicas, ó al imperio, como la mas perfecta de las democracias.

La idea republicana ha penetrado hoy ya en la sociedad francesa. Desde hace treinta años, lo mismo entre los filósofos que entre los hombres prácticos, entre los espíritus positivos ó entre los soñadores, en las provincias como en Paris, en los campos como en las ciudades, cuenta con resueltos partidarios. La República es la bandera de un gran partido cuya importancia nadie puede negar. Que por medio de una hábil táctica puedan vencerla, con seguridad no habrá persona alguna que

crea haber concluido por eso el partido republicano: bien conocido es su celo, su conviccion, su energía: nadie ignora que la solucion republicana oculta por un momento, se presentaría bien pronto con mas brios, siendo preciso que velen sin cesar para cerrarle el paso, aunque todos estos esfuerzos sean vanos. Hacer retroceder el triunfo de la República, y con ella el de la democracia, es la ambicion de los hombres de Estado que la combaten. Si por el contrario la República establecida en Francia dura siquiera veinte años, nadie duda que ninguna maniobra podrá derribarla. La crísis del 16 de Mayo y el esfuerzo desesperado que le siguió no han tenido otro objeto. Han probado de ahogar á Hércules en su cuna, comprendiendo que seria invencible cuando creciera.

Y si el espíritu de partido no fuera un motor tan imperioso, esto mismo seria la prueba manifiesta de que la república puede ser tan solo el gobierno definitivo de la Francia, y que, mientras mas pronto se resignen todos á aceptarla, mas pronto librarán al país de terribles conmociones. ¿Qué pensar del patriotismo de los que comprendiendo qne un solo gobierno puede dar á la nacion una paz durable, por obstinacion sin embargo, por presuncion, por un miserable egoismo persisten en trabajar para establecer otro? Y ellos comprenden que este otro no puede durar, y que en el momento de ser establecido no harán otra cosa sino arraigar la semilla maldita de una nueva revolucion, y apesar de esto trabajan por que creen que quince ó veinte años que durara, serian suficientes para elevar su fortuna, ó colmar de honores su vanidad!

Amigos como adversarios reconocen la fuerza del partido republicano; éste tiene hoy la paz y

calma que acompañan á la seguridad de esa misma fuerza. Se les ha visto durante cierto tiempo, soñando con aventuras felices y conspirando á veces. La toma de la Bastilla, las jornadas del 20 Junio y 10 Agosto, eran sus gloriosos recuerdos. El terror mismo encontraba en ellos, si bien no historiadores que lo esplicaran, al menos apologistas. Han celebrado el cadalso de los cuatro sargentos de La Rochelle y las barricadas del cláustro Saint-Merry. El carácter del partido republicano es bien diferente hoy, y el primer artículo de su catecismo politico, es el respeto de la legalidad. Comprende que no hay necesidad para tener buen éxito de un golpe de fuerza temerario, gracias á los cuales le vence á veces una minoría. Es paciente, porque sabe que el mañana le pertenece. Predica el órden, la calma, la moderacion; cuenta con la propaganda y el espectáculo de su discrecion para atraer á los que todavía se resisten. Su cartucho hoy, ya se ha dicho, es la papeleta de votacion.

Sus adversarios reconocen sus fuerzas como ellos. En la época en que todavía no era sino una minoría, ya todos los gobiernos veian en él al enemigo importante, en favor del cual conspiraba el porvenir. Todos antes veian en él ese inevitable sucesor, el cual, segun Trajano, era inútil que procuraran su muerte pues que esta era imposible.

Bajo la restauracion, los republicanos eran aun mas aborrecidos que los bonapartistas. Bajo el gobierno de Julio, la oposicion republicana era la que inquietaba á las Tullerías. Aplicóse todo el rigor contra la prensa republicana, y la proscripcion Cayenne y Lambessa fueron cosas reservadas á sus secuaces. Ellos solo habian cogido el fusil para defender la ley violada; ellos solos tenian pro-

fundas y vivas raices en la nacion francesa; era preciso por lo tanto que esterminaran la oposicion republicana si querían fundar el segundo Imperio.

No la esterminaron, y el dia en que la amordazada punta en la boca de la Francia se aflojó, se encontraron frente á frente en la oposicion republicana, obstinada é implacable. El partido republicano fué quien osó levantar la cabeza, para pedir cuenta al Imperio del crímen de Diciembre y reivindicar las libertades confiscadas. Cada dia, algun representante de los antiguos partidos monárquicos venia á unírse á la falange y á aumentar las filas de la oposicion. Napoleon III les temia y hacia caer sobre sus periódicos la censura de sus tribunales de correccion; contra sus oradores lanzaba la jauria de sus mamelucos del cuerpo Legislativo y de sus periodistas oficiosos. Cuando vió que apesar de sus esfuerzos la opinion pública le era contraria cuando el Imperio autoritario, viendo su prestigio gastado, tomó la máscara del Imperio liberal, se dirigió á un tránsfuga del partido republicano para esta gran empresa de engaño nacional. Decia bien que el único partido que podia disputarle la Francia, era el republicano.

Vino el plebiscito de 1870, y apesar de la inmensa mayoría de los «sí» lo que demostró al país bien claramente este plebiscito, fué la importancia del partido republicano. En vano una fórmula capciosa, intencionadamente equivocada, habia sido establecida en la nacion; en vano el inmenso ejército de funcionarios de todas categorías habia sido puesto en movimiento: 1.500,000 «no» cayeron en la urna. Aparte de algunos miles de votos procedentes de ciertos despechados del partido legitimísta ú orleanista, todos estos «no» pertenecian al partido republicano. Él solo habia resueltamente,

y á despecho de todas las influencias, persistido en votar «no», él solo se habia puesto á la cabeza de la resistencia.

Despues de una demostracion tan patente podria creerse que la verdadera mayoría se hallaba al lado de los «sí». Fuóles preciso á los que habian votado «no», una estraña fuerza de conviccion. Cada «no» era el sufragio determinado de un mortal enemigo.

Hay en todo efectivo los soldados útiles é inútiles.

¿Se habria encontrado entre los 7.000,000 de «sí» 1.500.000 ciudadanos tan resueltos á declararse por el Imperio como los otros habian estado á rechazarle? Jamás la importancia del partido republicano habia aparecido tan extraordinaria como en esta misma derrota.

Cuando la guerra hubo estallado surgió la tercera república. El 4 de Setiembre ninguna competencia probó de cerrarle el camino. Ningun partido soñó disputarle á los republicanos el poco envidiable honor de representar la Francia; de probar, con lo que restaba del arruinado país, el impedir la victoria al invasor. En los dias de peligro, ya se ha dicho que es cuando un país vé mas claro sus verdaderos intereses, puesto que ese dia se olvidan todos los miserables cálculos: la inminencia del peligro impone silencio á las pequeñas pasiones, á los intereses egoistas: la gravedad de la situacion hace tender los brazos hácia aquel en quien se reconoce mas vigor é inteligencia. La República fué llamada y aclamada por todos; por los mismos que antes y despues, le habian y la han insultado cruelmente. Tuvo como un inmenso plebiscito moral, sincero y significativo, no como el que se habia visto cuatro meses antes.

Cinco meses despues, París capitulaba. La Francia vencida pedia la paz, y por tanto la derrota no separó al país de la república. Esta no habia pensado sino en la pátria, y la nacion, testigo de sus heróicos esfuerzos le estaba reconocida; habia levantado ejércitos; fabricado armas, y hecho todo lo necesario para defender el territorio. Seguramente habian cometido faltas, ¡y quien no las comete en este mundo! Pero la buena voluntad activa y resuelta que no descansa, que no se abandona, que no sucumbe, esta buena voluntad no habia descuidado nada para atender al éxito. Podia decir, como el antiguo héroe, haciéndose justicia:

....Si Pergama dextrâ
Defendi possent, etiam hâc defensa fuissent.

Tampoco la Francia pensaba destruir la República en Mayo 1871. Fué la Asamblea nacional quien presentó de nuevo la cuestion política. Fué ella quien amenazó cambiar una vez mas la forma de gobierno. Sin este deseo anunciado, la *Commune* no hubiera estallado ó hubiera sido menos imponente. La Francia, cuando usó de la palabra en las elecciones complementarias del 2 Julio, respondió á las agitaciones de los partidos de Versalles afirmando su acatamiento á la República. El verdadero nombre de los cuatro años que siguieron, fué un largo duelo entre la Asamblea y el país: la Asamblea quería destruir la República, el país defenderla. El país luchaba con el concurso del presidente: despues del 24 Mayo, continuó sólo la lucha. Derribado Thiers, la Asamblea se encontró libre en sus acciones, armada de la autoridad soberana, en frente del país desarmado. Confió la administracion de la Francia á los mas ardientes

enemigos de la República; les sostuvo en los actos mas reaccionarios y violentos; no les rehusó ninguna ley de excepcion que solicitaron; les dejó el estado de sitio sobre la mitad de la Francia, y destruyó para secundarles la ley municipal. «Haremos avanzar á la Francia!», decian; mas no ha sucedido así. En vano los mas determinados se han sucedido los unos á los otros, empleando, segun su temperamento, los unos la violencia, los otros la hipócresía, y los mas, la legalidad judáica, que se ha dicho, es la peor de las injusticias. Cada vez las elecciones parciales fueron á reforzar en la Asamblea la minoría republicana. Los monárquicos fueron reducidos á la impotencia en esta Cámara, en la que eran jefes: impotentes no solamente porque estaban divididos entre sí, sino tambien porque veian á la mayoría del país pronunciarse contra ellos. Estaban recelosos de la voluntad nacional, cuando egercian la autoridad en virtud de un mandato suyo: en despecho de esta voluntad manifiesta nada puede fundarse. Un golpe de Estado puede hacerse con la complicidad tácita, con la complacencia tolerante de la nacion, mas nunca puede tener lugar contra su determinacion formal. Ningun jugador político se siente, como se dice en la lengua del verde tapete, «el estómago» bastante fuerte para probar esa carta. Sentian todo eso confusamente sobre los bancos de la Asamblea nacional, aún cuando hablaban de establecer la monarquia á una sola voz de la mayoría parlamentaria. En vano imaginaron el Septenado para evitar de constituir la República; viéronse obligados á establecer esa República aborrecida; el centro derecho fué reducido á votarla, á fin de no perder toda esperanza política. En vano tambien han diferido durante cuatro años estas nuevas elec-

ciones que el país no cesaba de reclamar en la prensa y por boca de los diputados republicanos; ha sido preciso, finalmente, terminados todos los plazos fijados, venir á esas elecciones generales, y el único recurso de los monárquicos vencidos, fué constituir al menos un Senado en el cual sobreviviera su espíritu y pudiera refugiarse la hostilidad contra la República, expulsada de la Cámara baja por el sufragio universal.

Jamás puede decirse, el aborrecimiento contra un gobierno se ha traducido mas violentamente; jamás los partidos combatieron con mas pasion y encarnizamiento, que durante los años de 1871 á 76. Y este mismo furor ha sido la prueba mas preciosa de la fuerza reconocida por todos del partido republicano.

La Asamblea no ha perdonado nada para despertar en las ciudades y en los campos, todas las preocupaciones que podian subsistir contra la República, reanimando todas las simpatías en favor de las otras formas de gobierno. Mientras que al partido republicano se le prohibian sus medios de propaganda, les eran permitidas toda clase de libertades á los que tenian otras ideas. Los debates de la Asamblea provocaban á cada momento la exitacion de los partidos. El gobierno trabajaba sin cesar por la accion de sus funcionarios; accion que por lo regular consiste en tranquilizar y que ésta vez por el contrario, tendía á desconcertar. La agitacion, la discordia, el desórden, han permanecido en el seno de la Asamblea nacional, no pudiendo apesar de sus esfuerzos contagiar á la nacion. La Francia ha permanecido laboriosa y resignada deseando una cosa: el establecimiento de la República. El mismo provisorio, la inseguridad del mañana prolongada con persistencia y

cálculo, la aptitud provocadora de una Asamblea que dominaba á todos con el uso de su soberanía, esta inseguridad, esta provocacion, este provisorio no han podido enervarle. Sabia que habia de llegar su dia, y le esperaba.

Este dia llegó; y entonces ella sola combatiendo contra los adversarios ocultos tras de la máscara de la salud social y de los intereses de la religion, teniendo en contra la administracion y el ministerio que usaban sin escrúpulo de todas sus ventajas, la República ha triunfado.

Y cuando todo parecia haber concluido, la batalla ha empezado de nuevo. Todos los coaligados han reaparecido, pero mas encarnizados todavía. Los ministros han egercido la mas espantosa presion oficial, que un pueblo pudo haber conocido; el partido clerical ha tenido tambien su parte. El mismo jefe del Estado ha bajado al Circo para combatir en la arena al gobierno cuyo nombre llevaba. Háse recurrido de nuevo á todos los equívocos, para abusar de las ignorancias del sufragio universal. Esto no ha servido de nada. Lo que ha salido una vez mas de las urnas, ha sido la afirmacion brillante y resuelta de la República.

. . . . . .

Cuando un partido político, durante medio siglo, vá de año en año fortificándose; cuando lleva en sí el principio que responde á las mas nobles aspiraciones de la época; cuando ha merecido la gloria de atraer en cada generacion las almas mas generosas; cuando las mismas persecuciones no han podido hacer otra cosa que fortificarle; cuando, en la época misma en que era tan solo una minoría, cada uno de sus triunfantes adversarios le rendia ya el homenage de contarle entre todos sus enemigos; cuando ha sido, en un dia de pe-

ligro, como el faro de salvacion hácia el cual toda una nacion ha vuelto sus miradas; cuando ha llegado á conquistar el sufragio del mayor número apesar de los esfuerzos gubernamentales, de la administracion, de la autoridad personal y de la influencia del jefe del Estado; cuando, finalmente, reconociendo su importancia, nadie ha podido, nadie ha osado combatirle por otros medios que la maledicencia y el equívoco; cuando en una suprema lucha dos veces renovada, todas las armas de la violencia y de la hipocresía han sido empleadas en vano contra él; cuando de esta lucha desigual ha salido vencedor; ¿no podremos decir con fundamento, que cuenta con una importante mayoría?

CAPITULO QUINTO

Dos signos del tiempo.

Hecho constar la importante mayoría que se pronuncia hoy en Francia á favor de la República; demostrado el movimiento que desde hace medio siglo ha preparado lentamente y hecho inevitable ante todas las imaginaciones discretas su triunfo definitivo, importa aclarar dos hechos, que han contribuido á formar la mayoría actual y servirán igualmente, á hacerla de dia en dia, mas irresistible.

I

El primero de estos dos hechos, es la conversion republicana de un número considerable de los que llaman «conservadores».

Nada hay mas vago que esta denominacion, y ninguna palabra se emplea tan á menudo, mas infundadamente. ¿Qué es, en efecto, el revolucionario que quiere destruirlo todo? ¿Qué, el conservador que pretende conservarlo todo?

En la lengua de los partidos políticos, la palabra «conservador» es sinónima de adversario de la República. Si se busca lo que representa en el pensamiento del mayor número, descubriráse, como en todos los términos de que se sirve la muchedumbre, un cierto número de ideas poco precisas y que se confunden. La muchedumbre se espresa mal, precisamente por que no vá al fondo de sus pensamientos; y, falta de suficiente análisis psicológico, bautiza con un mismo nombre á las cosas que en realidad se asemejan menos.

Así el mundo llama «conservadores» á aquellos que á toda costa desean evitar las conmociones, las sacudidas bruscas, dispuestos á aceptar cualquier simple reforma, pero que prefieren soportar eternamente un mal reconocido, mas bien que emprender un nuevo estado de cosas por medio de un esfuerzo violento. De ánimos templados y razonables, carácter prudente y á menudo pusilánime, no exentos de egoismo, que se asustan de lo desconocido, y temen la incertidumbre del mañana, teniendo por sospechosa toda novedad. Esta familia es numerosa en Francia y la educacion de la clase media trabaja sin cesar para aumentar su número. Podríansele llamar los conservadores por temperamento, á condicion de añadir que estos «conservadores» á fuerza de temer el progreso; han sido mas de una vez los principales autores de las revoluciones.

El mundo llama todavía conservadores á los miembros de la sociedad que han llegado á ocupar ciertos puestos. En este sentido la palabra es sinónima de «clase media.» Aquellos que no pertenecen á las filas del pueblo, que tienen un cierto método de vida, poseen alguna instruccion, y se visten de cierto modo, dicen hablando de sí mismos:

«Nosotros, los conservadores». Creen que el gobierno de la sociedad les pertenece por derecho de nacimiento ó de fortuna, y declaran que sin ellos no puede haber otra cosa que peligro social, incertidumbre, trastornos. Si se hallan divididos en partidos políticos, y si cada uno de ellos trabaja para el establecimiento del régimen que le es mas querido ó útil, se hallan unidos al menos para cerrar, por cuantos medios están á su alcance, el paso á la democracia. Procuran perpetuar en provecho de sus hijos las ventajas de instruccion, influencia social y fortuna, de que ellos mismos han disfrutado. Se les encuentra unidos para mantener esta preponderancia de las clases superiores y medias que constituye desde hace un siglo el carácter principal de la sociedad, y sobre el cual Guizot y la escuela doctrinaria desenvolvian, cuarenta años há, la filosofía politica. Les dán el nombre de «conservadores» á todos cuantos hacen causa comun con ellos, llamando «revolucionarios» á los que tienen otras ideas. «¡Conservadores!» cuando á menudo por sus pretenciones egoistas, vuélvense los peores enemigos, no solamente del progreso, si que tambien de la paz social.

Se espresarian mas justamente si dijeran que los verdaderos «conservadores» son los que poseen algun capital. La inmensa mayoría de la humanidad no tiene mas opinion que la de sus intereses. Y es natural que así suceda. De todos los amores, el amor propio es el mas fuerte, y el objeto de la moral como el de la educacion debe tender á dirigir este amor, mas bien que intentar la imposible obra de suprimirle. El que nada tiene, no teme las perturbaciones sociales que nada pueden quitarle y por el contrario quizás gane algo en la mudanza de fortuna. Pero el propietario

ofrece una presa á los golpes de la suerte. Un cataclismo puede arruinar ó arrebatar su capital. ¿Cómo ser tan insensato, para ansiar el desórden? ¿Cómo ser el amigo de un nuevo estado de cosas, que puede despojarle? ¿Cómo el enemigo de un estado de cosas que le ha permitido adquirir lo que posee y cuya tranquila posesion le garantiza?

Así no son tan solo los hombres de cierto temperamento y educacion en la aristocracia y clase media los que se llaman «conservadores»; existen en todas las clases y en todos los grados de la escala social; y como no hay ningun país en que la tierra, la primera y mas segura de las propiedades, se halle tan dividida como en Francia, gracias á la revolucion, de ahí el que haya mas «conservadores» interesados en el mantenimiento del órden público. No es esta la menor ventaja que debemos á 1789.

Durante medio siglo, los «conservadores», con raras excepciones no habian cesado de oponerse al restablecimiento de la República. La habian sufrido, jamás aceptado; y, aún sufriéndola, la habian combatido. A sus ojos tan solo un soberano, ya se llamara Rey ó Emperador, era el único capaz de garantizarles una paz verdadera. Conservadores políticos bajo otro cualquier gobierno, volvíanse revolucionarios enseguida que la República aparecía. La República tenia por secuaces, en el pueblo á los obreros, en las clases superiores á los hombres de profesiones liberales, profesores, abogados, médicos, publicistas; todos aquellos que de ordinario viven de su trabajo mas ó menos remunerado: tenia en contra, en el pueblo á los arrendatarios, á los propietarios insignificantes, á la mayoría de los aldeanos; en las clases superiores, á los grandes propietarios, negociantes, y todos

aquellos que poseen el capital ó se hallan en camino de conquistarle.

Desde 1871, las cosas han cambiado, y este es quizás el hecho mas considerable y consolador de nuestra historia contemporánea En los pueblos se ha manifestado por el voto en favor del candidato republicano; en las clases medias por el éxito de los periódicos republicanos, por la adhesion formal á la República de los hombres que hasta entonces habian militado entre sus adversarios. Los unos han pedido al país que les enviaran al Parlamento ó á los Consejos departamentales, para defenderla; los otros han trabajado resueltamente para sacar á flote las candidaturas liberales; han figurado en los comités republicanos y hecho uso de la palabra en las reuniones públicas ó privadas. Han declarado solemnemente que querian la prueba sincera y leal de esta forma de gobierno.

Sin duda, una parte de la clase media vá adhiriéndose á todas las reacciones; se interna en el pasado, por aborrecimiento del presente y por miedo al porvenir; detesta todas las libertades, y maldice hasta esa gran revolucion, á la cual debe su fortuna y el rango que ha conquistado. Ninguna autoridad le parece demasiado absoluta, ningun despotismo bastante pesado; desearia arrojar en el abismo á la Francia moderna, aun á riesgo de precipitarse con ella.

Todas las conspiraciones de los aventureros encuentran en ella un cómplice, dispuesto á dejarlo hacer todo y á veces á ayudarle.

Sobre el cambio operado en las clases superiores es sobre el que conviene insistir. No se trastorna de la noche á la mañana la organizacion de una sociedad. No es posible poner por un golpe súbito en alto lo que estaba en bajo, en bajo lo

que estaba en alto. La fortuna, la instruccion, las situaciones adquiridas son fuerzas considerables, fuerzas preponderantes, aun en el país en donde está establecido el sufragio universal. Las costumbres, mas fuertes que las leyes, dan la parte dominante de influencia á los que tienen rango social, propiedad y superioridad de educacion y conocimientos. Si la Francia necesitara, para fundar el gobierno que desea, romper la resistencia obstinada de todos aquellos de los cuales el nacimiento del trabajo ha hecho séres privilegiados, tendria necesariamente que trabajar mucho, y ninguna victoria seria ni mas incierta ni mas sanguinaria.

Gracias al cielo, no es así. La República posee entre la clase media, entre la aristocracia, un partido numeroso, firme, resuelto; un partido que, si no es aún la mayoría, no está lejos de serlo. Todos le han visto nacer y aumentar de año en año, y el progreso contínuo de esta evolucion es lo que nos demuestra su fuerza y nos permite afirmar que irá progresando de dia en dia.

¿De dónde ha venido esta conversion á la República? Precisamente de aquellos que parecian mas opuestos. Procede de los desastres. El mal que acababa de hacer á la Francia el poder personal, habia sido demasiado cruel, demasiado reciente, para que los corazones patrióticos no tuviesen horror al Imperio. ¿Qué otra monarquía era posible restaurar? Habíanse visto tantas sucederse vanamente, que ya no se creia en sus virtudes. «Hagamos, dijo Thiers, la esperiencia leal de la República». Y respondiéronle: «Hagamos esa esperiencia». Esta vez aportaron, por necesidad mas que por amor, lo que hasta entonces habia faltado á todas las experiencias: la buena voluntad.

Las gloriosas adhesiones sobrevinieron bien

pronto. Honor á esos hombres ilustres, á esos liberales parlamentarios, cuyos votos no habian estado nunca mas allá de la monarquía constitucional, los cuales reconocieron la necesidad de ahorrar á la Francia una nueva revolucion y, puesto que la República existía, guardarla si les era posible: los Dufaure, los Casimiro Perier, los Leon de Malleville, los Leon Say, los Lavergne, los Noailles, los Montalivet! Cada conversion era seguida de otra: de dia en dia el feliz contagio se propagaba.

Asi se constituyó en el Parlamento, en la prensa, en el país, ese gran partido del Centro izquierda, al cual se debe, despues de cuatro años de lucha, el voto de la Constitucion republicana. Una division tuvo lugar entre los conservadores del Centro. Mientras que el Centro derecho se ponia de dia en dia mas enfrente de la opinion pública, de dia en dia, por el contrario, el Centro izquierda, atento enseguida á esta opinion, aproximábase á las izquierdas, hasta que vino á confundirse con ellas. Cada eleccion parcial llevaba á las filas de los republicanos algun nuevo refuerzo. Veian que, bajo la República, la Francia se levantaba poco á poco; veian que el órden no se turbaba; veian que la Republica no era una ruina para los negocios. Los partidos hostiles á ella, hacian al mismo tiempo su juego. Sus intrigas en la Cámara, sus violencias en la prensa, su resolucion de no tener cuenta con los sentimientos del país, les presentaban á los ánimos no prevenidos, como los verdaderos revolucionarios. El 24 de Mayo, la evolucion hácia la República de la mayoría de los conservadores habia tenido ya lugar. El Centro izquierda volvióse mas y mas fuerte; y, mas se acentuaba la reaccion gubernamental, mas estre-

cha hacíase la alianza entre el Centro izquierda y los antiguos republicanos. Las conspiraciones bonapartistas y el comité de contabilidad acabaron la alianza, comprendieron que era preciso fundar la República definitivamente, si no querian volver de nuevo al Imperio. La union de las tres izquierdas terminó, y no fué turbada por la mas pasagera nube. Juntas lucharon en 1874 y 75 para el establecimiento de la Constitucion, juntas lucharon contra el ministerio Buffet, juntas se presentaron en 1876, en las elecciones del 30 Enero y 20 Febrero; juntas votaron despues en todas las cuestiones en el Senado ó en la Cámara de diputados; á ellas les fué declarada la guerra el 16 de Mayo por el mariscal Mac-Mahon; y juntas lucharon, en este último y supremo combate de cinco meses, por la República contra los partidos monárquicos, por la soberanía nacional contra el poder personal de un solo hombre; juntas han vencido el 14 Octubre, y juntas han triunfado el 14 Diciembre. Há-se visto mas de una vez, que en esta larga y paciente campaña, ante el país ó ante el Parlamento, los mas moderados han sido los mas resueltos en sus declaraciones y los mas apasionados en sus ataques.

Cuando la República esté definitivamente establecida, es decir, cuando sus adversarios tengan la plena conviccion de estar reducidos á la impotencia, podrá suceder que los diversos grupos republicanos se separen sobre tal ó cual cuestion financiera, administrativa, económica, militar; los unos solicitarán una forma que los otros no desearán; se producirán divisiones pasageras, no solamente entre los diferentes grupos, sino tambien en el interior mismo de cada uno de ellos. Mas si la República corre algun peligro, el espíritu de

disciplina, que ha producido desde hace siete años tan maravillosos efectos, hará retroceder á unos y otros ante toda empresa que, al dividirles, no aprovecharia sino á sus adversarios. Los unos como los otros quieren sinceramente la República: éste comun designio basta á la obra presente,

II

Al mismo tiempo que se operaba esta evolucion en el partido conservador, una transformacion no menos considerable tenia lugar en el republicano. El partido republicano cesaba de ser un partido revolucionario y volvíase un partido de gobierno.

A decir verdad, estos dos movimientos no podrian ir separados uno del otro. y lo que precisamente ha determinado la conversion á la República de un gran número de «conservadores», ha sido la confianza que los republicanos les han sabido inspirar. Se habian acostumbrado durante mucho tiempo á considerarles como perturbadores, siempre dispuestos á triunfar con la violencia, á comprometer la tranquilidad del Estado, la fortuna y la seguridad de los individuos. Hánse acostumbrado, por el contrario, á ver en ellos á los mas seguros amigos de la paz pública, á los defensores del órden contra las empresas de los revolucionarios. Así los mismos instintos que antes constituian la principal resistencia al establecimiento de la República, han venido á formar por una natural consecuencia, su principal apoyo.

¿A qué se debe esa templanza política de que los republicanos han dado pruebas y que, segun la frase de Thiers, les ha hecho dueños del porvenir? Son numerosas, y ya en otros capítulos hemos tenido ocasion de señalar algunas. Vamos á

citar ahora tres solamente; las lecciones del pasado, las enseñanzas de la experiencia, y el espíritu de la moderna generacion.

Dos veces ya, en el espacio de un siglo, el partido republicano habia visto un momento sonreírle la fortuna subiendo al poder, y dos veces habia caido, tanto por sus faltas, cuanto por la fuerza de sus adversarios. Durante los diez y ocho años del Imperio, el partido republicano habia largamente meditado acerca de sus infortunios y se habia dedicado á corregirlos. Así los mismos reveses son provechosos á los que saben reflexionar y no se obstinan, por una nécia vanidad en la aprobacion sistemática de sus errores, preparando la revancha para que los vencidos de ayer sean los vencedores de mañana

La tercera República confió á los suyos la administracion del país, al mismo tiempo que la empresa gloriosa y desesperada de salvar el honor pátrio. Hasta entonces no habian tenido ocasion de aprender la política mas que en los libros, y los libros ayudan poco á conocer la realidad. Se encontraron de repente obligados á contar con las mil dificultades de la práctica. No era falta suya si hasta entonces habian estado sistemáticamente apartados del manejo de los negocios públicos. Tenian mucho que aprender al mismo tiempo que tenian necesidad de conducirlo todo, y ¡en qué circunstancias tan difíciles! Cometióse mas de una falta, y ¿cómo no? El hombre no aprende sino con la práctica y la esperiencia. Lo que hay que añadir es, que todas sus faltas fueron poco numerosas y muy ligeras. El gobierno de la Defensa nacional supo dirigir muy bien su eleccion

En cada departamento, llamó en su ayuda á los republicanos mas eminentes, mas capaces, mas

considerados. Todos tenian buena voluntad y recto espíritu. Así, cuando pasados algunos meses, en despecho de la energía de unos y otros, la Francia fué definitivamente vencida, cuando la eleccion de una mayoría reaccionaria vino á desposeer de la administracion á los funcionarios republicanos, en todas partes la República contaba con un numeroso personal de hombres políticos, esperimentados en los negocios, conocedores de la administracion, y capaces de distinguir una reforma posible de una utopía. Estos hombres permanecieron siendo los jefes del partido, al cual se habian afiliado; enseñaron á los demás lo que ellos habian aprendido; propagaron las lecciones de la cordura y los consejos de la experiencia. Supieron moderar las impaciencias de los imprudentes: hicieron oir en todas las ocasiones la voz del buen juicio, y los servicios rendidos juntamente con la confianza de que estaban en posesion, hicieron que esta voz fuera escuchada. Cuando sus conciudadanos tenian necesidad de escoger un consejero general ó un mandatario político, acudian á votar por ellos. Su espíritu de conciliacion, su acatamiento á los intereses públicos esperimentados en dias bien difíciles, les habian conquistado simpatías entre los mismos que, poco antes, se hallaban dispuestos á calumniarles. Llevaron á las Asambleas departamentales y á los escaños de la izquierda republicana la templanza parlamentaria. En las sesiones públicas, en las discusiones de los grupos parlamentarios, vióseles demostrar á la vez la prudencia, la firmeza, el conocimiento profundo de las cuestiones, el sentimiento de la disciplina, la circunspeccion en los ataques, la obstinacion en la resistencia. Antiguos parlamentarios, encanecidos en las luchas de la tribuna,

no se habrian conducido con mas habilidad y sangre fria que lo hizo en la Asamblea nacional la oposicion republicana. Los adversarios de la derecha viéronse obligados á reconocerlo, con un disgusto que cada dia iba en aumento, hasta que convirtióse en un ciego furor.

Si el partido republicano ha sabido aprovechar las lecciones del pasado é instruirse por la esperiencia, débelo sobre todo al espíritu de la nueva generacion. No es seguro que la segunda mitad del siglo, cuya suerte nadie puede presagiar, esté destinada á brillar ante los ojos de la posteridad con destello tan vivo como la primera. La generacion actual tiene por ambicion ser mas bien útil que brillante. ¿Producirá poetas de génio, inmortales escritores, notables artistas? Nadie lo sabe. Si ésta gloria le es concedida, ciertamente no la desdeñará; pero no es á ésto á lo que ella aspira. Lo que la preocupa ante todo, son los resultados. Positiva y práctica, demasiado práctica y demasiado positiva quizás ante los ojos de alguno, no cree deber abandonar lo seguro por lo incierto. Desea mas bien poner la mira menos alta y esperar el término mas seguro. No es, á Dios gracias, que pretenda abdicar el ideal, que renuncie á solicitar esa perfeccion de la belleza y de la justicia que el hombre no podria cesar de querer sin inmolar su propia dignidad, sino que toma parte en las imperfecciones presentes y limita sus esperanzas á la medida del posible. Tiene cuenta con los obstáculos y, mas bien que estrellarse en vano contra ellos, se aplica á medir su fuerza de resistencia y vencerles por una série de esfuerzos calculados y perseverantes. Pone pacientemente sitio á los abusos en vez de pretender el asalto.

La educacion que ha recibido y que forma su segunda naturaleza, es la educacion científica. No la educacion de las ciencias matemáticas, que procede de fórmulas abstractas cuyo espíritu sigue rígurosamente las inflexibles deducciones, sino la educacion de las ciencias naturales, las ciencias de observacion que tienen por objeto la viva realidad. Estas ciencias han nacido ayer; perfecciónanse cada dia sus instrumentos y empiezan á entrar en la plena posesion de sus métodos. Han aprendido que el estudio y la esperiencia acaban por descubrir las leyes de la vida; han demostrado que el hombre llega á domar los elementos, no por la fuerza, sino por la astucia, es decir por la inteligencia, aprovechando las leyes de las cosas en vez de pretender romperlas cuando contrarían sus intereses. Han enseñado que todo problema es complejo, que no hay que desconfiar sino de las fórmulas sumarias, y que puede esperarse á llegar á la solucion deseada cuando por un lento y difícil análisis, se han aclarado todas las conocidas, comprendido la importancia de cada una, su valor propio y su influencia recíproca.

El mismo movimiento que se operaba en el gabinete de los físicos, en los laboratorios de los químicos, en las salas de estudio de los naturalistas, tenia lugar tambien entre los políticos; era natural que el partido republicano, atento á seguir el espíritu del siglo, que reclutaba sin cesar en la juventud estudiosa, que contaba en sus filas la mayoría de los hombres ilustrados y distinguidos, era natural que éste partido aprovechara el progreso de las ciencias. Ha desterrado la doctrina *á priori*, las teorías metafísicas, y ha penetrado tambien, en la escuela de observacion y de

esperiencia. Ha inaugurado lo que llamaron la política «científica». No se trata ya de sustituir la monarquía del derecho divino, con la República. No se trata de imponer á la humanidad, de grado ó por fuerza, en nombre de un ideal de justicia, una República de utopía salida de la conciencia de algun solitario pensador. La República, para durar, debe conciliar todos los intereses, respetar los derechos legitimamente adquiridos, sin embarazar la conquista de ningun otro nuevo derecho. Reunir á los ciudadanos en un amor igual á la pátria; calmar las disenciones políticas y estinguir los aborrecimientos sociales, reformar lentamente y en la hora oportuna; unir la prudencia á la valentía; seguir atentamente todos los movimientos de la opinion pública; hacer que el hoy sea mejor que el ayer, y el mañana mejor que el hoy: ayudar, en fin, á la humanidad á subir con paso firme á esa montaña áspera y escabrosa en cuya cumbre está la tierra prometida, el reino de la justicia: tal es su programa.

Si la mayoría de los republicanos se hallan unidos tan firmemente á la República, no es efecto de un vano entusiasmo por este nombre, sino por que la consideran en disposicion de verificar esta obra de salud social.

Este cambio verificado en los ánimos tan es un signo de los tiempos, que los republicanos mas cuerdos y prácticos fueron los mas jóvenes. Los mas ardientes, se han presentado los mas disciplinados, los mas dispuestos á las concesiones. Si hánse encontrado ciertas obstinadas resistencias, dispuestas á practicar la doctrina tan peligrosa como altanera del «todo ó nada», ha sido entre los hombres á quienes debieron instruir mejor las lecciones de 1848, aquellos que habian sufrido por su

causa la proscripcion, la prision y el destierro. Muchos de éstos hubieran empezado de nuevo voluntariamente los mismos errores, dispuestos á dar pruebas enseguida del mismo heroismo. Los mas jóvenes son los que les han apaciguado hablándoles en el lenguaje de la fria razon, quienes les han suplicado se doblegaran en nombre del interés público, á la rigidéz de su principio. ¡Quién no recuerda la escena conmovedora, el dia solemne en que la enmienda Wallon hizo triunfar la Constitucion republicana, cuando tres ó cuatro de los que aun resistian y que llevaban los nombres mas respetables y gloriosos entre los antiguos gefes del partido republicano, fueron vencidos por las súplicas de sus jóvenes colegas, yendo, ante los aplausos unánimes de la izquierda, á llevar á la tribuna los cuatro votos que decidieron la victoria! La union republica, aparte de un pequeño número de sus miembros, habia entrado resueltamente, desde los tiempos de la Asamblea nacional, en el concierto del Centro izquierdo y de la izquierda republicana. En la Cámara de 1876, los disidentes, ayudados de algunos otros, formaron el grupo de los intransigentes. Pocos meses habian pasado cuando estos á su vez quisieron asociarse á los tres grupos de las izquierdas aliadas, y desde entonces igualmente combatidos por el gobierno del 16 Mayo, han vencido igualmente el dia 14 de Octubre.

Existen, á no dudarlo, algunos individuos que al llamarse republicanos no lo hacen por la fé que tener puedan en esta forma de gobierno, sino por sus miras bastardas y egoistas. La humanidad seria demasiado perfecta si sucediera lo contrario. ¿Pero qué importa á la suerte de un partido contar cierto número de hijos pródigos, cuan-

do, despues de todo, tienen un papel útil que desempeñar? Las mismas individualidades imprudentes y revoltosas, los mismos periódicos violentos, sirven de otro modo á la causa del progreso.

Lo esencial es que la cordura práctica sea la regla general de un partido llamado á gobernar. Tal sucede hoy. La muchedumbre deja hacer á los temerarios, deja hablar á los locos; sus voces se pierden sin eco, sus llamamientos no son escuchados, y es preciso en verdad toda la mala fé de sus adversarios, para hacer responsable de las faltas cometidas por algunos indivíduos oscuros y sospechosos, á un gran partido que tiene sus gefes reconocidos, sus órganos autorizados, á quien todo el mundo puede juzgar segun sus actos, y que no ha cesado durante tanto tiempo de ofrecer el espectáculo de la mas perfecta moderacion, unida á las convicciones mas firmes.

III

Dos hombres han representado y camo reasumido en sus personas esta doble evolucion del tiempo presente; dos hombres han contribuido igualmente á poner un término á la anarquía que se prolongaba hacía cerca de un siglo. Venidos de dos puntos estremos del horizonte, descendientes el uno de las clases aristocráticas, el otro de las filas de la democracia, han montado sobre el barco, y, como dos valientes pilotos, aunando sus esfuerzos, han trabajado igualmente para conducirle al puerto á través de los escollos. Hé ahí por qué sus nombres pasarán asociados á la historia, y por qué figuran á la cabeza de este libro en un igual homenage de respeto.

Y, como era natural que sucediera para sim-

bolizar esta conciliacion de la antigua Francia conservadora con la nueva democracia, se ha visto que uno de estos hombres era un anciano de cabellos blancos, en el término estremo de la vida humana! el otro un hombre en toda la lozanía de la vida, saliendo apenas de la juventud para entrar en la madurez.

Mr. Thiers no era un republicano de sentimiento ni de conviccion. Su ideal político no iba mas allá de la monarquía constitucional. Habia trabajado al advenimiento de ésta, sirviéndola con celo. Él fué quien, despues de 1830, suplicó á la Francia traspasara la Mancha para no tener que traspasar un dia el Atlántico. Habia militado en la oposicion durante los últimos años del reinado de Luis Felipe. Queria el gobierno parlamentario en su sinceridad, pero lo queria con el Rey á la cabeza, reinando si no gobernaba. Pedia la reforma electoral, la reduccion del censo y la asociacion de las «capacidades» en la lista de los electores, pero repelia el sufragio universal. Queria una Francia liberal, tan libre del despotismo del soberano, como del yugo teocrático, gobernada por las clases principales. Temia á la democracía, y desconfiaba de la República. Él fué quien llamó un dia al pueblo la «vil multitud»; él quien dijo que la República estaba destinada siempre á acabar en la imbecilidad ó en la sangre.

Cuando vino la segunda República, militó en las filas de sus mas encarnizados adversarios, fué el alma en el comité de la calle de Poitiers, el principal instigador de la ley del 31 Mayo, que mutilaba el sufragio universal, esperando la ocasion de exterminarle. Nadie contribuyó mejor que él á preparar el segundo Imperio.

Habia combatido la República en nombre de

todos los intereses «conservadores». Cuando ésta reapareció despues de veinte años, comprendió que hay algo para una sociedad mas temible todavía que los peligros de la libertad: el despotismo de un *salvador*. Comprendió que habiendo muerto la fé monárquica, no había mas eleccion posible que ó la República lealmente aceptada, ó el Cesarismo cuyas criminales locuras acababa de esperimentar. Tanta energía como desplegó para vencer la formidable insurreccion de la *Commune*, tanto supo, el dia siguiente de la victoria, conservar su sangre fria y separar de la República los excesos de los violentos.

Siguió el movimiento de la opinion pública, y vió que la mayoría de la Francia deseaba mantener ó ensayar al ménos, el existente régimen político. Desde entonces tomó su determinacion. Semejante á Turenne, que volvíase mas valiente á medida que avanzaba su edad, á los setenta y cinco años rompió con las ideas, las costumbres, las relaciones de toda una vida, y, decidido á franquear el Atlántico, le franqueó resueltamente sin volver la vista atrás. Él fué quien por su conversion á la República, determinó tantas otras entre las filas de los «conservadores», y en todas las clases sociales. Hizo ver, por la experiencia, que la República puede ser el gobierno en que se hallen mejor garantidos el órden público, las libertades en las transacciones y la prosperidad de los negocios; cuando cayó, debido al esfuerzo de los monárquicos coaligados, estaba reorganizado el ejército, el territorio libre; un empréstito sin precedente catorce veces cubierto, acababa de probar que jamás el crédito de la nacion había estado mas sólido; la paz existía, por todos lados la fortuna material del país, en despecho de las cargas

imponentes, sobrepasaba lo que habia sido en los años mas brillantes del Imperio.

El reconocimiento de la Francia siguió á Thiers en su retirada y vengóle de la ingratitud de los partidos. El mundo entero le enviaba el testimonio de su respeto y admiracion. Conservaba su fé en la bondad de la causa que acababa de servir, su fé en el triunfo definitivo. Retirado á su hotel de la plaza de San Jorge, simple miembro de la Asamblea, caido del poder con tanta sencillez como habia subido, quedó siendo el verdadero gefe del partido republicano, cuyos consejos todos solicitaban y todos seguian, y hácia el cual se dirigian las miradas en las circunstancias graves. Recobró su puesto de honor á la cabeza de los combatientes el 16 Mayo; el mas anciano no era el menos valiente. Murió la víspera del combate definitivo; y jamás ningun país hizo á alguno de sus hijos funerales mas gloriosos que los verificados en Paris y en Francia. Mas allá de la tumba se ha dejado oir su voz dirigida á la pátria; y en ese manifiesto electoral, que vino á ser su testamento político, ha afirmado una vez mas, con esa elevacion de pensamientos que le distinguian, que la República era no solamente la solucion posible, sino la necesaria, y que sin ella no podria haber otra cosa que la guerra civil, la anarquía y el despotismo.

Este noble anciano, despues de curar las llagas de la Francia vencida, de levantar su crédito, de pagar su rescate, de devolverle ante los ojos del mundo la consideracion, despues de la ruina de su gloria militar, ha trabajado para unir á todos en un pensamiento comun, ha reconciliado las dos Francias, que desde tan largo tiempo se combatian, y ha demostrado á todos donde se hallaba

la salud interior. Su nombre le pronunciarán con respeto las generaciones venideras, como el del primer fundador de la República francesa.

Mr. Gambetta acababa de nacer á la vida política en ocasion que estallaron los desastres de la nacion. Presentóse en el cuerpo legislativo como el representante de la oposicion irreconciliable. Un solo discurso, en el que demostró ante la mayoría estupefacta, dominada tanto por la elocuencia del orador, cuanto por su valentía, que la República era el único gobierno conciliable con el principio del sufragio universal, bastó á colocarle en la primera fila del partido que ya contaba como suyos á los Ernesto Picard, los Julio Simon, los Julio Fabre. Podia decirse de él la frase de Guizot, el primer dia que habló Berrier: «Es un talento que se revela». El 4 Setiembre entró en el ministerio del Interior. Bien pronto, cuando Paris fué cercado, la Francia le vió bajar un dia llamando á la nacion en socorro de la capital asediada. Reunió en su mano el ministerio del Interior y el de la Guerra. Todos los recursos de la administracion, todas las riquezas del país, toda su energía la unió en un supremo esfuerzo contra el invasor. Comunicó á todos la patriótica resolucion, la santa confianza que le animaba. Hizo verdaderos prodigios. A su voz se formaron ejércitos que fueron equipados y provistos de armas y bagajes; hubo un momento en que se creyó que la suerte de las armas iba á cambiar. Nada abatió su ánimo; ni la caida de Metz, ni los desastres del ejército del Loira, ni los reveses de la armada del Oeste y el Norte. Todavía se hallaba esperanzado cuando Paris sucumbió vencido por el hambre. La Francia agotada no queria mas lucha; pero conservaba en el fondo de su corazon un reconoci-

miento, que debia ir en aumento cada dia, para aquel de sus hijos que no habia economizado nada para salvar al menos el honor; á quien habia prolongado las existencias durante cinco meses, y cuyo nombre lo pronunciaba el enemigo con aborrecimiento y respeto.

Desde el dia en que la Francia fué vencida, consagróse á salvar al menos la República. Este era el único papel que podria desempeñar un patriota. Para salvarla, era preciso que el partido republicano se mostrase el mas cuerdo, y que con esta cordura atragera á sí á la mayoría de la Francia. En su discurso de Burdeos, Gambetta trazó el programa del partido republicano. Ha continuado egecutándole dnrante seis años, con notable perseverancia, á través de todos los accidentes y de todas las pruebas. Rompiendo valerosamente con las tradiciones de la escuela revolucionaria, ha dicho á sus amigos que no esperen el triunfo de su causa sino con el egercicio de los derechos legales, con la union unida á la paciencia.

Les ha dicho se dediquen á seguir la opinion pública y á dirigirla; teniendo en cuenta las circunstancias, el tiempo y los hombres; traten la política como un gran negocio, y aborden separadamente cada cuestion para resolverla mejor. Ha predicado lo que ha llamado tan oportunamente la «política de resultado.»

Gambeta ha llevado á la Asamblea este espíritu político y práctico. Lo que ha recomendado á todos, él ha sido el primero en egecutarlo. En las sesiones activo y exacto, laborioso en las comisiones, forzando á los adversarios á reconocer su instruccion y sus capacidades; al corriente de todas las cuestiones, así las mas pequeñas como las mas grandes, las mas técnicas como las mas

generales; lleno en la tribuna de argumentacion vigorosa y de pasion vehemente, hábil á comprender en una discusion el momento oportuno, á aprovechar la menor falta de sus adversarios, inspirando la confianza por su resolucion, instruyéndose con sus propias faltas y el primero dispuesto á no perseverar en ellas; todas estas bellas cualidades hánle ocasionado su influencia parlamentaria. Tal ha sido «este oportunismo» largo tiempo combatido, que ha concluido sin embargo, por vencer y al cual es debido el triunfo definitivo de la República. Gambetta ha sido quien, ayudado de patrióticos secuaces, ha aproximado y reunido mas tarde la Union y la Izquierda republicana; él es quien por grados ha vencido las resistencias del centro izquierda. Todo le ha servido en esta empresa; el poder de su razon, su finura, su habilidad, la amabilidad de su carácter y la afabilidad de su conversacion: todo, hasta esa vehemencia que parece destruir en un instante la obra de conciliacion de varias semanas, pues que le ha servido para conservar á su alrededor á los vehementes. Ha venido á ser el gefe de los republicanos, por su inteligencia, su talento, sus capacidades de hombre de Estado, sin perder por eso la confianza de la democracia avanzada. En vano los impacientes ó ambiciosos se han esforzado en arruinar su prestigio: no ha tenido mas que presentarse para recobrar sus partidarios; y Bellevi-lle ha sido quien le ha enviado de nuevo á la Cámara en 1876 y 77, como lo habia enviado al cuerpo legislativo en 1869.

Ha comprendido que, en el país del sufragio universal, lo primero que importa aclarar es este mismo sufragio; que la ignorancia del número, gefe del país en los dias de escrutinio, ignorancia

cuidadosamente entretenida por gobiernos interesados, era el gran peligro de nuestros tiempos; que, finalmente, la República sería fundada y la democracia asegurarıase el dia en que el sufragio universal adquiriera, con el sentimieuto de sus derechos, la conciencia de su responsabilidad. Hacerse el educador político del sufragio universal, ponerle en estado de seguir las tácticas parlamentarias y comprenderlas, enseñarle á guardarse contra las intrigas de sus adversarios, tal ha sido el objeto de sus constantes preocupaciones. El estado mayor aleman, al publicar sus boletines populares de las guerras, acostumbrando á leer las cartas militares hasta á los mas insignificantes aldeanos y hacerse cuenta de las maniobras, ha formado esa nacion guerrera en que cada soldado, tomando parte en una campaña, vuélvese el instrumento inteligente y entusiasta. Hasta ahora, aun el mismo partido republicano, habia admitido como regla el no preocuparse en la discusion de los incidentes políticos sino cuando estaba abierto el periodo electoral, y creia ser suficiente en los tiempos ordinarios, continuar la propaganda de los principios republicanos, y que solo los diputados, directamente mezclados en los debates parlamentarios, debian cuidar de las vías y medios de ejecucion.

Para llevar á cabo esta obra de educacion popular, Gambetta fundó en 1871 un periódico. Cada dia sus colaboradores, bajo su inspiracion, hacian comprender los incidentes del dia, exponian la verdadera cuestion, á veces distinta de la aparente, descubria la táctica de los adversarios y demostraba con qué movimiento habian respondido los republicanos. Ningun incidente, aun secundario, fué omitido; ninguna dificultad disimulada. El lec-

tor no se interesaba solamente en los debates de la tribuna, sino que iniciábase en los trabajos de las comisiones, en las discusiones de los despachos: y éste ejemplo, al cual se asoció la prensa republicana, tuvo por objeto difundir por toda la nacion la vida política. Cada elector, estando al corriente de los actos y gestos de su mandatario, de sus votos, de las menores agitaciones de los partidos, comprendía poco á poco lo que es el arte de la política y en qué condiciones puede triunfarse. A medida que esta educacion se vaya desarrollando, las utopias cederán su plaza, por el conocimiento exacto de las cosas, á la cordura y al buen sentido. Los electores no se dejarán engañar con vanas declamaciones y darán su confianza tan solo á aquellos que prometan lo posible.

Esta propaganda de todos los dias no bastó á Gambetta: quiso, en todas las circunstancias importantes, á cada transformacion de los acontecimientos, ponerse en comunicacion con el sufragio universal. La palabra directa tiene un poder, una repercusion en las inteligencias, que no posee el mismo periódico. En Burdeos, en Angers, en Auxerre, en Grenoble, en Versalles, en Avignon, en Lille, en Clamecy, en una série de arengas populares ó mas bien conferencias, se dedicó cada vez mas á hacer penetrar en los ánimos algun principio democrático, alguna regla de conducta política. Tan pronto se dirigía á los obreros de las ciudades, como á la democracia de las aldeas. Será un interesante trabajo para el crítico y el historiador proseguir un dia la série de estas peroraciones democráticas, demostrar su encadenamiento, reconocer su influencia. Ningun orador tuvo menos cuidado de la correccion académica, nin-

guno soñó menos en merecer las alabanzas literarias de los delicados: pero ninguno, ni aun los apóstoles de las primeras edades cristianas, fué mas adicto á su apostolado. Ninguno tampoco habia recibido de la naturaleza dones tan magníficos; ninguno supo dirigirse tan bien á la razon y al apasionamiento: familiar y vehemente á la vez, insinuante, persuasivo, dueño de sí mismo aun en sus mas violentos arranques, tribuno y hombre de Estado, uniendo la finura á la fuerza, la elevacion á la tribialidad, ninguno supo como él, hablar al pueblo, convencerle y llevarle tras sí.

Otro, diferente en todo, era Mr. Thiers; con su pequeño cuerpo, su claro eco de voz: esparciendo mas luz que calor, poco apropósito para comprender al pueblo ni ser comprendido de él, no buscando los grandes efectos de pasion, pero admirable en ardides, en ciencia, en habilidades ingeniosas, el espíritu mas delicado y la palabra mas esquisita, un hijo de Lysias y de Voltaire reuniendo toda la limpidéz ática á todo el númen francés; la naturaleza y el arte habíanle formado para ejercer la mas segura accion sobre la clase media instruida y capaz de escuchar los avisos de la templanza. Así estos dos hombres tan diversos, han sido complemento el uno del otro. La obra comun ha tenido buen éxito, precisamente por su concurso; y el momento ha llegado, debido á un progreso igual de ambas partes, en que la democracia ha reconocido en Thiers su mas útil servidor, y la clase media en Gambetta el mas firme de los «conservadores.»

LIBRO CUARTO

LOS OBSTÁCULOS Á LA REPÚBLICA

CAPITULO PRIMERO

Los partidos políticos.

La República tiene en contra, ante todo, á los partidos políticos. Es el triste legado hecho al país por los gobiernos que se han sucedido. Los gobiernos mueren, los partidos viven.

¿Donde se encuentran estos partidos; de qué procede su fuerza; cómo pueden desaparecer? Tal es la triple cuestion que es útil aclarar.

I

Los partidos políticos existen apenas en el pueblo. Hay sin duda algunos indivíduos de entre ellos que por instinto se hallan unidos á tal ó cual go-

bierno del pasado; pero es un pequeño número. La parte del pueblo que tiene alguna instruccion política, la parte obrera es generalmente republicana. En cuanto á los aldeanos, los que son opuestos á la República, lo son por razones no políticas. Los unos la consideran como una amenaza para la propiedad, la familia ó la religion; la instruccion y la experiencia les ilustrarán poco á poco; los otros, mas numerosos, recuerdan que el Imperio les ha dado la prosperidad material y persisten en creer que él solo puede aún asegurársela: cuando vean que sus bienes están tan garantidos bajo la República como podian estarlo bajo el Imperio, serán los primeros en defenderla contra los que intenten atacarla.

No será tan fácil hallar razones para la resistencia de la nobleza. No tiene ya privilegios sociales: existe, sin embargo, como clase social. Distinguida del resto de la nacion por sus títulos, sus miembros pretenden, hoy, como ayer, formar un órden aparte en el Estado.

La nobleza es, en general, hostil á la República. Una parte de ella se ha convertido al Orleanismo y al Imperio: algunos indivíduos solamente á la República. Por el aborrecimiento que profesan á esta forma de gobierno, es á lo que se deben las conversiones al Orleanismo ó al Imperio Convencida de la imposibilidad de restablecer la monarquía del derecho divino, una parte de la aristocracia se ha vuelto hácia la constitucional ó hácia el cesarismo, como los únicos medios prácticos de cerrar el camino á la democracia que aborrece.

La mayoría de la nobleza, repele igualmente la monarquía constitucional, el cesarismo y la República. Permanece fiel á la doctrina del derecho divino, guardando su culto y su fé para el heredero

de los reyes. Para ella, la Francia, desde el regicidio de 1793 y la jornada de 1830, está fuera de su camino; no podria restablecer la calma, la prosperidad, la grandeza, sino arrojándose, humillada y arrepentida, en los brazos del legítimo pastor, encargado por Dios mismo de apacentar el rebaño. Las doctrinas liberales de la Francia moderna son ante sus ojos sofismas tan monstruosos como funestos.

Entre esta nobleza, realista y feudal durante muchos siglos, hoy solamente realista, algunos hombres de ánimo belicoso, emprenden la lucha contra el siglo y trabajan para conseguir el triunfo de lo que llaman «la buena causa». Los otros, (y estos se hallan en mayoría), comprendiendo la inutilidad de sus esfuerzos, no piensan disputar á sus adversarios, sean cuales fueren, la direccion de la Francia. Si aborrecen á los gobiernos establecidos, no trabajan para derribarles, sino rehusando sus votos y los de sus gentes. Se resignan á no jugar ningun activo papel en los destinos de su país; basta á su dicha ser perpétuos descontentos y gemir entre sí sobre los tiempos de abominacion y desconsuelo predichos por el profeta. Su oposicion es tan inerte como obstinada. Encerrados el verano en sus quintas, el invierno en sus hoteles, se limitan á cultivar las virtudes y á veces tambien los vicios domésticos; su gran cuidado consiste en rehacer en cada generacion, por medio de hábiles casamientos, fortunas que disminuye su holganza.

Entre la nobleza y el pueblo se encuentra la clase media. En ella, sobre todo, es donde existen y se agitan los partidos políticos, é importa detenerse y observar lo que significan los partidos políticos y de donde viene su poder.

II

Un partido político es un grupo de hombres igualmente deseosos de ver establecida una determinada forma de gobierno. Los motivos que les animan son bien diferentes. Son de un partido por que se hallan unidos á él por afecciones, por razones de sentimiento, por relaciones de familia, con las cuales sería difícil romper; son de un partido, porque siguen la corriente y la moda, no atreviéndose á combatirle; son de un partido por interés personal, y son de un partido, finalmente, ó por efecto de temperamento ó por conviccion reflexionada. Nada hay que tenga menos semejanza entre sí que estos diversos motivos, aunque el resultado sea el mismo.

Las costumbres, las afecciones, las relaciones de familia, son sin duda motivos suficientes ante los ojos de muchos, para alistarse en un partido y perseverar en él. El número de hombres tan comprometidos en uno, que las puertas de los otros les están cerradas, es siempre bien escaso. El número de hombres que pertenecen á un partido por firme conviccion, no es nunca considerable. La mayoría de los adheridos así lo quiere la naturaleza humana, pertenecen, ó por la impulsion de esos instintos vagos y no razonados que los fisiologistas llaman temperamento, ó por motivo de interés personal. Esta ultima categoría es la mas numerosa.

Podria llevarse mas lejos el análisis: si estudiáramos los diferentes partidos políticos, no encontraríamos en cada uno proporcionalmente un número igual de indivíduos determinados por igual motivo. Todos cuentan un número, análogo qui-

zás, de hombres unidos por los lazos de familia ó la educacion; todos cuentan un cierto número, unidos por el temperamento, pues que cada forma de gobierno comprende, por decirlo así, á determinados tipos de la naturaleza humana. Pero el número es demasiado desigual de los que se unen por interés personal ó por principios. Así el partido legitimista es, con el republicano, el único que tiene el honor de contar entre los suyos una proporcion notable de hombres convencidos de la verdad y de la justicia de su causa; solamente, que los legitimistas son un puñado, y los republicanos un ejército. Mas dejemos este lado de la cuestion.

El espíritu de clientela; tal es el principal proveedor de los partidos políticos; y tal es el nombre de una de las enfermedades peores que sufre la Francia. ¿Existirían sin él los partidos? Sin duda alguna. Pero qué léjos se hallarian de ofrecer el espectáculo de áspera violencia que presentan! En el triunfo de tal ó cual partido no es solamente la victoria de una opinion sobre otra lo que la hace terrible é implacable, sino el triunfo ó la derrota para los indivíduos, su dicha ó su ruina.

Se ha señalado largo tiempo há, el amor á los destinos, de que el gobierno dispone, el «funcionarismo» como una plaga de la nacion. El sueño de la clase media consiste en tener su parte en el presupuesto y hacer que sus hijos la tengan tambien. La vanidad encuentra en ello el prestigio que rodea á la autoridad. No hay empleado por insignificante, que no se crea rodeado de la aureola del poder. El jóven desde la adolescencia, está educado para codiciar esta partícula de autoridad á la cual podrá pretender un dia

mientras que él vé sobre todo la gloria que le rodeará, sus padres, mas positívos, ven lo que la lengua corriente ha llamado «una posicion asegurada.» En Francia temen la lucha de la vida, y no se preocupan de formar los corazones para esta lucha. Todos convienen en que es bella cosa hacer fortuna en el comercio ó en la industria. Pero, si pueden salir adelante, tambien pueden tener mal éxito. La concurrencia es amenazadora, las plazas disputadas. El comercio, como las profesiones liberales, tiene su parte mala; pueden ser toda la vida abogados sin causas y médicos sin enfermos. Dichoso, piensan las familias, el que entre jóven en alguna administracion del Estado, ponga el pié en la escala de un servicio público, y se eleve poco á poco; que de supernumerario le nombren empleado y morir, en fin, gefe de division y condecorado. Seguramente están mal retribuidos en estas administraciones; pero tienen seguridad y paz. Y los ciudadanos se precipitan hácia los empleos públicos, y el Estado multiplica inútilmente el número de estos empleos, á fin de hacerse simpático, ante el mayor número posible de ciudadanos. El funcionario, al menos, es un hombre del cual puede estar seguro; su trabajo de rutina le ha vuelto poco á poco incapaz de iniciativa y de energía; podrá afligirse, murmurar, indignarse: jamás protestará. Su destino háse vuelto el objeto de todas sus solicitudes. ¿Qué haria el desgraciado si fuera destituido? Dónde encontrar la vida de su familia y la suya? Es dócil, sumiso, paciente; tiene siempre la actitud resignada; vigila sus palabras y sus acciones; y morirá ante una mirada severa de su inspector, de su gefe de division.

Es una gran desgracia para la prosperidad eco-

nómica, este ardor del funcionarismo. ¡Cuántas inteligencias que habrian podido ilustrarse con los descubrimientos, cuantas capacidades industriales que habrian podido revelarse y añadir algo á la riqueza de su país, ván cada año á consumirse en los despachos de esa administracion, que no está sino mal desempeñada, por hallarse dividida entre tantos indivíduos! Ante el punto de vista moral, ésta armada de dóciles funcionarios, ha contribuido singularmente á rebajar la dignidad de los caractéres. Ante el punto de vista político, el único que aquí nos ocupa, ninguna causa, ya lo hemos dicho anteriormente, ha contribuido en mayor escala á sostener, á perpetuar los partidos, con peligro de la paz pública.

Desgraciadamente no es el mérito lo único que dá acceso á los empleos públicos. El que no tiene mas título que su honradez y capacidad no adelanta; el mejor de todos es un buen protector. Los que ignoran esto lo aprenden con la esperiencia. Encontrar un protector influyente para sus hijos; tal es la primera preocupacion de un padre de familia. Sus hijos buscan á su vez el gran personaje á quien podrán interesar en su suerte; van á hacerle la córte y á prodigarle sus adulaciones.

Este ha encontrado uno en su familia, aquel ha unido su suerte á la de un camarada rico ó titulado y á fuerza de trabajos se ha insinuado en la intimidad de la casa. Estótro ha casado con la sobrina ó la prima de un gran personage; ha entrado en el ministerio de Hacienda en el cual desempeña un desahogado puesto, y será tesorero general el dia menos pensado. Ha adelantado á veinte compañeros mas inteligentes y estimados que él. ¿Qué hubiera sido por sí solo? Empleado con cuatro mil reales ó interventor en alguna sub-

prefectura. Pero casó con una muger guapa, y la muger guapa, le ha *ayudado* en sus negocios.

Los protectores pertenecen por lo regular á algun partido político, pues la politica tan solo es lo que dá grande influencia. El protegido está obligado á seguir la suerte de su protector para conquistarse su afecto. Conoceis á uno liberal á los diez y ocho años y á los treinta le encontrais autoritario y monárquico. ¿Qué estraño cambio ha sido éste? Nada mas natural. Hoy es el sobrino de un alcalde de la monarquia y por lo tanto ha tenido que cambiar de opiniones á fin de tener algun puesto; y no solamente por su voluntad, sino que le obligan á serlo sus hermanos y todos los parientes que esperan podrá protejerles con el tiempo. La monarquía cae y sin embargo permanece siendo monárquico. Y es que su tio, si la monarquía vuelve, será á lo menos ministro y entonces nuestro héroe desempeñará una prefectura. ¿Qué quereis que haga sino permanecer siendo monárquico? A no ser que encuentre en su camino algun otro protector de mas influencia que su pariente y que le pueda obtener del nuevo gobierno, lo que la vuelta de la monarquía tan solo podria haberle concedido.

Los gobiernos han hecho todo cuanto dependia de ellos, para confirmar en esta opinion á los pordioseros de empleos. Cuando han concedido un destino no han preguntado á los agraciados: «¿Cuáles son vuestros títulos?» sino «¿cuáles son vuestras opiniones?» A cada trastorno político ha seguido un trastorno en las administraciones. Hánse visto indivíduos estraños á un servicio público, sin conocimiento de sus necesidades, sin capacidad, sin moralidad á veces, llegar del primer salto á los destinos mas elevados. Durante este tiempo,

los honrados servidores, los que habian hecho sus servicios en conciencia, los que hoy, como ayer, podian hacer marchar los negocios, permanecian humillados en las posiciones subalternas ¡Qué hacer, pues, sino entrar en un partido, trabajar para su buen éxito, ante la esperanza de tener parte en los despojos!

Como en los pasos difíciles de las montañas suizas, la carabana sube, asidos todos por la cintura, siéndole imposible al guia dar un paso sín llevar tras sí la *ringla* que le sigue, así en los partidos políticos, cada personaje influyente acarrea tras sí todo un ejército de servidores. Le empujan, le sostienen, le apoyan, le hacen corta la escala, y cuando ha llegado á la cúspide, eleva á sus secuaces, y cada protejido es á su vez el protector de algun otro mas humilde, y cada protector es cliente de otro mas elevado, al cual rinde los mismos servicios que otros reciben de él. Así vá aumentando sin fin, ésta nueva escala de Jacob.

III

Ciertamente, no es un espectáculo bien edificante. Tiene sin embargo, una moralidad que consuela. La misma causa que ha contribuido á formar los partidos políticos es la que contribuirá á hacerles desaparecer. Es de esperar que, por el establecimiento de las costumbres republicanas, el deplorable instinto de clientela que señalamos pierda su importancia, y mientras mas dure la República, mas verá venir hácia ella las ambiciones interesadas que hoy la repelen. En cuanto á los jefes de los partidos, á escepcion de un bien pequeño número, no serán los últimos en convertir-

se. El papel de gran personaje en la oposicion, no es cosa que ilusiona á los ambiciosos: tan solo los que poseen un talento de orador ó escritor y que tienen mas sed de popularidad que de poder, son los que pueden permanecer en ella. Pero lo que la mayoría de los hombres desean en política, es la dominacion.

Precisa les es la aureola de altas situaciones oficiales, el dinero que éstas procuran, y la parte de autoridad y de accion que proporcionan. Tienen fidelidad platónica á un partido en el que, mejor situados que nadie para ver y juzgar, se separan de él, cuando ven debilitarse su importancia, y esperan la ocasion oportuna para unirse á cualquier otro.

Los que se separan de los partidos, y que no han perdido toda nobleza de corazon, aun conservan una sola afeccion comun: el amor á la pátria. ¿Bajo qué gobierno la imágen de ésta puede aparecer mas visible, que bajo el de la República? Ne hay en ella rey ni César que exija un juramento de fidelidad personal: la República no exije á aquellos á quienes emplea, sino el que sirvan bien á su país.

IV

Sin tener el don de profesía, es fácil averiguar por qué órden se verificarán las conversiones á la República de los demás partidos.

El que vendrá mas pronto á perderse en la gran corriente republicana es el orleanista. Parte de sus secuaces han querido probar fortuna fortificando su partido con el realista; han ido á Frohsdorff á inclinarse ante el gefe de la familia legitimista y á hacer honrosa enmienda de la usur-

pacion paternal. Los otros, mas reservados, no han querido comprometerse con la República. Despues de haber hecho cuanto podian para derribarla, deepues de haberse esforzado para impedir que se estableciera la Constitucion republicana, á última hora no han querido que esta Constitucion se hiciese sin ellos: se han replegado, dándole sus votos, los cuales no necesitaban. Se titulan desde entonces «los constitucionales», ó mejor dicho los «conservadores». Bajo este nombre se han presentado en 1876 y 77 ante el sufragio universal, el cual los ha rechazado. Armados de su doble epiteto, esperan el giro que puedan tomar los acontecimientos. Si la República es vencida «nosotros somos conservadores», dirán: si la República se afirma y dura, nadie gritará con mas conviccion: «nosotros, los defensores de la Constitucion republicana».

Hay seguramente en esta actitud mas habilidad que heroismo, y el pueblo no puede admirar una habilidad tan sábia en sus cálculos. Es preciso convencerse que el orleanismo no tiene en sí nada que pueda provocar los sacrificios ni afirmar los caractéres. No llama á las inteligencias que gustan de principios fijos ni á los corazones que tienen necesidad de una fé. No es mas que un compromiso bastante incierto entre la doctrina monárquica y la republicana. La pretension del Orleanismo ha consistido en ser siempre un partido práctico, un poco escéptico, no creyendo ni en los hombres ni en las ideas, y acomodándose á las circunstaucias. Se arrojó en brazos del Imperio, cuando éste le abrió sus puertas. Ya está próximo á reconciliarse con la República. Se ha apoderado de los mejores destinos y los mas ventajosos sueldos. Una vez convencidos de que vi-

virá esta forma de gobierno, ya no trabajarán mas para combatirla. Se les oirá decir que la República es la mejor de las monarquías parlamentarias, como antes decian que la monarquía parlamentaria era la mejor de las Repúblicas.

Estas conversiones orleanistas costarán caras á la República El orleanismo, como es un partido práctico, no gusta de las conversiones gratuitas. No dá su concurso sino á condicion de aprovecharlo. Los orleanistas convertidos, tendrán la pretension, no solamente de entrar en el templo desde el primer dia, si que tambien de irse á sentar en el banco de honor, entre los dignatarios. Pedirán los mejores destinos, no solamente para ellos sino para sus parientes. Los republicanos se resignarán á estas exigencias, y cuando vean mas claramente los motivos interesados del cambio de opiniones, se guardarán muy bien de aparentar sospechas acerca de su sinceridad; les colmarán de ventajas, honores y alabanzas. Encontrándose ellos bien bajo la República, acabarán por creer que todo el mundo debe estar lo mismo. Veráse sin duda, despertarse por intérvalos las esperanzas dinásticas del partido, cuando ocurra alguna vacante del poder egecutivo y se presente un príncipe como presidente á la República; pero la masa de la nacion tendrá el buen sentido de rechazar el príncipe que no puede ser mas que un pretendiente, y el mismo partido, despues de algunos años, será el primero en no desear una revolucion, aunque esta sea en provecho suyo. ¿Qué podrá obtener que ya no posea?

Y por lo tanto, este partido tiene real y séria repugnancia á la República. Aborrece la democracia, y comprende muy bien que en Francia la República será democrática. No hay en ello nada qne

sea inspirado por un sentimiento de miserable cálculo. Este aborrecimiento á la democracia es sincero. El partido orleanista no quiere clases que estén mas altas que la media, pero quiere una por bajo. Quiere que el elemento social que él representa domine; si se interesa en la libertad de la prensa, en los derechos del Parlamento; si exige la responsabilidad ministerial, en cambio le preocupan poco las libertades que puedan favorecer al pueblo, como la de reunion. Desea la enseñanza superior, y la secundaria, organizadas de manera que solo la clase media las aproveche; la instruccion primaria no le preocupa, pues cree que el aldeano sabe leer y escribir bastante para conducir un arado ó el obrero para dirigir un telar. Ya que no puede anular el sufragio universal, se esfuerza al menos en restringirle ó en anular sus efectos por medio de combinaciones. Permite que un hijo del pueblo, especialmente dotado ó favorecido por circunstancias escepcionales, se eleve al rango de la clase media, como otras veces de tiempo en tiempo, un oficial afortunado ó un hijo de mercader forzaba la puerta de la clase superior y entraba en las filas de la nobleza; pero lo que desea es que la subida no se vuelva fácil y continuada. Las familias de la clase media deben permanecer en posesion de la ventaja social que han conquistado. Para ellas el honor de dar al país sus funcionarios, magistrados, representantes, ministros, á la industria sus ingenieros y sus grandes jefes de establecimientos; no quieren que los hijos de los obreros y aldeanos vengan á hacer, para los empleos influyentes y bien retribuidos, la concurrencia á los hijos de la clase media; no quieren tampoco que los obreros, por la asociacion ó los gremios, vengan á tratar con los

patronos de potencia á potencia y les impidan gozar los inmensos beneficios del comercio ó de la industria.

Tal es el conjunto de ideas sociales que representaba para el partido orleanista el gobierno de 1839, y que representaría aun si pudiera renacer. La República no puede entender así la doctrina de igualdad. De ahí la hostilidad sincera de una parte de la clase media contra la República, la cual no se estinguirá tan pronto.

¿Cómo pues tendrá lugar la pacificacion? Tendrá lugar por una transformacion del partido orleanista, cuando haya adquirido la conviccion de que la República está fundada y que la restauracion del régimen de 1830 es un sueño quimérico. La demostracion no se hará esperar mucho. Este partido entonces procurará inclinar la República en su favor, ó defender al menos cuanto le sea posible los intereses de la clase media contra la invasion de la democracia. Cesará de ser un partido político para volverse únicamente un partido social. Tomará asiento en la derecha de la Asamblea entre los que se esforzarán en poner trabas y retardar las medidas liberales solicitadas por la izquierda. Será un partido de reaccion, mas no de oposicion política.

Ese dia, el peligro que amenaza hoy á la Francia se habrá conjurado. Los países y las Asambleas necesitan reaccionarios, como necesitan hombres de progreso. La humanidad es tal que el equilibrio no se puede establecer sino por la compensacion de las exageraciones en todos sentidos, y los que defienden las tradiciones é impiden marchar de prisa son tan útiles á las sociedades, como los corazones generosos que sienten los abusos presentes y marchan en sus no-

bles deseos á la cabeza del porvenir.

Tal será el fin del partido Orleanista.

El bonapartista no desaparecerá tan fácilmente. Este partido cuenta seguramente buen número de individuos que no han entrado en él sino por consideraciones de interés personal; otros son bonapartistas por reconocimiento: son imperialistas porqué, bajo el Imperio, han hecho su fortuna; porque el tercer Napoleon ha dado á la Francia, segun ellos, diez y ocho años de seguridad y prosperidad material. Todos éstos no son los verdaderos bonapartistas; los verdaderos bonapartistas son los militantes. Estos se pueden dividir en dos categorias: los aventureros y los hombres que tienen la fé del sable. Que no se hagan ilusiones; es casi imposible, á unos y otros reconciliarse jamas con la República.

Hay en todos los países y épocas cierto número de individuos nacidos á la vez con el honor del trabajo y la estrema necesidad de los goces. Les disgustan las situaciones regulares, desdeñan las necesidades diarias, las tareas jornaleras que conducen poco á poco á las fortunas honradamente adquiridas. Necesitan emociones mas fuertes. Tienen sed de dinero, de influencia, de honores, de consideracion. Y bien! ésto que ellos codician, un esfuerzo puede dárselo. Basta asaltar el poder: influencia, honores, riquezas, mañana todo les pertenecerá. Seguramente el golpe es azaroso, y si la sociedad se defiende es posible perder la partida: pero tambien la pueden ganar, y si el peligro es grande, el premio es tal, que seduce. Suponiendo que la aventura tenga mal éxito, es preferible, si sienten algun valor, morir en un dia de audacia, que arrastrar hasta el final una insoportable vida de miseria.

Tal ha sido, por una parte el ejército que veinte y siete años há, unió su suerte á la del príncipe Luis Napoleon. Es bonapartista el que quiere gozar sin trabajar. La República haria vanos esfuerzos para atraerle. ¿Qué representa ella, en efecto, sino el reinado de la justicia y de la ley? Es una de las mas profundas frases de Montesquieu, haber señalado la virtud como la primer fuerza de la República. El Cesarismo, por el contrario, llama á sí á todos los hombres ávidos y osados. Conspira para apoderarse de la dominacion: desdeñan la ley y esperan el éxito por la fuerza, El dia siguiente al de la victoria, tratan la pátria como país conquistado; sus medios de dominacion son el despotismo, el terror. El cesarismo permite todo á sus amigos; les dá condecoraciones, empleos, prevendas, la gobernacion de los departamentos, la direccion de la Hacienda, la explotacion de la Bolsa. Y, si en medio de sus alegrias, surge algun pensamiento sobre el porvenir que pueda turbarle, gritarán haciendo desaparecer las sospechas: «Esto durará lo que dure: entretanto, al menos nos habremos divertido!» Napoleon III ha muerto. viva Napoleon IV.

Al lado de los aventureros, se encuentran los hombres que tienen la fé del sable. Existe en algunos un natural é instintivo horror á la libertad, y un culto ferviente á la fuerza brutal. La palabra, la discusion, el pensamiento, son para ellos cosas, no solamente quiméricas sino hasta despreciables. El régimen parlamentario, es el objeto de todo su sarcasmo. La verdadera fuerza, la que marca su importancia hollando con sus piés lo que los inocentes llaman el derecho, la conciencia, hé ahí el Dios ante el cual se inclinan, el Dios que invocan. Gustan de ver al gefe con el

látigo en mano, conduciendo su rebaño de esclavos, riéndose de sus vanas protestas, aun mas, prohibiéndoles gritar, y, por el efecto del terror, comprimido hasta la espresion de su sufrimiento,—éste es para ellos el jefe ideal. El espectáculo de todo lo que rebaja al hombre, les inspira no sabemos qué feroz alegría, y cada vez que se produce alguno de éstos insolentes triunfos de la fuerza que turba las conciencias de los poetas, de los filósofos, y de los moralistas, se les vé volverse hácia éstos y decirles con tono insultante: «Y bien! señores ideólogos, estais esta vez bastante humillados? que es de vuestra fé á la justicia, al derecho, á la virtud, al progreso?»

Para éstos espíritus violentos, la República es el horror, puesto que ella es la gran utopía de los ideólogos. El Imperio les conviene mas que todas las monarquías. Las monarquías invocan las Cartas consentidas ó los derechos legítimos de un soberano que se presenta como la imágen del mismo Dios; el Imperio no reclama sino un solo principio: la fuerza. Se estableció por la fuerza y por la fuerza subsiste. Algunos de sus adoradores creen deber disimular con hipócritas artificios, con especiales engaños, el empleo de la violencia por la cual gobiernan. Los otros, los fanáticos, los «*pur sang*» del partido, desprecian bastante á la humanidad para cometer tales hipocresías; nada les gusta tanto como los golpes de violencia; lo que ellos glorifican mas en la historia del Imperio, es el 18 Brumario, y el 2 Diciembre. Nada les parece mas admirable que el arresto hecho por el tercer Bonaparte de los diputados, á no ser la egecucion del duque de Enghien por el primero.

Es preciso algun tiempo para llegar á persuadirse que este amor al sable pueda ser sincero:

dá pena creer que las nociones de la moral y la justicia se hayan borrado de sus almas, y que no subsista en ellas sino el culto á la fuerza. Y sin embargo, es bien evidente. El sable tiene sus fieles; su culto, sus entusiastas, y aun fanáticos. Son almas brutales á las que solo la brutalidad puede agradar y que aborrecen la razon y el pensamiento. La educacion militar forma algunos en el ejército; la naturaleza se ha encargado de hacer un cierto número. La medianía del sentido moral, la vista de los trastornos políticos, el espectáculo inmoral de los triunfos de la fuerza es lo que han formado á estos sectarios del despotismo. Los trastornos políticos y los triunfos de la fuerza no reaparecerán mas en la historia francesa; lo único que restará serán las almas medianas y violentas. Estas son, gracias al cielo, en número bien escaso; podrán continuar insultando las instituciones libres, la ley y el progreso, sin que sus gritos puedan turbarles. Nadie se debe enorgullecer de convertir el verdadero partido bonapartista; el esfuerzo debe limitarse á hacerle impotente. No conoce los escrúpulos, y á la audacia tan solo debe sus éxitos felices. No hay que hacer las paces con él. La policía se encargará de inspeccionarle, y el deber de los gobernantes debe ser siempre el estar en guardia con sus empresas. Cuando los equívocos que aun hoy le rodean, se habrán disipado, cuando poco á poco las personas puestas por él en las diversas administraciones habrán cedido el puesto á ciudadanos animados del respeto á las leyes, cuando la instruccion esté mejor repartida, cuando, en fin, el bonapartismo se halle reducido á sus únicas y verdaderas fuerzas siempre será un enemigo de la paz pública, pero habrá cesado de ser un peligro. Todas las Repúbli-

cas tienen que guardarse de los golpes de fuerza militares. Pero el ejército de los golpes de fuerza militares no es amenazador sino en ciertos dias en que la moralidad general está quebrantada. Que el órden político se afirme en Francia y los Bonaparte, de cualquier nombre que usen, no llevarán sus negocios mejor en el siglo veinte que lo han llevado en el diez y nueve. La organizacion de la policía ha dado la seguridad contra los aventureros de los caminos; las buenas instituciones pueden hacer lo mismo contra los aventureros políticos.

Poco hay que decir respecto al partido legitimista. Es tambien irreconciliable pero por motivos de otro órden. Para los verdaderos legitimistas, es fé que la suerte de la Francia está unida á la de la monarquía tradicional.

No hay que pedir á estos partidarios del derecho divino que se unan á la República: son una minoría en el partido legitimista, y una minoría en la nacion. Unos se defienden por honor; no conservan las doctrinas que profesan sino por respetos á su familia, á sus amistades, ó á los nombres que han recibido. La fé religiosa se debilita tambien en ellos, pues que no imponen silencio á las inquietudes de la conciencia, y de ahí el que recaiga la duda sobre su fé política. Veráse una á una y poco á poco desaparecer por la fuerza del progreso de las ideas y el movimiento del siglo, las convicciones legitimistas.

Un acontecimiento vendrá á precipitar las cosas; la muerte sin heredero del último hijo de los antiguos reyes de Francia. Este acontecimiento, el dia en que se produzca, será un golpe mortal para la causa de la legitimidad. Cualquiera que pueda ser el testamento del que nombran Enrique V.,

cualquiera que haya podido ser la sinceridad de esta reconciliacion que ha llevado en 1873 á los nietos de Luis Felipe a los piés de su primo en Frohsdorff, será difícil á los legitimistas olvidar que en 1830 Orleans fué desleal y usurpador, que en 1832 abandonó á la infancia á la que era su sobrina y madre del rey. Orleans será considerado, si viene á ser el heredero del último rey, mas bien como el hijo de la revolucion, que como el heredero del trono francés. Puede decirse que el fervor legitimista de los mas fieles partidarios de la monarquía está unido á la persona del conde de Chambord, tanto ó quizás mas, que el principio que representa. Mas de uno, de los mismos que desesperan de la causa, no consentirian en abandonar al pretendiente. La dignidad de la vida de este rey sin reinado, la nobleza de su carácter, la franqueza de sus declaraciones, esa lealtad real que no ha querido jamás rebajar para facilitar su éxito, todo ésto tiene cierta cosa, en Francia sobre todo, que impone respeto á los adversarios, que encadena la fidelidad de sus amigos. Los corazones generosos no se resignarán en hacer traicion á un jefe que tiene hasta la última hora su bandera blanca al abrigo de toda mancha. Si esta monarquía ha tenido reyes mas grandes, mas profundos políticos, no ha tenido carácter mas firme: entre todos los pretendientes de que habla la historia, éste ocupará un sitio aparte; habrá llenado sin debilidad, durante toda la vida, ese papel tan difícil.

Se verá, cuando el jefe desaparezca, desbandarse el pequeño ejército y considerarse como desligado de sus juramentos. Es natural creer que, estando la República sólidamente fundada, los unos vendrán á ella; los otros que no quieran hacer es-

to, se hallarán mas dispuestos á sufrirla que á restaurar la monarquía de Orleans, que es la revolucion con la hipocresía del trono, y que hace llamamiento al principio de la legitimidad para establecer precisamente todo lo que esta ha combatido.

V

Se puede creer que si los partidos politicos son en la actualidad una dificultad para la República, ninguno de ellos aparecerá en el porvenir como un peligro amenazante para ella. Dos cosas resta considerar qus facilitarán su tarea.

La primera es, que la juventud rara vez se pone en contra de un régimen que ella cree durará tanto como su generacion. Los que tienen alguna ambicion no renuncian al porvenir que se les presenta por vano espíritu de oposicion. Es preciso á los jóvenes, el recuerdo de profundas heridas que han atentado á las familias, ó bien fuertes y poderosas convicciones, para arrojarles en una áspera é implacable hostilidad contra el gobierno que han encontrado establecido. Cuántos, de los que eran jóvenes en 1852, se han unido al Imperio, cuando le han visto en el poder! Es muy duro condenarse uno mismo á no ser nada nunca, á no tener parte ni en los empleos públicos, ni en el poder, ni en los honores. Esta renuncia exige una firmeza de alma poco comun. El Imperio ha encontrado buen número de jóvenes que han practicado esta dejacion; han consentido en hacer el sacrificio de su vida, se han resignado á no recibir favores del gobierno, tan envidiados en un país vanidoso, y á no aceptar para vivir ninguno de sus destinos políticos. Y es que era imposible á las almas no-

bles, dar la mano á un gobierno en cuya frente se veia la mancha de Diciembre; y es que, en muchas familias, habia un padre, un hermano, un pariente, un amigo, proscrito ó arrojado en las masmorras de Cayenne; y es que una reivindicacion se elevaba en favor de la confiscada libertad y de la violada justicia.

Digamos toda la verdad. Los gobiernos que se han sucedido durante ochenta años han encontrado la docilidad de la generacion vuelta escéptica por la esperiencia de la vida. Han tenido por el contrario, la resistencia sorda ó la oposicion decidida de cuanto habia mas notable entre la nueva generacion. La República no tendrá en contra á la Francia del mañana y no teme su hostilidad. En la edad en que, para muchos, el gran cuidado es conservarse á sí mismo, la humanidad cambiaría de nna manera considerable, si se viese á los que ocupan honores y empleos, rechazarlos súbitamente. La experiencia nos ha probado ya, que nada de esto hay que temer. La mayoría de los funcionarios han nacido como decia un antiguo ministro «buenos empleados», cuidadosos de sus intereses y de su adelanto, dispuestos á hacer con igual celo lo que el jefe ordene, sea lo que sea; su acatamiento al superior es seguro si este hace jefe al que era sub-jefe y cambia en boton de la Legion de Honor lo que antes no era mas que una cinta.

Llegamos á la segunda observacion, que es la mas interesante. Se ha exagerado la importancia de los partidos políticos. La Asamblea nacional ha hecho cuanto podia para dividir la Francia; no ha omitido nada para que las divisiones aparezcan mas profundas de lo que realmente eran. Ha habido durante cinco años un régimen que los represen-

antes del país repetian que era provisorio. Los que egercian la autoridad, léjos de calmar los partidos, se dedicaban, por el contrario, á sobreescitarles. Legitimistas, bonapartistas, orleanistas ejercian su infatigable propaganda. En todas partes pasaban grandes revistas á sus tropas, y como en las paradas del Circo, para multiplicar el número de los soldados, hacian desfilar varias veces á los figurantes, ante los ojos del público.

Hemos visto despues, gracias al 16 Mayo, renovarse el espectáculo. Por el ruido que les ha sido permitido hacer, los partidos se han exagerado á sí mismo su importancia. Disimular por toda suerte de artificios el número y la pasion, hablar alto y soberbiamente, fingir la confianza para intimidar á los adversarios y para determinar á los indiferentes; son antiguos medios con los cuales no es fácil ser engañados.

La verdad es, que esta agitacion ha sido mas ficticia que real; ningun partido ha estado tan cerca de la victoria como decia. Hoy mismo se hacen grandes ilusiones, sobre las verdaderas fuerzas de los partidos. Las elecciones de 1876, han debido enseñar la modestia á los enemigos de la República y á los republicanos la confianza. La fantasmagoría que rodeaba á los partidos ha desaparecido, hoy se nos presentan reducidos á sus verdaderas proporciones, semejantes á los combatientes japoneses, despojados de sus terribles máscaras.

IV

Despues de haber hablado de los diversos partidos políticos, hay uno del que no nos podemos olvidar: el de los indiferentes. Ya hemos dicho las

causas que le habian formado y fortificado; hemos demostrado cómo aún siendo pasivo, es un obstáculo para el establecimiento en Francia de un gobierno definitivo. Ningun régimen sino la República es el que no debe temer á la indiferencia política. ¿Qué es una República en que todos los ciudadanos no se interesan en los negocios de los demás cuando son consultados á cada instante para resolverlos? y la ley de Solon que castigaba al indiferente, estraño á los diversos partidos, no tenia razon? En una monarquía, en un imperio. una clase de hombres, á menudo uno solo, son los encargados de querer y decidir por todos. Los habitantes del país son viajeros embarcados en un vapor, en el que algunos marineros bajo las órdenes del capitan, hacen solos la maniobra. Los pasageros van y vienen, se pasean, duermen, digieren; no tienen que hacer sino dejárse guiar: en las horas de tempestad, todas las miradas se vuelven inquietas hácia el comandante que, dueño absoluto, tiene en su mano todas las vidas, que es el único que puede ordenar, y el único que es responsable. Tanto peor si el comandante es incapaz, y arroja el navío sobre un escollo en vez de conducirlo al puerto! En una República, al contrario, el comandante no posee sino la autoridad que ha recibido en depósito, la nacion es la sola soberana; el gefe no es sino el gerente de los derechos de todos: el mandatario designado por ellos, incesantemente sometido á su crítica. El que voluntariamente, en un país de sufragio universal, ó se dispensa de votar; ó se dispensa de ejercer á su alrededor, por la persuasion y la propaganda de las ideas que juzga mas sanas; ese es responsable mas de lo que cree, del mal que pueda sobrevenir. No se escusan diciendo: «Que puede un

individuo mas ó menos entre diez millones de electores?» No solamente la práctica nos ha enseñado que á menudo las mas graves cuestiones se resuelven con pequeñas mayorías, sinó, ¿qué sería de un campo de batalla en el que cada soldado se arrogara el derecho de no ir al fuego, á pretexto de que un hombre mas ó menos, no puede decidir la victoria?

Hay dos clases de indiferencias, la una, hija de la ignorancia, y la otra del escepticismo. La una y la otra son frecuentes en Francia; y no tienen ni el mismo orígen ni las mismas consecuencias. Tampoco se ejerce sobre los mismos indivíduos; la una es la que se encuentra en el pueblo, la otra es la de las clases medias y de las clases elevadas.

La indiferencia hija de la ignorancia tiene su remedio: la instruccion. A menudo, aun hoy mismo, el aldeano no lee. No sabe nada de política; vive unido á su terrazgo, sin otro cuidado que el de ganar con el sudor de su frente su cuotidiano pan. Las cuestiones de principio y de doctrina no le preocupan. Sabe que, de tiempo en tiempo, le invitan para ir á votar; que los candidatos les hacen bellas promesas, las cuales no recuerdan cuando son diputados; que los impuestos siguen siendo los mismos bajo todas las administraciones, ó mejor dicho, que van de dia en dia aumentando. Dice sin cesar: «Cualquiera que sea el gefe, yo llevaré siempre mi albarda, y por lo tanto, qué me importa que sea este ó el otro?»

No os espanteis de esta indiferencia. No prueba sino que, en un país de sufragio universal, es preciso que todo el mundo sepa leer. El dia en que el aldeano aprenda, no solamente á escribir su nombre que deposita en la urna, sino á esplicarse

tambien por qué pone este nombre y no el otro, se hallará dispuesto á responder sin hacerse rogar cada vez que sea consultado. Comprenderá que cada voto lleva encima una responsabilidad, no solamente moral, sino efectiva, que le alcanzará en sus intereses. El sufragio universal no será siempre heróico; pero dejará de ser ciego. Ha sabido, en Febrero de 1871, ir á las urnas cuando queria á todo precio el término de una guerra desigual; no hubiérase apresurado menos en 1869, si hubiera podido preveer que los diputados que le invitaban á elegir iban á pronunciarse en favor de la declaracion de guerra á la Prusia al año siguiente. Habria rechazado con toda su energía á los candidatos oficiales, si hubiera podido preveer que estos diputados, incapaces de resistir á las voluntades del jefe, le precipitarian en la mas loca y criminal de las aventuras. Hubiera rechazado el plebiscito en 1870, si hubiera comprendido las consecuencias que podian salir de su voto. Ciertamente, su educacion política se halla léjos de estar terminada; pero ha hecho grandes progresos. Cuando el aldeano tenga instruccion, no es él quien desdeñará el egercicio de su reciente soberanía.

La indiferencia que nace del escepticismo político, tiene otra gravedad. Podrian unirse á una ú otra opinion política, trabajar para el triunfo de un partido; mas para esto seria preciso tomarse algun trabajo y ésto les molesta. Se abandonan á sí mismos y evitan toda ocasion de trabajo y fatiga. Leer los periódicos con otro objeto que para divertirse, estudiar las cuestiones, hacer cola para ir á depositar su voto en la urna, ¿son cosas que merecen la pena? Y, si el domingo es hermoso, ó si tienen alguna invitacion para almorzar, no

es preferible ir á respirar un poco de sol, ó unirse con amables compañeros, que no imponerse el servicio de un inútil deber cívico? Qué importa un voto mas ó menos? ¿Y cuando este voto perdido hubiera podido cambiar el resultado, es seguro que el resultado, en un sentido ó en otro, importa mucho?

Pronuncian á veces esas grandes palabras de sociedad y pátria. En el fondo, no se interesan sino medianamente en favor de ambas; una sola cosa subsiste en sus corazones; el amor propio el culto de sus pequeños intereses y su egoista bienestar. Si alguna desgracia política sobreviene, dejando á otros el cuidado de poner en órden los intereses generales, ellos se aplicarán tan solo á salvar del cataclismo, su persona, su fortuna y su familia. Esto es bastante, y que cada cual haga otro tanto. Cada uno en este mundo para sí, y Dios para todos!

¿Es calumniar á las clases principales decir que esta indifereneia escéptica es el éstado moral de gran número de sus miembros? La indiferenciu política; hé ahí lo esencial de ese partido «conservador» del cual no se ha cesado de hablar durante ocho años. ¿Es universal esta indiferencia? No, sin duda alguna. Existen aquí y allí pequeños grupos que siguen con ardor los incidentes de la política y se esfuerzan en ejercer sobre los acontecimientos una influencia real: pero estos grupos no llegan á comunicar su pasion á los que le rodean. Lo que se vé muy bien son los intereses personales que les inspiran. Si tal partido viene al poder, tendrán: éste un ministerio, aquel, una plaza de consejero de Estado, el otro, una embajada. ¿Qué importa este celo interesado a los vecinos que, no han de ganar nada en la restauracion de tal ó

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA GRANADA

cual reinado y que no pretenden sino comerse en paz sus rentas bajo una monarquía cualquiera ó bajo una tranquila República?

Esta indiferencia política es de creer ha desaparecido en la lucha que acabamos de atravesar. De todos los gobiernos el que disgusta mas á estos indiferentes es la República: no hay necesidad de decir el por qué. En la aventura del 16 de Mayo han procurado desembarazarse de ella. A todo se ha recurrido para excitarle y se ha visto que hasta el *Figaro*, periódico de la indiferencia, se volvió de la noche á la mañana un órgano político de los mas activos. Los escépticos é indiferentes han formado en la politica del mariscal; les han pedido su dinero y su celo, determinándoles á hacer campaña. El resultado no ha sido para animarles demasiado. Asistirán cuando vean la República en vías de afirmarse, como espectadores desinteresados y morosos, á la lucha de los partidos. Vivirán como estrangeros en su pátria: el juego, las mugeres, las carreras y los teatros serán sus principales ocupaciones. Se consolarán de la influencia que no tienen, repitiendo anécdotas, versos y epígramas, sobre la democracia y sus representantes.

Hubiera valido mas sin duda que las clases principales, cuidadosas de los verdaderos intereses de su pátria, se hubiesen unido al gobierno necesario; pero puesto que ellas no han tenido esta cordura, mas vale que la República tenga que combatir su indiferencia y su sorda hostilidad, que su hostilidad declarada, pues si no fuera de este modo marchariase derecho á la guerra civil y nadie sabe como podria esta evitarse. La nacion entera se dividiría en dos ejércitos, desiguales sin duda, pero dispuestos á matarse los unos á los otros. Ima-

ginaos la aristocracia y una parte considerable de la alta clase media empeñados en una lucha determinada contra el nuevo estado de cosas, arrojando en la balanza el peso que les dá la instruccion, la fortuna y sus recursos de todas clases; estas fuerzas coaligadas no se dejarian con facilidad abatir.

La indiferencia política es ante todo la abdicacion. En las cosas de este mundo, es la energía quien dá la ventaja, y el que duerme sobre el campo de batalla ó despues de una jornada dudosa emprende la ofensiva, es declarado vencedor. Es justo que los indiferentes sean sacrificados, puesto que ellos mismos se han abandonado.

Lo que la indiferencia política de las altas clases sociales indica, es el advenimiento de otras nuevas clases principales. El partido republicano tiene por jefes representantes de la clase media; por ejército la mayoría de esta misma clase y la obrera, y cada dia hace nuevas adquisiciones en los pueblos y en los campos. Cuando haya establecido escuelas en todas partes, enseñado en ellas los derechos y deberes del ciudadano, propagado las nociones de economía política, hecho penetrar el libro y el periódico en todas las casas, él sabe muy bien que ese dia, la indiferencia política de abajo habrá desaparecido. En cuanto á ls indiferencia política de arriba, lo que no haya podido corregir el contagio del buen ejemplo, lo estimulará su victoria lejos de perjudicarla, Disminuirá la resistencia. Nada se resigna tan fácilmente á todo como la indiferencia producida por la pereza y la incredulidad. No sabe sino dejar hacer, disgustarse y someterse. Ciertamente tal sumision no aporta sino una muy escasa fuerza al que la obtiene y se halla á la disposicion de todo vencedor,

siempre resignada y pasiva siempre. Será preciso sin duda impedir que los nuevos se enerven á su vez como los antiguos: será preciso mantener en las venas de los pueblos una sangre generosa y una poderosa fé en su corazon; de esto se encargará la educacion republicana.

CAPITULO SEGUNDO

Las resistencias de las costumbres.

Despues de la resistencia de los partidos políticos, se presenta la de las costumbres; siendo quizás menos violenta en su oposicion, no por eso es menos difícil de vencer. Lo que un pueblo quiere mas, lo que abandona con disgusto, son sus costumbres; por que estas son resultados de un largo uso, al que cada cual obedece como á una segunda naturaleza; no pueden ser modificadas sino insensiblemente por el efecto de una nueva costumbre. Traen su fuerza, no de la reflexion ni de la razon, sino del instinto mismo; y, como solo el tiempo y la educacion les han formado, la educacion y el tiempo, son los únicos que pueden cambiarles.

La Francia ha sido hecha por la monarquía y esta monarquia, feudal primero, se ha vuelto poco á poco, por la falta de la aristocracia francesa y por la accion de las circunstancias, una monarquía absoluta. Desde la segunda mitad del siglo diez y

siete hasta la aurora de la revolucion, el rey de Francia ha sido el soberano mas absoluto que habia en Europa. La monarquía absoluta ha caido, pero han sobrevivido las costumbres monárquicas, y, del primero al segundo Imperio, todas las monarquías que se sucedieron, con Carta ó plebiscitarias, se han aplicado cuidadosamente á conservar las costumbres monárquicas que hacian mas facil la tarea del jefe. La tercera República las encuentra á su vez como las encontró la primera y la segunda. En los primeros momentos en que despierta la libertad y el entusiasmo, estas costumbres parecen abdicar; pero su abdicacion es corta. Es siempre la historia de estos privilegios que todos los privilegiados abandonaron en el rasgo generoso de la noche del 4 de Agosto, pero que, desde el siguiente dia, libres de su embriaguez, cada uno se esforzaba en reconquistar.

I

El primero de estos instintos monárquicos, es lo que puede llamarse la necesidad de un jefe. No ya de un jefe impersonal, como la ley, por ejemplo, sino de un jefe real, visible, como un rey ó un emperador. Es preciso que lleve un nombre determinado, que se vea su busto en las alcaldías, su retrato en los escaparates, su perfil en las monedas. Es preciso que su nombre se inscriba á la cabeza de los actos notariales, de los juicios de la magistratura: es preciso que este jefe tenga una córte, dé fiestas, habite un suntuoso palacio, reciba y acredite embajadores. Es preciso que este jefe sea, ó bien un hijo de rey, salido de una familia cuya ocupacion, desde bastantes siglos, ha sido egercer la autoridad, ó bien como el primer

Bonaparte, un hombre marcado por el destino y radiante del doble prestigio de la victoria y de la audacia. Desde el momento en que el jefe del país, investido de la mas alta magistratura, no es sino igual á los demás ciudadanos parece á muchos que se halla sin títulos para gobernar. El verdadero jefe de todos en una República es la ley, un soberano eterno y sin capricho, que no habla á los ojos ni á los sentidos, que no se le puede ver pasar por la calle, magnífico y soberbio, en dorada carroza saludando á la multitud y seguido de una escolta de caballeros. Cuando no ven esto les parece que el soberano no existe, y que no están gobernados. Así los romanos y los griegos acusaban á los hebreos de no tener dioses, porque su Dios no permitia que se encerrase su divinidad en una imágen plástica, por que el templo del Eterno estaba vacío de estátuas.

¿Quién no ha encontrado en la calle algun perro que acaba de perder á su dueño y no ha observado la confusion del pobre animal? Su libertad le es una carga, su independencia le pesa; abandonado á sí mismo, no sabe donde ir, ni qué hacer; no está solamente inquieto, sino que tambien es desgraciado. Tiene necesidad de ser acariciado, dirigido y castigado. Le falta algo desde que no es esclavo. Mira á todos lados, se halla en todas direcciones, sin poder perseverar en ninguna; olfatea á cuantos pasan, les mira con aire solicitador, pareciendo decir á todos· «Quién me quiere recojer»? Busca un dueño. Encontrará por fin una fisonomía que le agrade entre todas, ó por su aire de bondad, ó por que le recuerde al perdido jefe; le sigue, recibe de nuevo órdenes, caricias y golpes: es feliz!

Cuántos franceses, si quisieran ser sinceros, re-

conocerian su propio temperamento político en el dal perro errante! Cuántos tienen necesidad, aún entre los mismos que se llaman emancipados, de un tutor que vele por ellos!

Es preciso que ellos resuman en un hombre sus esperanzas, sus deseos. El que trabaja para libertarles, sí tiene algun éxito en su empresa; aunque éste sea insignificante, vé reaparecer en provecho suyo un concurso de servidumbre inconciente y espontánea: no quieren apercibir en él, ni la humanidad, ni sus debilidades. Vé á su alrededor una tropa celosa que le instiga á restablecer el poder absoluto que acaba de batir; oye como Bruto el grito de la plebe romana: «Que Bruto sea nuestro César»! Cuántos honrados liberales habrán visto con alegría á Mr. Gambetta ó á Mr. Thiers ensayar algun golpe de Estado, para fundar la República, como en otros tiempos se habia fundado el despotismo! No hemos oido despues gritar á otro hombre *Pavia! Pavia!* No hemos oido hablar de establecer en Francia «el *Mac-Mahonat?*»

Como en los paises en que la esclavitud ha durado largo tiempo, las costumbres de la libertad, reemplazan insensiblemente á las de la servidumbre, así los franceses, á quienes la ausencia de un soberano importuna y embaraza, se acostumbrarán poco á poco, á no tener reyes ni emperadores. Se harán á este cambio; mas pronto de lo que se puede pensar. Si la preocupacion de la Monarquía existe aun, puede decirse con no menos verdad, que la fé monárquica ha muerto. Los mismos que se hallan inquietos desde que les falta el jefe, son los primeros en censurarle cuando existe. El mismo derecho divino, ha perdido su aureola. El soberano, cualquiera

que éste sea, es criticado desde que sube al poder, aun por sus mismos partidarios. No se halla envuelto por una nube á la manera de los dioses de Homero, no despide como el Dios de Israel, un destello en el que ningun inmortal puede clavar la vista, sin morir enseguida. No es sino un hombre, y, para juzgarlo, no esperan á que muera. El respeto á las magestades y el tiempo de las apoteosis, ha pasado. Dramas, zarzuelas, sainetes; qne se cite una obra si es posible, desde la *Torre de Nesle* á la *Gran Duquesa,* en que la Monarquía no aparezca escoltada, por todos los vicios y ridiculeces.

Hé ahí las representaciones que la censura habría prohibido severamente, si no hubiera sido de naturaleza tonta é inecta. No permitían que se llevase al teatro una página de la historia de la Revolucion, no habrian sufrido que se dejase oir el grito de «Viva la República»! que podía encontrar eco en la sala. No veían los insensatos, que daban al trono golpes mortales, dejando el prestigio de la corona, si aun conservaba alguno, despeñarse en las pantomimas.

II

No queremos hablar demasiado sobre el espíritu de clientela: ya le hemos tratado anteriormente. Es otro legado de la Monarquía. ¿Cuánto tiempo no será preciso para que estos hábitos serviviles sean borrados de las costumbres! El favor ha existido siempre, y siempre existirá. Los hombres no son perfectos en ninguna parte, y nunca dejará de verse ni poderosos dispuestos á abusar del poder en provecho de sus deudos, ni pequeños obligados á tender la mano. Pero es propie-

dad de la monarquía persuadir al jefe de que todo le pertenece de derecho, para que disponga á su antojo; á los indivíduos, que todo es limosna, que es preciso merecer por la complacencia; y así, mientras que por un lado el sentimiento de la responsabilidad se extingue, por el otro extínguese tambien el sentimiento de la dignidad. La nacion, que es la verdadera soberana, vuélvese la vasalla. El pueblo se vuelve hácia su jefe, como hácia un Dios visible, del cual espera cada dia, la mano celeste que debe alimentarle, y el Estado, hecho para ser el servidor de todos, aparece como el salvador y el árbitro de todos. Se prosternan ante el que le representa; le prodigan como á un ídolo, incienso, genuflexíones y súplicas. Parece natural qne tenga entre los ciudadanos, sus amigos y enemigos y que se aplique igualmente á colmar á los unos de sus dones y á hacer sentir á los otros el peso de sus rigores.

No es solo la moralidad de un país y su administracion las que sufren con esta bajeza de caractéres; sino su misma energía y vitalidad. ¿A qué darse la pena de hacer méritos cuando no han de contar con esto? Gastan en intrigas y combinaciones el tiempo que emplearian en instruirse; en vez de hallarse en estado de egercer un cargo cuando llegan á él, tienen las mas de las veces que aprenderle, cuando han perdido el gusto al trabajo, lo mismo que el hábito de la energía, con el papel humillante de solicitador. Como no han llegado al puesto sino por favor, por medio de éste se tienen que mantener; es preciso defender el conquistado destino contra el nuevo torbellino de pretendientes. No se sostienen, no continuan subiendo, sino adulando á sus antiguos protectores y creándose otros nuevos. Se aplican, no

á desempeñar bien sus funciones, sino á satisfacer á su jefe, adivinándole sus deseos secretos, y tanto peor para el servicio, si estos deseos no se hallan en verdadera armonía con los verdaderos intereses de este!

El funcionario no es el único que se envilece de este modo; pues que sobre todos, aun sobre los mismos que se creen independientes, la administracion, gracias á los resortes de la centralizacion; hace pesar su mano. El indivíduo se mueve en un estrecho recinto de leyes, ordenanzas y reglamentos; parece que han previsto todos sus actos, para estorbar el curso de sus negocios; no puede dar un paso sin verse cogido por algun hilo de esta tela de araña. Si la autoridad central lo puede todo sobre el funcionario, el funcionario á su vez, lo puede todo sobre el infelíz ciudadano y él á su vez, no usa de la parte de autoridad que, le pertenece, sino á capricho del arbitrario. Los indivíduos se hacen clientes, las colectividades de indivíduos se hacen clientes tambien. Un pueblo desea una estacion de camino de hierro, ó un camino vecinal, y votan por el diputado, cuya voz será mas atendida. Cuentan con éste para obtener un descargo de impuesto despues de una inundacion ó una nevada, ó para hacer un camino de mediana comunicacion. Estos hábitos de favoritismo han penetrado tanto en las costumbres que, lejos de escandalizar, ni siquiera llaman la atencion. Los electores republicanos, lo mismo que los monárquicos, parten de esta idea del favor. Un escrutinio es un contrato de mútua asistencia entre electores y candidatos. El elegido vuélvese hombre de negocios; el comisionista de cuantos le han nombrado. Prueba su calidad por los servicios que hace, no á la causa, sino á sus electores. «Nues-

tro partido ha triunfado: llegó la hora de ocupar las plazas, yo quiero mi parte. Apóyeme usted para ser recaudador, empleado, escribano, guarda campestre.—Pero, si no hay ninguna plaza libre.—Haga usted destituir al que ocupa el mismo destino.—Pero cuál es su crimen?—Impedirme que yo le tenga.—¿Y què títulos tiene usted?—Haber votado en su favor.—¿Pero, qué son entonces nuestros principios de justicia y de derecho?—No se trata de justicia, ni de derecho, esas no son sino palabras. Si yo hubiera votado por su contrario, no sería tan escrupuloso como usted, que no habla de escrúpulo, sino como pretesto para no hacer nada.—El hacer yo eso sería una mala accion; lo que usted me pide es injusto.—Está bien, yo me acordaré de esto en la próxima eleccion.» Y á la próxima eleccion, en efecto, el hombre honrado corre riesgo de ser reemplazado por otro menos cuidadoso de su mandato y mas de sus mandatarios.

III

Otro obstáculo al establecimiento de las costumbres republicanas, es el amor de la desigualdad. La monarquía ha encontrado este amor en la raza francesa y lo ha desenvuelto cuidadosamente. Ningun país habla mas de igualdad y ningun país, posee en menor escala éste verdadero sentimiento. Lo que el Francés no puede soportar, es la superioridad social de otro. Pero su sueño es reconstituirla, en provecho suyo. El dia en que las desigualdades del nacimiento han desaparecido, se ha dado prisa para restablecer otra série de desigualdades. El hombre de profesiones liberales, desprecia al negociante. El banquero, des-

precia al comerciante, el comerciante al por mayor, desprecia al comerciante al por menor; es una cascada de desprecios que vá saltando sin cesar. El propietario, desprecia al hombre que trabaja. El primer piso, desprecia al segundo y éste á su vez desprecia al tercero. Si la vanidad es el fondo del hombre, en ninguna parte mejor que en Francia se puede observar la humanidad.

El primer cónsul lo comprendió así el dia en que creaba la Orden de la Legion de Honor: «Frivolidades, decis vosotros, esclamaba en el Consejo de Estado, pues con ella se gobierna á los hombres!» Y, en efecto, con ésta frivolidad él y otros han gobernado. Cuantos carácteres han sido vencidos por amor á una miserable cinta roja! cuantas vergonzosas complacencias han sido pagadas à éste precio! La República no tendrá sino escojer dos medios: ó suprimir la cruz de honor civil ó prodigarla tanto que acabe por envilecerse. Y entonces el amor propio francés, tan fecundo en recursos, encontrará algun medio sin duda, para levantarse de nuevo.

Los títulos no confieren ya ni derechos ni privilegios. No son sino un vano ornamento del nombre. ¡Cuánto tiempo ha de pasar antes que el buen sentido y la educacion acaben un tanto con estas nécias vanidades y que el francés se contente con ser un simple ciudadano!

IV

Tales son las resistencias generales que la República encuentra en las costumbres. Se hacen sentir en todas las clases. Aun nos queda que observar una de órden mas particular, ¡accidental si se quiere, pero no la menos importante en la

hora actual. Se encuentra apenas en el pueblo, ó en la baja clase media: es considerable en la alta clase media y en la aristócracia. Su verdadero nombre, es una frase, que emplean muy á menudo los oradores, el respeto humano.

En parte alguna la opinion que es á las ideas lo que la moda á los trages, manda mas imperiosamente que en Francia. Hubo un tiempo en que estaba bien visto en los salones, en lo que llaman «el mundo,» ser liberal, casi republicano; tal ha sido la moda en una parte de la aristócracia, hácia fines del siglo diez y ocho, en los tiempos de la *Enciclopedia* y del *Casamiento, de Fígaro*; tal era la moda en la clase media hacia los años de 1830; pero los tiempos han cambiado. Desde que las ideas democráticas han adelantado entre la muchedumbre, se ha operado contra ellas una reaccion en el mundo que reclama el monopolio de las inteligencias; las gentes «bien educadas» han puesto su amor propio, en alejarse de las doctrinas que desde entónces, parécenle indignas de ellos.

Pensar lo mismo que los mercaderes, los proveedores, los obreros, es imposible. El mismo espíritu de oposicion que antes se ejercia en un sentido, se ejerce hoy en el contrario. Se han hecho aristócratas y monárquicos, para probar que no pertenecen al pueblo. Las gentes «comme il faut» no sabrian tener las mismas opiniones que los villanos, aunque ellos mismos fuesen hijos de villanos en la segunda generacion. Si quieren ser bien vistos en los salones, acojidos por las señoras y casarse ventajosamente, es preciso no leer cada mañana, sino tal periódico y no frecuentar por la noche, sino tal teatro. Bastaria hacer una vez tal ó cual profesion po-

lítica en ciertas casas, para no volver á ser invitados.

En las provincias sobre todo, es donde triunfa este poder de la opinion. La libertad y tolerancia son siempre grandes en la metrópoli; hay en ella tanto «mundo» y tan diferente! Si la reaccion tiene sus salones, la libertad tiene los suyos, y que no son ni menos brillantes ni menos amables. Pero en provincias, en las pequeñas ciudades, no sucede así. No hay en ellas dos ó tres «sociedades», opuestas y estrañas la una á la otra. Media docena de casas componen «el mundo», y á quien le cierran una puerta, les cierran las otras. «No se puede recibir mas al señor tal» y todo está dicho. El señor tal, no es recibido ya en ninguna parte. Se ha vuelto un hombre corrompido, una especie de excomulgado, á quien nadie se acerca sin mancharse. El desgraciado no puede escoger sino entre el aislamiento ó el destierro, y su ejemplo sirve de leccion para los que no quieren experimentar á su vez la misma suerte. Una egecucion hecha de tiempo en tiempo, basta á mantener un terror saludable.

La «sociedad» en la mayor parte de las provincias se compone de algunas familias de la nobleza, algunas familias ricas de la clase media. Esta «sociedad» no tiene piedad alguna para cualquier partidario de las ideas modernas. «Frecuentad las reuniones republicanas, pero renunciad á vernos; no os conocemos.» El que no haya vivido en provincias, no puede saber el patriotismo y valor que han tenido en estos últimos años ciertos miembros de la alta clase media, para unirse á la República, las discusiones que han tenido necesidad de sostener con sus familias y antiguos amigos.

Cuando los salones se hallen cansados de ha-

cer la guerra á la República, vendrán á ella. La fortuna, gracias á los progresos de la industria, pasa cada dia mas á las manos de la clase media. No se halla léjos la época en que, tanto en las grandes, como en las pequeñas ciudades, los republicanos se hallarán en primera línea, darán grandes fiestas y tendrán la influencia juntamente con el prestigio.

V

Y llegamos á la última resistencia que la República encuentra en las costumbres: la mas grave quizás, y de la cual le costará mas trabajo triunfar. Queremos hablar de la resistencia que le oponen las mugeres.

Si los hombres hacen las leyes, las mugeres, se ha dicho que hacen las costumbres. La mayoría de ellas no aman la República. Las razones de esta antipatía son numerosas, y hasta cierto punto escusables. Las mugeres se sienten débiles, y es natural que un sér débil dude de la libertad y prefiera la proteccion, olvidando que la fuerza que protege, puede tambien oprimir. Las mugeres tienen miedo á la República. Algunas cabezas cortadas durante la primera revolucion, han bastado á persuadirles que República es sinónimo de terror; y que el cadalso permanente se levantaria el dia en que el trono cayera. La educacion de las mugeres se ha abandonado casi completamente en manos de las comunidades, en las cuales procuran inspirarles desde la infancia el horror á la República. Han glorificado ante sus ojos á los reyes y á las reinas, á los poderosos y á los emigrados. Luis XVI y María Antonietta, les han sido representados como mártires.

Añadid que las mugeres, mas aún que los hombres están sugetas á la opinion, y mas aún que los hombres, buscan la misma distincion en sus ideas que en sus trages.

La República es el gobierno de la justicia; pero esta justicia, que todos los hombres no comprenden, casi muger alguna la concibe. No se pueden oponer al reinado del favor, pues es lo que constituye su fuerza. No son importantes sino con un gobierno, cuyo principio sea la arbitrariedad. La ley no les reconoce derechos políticos. ¿El establecimiento de la justicia en la distribucion de los empleos, no es el fin de su crédito? El favor, por el contrario, es su dominacion asegurada. Ellas son quienes distribuyen los destinos y son los intercesores que es preciso invocar; y por el favor recobran la parte de influencia que la ley les rehusa. No votan, pero hacen votar: no nombran á los empleados, pero los hacen nombrar. De diez recomendaciones, ocho provienen de mugeres, directa ó indirectamente. ¡Como entienden el arte de solicitar! Como saben escoger la hora y el momento! Cuantos medios de todas clases conocen para hacer desaparecer los obstáculos!: una promesa, una sonrisa, una amenaza directa, como hacen reflexionar! ¡Con qué maestría manejan estas diversas armas! Querer sustituir el reinado del favor al reinado de la justicia es pedirles que abdiquen, y en verdad, no están dispuestas á ello.

¡Y si la República, que quiere quitarles la influencia política que las costumbres de la monarquia les han dado, les ofreciera en cambio alguna compensacioni Pero nó; ellas no quieren la República, tanto por el placer de su vida privada cuanto por su importancia social y política. La monarquía se presenta á sus ojos con los colo-

res de esos reyes y esas reinas cuya historia leian cuando eran niñas, en los cuentos de Hadas; relumbrantes de púrpura y oro; todo lo que engaña su imaginacion se personifica en ella. No hay sino bailes, fiestas, diversiones. No les hacen saber que este esplendor está comprado con las miserias y sudores del pueblo. En medio de tanta brillantez, son ellas quienes reinan: las admiran, las cortejan, las adulan. La República al lado de este cuadro, les parece bien fria y bien triste; descienden de su pedestal; la realidad sucede al sueño y la prosa á la poesía. La República es el trabajo, la austeridad, el cansancio. Adios cumplimientos y delicadas atenciones, adios salones y amables charlas, adios madrigales y adoraciones! ¿Volviéndose simples ciudadanas, como no han de perder todo esto?

Será necesario que pase mucho tiempo para que las mugeres comprendan que hay Repúblicas de varias clases, que Esparta ni Atenas pueden revivir, y que las Repúblicas modernas establecerán para la muger un lugar tan grande y mas honroso que hánle designado las monarquías. La muger ha tomado en las sociedades modernás una importancia que, léjos de disminuir, irá sin cesar aumentando. Ni la democracia tiene por ideal la supresion de la elegancia, ni el reinado de la igualdad y de la justicia, tienden á despojar á la muger del prestigio que merecen la belleza, la gracia y la sensibilidad. Será raro el país en donde cesen de sufrir el encanto de la muger y que no procuren agradarle. El dia en que una educacion mejor le haya dado la conciencia mas distinta de su verdadera mision, ella será, por el contrario, uno de los mas poderosos instrumentos del progreso y la virtud. ¡Dichosa la República en que las mu-

geres sean estimadas en su valor! Las costumbres serán en ellas tan dulces como fuertes las instituciones. Las almas tendrán la grandeza de ánimo, los caractéres, la dulzura con la energía; las artes florecerán tanto como las buenas costumbres.

Reasumamos. Si es preciso formar una idea de la resistencia que las costumbres oponen en Francia al establecimiento de la República, es preciso decir que estas no son jamás invencibles. «Los hombres hacen las instituciones, ha dicho Montesquieu, y enseguida las instituciones forman á los hombres.» Todo lo que contraría hoy la formacion de la República, volveráse poco á poco su mas firme sostén, una vez establecida esta. Es preciso comprender que si, por ciertos lados, las costumbres francesas repugnan el establecimiento de la República, por otros diferentes lados repugnan tambien el restablecimiento de la monarquía. Si la Francia no quiere soportar aun la libertad, el despotismo le es insoportable. La República que hay que establecer no es una República ideal y abstracta, ateniense ó espartana, romana ó florentina, veneciana ó americana, sino una verdadera República francesa.

CAPITULO TERCERO

Las preocupaciones sociales.—El peligro social.

No pasa dia sin que se lea ú oiga decir que en una República no hay seguridad para las personas ni para las fortunas: que es el gobierno de la instabilidad en permanencia y de la anarquía organizada: que no sabria durar sin concluir en el desórden, en los tumultos populares; que compromete la fortuna pública y privada, esperando que una crisis social venga bien pronto á concluir la ruina.

Tal es lo que puede llamarse la preocupacion social contra la República; y, si se estableciera esto, sería en efecto la irremediable condenacion de este régimen politico La primera necesidad de un país, es el órden; la primera necesidad de todo particular es encontrar garantía en las instituciones que le gobiernan. Tener segura su vida; trabajar en paz, hacer sus negocios, enriquecerse si puede, y una vez enriquecido, gozar tranquilo de

su fortuna y trasmitirla á sus hijos; hé aquí la primera exigencia, egoista, pero natural y legítima, de todo miembro de una sociedad, y puede decirse que no es viable el gobierno incapaz de satisfacerla. Un gobierno, para estar seguro, debe ser mas aún: debe estar fundado sobre los principios de la justicia; debe elevar las almas y no envilecerlas; debe favorecer, bajo todas sus formas, el desarrollo de la actividad humana y no oprimirle; debe hallarse animado de una noble ambicion, el ensayar de hacer á su pátria la mas importante entre todas las naciones, y contribuir por la civilizacion al progreso general de la humanidad: la primera condicion que realizar debe, es asegurar á la nacion la paz interior y garantir á cada individuo el provecho de su trabajo.

I

Pueden dividirse en dos categorías estos adversarios de la República. Los unos creen que ella es necesaria y fatalmente enemiga de la propiedad y de la familia, un gobierno sangriento y sanguinario: los otros, menos exagerados en su lenguaje, confiesan que la República no es, por esencia, enemiga de la familia ni de la propiedad; conceden qne puede ser justa y moderada, como lo ha sido en otras épocas y hoy mismo lo es en otros estados; pero niegan que pueda serlo en Francia.

Hemos visto durante siete años desarrollar estas teorias, siguiendo el carácter del orador, y sobre todo el de los indivíduos á los cuales se dirigia. En el Centro derecho decian: «La República es la anarquía, en ella los ricos serán arrojados como pasto al leon pópular.» Confundian

en el mismo terror á los moderados y á los avanzados; los manchaban con el nombre de «radicales»; los mas moderados eran representados como los mas temibles, porque rodeaban de un velo hipócrita el gorro frigio y ocultaban bajo guirnaldas la madera y el cuchillo de la guillotina. Se apoderaban de las palabras violentas de algunoe hijos espúreos del partido, abandonados por este; y decian: «Hé ahí el programa de los republicanos.»

En el Centro izquierdo usaban otro lenguaje. Le decian: «Sois personas honradas. Sabemos que sois hombres de órden y que nadie puede dudar de vosotros. Sabemos que quereis una República respetuosa de la justicia; ojalá fuera posible! Sois los Girondinos de una nueva Convencion. No veis detrás de vosotros á Marat, á Robespierre, á Saint-Juste, á Hebert y á Chaumette. Nosotros los vemos y por eso no os podemos seguir. Sereis desconocidos el dia siguiente al de la victoria por los que habeis ayudado á vencer. Os pedirán que aprobeis todas sus violencias y vosotros no podreis. Sereis entonces las primeras víctimas. Despues de los Girondinos, Danton; despues de Danton, Robespierre: la progresion es fatal, y no hay medio de que os libreis. Vereis en el poder, legalmente, despues del Centro izquierdo á la Izquierda; despues de la Izquierda, á los intransigentes. Ese dia será el fin de todo. El país será abandonado á todas las codicias, á todos los apetitos. Dejad á vuestros terribles aliados y venid con nosotros.»

La argumentacion de ambos lados es bien diferente, pero tiende á un mismo objeto: es imposible que la República sea un gobierno «conservador».

No se detienen en esto y continúan: «La Francia, sobre todo; en este momento, necesita un go-

bierno exclusivamente «conservador». El verdadero nombre de la presente situacion, es el «peligro social». Jamás ha habido mas razon para temblar. Jamás la armada del desórden ha sido mas numerosa, mejor disciplinada.» Tan pronto los republicanos son este mismo ejército, tan pronto lo representan como sus cómplices voluntarios ó involuntarios. Confiesan que, desde hace seis años, el órden material no ha sido turbado una sola vez, que jamás la seguridad ha sido mayor, que las mas grandes crisis políticas, como las del 24 y 16 de Mayo, han podido verificarse, sin provocar un alboroto, y sin que una palabra de revolucion se haya dejado oir. Sí, dicen, el órden material se halla restablecido, pero y el órden moral! Este se halla profundamente trastornado é importa mucho restablecerle. Se trata de la existencia de la sociedad amenazada por los incendiarios y los asesinos. El peligro social es mas temible. Para vencerle se necesita la union de las personas honradas de todos los partidos. Y las personas que no admiten esta obra de «Conservacion social», son precisamente las personas honradas del partido republicano.

Los que se han dejado engañar por estos argumentos deberian observar ante todo la perpétua contradiccion entre las palabras de los que usan este lenguaje y sus actos. Declaran no proseguir síno una empresa social; y no han proseguido jamás, sino una empresa política. Han hecho el 24 de Mayo en nombre de «el órden moral»; y al dia siguiente han intentado la fusion. Han hecho el 16 de Mayo en nombre del «peligro latente»; y al dia siguiente han abandonado la Francia á los partidarios de todas las ideas caidas; han combatido, sin descanso ni piedad á los periódicos y

candidatos republicanos. No podian hacer de otro modo, diráse, puesto que para ellos República y desórden son sinónimos. Sea, mas entonces, ¿por qué afirmar que respetarían la República y mantendrian la Constitucion? Qué prueba esta hipocresía sino que no osaban confesar su verdadero designio?

La República, dicen, es el desórden. ¿Es cierto? ¿La República se ha llamado desórden en Atenas, en Roma, en las ciudades antiguas cuya fuerza y esplendor ha constituido, y en las cuales ha durado tantos siglos gloriosos? Se ha llamado desórden en Florencia? Se llama desórden en Suiza y en América?

¡La República en Francia, es el desórden! ¿Qué sabeis? Haced al menos el ensayo leal antes de condenarla. ¿Cuando ha tenido lugar este leal ensayo? Cuando ha dejado de ser la República el blanco en los incesantes ataques de sus adversarios? Cuándo ha sido gobernada sino por hombres resueltos á arruinarla? El presidente y la mayoría del Parlamento de 1848 á 51; la Asamblea nacional de 1871 á 75; el Poder egecutivo de 1873 á 77!

II

Pero hay el «peligro social»!... Hablemos de él. Y puesto que es el mónstruo que oponen á la República, el mónstruo que nos presentan dispuestos á devorar al país, osemos por lo menos mirarle frente á frente.

Los que temblais ante su nombre, los que ocultais la cabeza bajo el ala, creeis que sea una novedad el «peligro social»? Si el nombre es reciente la cosa es antigua; hace veinte años, el «peligro social» se llamaba el «espectro rojo» y antes «la

serpiente de la anarquía». Los historiadores os dirán todos sus nombres antiguos y modernos. En la historia vereis que siempre el «peligro social» ha sido el cómplice de todos los crímenes políticos, le han invocado siempre que se trataba de atentar á los derechos de las naciones y confiscar sus libertades.

En nombre del «espectro rojo» verificaba el príncipe Luis Napoleon el 2 de Diciembre, su golpe de Estado; en nombre de la «conservacion social» su tio se hizo dueño de la Francia el 18 Brumario. En nombre de razones semejantes, Octavio proscribió á los defensores de la libertad y estableció la tiranía bajo el nombre de Principado. «Que los buenos se tranquilicen y que los malvados tiemblen:» tal es la primera frase de todos los salvadores del pueblo, el dia en que se apoderan del poder.

Sí, desconfiad de los gobernantes, desconfiad de los hombres políticos que tienen sin cesar en los lábios el nombre de «peligro social!» No es así como hablan los verdaderos patriotas; un general no conduce sus soldados á la victoria anunciándoles sin cesar la posible derrota. Hablar demasiado de un peligro, es á veces hacerle nacer. El miedo es lo que hay en el alma humana de mas ruin, de mas estúpido. Cuando el peligro sobreviene, él es quien lo hace mas incapaz de combatirle. Si los hombres á quienes hemos visto repetir cada dia el grito de alarma, hubieran temido sinceramente por la seguridad pública, su deber de ciudadanos hubiera consistido en apaciguar las emociones, en oponer á la tempestad un semblante sereno. Pero han hecho todo lo contrario, se han hecho profetas de la desgracia, pájaros de mal agüero. Lo que el comercio y los aldeanos han

sufrido en estos últimos años, no lo atribuyen al «peligro social», sino á los que hablan de él. Si el llamamiento al miedo ha sido escuchado en alguna parte, lo fué tan solo en el mundo de los propietarios y de los desocupados. En él es donde esclusivamente creen, que la sociedad está en «peligro» y que la República causa el desórden, ó es impotente para reprimirle.

III

Osemos llegar hasta el fondo de la cuestion; hablemos con toda sinceridad.

¿Existe actualmente en Francia lo que se llama un «peligro social?» Sí, existe. Veamos ahora lo qué es este peligro, de dónde procede y cuál es su fuerza. Consideremos la realidad tal cual es, sin exageracion como sin flaqueza.

Sí, «el peligro social» existe. ¿Pero es que se trata de una novedad repentina y temible? No; ese peligro existía ayer, existirá mañana. Es de todos los tiempos; de todos los paises. El momento en que es menos grave es el actual y precisamente se habla de él mas que nunca.

Sí, ese peligro existe. Todos los gobiernos le han encontrado y le encontrarán. No es solamente en Francia donde se conoce, sino en todos los paises y en todas las civilizaciones. El país que le ignorara completamente, no podría ser sino un país de horrible tiranía y de esclavitud brutal.

Existe en Francia un número, con el cual es preciso contar, de indivíduos descontentos del órden de cosas establecido, cualquiera que éste sea, y que no tratan sino de derribarle. ¿Pero quiénes son estos indivíduos y qué se debe temer de ellos? Hé aquí una primera série de hombres á quienes

se debe temer: los que verdaderamente pueden llamarse hombres del desórden, que no saben subsistir si todo no está trastornado. Son los aventureros, los hombres de pasiones violentas y desordenadas, los esclavos del vicio. Han esperimentado sus fuerzas en todas las profesiones y todas las han abandonado sucesivamente. No han querido llevar á parte alguna el trabajo perseverante. Han pretendido poseer los goces de la vida sin consentir en comprarles. Se ven condenados á la miseria, y sus apetitos no hacen sino aumentarse á medida que disminuyen sus medios de satisfacerlos: se ven despreciados por las personas honradas, como los abejones inútiles por una colmena de abejas laboriosas. Sus principios, su sentido moral, se han debilitado en medio de las pruebas hasta que finalmente han desaparecido. Cuando son endebles, van á morir en un hospital despues de una vida azarosa: cuando tienen energía, se dedican á la lucha contra el destino y los hombres: se acostumbran á esa vida de emociones, de combates, de peligros. Aborrecen ferozmente á la sociedad que no ha satisfecho sus deseos; pasan con envidia ante las ricas casas en que otros viven, ante los carruages en que otros se pasean. La pillería, el robo, el asesinato, hé aquí sus peligrosos medios de existencia. La prision recoje todos los dias á algunos. En ciertos paises, estos hombres se retirarían á los campos y robarían á los viajeros; pero en Francia la policía y los caminos de hierro han impuesto respeto á los salteadores. En otros paises, estos hombres emigrarían; irían á buscar en otra parte una tierra mas hospitalaria que la pátria en donde han nacido, y la energía salvaje de mas de uno encontraría sobre otro territorio un empleo que

le respondría. Podrían allí hacer abolengo de personas honradas: pero el francés emigra rara vez. Los acosadores de aventuras permanecen pues en su país, arrastrando una vida miserable á fuerza de espedientes. Viene un trastorno social ó político; ellos le ayudarán con todas sus fuerzas, puesto que no tienen nada que perder en un cambio y pueden ganar algo.

Tal es el primer elemento del peligro social. No falta en ninguna sociedad que ha llegado á cierto estado de civilizacion. Las grandes ciudades en que el espectáculo de la riqueza sobreescita contínuamente las envidias de los pobres y de los perezosos, proporcionan cada año un nuevo contingente á esta legion de salvajes. Ella sola es poco temible; puesto que para honor de la humanidad, no llega nunca á ser sino un número muy escaso comparado con la masa de personas honradas. La desgracia es que á esta armada del desórden, vienen á unírsele otros dos elementos que la aumentan considerablemente: los utopistas y los que sufren con la organizacion actual de la sociedad.

Los utopistas están lejos de ser personas malvadas. Las intenciones que les animan son buenas y á menudo desinteresadas; son una especie de apóstóles que quieren establecer el reinado de Dios sobre la tierra. Su divisa es: *Destruam et ædificabo.* No hay que quejarse de que haya tales hombres. Gracia á estos soñadores, el progreso se realiza sobre la tierra; los abusos serian eternos si algunas almas generosas no tuvieran en toda época el cuidado de la eterna justicia. El mal de estos reformadores, es haber nacido demasiado pronto, y las mas de las veces, si pudieran resucitar pasados algunos siglos, tendrian la alegría de ha-

ber realizado el bien que soñaron y por el cual sus contemporáneos les ridiculizaron y maldigeron. Y verdaderamente sus ideas, antes ridiculizadas y malditas, son las que con el tiempo han dado su fruto; y, si su edad les desconoce, la posteridad les honra.

Pero la desgracia frecuente en Francia es que estos soñadores no se limitan á tener razon ante los ojos de la posteridad, sino que pretenden tenerla enseguida; son impacientes y sus discípulos lo son aun mas que ellos.

La falta está en el temperamento de la raza siempre pronta á pasar de la teoría á la práctica, y tan diferente en esto de otras razas que se preocupan esclusivamente de la accion como la anglosajona. La falta está en la insuficiencia de la educacion científica de Francia. Como se figuran el mundo salido de la nada, organizado y completo á la voz del Creador, así se imaginan una humanidad nueva saliendo desembarazada de sus prejuicios y de sus pasiones anteriores, al llamamiento del legislador. En lugar de vencer lentamente los obstáculos, creen poderlos franquear de un salto. Prueban por la fuerza, si ven ocasion, un asalto al poder. En un país de centralizacion dócil, en que la autoridad ha encontrado, durante tantos siglos, tan poca resistencia, el camino mas corto para el triunfo de las ideas, parece ser la conquista de la autoridad. Entonces gobernarán la nacion á su gusto y lo harán sin remordimiento: no ha de ser para su bien?

El mal ha disminuido mucho y cada dia disminuirá mas. Concedemos que los utopistas son mas peligrosos, pues que el ardor de su conviccion les hace mas resueltos en sus empresas. Nadie puede exigir á la sociedad que debe proteccion á los de

rechos adquiridos, que viva desarmada ante ellos.

Los hombres que sufren con la organizacion social, forman una categoría mas numerosa que toda otra. No se tiene la pretension sin duda de sostener que esta sociedad es la mejor posible, y si la igualdad de los franceses se ha proclamado ante la ley, se halla léjos de haber penetrado en las instituciones. No pretenderán, por muy resueltos que se hallen en la admiracion del presente, que las condiciones de la vida son las mismas para todos, en proporcion de su energia, de su valor intelectual y moral, en cualquier lugar que hayan nacido los unos y los otros. No osarán afirmar, que al menos el estado de cosas actual, se aproxima á la perfeccion tanto cuanto puede hacerlo una organizacion humana. Otras veces los que sufrian con las fatalidades sociales inclinaban la cabeza. Hoy no tienen ya esa resignacíon. Han tomado la conciencia de sus derechos, piden su parte en la justicia social. Este gran progreso moral verificado no vá en la práctica sin amenazas para una parte de la sociedad. Seria demasiada exigencia pedir á los que sufren que no comparasen nunca su suerte con la de los que le rodean. Todo hombre es el primer amigo de sus intereses; y si los ricos piensan en enriquecerse mas, es natural que los *pobres* deseen ser menos *pobres*.

Un gran número cuenta desgraciadamente para tener buen éxito, con la fuerza brutal, y esperan la salud mas bien de una revolucion que de una reforma. Esto es sensible, pero, ¿cómo ha de ser de otro modo? La educacion económica ha avanzado poco en el pueblo para que el obrero vea en el capital otra cosa que el enemigo y esplotador del trabajo. No comprende que el capital es precisamente la condicion misma del trabajo en la

actual sociedad y que destruyendo la riqueza por una quimérica particion, él es quien realmente empobreceria. Los ricos son, á sus ojos, superiores que le desprecian y se aplican á tenerle miserable para hacerle trabajar mas. Presta oido á las palabras violentas que otros les dicen. El aldeano es enemigo de las revoluciones; un pedazo de propiedad le ha hecho conservador. Pero ningun gobierno,—y ahí está la desgracia,—no ha encontrado ni encontrará quizás el medio de interesar por el egoismo, ese primer móvil de las acciones humanas, el obrero en la conservacion social. Este progreso depende de las costumbres y de la educacion mas bien que de las instituciones políticas. Ciertamente el obrero no padecerá menos que la clase media y el aldeano con la conmocion social ó política, el dia siguiente á aquel en que haya tenido lugar y en ocasion en que se cierren los talleres. Pero su educacion no está tan adelantada, para que este desastre del mañana pueda apercibirle desde la víspera. La esperanza, esa razon de vivir de los desgraciados, le presenta, por el contrario, todo porvenir desconocido como una engañosa ilusion. A los que le aconsejan la paciencia, les contesta que la humanidad ha sido paciente durante muchos siglos, sin que esta le haya dado provecho alguno y que los opresores de todos los tiempos no han cedido sino á la fuerza.

Y no está del todo descaminado el pobre pueblo al razonar de este modo, Las cosas han pasado así siempre. Jamás los que gozaban de los privilegios sociales, han consentido en abandonarles el dia en que estaban condenados por la conciencia pública. Entonces han persistido en mantenerles; han querido hacerles eternos, y han asumido de este modo la mas enojosa responsabili-

dad. No han cedido jamás cuando era tiempo de ceder. Por las revoluciones se ha hecho lo que hay en Francia de bueno y de equitativo, y de ahí el que el pueblo se haya acostumbrado á no tener confianza sino en ellas. Tiene poca confianza en los demás medios, y cada vez que sufre un abuso, escucha distraidamente á los que le hablan de voto, de presion moral, de prudentes leyes, y dice para sí: «Dentro de poco, cargaremos los fusiles y removeremos hasta las piedras.»

Una vez mas, hay en ésto un «peligro social», un peligro real. Lo hemos dicho todo? Se nos acusará de haber disimulado parte de la verdad para triunfar mas fácilmente? Pero lo que yo pregunto á mi vez, qué prueba todo esto en contra de la República? Es la República quien ha creado este «peligro»? De ningun modo. Existía antes que ella. Es de tan antiguo orígen como las mismas sociedades. Existía bajo la antigua monarquía! Existía en 89! La Bélgica, la Italia, la Inglaterra, la Alemania, la Rusia, los Estados-Unidos, los paises de monarquía constitucional ó de imperio absoluto no le desconocen. No depende su supresion de ninguna ley, ni de régimen alguno. Existe, tan pronto insignificante, tan pronto grave, segun las comarcas y segun las circunstancias. Es tanto mas temible cuanto el estado politico es mas incierto. Nada le es mas favorable que ese provisorio á cuya perpetuidad dedican todos sus esfuerzos los enemigos de la República.

Que no digan: «La mayoría de los perturbadores se declaran republicanos». Los amigos del desórden por el desórden, se hallan enfrente de todo gobierno, y principalmente en contra de la República, puesto que detestan el fondo mismo de esta que es el respeto á las leyes, la disciplina, el trabajo.

La armada del desórden, la que verdaderamente merece este nombre, se compone de un personal cuya cifra se puede evaluar aproximadamente en la sociedad francesa. Segun las circunstancias, puede decirse que ni baja de cincuenta mil individuos ni excede de doscientos mil. ¿Hay que espantarse de esto en un país que cuenta treinta y seis millones de habitantes? Si no teneis miedo bajo otro gobierno, ¿por qué temeis á la República? ¿Creeis que esta se halla menos interesada en contenerles?

Léjos de quejarse, por ejemplo, que la policía esté demasiado bien organizada, los republicanos ¿no son los primeros en desear que esté aún mejor dirigida á fin de que ningun crímen quede impune? El dia en que de diez crímenes siete sean descubiertos y castigados, el número de estos disminuirá enseguida como por encanto. Todo lo que desean, es que los agentes de policía sirvan para garantir la seguridad pública y no que sean como bajo las monarquías, los encargados de inspeccionar á las personas honradas que no conspiran, pero que tienen la desgracia de desagradar al gobierno.

Pero, dicen los utopistas, «dos que sufren con el estado de cosas existente, son republicanos y no podeis desconocerlos!» No, ciertamente, nosotros no los desconoceremos. Es un honor para nuestra fé política que en adelante todos los hambrientos de justicia pongan en ellas sus esperanzas. ¿Por qué son republicanos, sino porque la República, cuyo nombre invocan, representa para ellos la equidad social?

Sí, hácia la República van, como las plantas buscan el sol, todos los que sueñan con el progreso, todos los que se hallan oprimidos por las fatalidades sociales. Entre los republicanos pruden-

tes y los utopistas ó los desgraciados que se revuelven contra las desigualdades que ellos mismos amasan; una cosa hay de comun: la voluntad de suprimir el mal en la medida posible: en una cosa difieren: en el camino que han de seguir. Mientras que los unos quieren suprimir el mal de la noche á la mañana y por la violencia. los otros saben que no puede ser eliminado sino poco á poco.

«Sea, responden; pero estos hombres no son menos peligrosos para la paz pública. Y qué importan sus intenciones, generosas ó nó, si producen todo el mal que podrian causar unos malhechores, si embarazan los negocios, y hasta comprometen la seguridad de los ciudadanos!» No contestaremos nada a todo esto; pero, una vez mas, preguntaremos; qué pretenden inferir en contra de la República?

«Es necesario, dicen, un poder fuerte en Francia.» Sí, sin duda, y quién lo niega? Es preciso un poder fuerte, enérgico, que disponga de poderosos medios de defensa. Es preciso que se halle en estado de resistir á todos los golpes, procedan de donde procedan, y sea cualquiera el motivo que los inspire.

Se necesita un poder fuerte. ¿Pero de dónde sacan que la República no pueda serlo? ¿Es que los cañones y fusiles de la República son de menos alcance que los otros? Si la desgracia quiere que el órden tengá necesídad de ser defendido, es la República menos capaz de ser este defensor?

En cuanto á reprimir las insurrecciones, la República se ha encontrado cuatro veces enfrente de los tumultuosos, y cuatro veces ha triunfado victoriosamente. Bajo la primera República, la insurreccion de la Vendée y la Girondina; bajo la se-

gunda, enfrente de la insurreccion de Junio; bajo la tercera, la insurreccion de la Commune. En ninguna de estas circunstancias se ha mostrado débil.

Y de estas cuatro insurrecciones, qué eran tres de ellas? Insurrecciones provocadas por republicanos. ¿Quién se hallaba á la cabeza de la insurreccion Girondina? Republicanos. Y á la cabeza de la insurreccion de Junio? Republicanos. Y á la cabeza de la insurreccion de la Commune? Republicanos. Quiénes las han vencido? Los republicanos. La República es tan fuerte para sus enemigos como para sus partidarios, cuando estos ponen el órden en peligro.

Léjos de ser un gobierno débil contra los violadores de la paz pública, la República es, por el contrario, el mas fuerte de todos. No castiga en nombre de los intereses de una familia reinante que quiere salvar su trono; ni en favor de un hombre; castiga en nombre de toda la sociedad, colocada en el caso de legítima defensa; castiga en nombre de la ley, en nombre de la voluntad soberana de la mayoría, á la cual todos deben obediencia; castiga en nombre de la magestad del pueblo. No tiene que unir á sus rigores y enseguida á su clemencia otros cálculos que los del interés general.

La República tiene, contra todas las tentativas de motines, una fuerza mas grande aun. No son las intentonas de los vagos las temibles, sino las que tienen por orígen una reivindicacion legítima. A estas la República es quien puede quitarles su aguijon, puesto que ella sola puede decir á los mismos á quienes ha combatido: «Yo os desarmo, pero os prometo justicia.» Cuando Roma triunfaba de las naciones, conducia los dioses cautivos para instalarlos en su panteon, y en adelante hácia Ro-

ma se dirigian los adoradores de estos dioses. El inmutable peñasco del Capitolio volviáse la pátria religiosa, tanto de los vencidos cuanto de los vencedores. Así la República hace suya toda idea de justicia y de progreso, sea cualquiera la parte en donde se manifieste. No sería la República, es decir, el gobierno de todos, si no trabajara para hacer cesar todo sufrimiento. Lo que ella rechaza es la violencia como instrumento del progreso. Les dice á todos: «Usad de vuestra libertad sin trabas, lo mismo que vuestros adversarios; si teneis la conviccion de poseer la verdad no debeis dudar de vuestro triunfo definitivo. Sois la minoria, someteos; sois la mayoria, los otros se someterán. Instrumento de la voluntad popular, no tengo sino una consigna: defenderla contra todo ataque. No le seré infiel.»

Como consecuencia de la República vendrán las costumbres republicanas: los partidos lo mismo que los individuos comprenderán que nadie tiene el derecho de insurreccionarse contra la voluntad general; la completa libertad concedida á la propaganda de las doctrinas, hará esperar de un modo mas paciente la victoria pacífica; y cuando una doctrina venga á imponerse á la mayoría, habrá depuesto sus escorias para no guardar sino el metal puro.

¿Qué queda de esas vanas declamaciones sobre el «peligro social?» ¿Qué queda de esas acusaciones contra la República, la que pretenden que sea cómplice voluntario ó inconsciente del desórden?

IV

Hay algo fundado en las resistencias que encuentra la República entre tantos «conservadores».

Es preciso leer en el fondo de su corazon; veráse donde existe para ellos el «peligro social», y don de tiene el derecho en efecto, de colocarle su egoismo. Si la sociedad no tiene nada que temer de la República, no sucede otro tanto entre cierta clase de ciudadanos. No, la fortuna y la seguridad material de cualquiera que sea no corre riesgo de verse comprometidas por la República; y sin embargo hay una clase de hombres numerosa é importante, cuya situacion se rebaja con esta forma de gobierno. No, la República no hará caer una sola cabeza, y sin embargo si se establece. muchos se verán necesariamente atacados. Hay numerosos privilegiados en la sociedad: los que poseen, en el actual estado, para sí y para sus hijos el monopolio casi esclusivo de la educacion liberal. No existen los privilegiados del nacimiento, pero existen siempre los privilegiados de la fortuna; no de la fortuna conquistada por ellos mismos que atestiguaría la superioridad de su actividad é inteligencia, sino los privilegiados de la fortuna conquistada por otros y cuyos provechos recogen sin haber hecho nada para merecerlo. Sucede sin duda de tiempo en tiempo que un hijo del pueblo, obrero ó aldeano, educado por caridad, admitido á recibir una educacion que la condicion de sus padres no habia puesto á su alcance, sale de las filas de los simples soldados, y sube, á fuerza de energía y de perseverancia, al rango de los oficiales; pero quién osará decir que estas escepciones no son bien raras aun? Seis ó siete millones de franceses sobre treinta y seis se reparten hoy, un siglo despues de la Revolucion, las condiciones favorables de la vida. ¿Si el régimen de la justicia se establece sobre la tierra, no ha de cambiar la situacion de cada familia? La Repúbli-

ca democrática, única posible en Francia, trabajará con todas sus fuerzas para acelerar el advenimiento de este reinado de la justicia: se aplicará de dia en dia á proteger los intereses del mayor número. No hay con la República peligro para la sociedad, pero hay peligro con la democracia para estos menos privilegiados que han reemplazado á la aristocracia antigua; hay peligro para las familias de la clase media, pueblo otras veces, pero hoy en posesion de todas las ventajas sociales, y que una vez llegadas á la altura no tienen otro sueño que el de impedir á las otras familias que se eleven como ellas se han elevado. «Nosotros no gozamos de ningun privilegio, dicen: la ley admite igualmente á todos los franceses para ocupar todos los empleos. Qué otra organizacion social mas equitativa pueden desear?» Sí, buenas gentes, ningun obstáculo teórico impide al hijo de un obrero que habita una bohardilla en vuestra casa el que entre en concurrencia con vuestro hijo; pero esta concurrencia no os espanta apenas. Sabeis muy bien que el hijo de un obrero no podrá ser bachiller, y que aún siéndolo no encontraría una proteccion entre vuestros amigos, interesados como vos en defender su sangre, y que, el muchacho aun siendo una notoria incapacidad, llegará á ocupar un puesto, con preferencia al hijo del obrero, aún cuando este reuna á todas las virtudes todos los talentos. La verdadera igualdad, se ha dicho hace mucho tiempo, no consiste tan solo en el derecho de hacer, igualmente reconocido á todos, sino en el de poder hacer igual para los unos y para los otros. Que la sociedad garantize á cada uno las ventajas que ha adquirido personalmente, nada mas legítimo. Que garantize la conservacion hasta en las siguientes generaciones,

ahí comienza la iniquidad. Es bastante que la fortuna se trasmita sin que otras superioridades se trasmitan con la fortuna. La República no se prestará á ese cálculo del egoismo. Procurará facilitar al obrero honrado é inteligente los medios de hacerse patron; al hijo del trabajador, los medios de hacerse ingeniero. Hará que el país se aproveche de tantas superiores capacidades nacidas en las filas del pueblo y condenadas hoy á no desarrollarse; pero haciendo esto, hará mas difícil el *struggle for life* á tantos hijos de la clase media que no hánse tomado mas trabajo que el de nacer.

Hé aquí el verdadero «peligro social» que les preocupa, hé aquí por qué no quieren el establecimicnto de la República. Con el gran nombre de intereses generales embozan sus propios y mezquinos intereses. Saben muy bien que bajo este gobierno mejor que bajo otro cualquiera la seguridad pública no se veria amenazada; todo otro gobierno sería un cómplice para sus cálculos personales; el de la República seria un adversario. Hé ahí el «peligro social» que ellos temen!

Es preciso que el egoismo de la clase media tome su determinacion; es demasiado tarde para detener la corriente de la democracia. El pueblo no ha ayudado en 1789 á la clase media á triunfar del reinado, de la nobleza y del clero, para restablecer sobre sus ruinas una nueva oligarquía. Ningun portazgo ha de contener la formidable corriente de la justicia social. La sociedad francesa perecería de pena si intentaran esta obra impía. Son las resistencias injustas de los que siendo mas fuertes, debieron tender fraternalmente la mano á los mas débiles; son sus resistencias injustas las que precisamente han causado los trabajos, los sacudimientos sociales que la Francia ha

sufrido desde hace cincuenta años; ellas son las que comprimiendo el fuego interior, han hecho saltar sus erupciones. De ahí han salido los aborrecimientos, las discordias, y, despues de los motines sangrientos, las represiones mas sangrientas todavía.

Heche de menos quien quiera á la antigua sociedad feudal, con su sábia gerarquía, teniendo en alto, por principio, la caridad del fuerte, encargada de proteger y oprimiendo las mas de las veces; en bajo la sumision respetuosa y resignada del débil. Esta sociedad se ha hundido para dejar paso á una nueva fundada sobre la justicia. Ninguno implora en adelante una proteccion á título de beneficio: cada uno reclama su parte á título debido como en una herencia. ¡Moderna sociedad, yo te saludo! Ciertamente no ignoro de qué dolores es acompañado este alumbramiento de un mundo. Hemos visto terribles espectáculos, y quizás no hayan terminado todavía. Nada es tan duro como el derecho, por que nada es tan imperioso como la justicia. No consiente en admitir ni clases, ni castas, ni privilegios, ni ventajas del nacimiento ó de la fortuna. La sociedad ha venido al individualismo absoluto. Desde entonces, no mas contemplaciones; el adversario es un usurpador que detiene ilegalmente vuestra dicha. El odio se inflama con las injurias sufridas, con los desdenes y el fausto de los unos, con las privaciones y la miseria de los otros. Se alzan en el fondo de los corazones tesoros de rencores que encuentran desahogo por fin el dia de la batalla. Ese dia, qué de represalias y qué de venganzas! Pero estas venganzas engendran otras á su vez. que no son ni las menos despiadadas ni las menos feroces; y el recuerdo de estas represalias permaneciendo

vivo en el fondo de los corazones, engendra á su vez nuevos aborrecimientos que se irritan de dia en dia, esperando la hora de una nueva venganza.

Y bien! en despecho de tantos males, yo te saludo, sociedad moderna! pues que tú eres la emancipacion y la libertad; pues que tú pondrás fin á esas dos miserias á cual mas vergonzosas, la tiranía y la esclavitud; pues tú educas las almas noble y dignamente; cuando terminen los dias de trágicas luchas, cuando haya triunfado la igualdad, tú harás ver al mundo una fraternidad nueva, que reconocerá todos los derechos y no humillará á nadie: la fraternidad salida de la solidaridad humana!

CAPÍTULO CUARTO

La Commune.

Cuando se habla del peligro social, el nombre que viene enseguida á los lábios, es el de la Commune. Jamás, en efecto, apareció en la historia de la humanidad mas trágico ni doloroso accidente. Osémosle abordar sin miedo y sin reticencias. Han transcurrido ocho años y la Commune ha pasado á la historia. Hablemos de ella como de un acontecimiento histórico, busquemos las causas y apreciemos las consecuencias. La Commune es un hecho sobre el cual los republicanos no deben temer esplicarse con franqueza.

La Commune es un legado del segundo Imperio á la Francia. Remonta sus orígenes al reinado de Napoleon III. El Imperio habia formado á la generacion que la ha hecho.

La Commune, con la mediania intelectual de los personages que han intentado dirigirla, y con las fórmulas sucesivas y á menudo contradictorias, que ha intentado establecer, ha sido tan solo un movimiento socialista. Lo fué enteramente des-

provisto del sentimiento patriótico, pues escogió para estallar el momento en que la mitad de la Francia se hallaba invadida por un enemigo vencedor y debia proporcionar á los oficiales prusianos la alegría odiosa de ver devorados por el incendio los monumentos de ese Paris que ellos no habian podido tomar. La hora en que la Francia abatida necesitaba que todos sus hijos se unieran bajo su bandera, ha sido la hora de que se ha prevalido una insurreccion criminal, para encender la guerra civil y probar de disolver la antigua unidad nacional.

Las luchas políticas no son siempre malsanas para el patriotismo. La historia está ahí para probarlo. Cada cual sin duda quiere dar al país el gobierno que él prefiere; pero á este país, cada cual puede amarlo igualmente, y el aborrecimiento recíproco de los partidos, no impide la adhesion comun á la pátria. No es sino en las horas de decadencia cuando, para resolver en su ventaja las discordias civiles, se vé que tal ó cual partido llama al extrangero en su socorro y pide la victoria á un auxiliar del exterior. Penetra á menudo el mas sincero patriotismo, hasta en la dureza con que defienden tal ó cual forma de gobierno.

Las luchas sociales son de otro carácter. Como ningun interés nacional se halla aquí en juego, y el sentimiento patriótico no puede sino debilitarse, se trata, en efecto, en estas luchas, nó de los derechos del país, sino de los intereses de tal ó cual clase de hombres. Las ideas sociales no son ni de un país ni de otro, son por su esencia cosmopolitas, Esta es su grandeza por un lado y por otro su gran peligro, pues que un pueblo, cualquiera que sea, no deja impunemente aminorarse en él este sentimiento, el mas fecundo quizás en

nobles inspiraciones y sacrificios generosos: e amor á la pátria.

Las ideas sociales no conocen fronteras. Tienen en todas partes su aplicacion: en todas partes es igualmente natural que los que sufren alguna opresion sueñen en libertarse. El socialismo moderno no comprende y no puede enseñar el patriotismo. Al socialista francés, le parece natural ver un amigo, un aliado, un hermano, mas bien en el socialista belga, inglés, aleman, italiano, que en el francés que rechaza sus ideas y que es precisamente el adversario que encuentra cuando las quiere aplicar. Lo mismo sucede al católico que considera como hermano mas bien al católico irlandés ó flamenco que al protestante ó israelita que habla su misma lengua y habita la casa vecina. No sin razon se ha comparado á menudo á estos dos internacionales, al internacional católico y al internacional obrero.

El Imperio tenia horror á toda agitacion política, puesto que sabia no podria salir, sino de los enemigos de su gobierno. Habia guardado silencio sobre las cuestiones políticas; pero reaparecian apesar de él. Mas es imposible reprimir completamente la euergía humana, y cuando le atajan el paso de su lado, es preciso que se escape por otro. La actividad, á la cual prohibian las luchas políticas, se volvió del lado de los problemas sociales. No disgustaba al Imperio ver á los ciudadanos dividirse en dos clases enemigas. Estaba muy seguro de que no se coaligarian contra él. En medio de esta nacion dividida en dos campos, aparecía como mediador impidiendo que la lucha estallara, unas veces protegiendo la clase media contra la anarquía, ó impidiendo á la clase media de oprimir a la obrera. Presentaba de este modo

una doble faz: aquí el Imperio conservador, protector de la propiedad, de la religion, de la familia; allí, el Imperio socialista, padre de los trabajadores, que autorizaba las coaliciones y era indulgente para los gravámenes. Entraba en su política el mantener siempre los temores de un lado, los rencores del otro, la division y aborrecimiento de ambas partes.

En este papel no todo era maquiavelismo de su parte. Déspota por el nacimiento y utopista por temperamento, el Emperador encontraba á la vez el medio de ser sinceramente autócrata y socialista. La teoría de la democracia cesariana, ganaba terreno en los ánimos; muchos se decian: «Qué importa despues de todo, el régimen político y la libertad, con tal que la condicion del obrero sea mejor!» como otros se decian: «Qué importan las libertades políticas, con tal de que tengamos la paz social!» El amor á esta famosa «paz social» fué lo que hizo votar *sí*, en los plebiscitos á los de la clase media; y cuando la oposicion política de los diputados republicanos volviase embarazosa en el cuerpo legislativo, en nombre de los intereses democráticos se dedicaban á hacerla combatir en las reuniones públicas.

No cometeríamos la impiedad de decir que en 1870 el patriotismo no existía. Las almas de tantos buenos franceses que, sobre los campos de batalla del Norte, del Este, del Oeste, en Champigny, en Montretout, han derramado su sangre para salvar el honor de la Francia y su integridad, estas almas se alzarian indignadas contra semejante calumnia; y sin embargo es verdad que este sentimiento se habia debilitado en muchas personas.

La Internacional se habia fundado y contaba

por miles los adeptos que veian en ella el instrumento de la manumision universal de los trabajadores. No eran sino congresos internacionales en Bruselas, en Liege, en Lóndres, en Ginebra. Los obreros enviaban instrucciones: cuestaciones hechas en todas partes iban á sostener los gravámenes de todos los paises. La Commune encontró una parte considerable de Paris, que colocaba el patriotismo en segunda fila, aun despues de las heróicas pruebas del prímer sitio y en medio de la invasion; dispuesto á decir: «Perezca si es preciso la Francia, con tal de que las injusticias sociales sean reparadas!» Y se vió á los ejércitos que defendian la ciudad, contra otros tambien franceses y mandados por generales polacos, húngaros, bohemios, belgas, americanos, por extrangeros que iban á hacer la guerra civil en Francia... Tal era el efecto del socialismo imperial.

Sería injusto sin embargo decir que las causas políticas no han egercido influencia sobre la Commune. Las elecciones del 8 de Febrero habian dado la ventaja á los partidos monárquicos, y la Asamblea de Burdeos disimulaba mal su resolucion de concluir lo mas pronto posible con la República y restablecer un trono. El solo embarazo era declarar qué trono se restableceria. Léjos de conceder á Paris el haber salvado por su resistencia el honor de la pátria, esta mayoría le reprochaba su obstinacion y hasta su sufrimiento. Acusaban á Paris y al gobierno de la Defensa nacional de haber prolongado una lucha desigual, aumentando las exigencias del vencedor y aumentando las cargas de la guerra. A Paris liberal y revolucionario, oponian la Francia conservadora. A la gran ciudad oponian la Francia «rural» Decian haber llegado el momento de que ésta sacudiera una tira-

nía que habia sufrido durante largo tiempo. Paris habia impuesto antes á las provincias sus leyes, sus revoluciones y sus gobiernos; se habia presentado la ocasion en que la provincia, tomando su revancha, iba á imponer á Paris sus voluntades, y á destrozar el orgullo de la soberbia ciudad. No permitieron que el gobierno volviese á Paris, lo cual fué para la gran ciudad, despues de todas las desdichas y todas las humillaciones que acababa de sufrir por la Francia, una última humillacion ver arrebatado el título de capital que creia haber merecido mejor que nunca. En la discusion que tuvo lugar en Burdeos, la reaccion habló libremente; los insultos á Paris no fueron economizados, y si el Poder ejecutivo tenia razones estratègicas para proponer la estancia en Versalles, la mayoría reaccionaria tuvo otras para aceptarla. Es que Versalles, edificado por el Gran Rey, habia sido la residencia de la antigua monarquía: reponer en Versalles la capital de la Francia, era como proclamar de ante mano la restauracion de la monarquía, era borrar de la historia esas jornadas de Octubre 1789 en que el trono habia sido llevado nuevamente á Paris, para ser prisionero del pueblo en las Tullerías.

Puede afirmarse sin temor, que este odio contra Paris, contra la revolucion, contra la República, egerció alguna influencia en la esplosion de la Commune. La Asamblea de 1871 hizo cuanto dependia de ella para inflamar el incendio. Si la República no hubiera sido amenazada por ella, cierto número de personas honradas que se dejaron arrastrar en el movimiento de la Commune, se hubieran separado de ésta resueltamente, desde el segundo dia. Viendo las disposiciones de la Asamblea nacional, juzgaron la República perdida si

no arrancaban la Francia de sus manos. Creyeron que Paris solo podria una vez mas salvar la democracia. Se engañaban seguramente: pero á quién la falta de este error, sino á la Asamblea, cuyos miembros pretendian aprovechar la firma en blanco que el país abatido les habia dado con deseos de establecer la paz, para imponerle al dia siguiente una monarquía en la cual la nacion, al nombrarles, no pensaba, y que estaba seguro no habia de aceptar gustosa.

Mr. Thiers, en el discurso pronunciado el 24 Mayo de 1873, que puede ser considerado como su confesion política, ha hecho conocer cual fué la influencia de estas consideraciones sobre el movimiento insurreccional. La emocion era grande en todos los centros importantes de la opinion pública. Delegados de Lyon, de Marsella, de Burdeos, fueron á ver al presidente de la República. Le preguntaron, si dejar que Paris sucumbiera no era abandonar la Francia á la conspiracion monárquica, dejar vencer á los defensores de la República en provecho de una restauracion realista. M. Thiers les contestó que jamás, mientras fuera presidente, daria su apoyo á una conspiracion contra las instituciones de las que era el primer magistrado. Tuvieron razon en creer su leal palabra, y las grandes ciudades de Francia permanecieron fieles al gobierno de Versalles. Muchas personas honradas de Paris no se hallaban en estado de comprender tan bien como los republicanos de Lion ó Marsella, estas prudentes palabras del jefe del Poder ejecutivo. Fueron precisos los excesos de la Commune, para demostrarles que, esta, lejos de servir á la causa de la República, no podia sino comprometer su nombre. Desde los primeros dias del mes de Abril estaban desengañados y se separaban de

los que habian tomado antes como amigos políticos. Pero era demasiado tarde: el movimiento insurreccional habia comenzado, y lo que hubiera quizás bastado para esterminarle en un principio, no era suficiente ya para detenerle.

La Commune ha sido, mas bien que una crísis social, mas bien que una crísis política, un fenómeno accidental y valetudinario. Esto es lo que dirá la historia, y discurren de un modo estraño los que la invocan como un ejemplo en apoyo de sus doctrinas políticas y hacen de ella un espantajo para asustar á los tímidos. No es segun los fenómenos escepcionales que se deben juzgar las cosas humanas, y la Commune no ha sido sino un fenómeno escepcional. semejante á esas revoluciones atmosféricas que todo lo devastan á su paso. Si la Commune ha estallado, ha sido por consecuencia de circunstancias imprevistas, y que no son destinadas á reproducirse en la vida normal de un pueblo: y si habiendo estallado ha opuesto al restablecimiento del órden una resistencia formidable, ha sido por consecuencia de circunstancias mas imprevistas aun, y que son imposibles de renovarse en la vida de un pueblo.

Paris, al terminar el primer sitio, se encontraba en un estado moral é intelectual, doloroso y grave. Durante cinco largos meses, la gran ciudad, rodeada con un cordon de sitiadores, habia vivido aislada del resto del mundo. Ni extrangeros que la visitaran, ni noticias, ni negocios. Ni aun de la misma Francia recibia nada. La ciudad cosmopolita entre todas, habituada á encontrar el equilíbrio del ánimo en la variedad de impresiones, á desplegar en todos sentidos su fecunda actividad, habia vivido de un solo sentimiento, ocupada su imaginacion en una sola idea. Un millon y medio

de hombres, se hallaban encerrados en el mas estrecho espacio, sin poder, ni aun el domingo, franquear la línea de las murallas. Entre ellos infinidad de mugeres, de niños, de ancianos, séres mas accesibles aun á la pasion. ¿Quién podia en circunstancias tales, jactarse de conservar la calma del ánimo, tan esencial sin embargo, en las horas críticas?

Apartados de sus costumbres, de su trabajo, burgueses y obreros se habían improvisado soldados. La ciudad del placer, de los talleres, de las tiendas, se habia transformado en un inmenso campo atrincherado. Las emociones se sucedian unas á otras. En los intervalos de los egercicios militares, corrian ávidamente á saber las noticias, siempre tristes, siempre dolorosas. Cantaban la *Marsellesa*, y decian, locura heróica! «salgamos en masa, resistamos sin cuartel.» Se obstinaban en esperar contra la esperanza misma! ¿Tenian razon? Ciertamente que sí, puesto que hay horas en que la salvacion, como ha dicho el poeta, no está sino en el arrojo desesperado, y, en una lucha materialmente desigual; el único medio de vencer era compensar esta desigualdad por una sobreexcitacion de la energía, sobreexcitacion cuyos límites no conoce ninguna ciencia y cuyo esfuerzo no puede medirse. Pero vino un dia en que dijeron á esta poblacion, á quien excitaban desde hacía cinco meses, que se calmara repentinamente; dijeron á esta poblacion, á quien habian prometido no capitular jamás, que la capitulacion estaba hecha. Y si ella hubiera comprendido que toda resistencia era imposible, que todo lo que podia hacerse humanamente se habia hecho! Pero no. Hubiera valido mas en vez de la vana demostracion de Montretout, intentar un sério esfuerzo, aunque este hubiera si-

do desgraciado. Mejor hubiera sido responder á la exaltacion parisiense. «¿Quereis la salida en masa?¡ Pues bien, os vamos á dejar que intenteis la salida en masa!» Un mayor número de hombres habrian sido sacrificados. Pero los sobrevivientes al menos se habrian resignado á una impotencia manifiestamente demostrada. ¿Quién sabe lo que hubiera producido esta energia de la hora suprema? La guardia nacional, en todo caso, no hubiera podido acusar al gobernador de Paris. Pero el general Trochu no era el hombre de estas resoluciones desesperadas; y convencido de antemano de la imposibilidad de esforzar el círculo en que Paris estaba encerrado, no creyó que la conciencia le permitia prodigar inútilmente la sangre. Precisamente por haberla economizado tanto, debia ser derramada bien pronto en mayor escala. La guardia nacional se creyó vendida: todos decian que Paris habia sido entregado: la humillacion de la derrota aumentó ante la idea de que pudo ser ahorrada. Este nuevo golpe, despues de tantos otros, vino á acabar y destruir lo que aun quedaba de reflexion, de juicio, de sangre fria, Era el momento en que los malos consejos debian ser acogidos con mas facilidad: hora de fiebre, hora de punzantes dolores, hora de mútuas recriminaciones, de cóleras y de vergüenza!

La salud de los cuerpos no era mejor que la de los ánimos, y el estado físico contribuia á agravar el estado moral. Las privaciones habian sido largas y numerosas: en las últimas semanas del sitio el alimento habia sido insuficiente. Muchos habian buscado en el exceso del vino, única cosa que abundaba, una compensacion á la carne y al pan que faltaba; habian encontrado la fuerza nerviosa á falta de la fuerza muscular. Una parte de

la poblacion se encontraba así, aun sin haberlo deseado, bajo el imperio de un verdadero alcoholismo que, mas tarde debia empeorar y que hizo tan graves las heridas del segundo sitio. La sangre fria iba desapareciendo al mismo tiempo que la pasion violenta tomaba mas imperio sobre los temperamentos.

Una última circunstancia no debe ser olvidada. El dia siguiente al de la capitulacion, las puertas de Paris, cerradas tanto tiempo há, se abrieron por fin. Todos cuantos pudieron dejar su prision la dejaron. Tenian deseos de ir á encontrar en las provincias las mugeres y los hijos, á los cuales habian querido ahorrar los rigores del sitio. No quedó en Paris sino la parte mas pobre de la poblacion, á la cual faltaba el dinero necesario para el viaje y los parientes ricos, dichosos de recibirles. Así la guardia nacional se encontró de pronto privada de todos los que, durante los largos meses del sitio, habian sido los mejores y mas sanos elementos, los que, por su educacion y su inteligencia habian egercido la mas considerable influencia, representando las ideas de órden, de legalidad, de respeto á la disciplina. El resto se encontró, en estas circunstancias críticas, como abandonado á sí mismo y sin defensa ante las desdichadas sugestiones de los violentos y agitadores. Bastantes batallones, sin duda, si hubieran contado aún entre sus filas á los hijos de la clase media que poco antes cumplieran valientemente con su deber, habrian encontrado en ellos la fuerza para resistir á las culpables seducciones: pero esta fuerza faltó precisamente en el momento en que era mas necesaria: el campo fué abandonado á la organizacion del Comité central y á los manejos de los espíritus falsos y desordenados: Pa-

ris buscó en vano el 18 de Marzo lo que le habia salvado el 31 de Octubre.

Tales fueron las causas inmediatas de la Commune: de este modo pudo crecer súbitamente á la manera de esos incendios que dos meses mas tarde, en la semana maldita, debia inflamar. Las mismas circunstancias le pusieron en las manos las armas como jamás insurreccion alguna habia poseido.

El gobierno no pensó en disputarles á Paris. Les abandonó la ciudad, el recinto, todos los fuertes, exceptuando uno, el Monte-Valeriano; y esto debido mas bien á los comandantes subalternos que á los gefes del gobierno. Paris era el campamento atrincherado mas formidable que se puede imaginar. Cinco meses de trabajos le habian hecho casi inconquistable. Los mismos prusianos no habian intentado siquiera el apoderarse de él por la fuerza. La ciudad estaba atestada de fusiles, de cañones, de metrallas, de municiones. El primer sitio parecía haberles preparado para el segundo. La defensa de Paris habia terminado precisamente en el momento en que debia ser inútil contra el extrangero y solo debia servir para hacer la guerra á sus compatriotas.

Paris no contaba solamente con armas si que tambien con miles de soldados. No ya bandas de insurrectos, buenas tan solo para remover los empedrados y levantar barricadas; no ya guardias nacionales del tiempo de Cárlos X ó de Luis Felipe, vagamente egercitadas en los movimientos y manejo de las armas; sino verdaderos soldados, batallones instruidos paciente y militarmente desde hacía cinco meses por entendidos oficiales, y capaces de hacer frente á cualquier ejército; una sola cosa les faltaba: generales esperimentados. Si es-

tos hubieran valido lo que el ejército, la lucha que fué ruda, lo hubiera sido mas aún. En ningun país, en ninguna época, se ha presentado una insurreccion tan formidablemente armada.

La historia cuando cuente la jornada del 18 de Marzo, por la cual comenzó la guerra civil, será severa para el gobierno de entonces, sin ser indulgente para el alboroto. Los cañones de Montmartre en las manos de la guardia nacional, eran una amenaza para el órden público. Negociaban para hacerlos restituir, y no osaron, lo que hubiera sido mejor, ordenarles que los restituyeran. Prefirieron apoderarse por un atrevido golpe de mano. En la noche del 17 al 18 de Marzo, fueron lanzados algunos regimientos de linea sin consejo ni requerimiento. Cuando se intenta un golpe de fuerza es preciso que éste se halle bien dirigido y que tenga buen éxito; y en este no supieron tomar exactamente aus medidas; las maromas de artillería destinadas á conducir los cañones no llegaron. No habían preparado ni los refuerzos para sostener, en caso de resistencia á los primeros regimientos encargados del golpe de mano. El gobierno huyó en desórden á Versalles. El motin victorioso era dueño de Paris. No habia en toda lo poblacion, tan impresionable como es, sino una voz cóntra este ataque audazmente intentado y tan mal dirigido. La guardia nacional, apoderándose de los cañones que le habian querido arrebatar parecia haber usado del derecho de legítima defensa. Todo Paris. desde este dia y durante los primeros que siguieron, puede decirse que fué «*comunista*». El general Lecomte, muerto alevosamente, pagó con su vida el ataque violento de que habia sido encargado, y en el cual fué abandonado desde los primeros instantes. El asesinato del ge-

neral Clement Thomas venia á demostrar los excesos que iban á cometerse. La Commune se encargó bien pronto de hacerse repugnante á las personas honradas que el primer dia le habian seguido, y, cuando por fin sucumbió, en medio de un mar de sangre y llamas, habíase vuelto la mas brutal, odiosa é inepta tiranía que ha pesado jamás sobre una poblacion.

Ningun buen francés intentará la rehabilitacion de la Commune. La posteridad, sin embargo, al juzgarla con sangre fria, encontrará la esplicacion aun de sus mas grandes horrores. La enfermedad moral del primer sitio se habia agravado en las semanas del segundo. La locura se habia transformado en furor, dándose cita en una obra de aborrecimiento y de rabia. La Commune vencida no quiso dejar á su vencedor sino un monton de humeantes ruinas. La historia dirá donde ha tomado la Commune el ejemplo de las dos monstruosidades que la han deshonrado: los incendios y la matanza de rehenes. De los prusianos habia aprendido estos dos atroces medios de combatir. Habia podido comparar la manera de hacer la guerra los franceses y la manera de hacer la guerra los alemanes, y comprendió por el éxito de la campaña, que el mejor modo de combatir era el que habia usado el vencedor. El método francés, generoso é imprudente, no habia ocasionado sino la derrota. El método aleman, no ocupándose ni de galanteria ni de humanidad, habia triunfado. La Commune imitó el ejemplo de la Prusia. La Prusia creia natural apoderarse de rehenes para asegurarse de la docilidad de las poblaciones: la Prusia creia natural bañar de petróleo, como lo hizo en Bazeilles y otras partes, las murallas de las casas é incendiar sistemáticamente. Creia na-

tural lanzar bombas, no sobre las fortificaciones, sino preferentemente sobre las casas habitadas y los hospitales. La Commune practicó esto mismo y tuvo bombas de petróleo; incendió tambien las casas y los monumentos, cogió rehenes, los que fusiló en la hora de la desesperacion. Si la Prusia, en su manera científica de practicar la guerra, no hubiera usado de estos medios eminentemente prácticos, es dudoso que la Commune se hubiera establecido.

Y dejemos ya de hablar sobre esa Commune que todo corazon francés desearía poder borrar de los anales. Si es preciso execrarla, consuela sin embargo el considerar las causas que la han producido y que han constituido su fuerza; pues esto dá la seguridad de que no han de volver semejantes horrores. La Francia puede presenciar nuevas jornadas de Junio, nuevos alborotos del cláustro Saint-Merry: mas nó una nueva Commune. Las jornadas de Junio hábian bastado para espantar á la Francia y arrojarla en los brazos de la reaccion. Buen número de republicanos que se acordaban de esto decian tristemante, viendo estallar la Commune: «Hé aquí las jornadas de Junio de la tercera República. Una vez mas culparán á la República de este alboroto que ni siquiera ha intentado». Nada de esto ha sucedido. La Francia no ha tomado horror á la libertad, la Francia no ha soñado en arrojarse al dia siguiente en los brazos de un salvador. La Francia, por el contrario, se ha sentido mas que nunca unida á la República: en despecho de la Asamblea nacional, de los profetas de desgracias, de las maquinaciones de los intrigantes, se ha obstinado en fundarla. Tuvo razon; puesto que jamás la libertad ha podido temer menos la licencia, jamás la seguridad ha sido mayor,

jamas la armada del desórden ha sido menos numerosa y mas impotente. Jamás el «peligro social» ha sido una frase mas falta de sentido.

CAPÍTULO QUINTO

Las preocupaciones religiosas.

El último obstáculo para el establecimiento de la República en Francia, son las preocupaciones religiosas.

Es necesario reconocer que hay cierto número de personas que no ven en la religion sino un medio de encontrar la salvacion de sus almas, unidas á sus convicciones, por que las consideran como la verdad revelada por el mismo Dios, y las cuales tienen una instintiva aversion á la República. Recuerdan que la primera cerró las iglesias, prohibió el egercicio del culto, y persiguió á los sacerdotes. No indagan las circunstancias históricas que esplican esta persecucion. Observan que con frecuencia republicanos y libre-pensadores, son los mismos indivíduos; ven á los periódicos liberales en lucha con los religiosos; en los manifiestos de los Comités ataques á veces violentos contra las pretensiones del clero. No averiguan la esplicacion de esta actitud. Se limitan á establecer: que la religion y la República se excluyen

la una á la otra, y que si se estableciera en Francia, lo primero que proscribiría habia de ser la religion.

Hay que dejar al tiempo y á la esperiencia el cuidado de desvirtuar estas preocupaciones que naturalmente los interesados se esfuerzan en mantener. Los creyentes sinceros que acogen en este momento la República con recelo, no necesitarán verla por mucho tiempo en egercicio, para comprender su error. Reconocerán que las violencias de actos y de lenguaje con los cuales les han espantado, no han sido sino represalias. Acordaran que la fórmula republicana no tiene en sí nada que sea obstáculo al Catolicismo, pues este ha sido floreciente en Flandes en tiempo de las ciudades libres; en Méjico y en la América del Sud; y que finalmente no hay en el mundo una comarca en que sea mas libre ni mas independiente que en la gran República de los Estados-Unidos, en medio sin embargo de una mayoría protestante. ¿Por qué no ha de suceder lo mismo en Francia? Si un buen número de republicanos son adversarios del Catolicismo, es por que éste les ha declarado con anterioridad la guerra, y porque ven sin cesar á la religion, precisamente en el terreno politico, intentando estorbar el curso de su obra. Que renuncie á intervenir en el dominio de la política, que no es el suyo, y ningun republicano intentará impedirle que ejerza, en tanto cuanto dependa de ella, el imperio intelectual y moral que reivindica sobre las almas.

Estos católicos harán mas: se dirán bien pronto que, no ya existe entre el Evangelio y la República ninguna invencible antipatía, sino que por el contrario es un règimen mas en armonía con él, que ningun otro. Se dirán que todas las liber-

tades son solidarias, y que el gobierno que tiene por divisa la libertad puede, menos que ningun otro, negar la de conciencia, esa libertad sagrada entre todas: que la Iglesia se ha jactado siempre de ser una República; que cada una de sus comunidades ha estado organizada segun el sistema republicano, y que el régimen, al cual la Iglesia ha acordado siempre la preferencia en sus propias instituciones, no sería para las sociedades humanas el mas detestable. Dia vendrá en el que, lo mismo en Francia que en América, los católicos sinceros no serán los menos decididos republicanos.

Será mas difícil hacer entrar en razon á otra série de católicos, los mas numerosos hoy y á los cuales se les puede dar el nombre de «clericales». Estos se dividen en dos categorías. Los unos, en nombre de la verdad, de la cual creen ser los únicos poseedores, tienen por ideal la teocracia; pretenden no solamente el reino del cielo, si que tambien el de la tierra. Lo mismo que el cuerpo obedece al alma y la materia al espíritu, lo mismo, segun ellos, lo espiritual debe mandar á lo temporal. El Papa es el único gefe en la tierra; reina en nombre de Dios, del que es vicario, y los gobernantes políticos no le deben menos obediencia que sus obispos. Por los unos domina en las cosas del alma, por los otros en las del órden político; unos y otros son igualmente sus ministros y servidores. Sería ilógico que el que puede abrir y cerrar á su gusto las puertas del cielo, no fuese tan soberano en unas cosas como en otras. Esta es la antigua teoría de Gregorio VII é Inocente III, contra la cual se sublevaron los Emperadores y Reyes. Por medio de esta pretension, el jefe del catolicismo se arrogaba en la edad media

el derecho de establecer ó deponer los soberanos; de hacer que los indivíduos obedecieran ó no á las autoridades civiles. El catolicismo romano no ha renunciado nunca á esto: hoy menos que nunca.

¿Y no es esta una doctrina llena á la vez de orgullo y provecho? ¿No sería una felicidad, esperando el reinado del cielo poseer tambien el de la tierra? Al lado de los fieles ardientes y convencidos, pero desprovistos de ambicion personal, que no ven en esta organizacion sino el establecimiento de la perfecta armonía entre lo temporal y espiritual, el reinado del cielo instituído aquí abajo, hay buen número de indivíduos que piensan mas en los bienes de este mundo y que sueñan que este admirable órden sería agradable no solamente á los ojos del celeste Padre, sino lo que es mas, á ellos mismos. ¿En esta elevacion de la teocracia, las mejores plazas no serian para los fieles del Señor, lo mismo que allá arriba serán para sus elegidos? Entre las gentes que pensaran de este modo, el gobierno civil, ministro dócil de nuestro Santo Padre, escogería esclusivamente sus funcionarios y favoritos. Para ellos serían los empleos, grandes y pequeños, para ellos el favor de las leyes y la benevolencia de los magistrados. Las recomendaciones de los obispos, de los confesores, serían órdenes para las autoridades políticas, bien convencidas del legítimo acatamiento de sus funciones. El sacerdote sería el jefe de la sociedad. Los libre-pensadores, los infieles, los heréticos, no se hallarian, como se vé á menudo hoy, en lo alto de la escala; les tratarian como párias ó leprosos. No presenciarian ese escándalo de ver á los hijos de Dios sufriendo y humillados, mientras que los de Satán hacen ostentacion de sus obras diabólicas y de sus pompas corruptoras.

La otra escuela clerical no tiene en apariencia pretensiones teocráticas tan absolutas. No acuerda á la autoridad religiosa el derecho de intervenir directamente en los asuntos civiles y politicos. El reinado del cielo, lo declara con el Evangelio, no es de este mundo. El gefe del catolicismo no tiene el derecho de establecer ó deponer los soberanos. Este no es el subordinado de la autoridad religiosa, sino el gefe real en su esfera, señor de lo temporal como el vicario de Cristo lo es de lo espiritual. El sucesor de César y el de Pedro, «esas dos mitades de Dios», pueden mirarse frente á frente. Pedro no tiene sino un sucesor; César puede tener tantos cuantos reinados diversos hay en el mundo. El Papa no tiene el derecho de dictar leyes al gobierno civil. El soberano, sea rey ó presidente de República, tiene su autoridad temporal. Pero, esta autoridad, el soberano político no la ha recibido sino para llevar á felíz término, en su esfera de accion legítima, las voluntades de Dios. Él es el jefe único: «los hombres no mandan sino para que él sea obedecido.» Este es el lenguaje de Bossuet; esta la doctrina del catolicismo galicano. El gefe temporal, es tambien «el ministro de Dios para las buenas causas,» y su primer obligacion debe consistir en poner á su servicio la autoridad que el cielo ha colocado entre sus manos. Todos sus actos, todos sus pensamientos no deben tener sino un objeto: el interés de la religion. Tiene el derecho de defender su poder láico contra las usurpaciones que intentara la Curia romana, pero con la condicion espresa de emplear este poder láico al servicio del catolicismo. A él le incumbe impedir que se propague la heregía y que las doctrinas funestas seduzcan las almas. A él pertenece la tarea de refor-

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA GRANADA

mar las costumbres y difundir la verdadera piedad.

El clericalismo, en el fondo, no pierde nada con esta segunda doctrina. Lo que no tiene como autoridad directa, lo tiene indirectamente. Los gobiernos y la curia romana pueden discutir entre sí sobre el valor de las dos doctrinas. La una agradará al Vaticano; la otra á los monárquicos, á los cuales concede al menos la realidad de la autoridad política en vez de dejarles tan solo el simulacro. En cuanto al resultado definitivo es el mismo: y que la sociedad civil esté en manos de la religion por la autoridad del Papa ó por la del soberano político, la religion no es menos dueña absoluta de todas las cosas. Los mismos devotos ven que les tiene mas cuenta adular á la autoridad política, que hacer la córte á la religiosa, y con tal de tener seguros los bienes de este mundo, les importa poco las manos de donde procedan.

Que pertenezcan á una ú otra de estas escuelas, nadie se estrañará de que los «clericales» no acepten la República. Ella es, en efecto, igualmente contraria á una y otra doctrina. Reposa sobre el principio del derecho popular y no reconoce otra soberanía que la política. La ley no tiene para ella otro orígen que el consentimiento general, la decision de la mayoría. En nombre de la libertad de conciencia, está dispuesta á dejar libre toda autoridad religiosa en la esfera esclusivamente religiosa: no le puede reconocer el derecho de imponer leyes en el órden civil ó político. No escluye menos la teocracia indirecta, pues que el poder legislativo ó ejecutivo no es, en una República, sino el mandatario de la voluntad colectiva. El orígen del gobierno es esclusivamente humano; á los hombres debe su existencia, de ellos ha recibido su investidura: ante ellos es responsable.

Otras razones particulares vienen en Francia á fortificar esta repugnancia de los católicos á la República. En ese país, la monarquía y el catolicismo habian hecho alianza ofensiva y defensiva. Los reyes de Francia se honraban con el título de reyes muy cristianos; la Francia se llamaba la hija primogénita de la Iglesia. Los dos poderes, el político y el religioso sentian la necesidad de apoyarse mútuamente; la Iglesia poseia en el Estado un jefe político que arreglara sus negocios; el jefe político se aseguraba en el órden moral el concurso de un poderoso aliado. Habia á veces nubes pasageras, tentativas de usurpacion de ambos lados; pero comprendian bien pronto que les convenia mas ser amigos que enemigos. La Iglesia enseñaba á los individuos que su primer deber era la sumision pasiva al monarca. La Iglesia comprendia muy bien la política para dar otra cosa, y el monarca, en cambio, era para ella un celoso protector tanto en el interior cuanto en el esterior. Le confería toda clase de inmunidades y privilegios, y hasta de tiempo en tiempo sacaba la espada para defenderla. La impiedad era un crímen castigado por la sociedad civil; los protestantes eran espulsados de Francia y sus ministros condenados á muerte ó enviados á las galeras; la Iglesia sola, al proceder al acto del casamiento, constituia la familia y daba los derechos á la herencia; los prelados tenian grandes rentas las comunidades eran numerosas: en pleno siglo diez y ocho, los libros de Rosseau y Voltaire eran quemados por mano del verdugo.

No es estraño que el Catolicismo haya presenciado con tristeza la caida de la monarquía de Borbon, con la cual gozaba de tan numerosas y sólidas ventajas; no es estraño que aun hoy la

vuelta de esta monarquía sea el objeto de sus deseos secretos ó manifiestos. La Iglesia sabe que con ella renovaría seguramente la fructuosa alianza del trono y del altar; sabe que de ningun otro gobierno, aun cuando sea monárquico, puede esperar tan provechosas condiciones. Bien lo han visto de 1815 á 1830.

Y sin embargo, con todos los gobiernos monárquicos; cualesquiera que sean, puede esperar el dedicarse á sus negocios. Sin duda todos esos gobiernos están mas ó menos infestados del principio anti-teocrático de la soberanía popular, obligados en parte á tener cuenta de la opinion pública; con ellos sin embargo pueden llegar á un acuerdo y el clericalismo puede tomar su parte de una monarquía constitucional ó de un cesarismo. La Iglesia, gracias á su gerarquía, á su sábia organizacion, dispone de un número respetable de sufragios; puede marcarles precio, en la seguridad de que no le regatearán. En este siglo, un monarca, cualquiera que sea, aun cuando tenga tras sí la mas invencible de las armadas, no se cree jamás sólidamente establecido. El mismo Luis Felipe, al detener las nuevas usurpaciones del clero, se guardó muy bien de tocar á los privilegios de que se hallaba en posesion. Luis Napoleon se les mostró mas fácil aún, y por la expedicion á Roma aseguró la buena acogida de los clericales á su golpe de Estado. El dia siguiente al 2 de Diciembre, la persecucion de la Universidad, la del libre pensamiento, la admision de los cardenales en el Senado, la proteccion acordada á las congregaciones, venian á recompensar el apoyo prestado por el Catolicismo al plebiscito de Diciembre.

Es necesario añadir que toda monarquía, cualquiera que sea su orígen, no sabria en el fondo

amar la libertad. El Catolicismo que predica la obediencia pasiva á la autoridad, es por excelencia la doctrina religiosa hecha para agradarle. La máxima «Dad al César lo que es del César», se vuelve en favor del gefe cualquiera que sea. Todo monarca se sentirá débil para el gendarme moral que viene á llevarle su refuerzo y á cortar la revolucion en nombre de la mas poderosa de las autoridades, la que domina las conciencias. Un apoyo espiritual tan eficaz, bien vale algunas concesiones en el órden temporal.

La República no puede ofrecer este mercado al partido clerical. Sus principios se lo prohiben, y aunque lo permitieran, faltaríanle los negociadores para concluirle. Bajo una República en que la nacion es soberana, los mandatarios del país cambian incesantemente: no es posible mas que un contrato momentáneo, corriendo siempre el riesgo de ser roto al siguiente dia. Un presidente no está destinado á guardar el poder sino pocos años. En cuanto á las mayorías, son de naturaleza instable. La Iglesia, sin duda, no desdeña tomar dia por dia lo que puede aprovecharle; pero, como es eterna, desea que sus negocios lo sean tambien. Añadid que de ordinario tales compras se negocian en la sombra con ciertas cláusulas secretas, que las mas de las veces no se pueden confesar. Por lo tanto la República, gobierno de la opinion, no sabria hacer nada sin que esta tomara parte.

La Iglesia puede, sin temor de engañarse, esperar de la República la libertad: jamás los privilegios. Más ella no desea solamente estar en igualdad con las otras doctrinas religiosas; en su calidad de poseedora única de la verdad, pretende una situacion privilegiada; no reclama el derecho de vivir por sus solas fuerzas, sino que exige como

cosa debida la proteccion. Vé que la República está en la imposibilidad de acordársela.

Así, la consecuencia es forzada: la Iglesia desearía ante todo el restablecimiento de la monarquía legítima, que le devolvería todos los privilegios que ha tenido, y tal vez algunos otros; á falta de la monarquía legítima se resignaría al Imperio ó á la de los Orleanes, que al menos le conservarian aquellos de que hoy goza, y en la imposibilidad de otra cosa, consentiría sufrir la República, que no puede ofrecerle mas que el derecho comun.

El clericalismo será el mas difícil de vencer entre todos los enemigos de la República, por que es el mas poderoso y mejor organizado. La República tiene que temer desde hoy sus intrigas mas bien que su influencía. Las preocupaciones sociales tienen mas fuerza; los numerosos candidatos «conservadores» decian tener la intencion de proteger contra el «peligro social» á la propiedad y á la familia, principios eternos sobre los cuales reposan las sociedades. Pero los candidatos «conservadores» desaparecerán bien pronto. Tampoco tardará mucho la religion, que para el mayor número de sus secuaces, no se separa hoy del clericalismo, en quedar sola para combatir á la República, reuniendo bajo una bandera á los adversarios del gobierno establecido. Una señal harto visible de este movimiento ha tenido lugar ya en 1876 y 77. En las últimas elecciones hánse visto algunos candidatos apellidarse los «candidatos del Syllabus», haciendo una profesion de fé exclusivamente católica.

Es fácil preveer el momento en que todas las oposiciones políticas ó sociales contra la República, irán á fundirse en la oposicion clerical. Todos

se han disfrazado ya con la máscara de la devocion. Todos vén que nada puede intentarse contra la República sin la ayuda de esa fuerza considerable que se llama el partido clerical. A semejanza de la tierra que al recorrer su órbita atrae á sí los menores fragmentos de materia que encuentra en el espacio, restos de algun planeta que no ha podido constituirse, así el clericalismo recogerá los restos de toda clase de partidos hostiles á la República que habrán perdido la esperanza de salír victoriosos por sí solos. Así lo quiere la fuerza de las cosas. Se enriquecerá con toda una série de «clericales» de especie rara y nueva; quizás presenciemos desde 1881 ese espectáculo.

Y por lo tanto el partido clerical acabará por resignarse á la República. Es muy práctico y sabe acomodarse á los tiempos y á las circunstancias. La curia romana es una escuela de entendidos diplomáticos, que, desde hace muchos siglos, dan lecciones al mundo. No sacrificará al culto del pasado el presente y el porvenir. Vé demasiado claro para hundirse con tal ó cual forma política, aunque fuera la mas ventajosa para él, desde el momento en que reconoce que su gobierno es imposible. Y esto se ha visto desde hace un siglo; sus preferencias por la monarquia legítima no le han impedido llegar á un acuerdo con todas las clases de régimen que se han sucedido desde el primer imperio al segundo, y si en 1873 ha desplegado sus banderas blancas y enarbolado las flores de lís, si ha cantado: *Salvemos á Roma y á la Francia en nombre del Sagrado Corazon*, su celo legitimista se ha enfriado repentinamente desde que ha reconocido que, de todos los pretendientes, Enrique V era quien conservaba menos probabilidades. En el mes de Abril

de 1878 organizaba grandes preparativos en favor del poder temporal y ha tomado gran parte en la aventura del 16 de Mayo: desde que ha tenido mal éxito se hace prudentemente el muerto. No deje de hacer la guerra á la República, pero desde el dia en que ésta pruebe recobrar nuevos brios y hallarse en estado de defenderse, el partido clerical, celoso de sus intereses, no perseverará en una resistencia que no le sería sino muy perjudicial. Asistiráse entonces á una tercera y última evolucion. El partido clerical no consentirá al que, bajo el nombre de «candidato católico» viene á abrigar los disgustos, los aborrecimientos, las intrigas políticas: desaprobará á los pretendientes vencidos y rechazará las solidaridades comprometedoras. Sus candidatos tendrán un programa, no solamente católico sino tambien republicano: mas qué digo? si hasta gritarán: «Viva la República!» mas alto que nadie. Encontrará en el fondo de su memoria todo el evangelio republicano tan olvidado en la hora presente; inscribirá de nuevo sobre sus crucifijos: «el verdadero árbol de la libertad».

Al proceder así, el partido clerical será sincero. No soñará en destruir la República. Al arrojarse en sus brazos, no será el beso de Judas el que procurará darle. Para qué, puesto que la traicion no serviría de nada? No habiendo podido derribar á la República, los clericales intentarán seducirla y sacar de ella lo que podrian de otro gobierno. Una República puede ser tan clerical como una monarquía. Puesto que es la mayoría quien hace las leyes, si ellos la tienen, por qué no han de hacer las que deseen? Por qué no habian de esplotar en su provecho las instituciones republicanas lo mismo que las monárquicas? Basta para esto tener un número suficiente en el Parlamento

y en el cuerpo electoral. En vez de encarnizarse en la oposicion, es mas razonable trabajar para ser gobierno y manejar entonces la escoba por el mango. ¿Qué monarquía habria hecho por el partido clerical lo que la Asamblea de 1871, desde la ley de los capellanes militares hasta la ley sobre la enseñanza superior? En el gobierno republicano la dificultad es poseer mayoría parlamentaria; pero cuando, por fortuna, se ha conquistado, ¿bajo qué gobierno puede disponer un partido mas absolutamente del país?

Tal será bien pronto, á no dudarlo, la táctica del partido clerical. Bastantes indicios la revelan ya. Frente á los prelados violentos que se distinguen por su fogosidad oratoria ó su intervencion exagerada en las elecciones, vénse á otros, como el obispo de Gap, los cuales han celebrado el liberalismo, y ponen gran cuidado en decir que la religion no puede unir su suerte á tal ó cual forma de gobierno, siendo superior á todas. Estos no son ni los menos inteligentes de la situacion actual, ni los menos hábiles. Veráse que su número aumentará poco á poco, y de Roma vendrá la órden para cambiar, por otro bien diferente, el lenguaje que hoy usan.

Otras señales confirman esto. Para conquistar la mayoría que hace las leyes, lo primero de conquistar es el sufragio universal, encargado de elegir los legisladores. No descuidan esto. Peregrinaciones, conferencias, sermones, círculos obreros, sociedades de beneficencia, todos los medios están puestos en obra para propagar entre las clases pobres, que constituyen la mayoría el dia de votacion, la influencia católica. La campaña está dirigida con la disciplina y perseverancia que puede emplear un partido acostumbrado á la accion

y que conoce desde hace mucho tiempo los resortes para manejar á los hombres. Hombres, mugeres y niños, son arrastrados en la empresa colosal que debe, pasados veinte ó treinta años, poner, al menos así lo esperan, la Francia toda en manos del partido.

¿Tendrá buen éxito esta empresa? En verdad sería una estraña República la clerical; sería una máquina de opresion mas temible para la libertad que ninguna monarquía, pues que ningun contrapeso vendria á resistir la opresion de la teocracia, ejerciéndose en nombre de la voluntad popular triunfante. Nos es permitido pensar que esta última tentativa de la teocracia tendrá el mismo resultado que las precedentes. Es necesario contar, para defender el buen sentido contra un nuevo ataque á instituciones de la libertad, con el temperamento nacional; y sobre todo con el desarrollo del progreso científico, el mas temible adversario que la teocracia puede hallar en su camino. Pero lo que puede asegurarse es, que la empresa será intentada, y las luchas del espíritu de libertad contra el espíritu del *Syllabus*, están destinadas á llamar la atencion en los últimos veinte años del siglo actual. Los que entonces vivan verán cosas memorables y quizás terribles. Pero no es este el lugar apropósito para detenerse en estas consideraciones; lo que aquí hemos querido señalar solamente son los obstáculos á la fundacion de la República. Cuando estas luchas estallen en la forma que indicamos, el partido clerical que combate hoy el establecimiento de esa forma de gobierno, habrá encontrado con ella su *modus vivendi*; procurará subir á cubierta para dirigir el barco, no como actualmente con la idea de hacerle zozobrar.

LIBRO QUINTO

EL PROGRAMA DE LA REPÚBLICA

Resta decir lo que debe ser el gobierno de la República; qué principios deben dirigirle y hácia qué fin debe tender. Tal es el objeto de este capítulo, que habria podido tener por sí solo la proporcion de un volúmen.

Pero ante todo necesitamos hacer una aclaracion. Entre las ideas que vamos á esplanar, algunas parecerán atrevidas sin duda, quizás temerarias, quizás impracticables á mas de uno. Quien las expresa habla en su solo nombre y no arrostra sino su propia responsabilidad. Reivindica el derecho comun de decir lo que piensa, aun á riesgo de equivocarse, pero dispuesto, si reconoce su error, á confesarlo y á abjurar. No reclama por otra parte, que todas las reformas que indica sean puestas en práctica inmediatamente. Cree haber demostrado en las páginas que preceden cuanto le disgustan las medidas extremas y cuan poco cree en las reformas hechas en un solo dia. Es partidario resuelto de la política oportunista. A los hombres encargados de la direccion de los negocios públicos es á quienes pertenece juzgar in-

cesantemente lo que es posible llevar á cabo del bien proyectado: ellos sobre todo, unidos á la accion, pueden apreciar la fuerza real de las resistencias necesarias de vencer. No ignora que en la vida la línea recta no es siempre el camino mas corto de un punto á otro, y que el arte de ganar tiempo forma parte de las cualidades de un buen general. Pero al lado de los hombres prácticos, cuyo papel es de trabajar, no es malo que haya en un partido hombres de estudio preocupados sobre todo del fin en que debe venir á parar la accion. Los ojos fijos sobre el término de espera, estos sirven mas de una vez para impedir que los otros se estravien en medio de las vueltas y revueltas del camino, representan los derechos de la lógica que debe ser siempre la última que hable. El partido republicano, y esto es lo que asegura su victoria, abunda hoy en políticos sensatos en guardia contra las seducciones; es bueno que conserve algunos lógicos, cuya pretension es tener razon no hoy ni mañana, pero que, esperando el éxito de las solas vías pacíficas, construyen en el gabinete su República de utopía que será quizás la República del siglo veinte.

Háse dicho con razon que la política era siempre un compromiso. Hoy lo es mas que nunca. Jamás ha sido tan necesaria una táctica prudente como en los tiempos actuales; época de «transicion», como repite sin cesar José Prudhomme, personage cuya falta mayor es la de hacer insoportables hasta las verdades que espresa con su solemnidad pedantesca. Sí, esta es una edad de transicion. Dos doctrinas dividen la Francia: dos derechos públicos existen: y las costumbres, las instituciones flotan inciertas entre estos dos derechos públicos. Dos corrientes se producen en sentido

contrario, agitando la sociedad á riesgo de desconcertarla. No depende de nadie suprimir bruscamente ni la una ni la otra; pues es deber de los que conducen el navío dirigirle pacientemente al puerto, teniendo cuidado en salvar los escollos é inspeccionando cuanto le suceda. Por espacio de mucho tiempo aun, la antigua y la moderna Francia, en guerra la una con la otra, continuarán disputándose la posesion de la sociedad; la una defendiendo el terreno palmo á palmo y tomando la ofensiva en el momento mismo en que parecia estar vencida: la otra obligada, para no comprometer sus ventajas anteriores, á detenerse repentinamente, para poner sitio á las plazas fuertes del enemigo, y fortificarse en las posiciones ganadas, antes de llevar mas adelante la conquista.

I

Será preciso, sin embargo, que uno de los dos derechos acabe por sucumbir. Se ha dicho desde hace mucho tiempo que un pais no es vencido sino hasta tanto que su capital está tomada, y el conquistarle debe ser el objetivo de todos los movimientos del sitiador, como á protegerle y socorrerla han de tender todos los esfuerzos de su adversario.

Esa capital, en una doctrina política, es la idea que se hacen de la soberanía, y hasta tanto que esta ciudadela haya sido tomada, las demás victorias importan poco. ¿Cuál es el soberano? Lo es el pueblo? Lo es el gobierno? En eso consiste todo el problema. ¿El pueblo debe mandar ú obedecer? ¿Es un mayor, el cual tiene derecho á decidir, ó bien es un menor por el cual se encarga otro de velar? Segun que respondan á estas cues-

tiones de un modo ú otro, el espíritu y el carácter de las instituciones de un país difieren absolutamente; existe ó nó la democracia.

Para nadie es dudoso que la dominacion de un rey absoluto, dueño hereditario de la vida y fortuna de sus subordinados, es todo lo contrario á la democracia; para nadie lo es menos que la dominacion de cierta clase de ciudadanos, investidos de los derechos y del poder político, es tambien la negacion de la democracia. El primer principio de esta es el sufragio universal. Pretender que un gobierno como lo era el segundo Imperio, con un gefe poderoso en la cumbre, es una democracia porque el pueblo ha nombrado á ese jefe, es una teoría, la cual no merece contestacion. Pero hé aquí otro sofisma mas temible hoy: creer que la democracia existe por hallarse establecido el régimen parlamentario, y que el Parlamento, nombrado por todos los ciudadanos, ejerce sobre los negocios públicos una inspeccion soberana.

Puede entenderse, en efecto, de dos maneras el gobierno parlamentario. En uno de estos dos conceptos, los representantes no son sino mandatarios, intérpretes de la voluntad de sus electores y encargados de asegurar el triunfo: su autoridad se detiene allí donde concluye la comision que han recibido. Hé aquí un gobierno representativo democrático. En el otro, por el contrario, los representantes, aunque elegidos por el sufragio universal, son el dia siguiente al de su eleccion, iguales en poder, superiores aun á este sufragio del cual emanan; son sus dueños hasta el dia en que sus funciones habrán llegado al término legal. La soberanía de la nacion ha pasado á ellos y en adelante les pertenece: tienen derecho á hacer uso de ella, aunque sea contra la voluntad manifiesta de

sus comitentes. Como en la doctrina plebiscitaria bonapartista el pueblo está autorizado á usar de su soberania en determinada época, y eso para abdicar en manos de un jefe, así, en esta doctrina parlamentaria, hace uso igualmente un solo dia: aquel en que escoge representantes encargados en adelante de arreglar en su nombre y segun su gusto, todos sus intereses. En los dos casos es un papel en blanco que se le presenta para que firme: la única diferencia es que, en un caso, abandona su fortuna, delega su autoridad en manos de un solo hombre, mientras que, en el segundo, la abandona en manos de algunos cientos de hombres. Uno de estos gobiernos se llamará el Imperio, el otro se llamará, segun los tiempos, la monarquia constitucional ó la República parlamentaria; pero ninguno será el gobierno del país por el país. Sucederá que, tanto por el jefe único que se ha dado, cuanto por el jefe de quinientas cabezas, el país será gobernado á menudo de un modo contrario al que desee. Ni en uno ni en otro, se encontrará la democracia.

Es que, en efecto, el gobierno parlamentario así comprendido, lo mismo que el Cesarismo, lo mismo que el derecho divino ó las constituciones aristocráticas, parten de una doctrina absolutamente contraria á la democracia. La doctrina democrática es que el sufragio universal es mayor y no obedece sino á él solo. Ante los ojos de los parlamentarios de que hablamos, por el contrario, lo mismo que ante los ojos de los Césares, de los reyes del derecho divino, de los partidarios de la organizacion aristocrática de las clases sociales, el pueblo no es sino un menor incapaz de dedicarse por sí mismo á sus negocios. Por eso vemos un cierto número de los mas encarnizados

adversarios de la democracia ser sin embargo resueltos parlamentarios. Admiten que es una gran imprudencia en un país el abandonarse en manos de un hombre, de cualquier sangre que sea; acuerdan que muchos pareceres valen mas que uno solo y que despues de todo, una Asamblea que delibera en público ofrece mas garantías que un rey, el cual decide en las doradas habitaciones de un palacio; pero no abandonan la doctrina de que esté en el interés de un pueblo el ser dirigido. Segun ellos, la nacion por sí sola no sabria administrar su política interior y exterior. La inteligencia de los negocios públicos no la poseeria sino un pequeño número de capacidades privilegiadas. Aceptan que los gobiernos deben contar con la opinion pública. Admiten un sufragio universal, que no han deseado, pero que se resignan á sufrir como una inevitable necesidad; reconocen á este sufragio universal el discernimiento necesario para elegir aquellos á los cuales entiende dar su confianza; pero que, una vez hecha esta eleccion, no admite que pueda ir mas lejos. Le autorizan á escoger el abogado que prefiera para litigar en su proceso, pero, una vez designado, entienden que debe dejársele carta blanca para todo. Y qué de admiraciones, gritos y furores, cuando en vez de tomar por su mandatario universal un hombre perteneciente á ciertas clases sociales, que reclaman para ellas solas el monopolio de las capacidades políticas, vá á escogerlo en otra parte!

Ya se vé que es siempre la doctrina del pueblo en tutela, del pueblo niño, que tiene necesidad de ser conducido de la mano, protegido contra sus enemigos, protegido contra sí mismo. La mayor concesion que pueden acordarle es dejar que designe el tutor que prefiere.

Tal es lo que podríamos llamar el sofisma parlamentario. No habria necesidad de remontarse mucho para presentar esta doctrina arraigada aún en los mas firmes partidarios de la causa republicana, y todavía se puede recordar las cóleras que promovió en los últimos años del Imperio, el solo nombre de «mandato imperativo».

Mientras tanto que esta doctrina subsista, la soberanía no será mas que una palabra falta de valor. Esta es la doctrina que preside todas las actuales instituciones políticas. Que se trate del Estado, del departamento, el sufragio universal no se halla autorizado á egercer su soberanía sino indirectamente. Para los negocios del departamento del Estado, le permiten escoger sus tutores, pero es preciso que los haya; no tiene en parte alguna la iniciativa, la decision ni la responsabilidad.

La verdadera doctrina democrática es todo lo contrario. La Asamblea de los ciudadanos reunidos en Atenas, era quien pronunciaba directamente y á la mayoría sobre las cuestiones de paz ó de guerra, quien votaba las leyes, quien juzgaba los debates de la politica interior. La Asamblea de los ciudadanos en Roma, era la que, á despecho de la organizacion aristocrática del Senado, resolvía directa y soberanamente todas las cuestiones agitadas en el Forum. Algo semejante existía hasta en las asambleas de los antiguos Francos. Entonces la democracia era una realidad y no una apariencia.

¿Cómo hacer para que este principio de la soberanía popular se vuelva, no una apariencia, como sucede hoy, sino verdaderamente una realidad? No vemos por nuestra parte mas que un solo medio: la organizacion democrática de los municipios.

«La soberania, ha dicho Rousseau, no puede ser ni enagenada ni trasmitida» y por eso el autor del *Contrato social* consideraba la República como hecha solamente para los pequeños Estados, en donde los ciudadanos pueden ser reunidos y consultados directamente. Equivocábase en esto; pero habria tenido razon si se hubiera limitado á decir que la soberanía no debe ser delegada jamás, en tanto que puede ser egercida directamente. El simple particular que tiene negocios lejos de donde habita, se vé precisado á confiar la direccion de estos á un mandatario; pero sería absurdo que cuando se halla presente y puede administrar por sí mismo sus intereses, confiara este cuidado á otro cualquiera.

Cuando se trata del departamento, del distrito mismo, es cierto que los indivíduos no podrian trasportarse y reunirse en un lugar determinado. Los gastos serían grandes, las molestias numerosas. Es de necesidad absoluta que la gestion de los negocios comunes se conceda á unos cuantos. Dicen á los ciudadanos: «Escoged un delegado que os reemplace y haga por vosotros lo que vosotros no podeis hacer por vos mismo.» Con razon mas fundada es preciso proceder así cuando se trata de los negocios del Estado. ¿Qué sala, qué recinto, sería suficiente á contener tantos millones de ciudadanos? Pero si es natural, si es necesario que la soberanía se ejerza por asambleas departamentales, por asambleas políticas, ¿qué razon puede darse en un país democrático, para la existencia de las asambleas comunales? Los ciudadanos están presentes: no se tienen que incomodar: conocen sus necesidades, se trata de cosas que les interesan: ¿por qué no hacer uso de su soberanía, si realmente la poseen? Si sus derechos no son

una vana fórmula, por qué no les está permitido decidir ellos mismos lo que debe hacerse? Nó, no pueden tal cosa! Es preciso que esos dos, tres ó cuatrocientos ciudadanos, designen de entre ellos una docena, y estos diez ó quince delegados serán los únicos dueños que examinarán si la escuela debe ser láica ó congreganista, que harán pasar el camino vecinal por uno ú otro sitio. Y por qué ha de ser esto? Siempre en virtud del principio de tutela; porque se ha convenido, segun la antigua máxima, que el pueblo es un niño que tiene necesidad de ser dirigido, que necesita, tanto en las menores cuanto en las mayores cosas, conductores que le dirijan. Dejadle dirigirse por sí mismo, ó no hablad mas de su soberanía, que no proclamais sino para eludirla siempre! Dejad á los ciudadanos de cada municipio ser ellos mismos el todo en el consejo municipal; dejadles que se reunan y resuelvan las cuestiones de escuela, de vitalidad, de impuestos, por medio de votos segun la voluntad del mayor número.

Tal es la reforma capital que á nuestros ojos puede hacer que penetren en las costumbres los hábitos de la democracia. Creemos que el comun de vecinos es muy pequeño hoy y que es una fraccion mas bien que una unidad. El verdadero comun de vecinos, muchos lo han dicho antes que nosotros, ese grupo limitado de poblacion gravitando al rededor de un centro comun, ligado por una série de intereses semejantes y de relaciones cuotidianas, el dia en que se constituya sériamente se asemejará mucho al canton actual; pero pequeño ó grande, perfecto ó imperfecto, lo que importa ante todo, es que los ciudadanos sean admitidos á hacer por sí los negocios, y á designar los magistrados.

Dicen: «Pero es que hay muchos ignorantes y muchas intrigas locales en el comun de vecinos». Y creeis que no haya en los consejos municipales ignorantes é intrigas? Creeis que escuderos mal inspirados conducirán mas fácilmente dos ó tres cientos de electores que una docena de consejeros? ¿Si hay votos contrarios á las leyes, al interés general del país, la administracion encargada de defender las leyes y los intereses generales, se verá menos embarazada para anular estos votos, que hoy para hacer lo mismo con las deliberaciones de los consejos municipales?

Dicen: «Los electores no tienen la experiencia de los negocios y su inesperiencia podria acarrear funestos resultados.» Bien sabemos que no tienen esperiencia. ¿Y donde la iban á adquirir cuando no han administrado la menor parte de sus intereses? Al principio cometerán mas de una locura, pero luego las repararán. ¿Creeis que los consejos municipales no hacen locuras que cuestan caras á los mismos que los han nombrado? Ellos al menos si se equivocan no podrán acusarse sino á sí mismos. Ya vereis como se instruyen bien pronto, y despues de pocos años se hallan en estado de dirigir los negocios comunes, lo mismo que los suyos particulares.

Llamados á dirigir sus intereses, obligados á examinar las cuestiones de instruccion pública, de administracion municipal, los aldeanos y los obreros se formarán ideas mas justas de economía política y aprenderán á desconfiar de las frases vanas y de los programas sonoros. Al reunirse para examinar los negocios comunes, los hombres instruidos y sensatos, gracias á la discusion, serán los que tendrán la direccion de la opinion pública. El hombre del pueblo que, encerrado en su

casa, ocupado desde la mañana hasta la noche de su trabajo diario, no conocía sino las ideas bastardas y egoistas, ensanchará poco á poco el círculo de sus ideas y sabrá los deberes que hay para con la pátria.

II

Y bien! por preciosos que sean estos resultados, esta reforma produciría un beneficio mas precioso aún. Tal sería el de hacer penetrar en todos los ánimos la verdadera doctrina de la democracia. Cuando se quiere desarrollar la vida política en un país, no es por el Estado, esa lejana y vaga realidad, por donde hay que debutar, sino por la organizacion del municipio. Desde el dia en que los ciudadanos arreglen los negocios sin intermediario, se entenderá para en adelante donde reside la soberanía. Se sabrá que la opinion pública sola debe á la vez reinar y gobernar. Se sabrá que si la nacion soberana se hace representar en las asambleas departamentales y en el Parlamento por delegados, es debido únicamente á la imposibilidad material de trasportarse, y no por que, falto de inteligencia y de capacidades, tenga necesidad de ponerse en manos de consejeros mas ilustrados que ella. El primer cuidado será escoger los delegados mas honrados y capaces, siendo el primer mérito de estos no atribuirse otra mision que la de representar lo mas fielmente posible la voluntad de los que le han elegido. Serán mas modestos y mas dóciles, sin dejar de ser útiles. Todos los ciudadanos comprendiendo la importancia de su papel y de su voto, seguirán con interés y solicitud los debates públicos. La política de los partidos en vez de aniquilarse en

sutilezas é intrigas, sentirá la necesidad de volverse clara é inteligible y fijarse ante todo en las cuestiones sérias, en las cuales todos están interesados.

El dia en que esta verdad haya penetrado bien en los ánimos, no se sostendrá como en tiempos de la Asamblea nacional, que una Cámara es soberana, que no se debe preocupar de los sentimientos del país, y que ella sola, durante todo el tiempo de su duracion, tiene el derecho de querer y ordenar, siendo dueña si quiere y puede, aunque no fuera mas que á una voz de mayoría, de restablecer la monarquía en despecho de los deseos manifiestos de la opinion pública.

No se oiria afirmar, como hace algunos meses lo hizo el duque de Broglie, que existen tres poderes en el Estado, la Cámara, el Senado y el Poder ejecutivo, y que desde el momento en que dos de estos poderes están de acuerdo, el tercero hallándose en minoría, tiene necesidad de someterse. El dia en que se reconozca por todos que la soberanía reside en la nacion sola y que los poderes públicos no son sino delegaciones de esta soberanía, órganos del sufragio universal, jamás los conflictos entre los poderes ofrecerán sério peligro: para saber en favor de cual habia de quedar la ventaja, bastaría siempre consultar al país.

El peligro de los gobiernos representativos, ya se ha dicho varias veces y con razon, es el despotismo de las Asambleas. Espresion sincera de la opinion pública, de sus deseos, de sus pasiones, sucede á menudo que, pasado algun tiempo de su eleccion, cesan de hallarse en armonia con el país. Nuevas corrientes se producen en la opinion y lo mismo en el Parlamento, á veces bien

diferentes de las primeras. Se forman grupos, se agitan intereses personales, surgen grupos y con ellos antipatías, las coaliciones hacen y deshacen las mayorías; y así sucede que el país, en vez de encontrar en sus delegados sus representantes, lo que halla son sus adversarios, tanto mas temibles cuanto que, armados de la legalidad aparente y resueltos á aprovechar la ocasion, no perdonan nada para obligar al país á sufrir sus voluntades y, siguiendo una frase célebre, declaran bien alto «que le harán marchar». «El camino mas corto, ha dicho con razon Emilio Augier, de un gobierno á una revolucion, es una mayoría parlamentaria en contradiccion con la mayoría del país». Este peligro no cesará mientras el país no comprenda que los representantes son sus mandatarios y no sus soberanos. Valerse de una eleccion para ir contra la voluntad nacional, es la misma improbidad que la de un hombre de negocios que abusa de una comision para hacer lo opuesto al mandato que ha recibido.

No, la soberanía no abdica, no puede abdicar. La autoridad legítima no tiene mas actos legítimos que los que reclama la opinion pública: el dia en que esta le abandona, sus decisiones caducan: la base que las sostenía ha desaparecido. El derecho público, en la concepcion moderna, encuentra su principio y su fuerza, no yá en el placer de un hombre elevado sobre la humanidad ni en tal ó cual doctrina metafísica de justicia ideal, sino únicamente en el consentimiento de la mayoria. Sujeta á todas las incertidumbres, á todas las variaciones, á todos los errores de la humana naturaleza, esta mayoría cambia, no la verdad, sino la ley. La ley, es decir, la regla comun, á la cual han convenido ajustar su accion, has-

ta el dia en que sea cambiada.

Si fuera cierto que la soberanía puede enagenarse, no se comprendería otro régimen posible en un gran país, que el Cesarismo de uno solo ó la dominacion de una Asamblea única, como en tiempos de la Convencion. Es en efecto de la naturaleza de la soberanía el no poderse fraccionar y estar en donde haya sido colocada. El poder legislativo, el administrativo y militar, el judicial, no son sino aspectos diversos de la soberanía y no sabrian pertenecer los unos y los otros, sino á aquel que manda. Si, pues, la separacion de los poderes y su independencia recíproca es un principio incontestablemente reconocido á medida que las sociedades se perfeccionan, ¿qué mas prueba desean para saber que de todos los poderes públicos ninguno es soberano y que unos y otros no deben su autoridad sino á la delegacion parcial que han recibido?

Han creido que en el poder legislativo, la delegacion no debia ser única. Sí, en los paises aristocráticos, el establecimiento de estas dos Cámaras ha sido la consecuencia natural de cierto estado social que reconoce categorías entre los ciudadanos; los paises como Francia, en donde estas distinciones han desaparecido, no han estado menos prontos que los otros á reconocer la ventaja de esta institucion. La Constitucion del año III establecía, al lado de la Cámara de los diputados, el Consejo de los ancianos: la América tiene un Senado al mismo tiempo que un Congreso de representantes: la Constitucion de 1875 ha establecido en Francia el mismo órden de cosas. ¿Han hecho bien en dar á la alta Cámara otro orígen que el sufragio universal directo? Es cuestion que no queremos examinar aquí. Estas dos Asambleas

poseen un derecho igual de iniciativa, de discusion. ¿Dónde reside el poder legislativo en el derecho público actual? ¿En la Cámara de diputados? En manera alguna. ¿En el Senado? Tampoco. Unicamente en el acuerdo de las dos mitades del Parlamento, y lo que la una ha decidido no tiene valor alguno, si la otra no consiente en ello.

Las ventajas de este sistema son numerosas. El mas grave peligro contra el cual se deben precaver las sociedades, es contra los cambios á veces irresistibles en su pasion. La regla de las tres lecturas sucesivas necesarias al voto de una ley, es ya una sábia medida. Una garantía mas séria se encuentra en la discusion obligatoria de la ley por dos Asambleas diferentes. Se puede esperar, en efecto, que en la mayor parte de los casos, la segunda no seguirá las pasiones de la primera. Tendrá tiempo, antes de emitir su parecer, de interrogar la opinion y juzgar el efecto producido por el primer voto. Es lógico que no quiera comprometer su popularidad asociándose á medidas que el país haya desaprobado. Es un miserable sofisma pretender, como lo hacen algunos, que dos Asambleas son inútiles sino deben estar animadas de un espíritu opuesto, y elevar la teoría de los conflictos parlamentarios á la altura de una doctrina de gobierno; pero lo que no es dudoso es que dos exámenes valen mas que uno y que ningun país se ha arrepentido nunca de tener tribunales de apelacion, sin que por esto la máxima de los tribunales de apelacion deba ser el anular sistemáticamente las decisiones de la primera instancia. En la organizacion francesa, cada Asamblea es á su vez el tribunal de apelacion de la otra, y han unido á estas formalidades prudentes una última precaucion, el derecho del poder ejecutivo

de pedir una nueva deliberacion al parlamento antes de proceder á la promulgacion de una ley.

La mayor ventaja que creemos nosotros proporciona esta division del poder legislativo, es la de enseñar á las Asambleas políticas la modestia, y que no podrian sustituir á la soberanía nacional sin cometer un crímen. El límite impuesto á su autoridad les hace ver que esta no es absoluta. Mientras mas sensible le hacen este límite por el equilíbrio de las instituciones, mas bien comprenden que su estricto deber es hallarse sin cesar de acuerdo con la opinion pública. Un gran progreso se ha verificado ya en este sentido: vemos á un número considerable de diputados, que reunen á sus electores cuando se suspenden las sesiones, para darles cuenta de sus trabajos parlamentarios. Tengamos por seguro que, generalizándose esta práctica hasta que se vuelva universal, los senadores á su vez no la desdeñarán y el mandatario cuyas opiniones hayan cambiado ó que haya cesado de poseer la confianza de sus electores, se verá en la necesidad moral de presentarles su dimision. Sucederá tambien que estos, mas cuidadosos de sus intereses políticos, no dejarán, por medio de las reuniones populares, por el ejercicio del derecho de peticion, por esas «agitaciones» pacíficas tan conocidas en los paises libres, de manifestar su parecer sobre cada cuestion importante y estas mánifestaciones al representar el sentimiento general, serán consideradas como órdenes por las Asambleas. Entonces es cuando podrá decirse fundadamente que la nacion se gobierna por sí misma.

Vayamos hasta la paradoja. El peligro, despues de todo, no es grande. No sabemos si serán ilusiones, pero creemos practicable en lo futuro una

organizacion legislativa que, mas bien que todas las otras, aseguraría la ejecucion de la voluntad nacional.

Puede decirse que el papel de las Asambleas políticas es doble. Tan pronto, en efecto, hacen las leyes generales, tan pronto se ocupan de lo que podria llamarse la vida politica. ¿No sería posible llegar á distinguir estas dos funciones, y no produciría ventajas separarlas de las mismas manos?

Los cuidados de la política son los que mas preocupan al Parlamento. Autorizar los actos del Poder egecutivo, votar el presupuesto, resolver los incidentes graves ó insignificantes que surjan, á este trabajo se dedican la mayor parte de sus sesiones. Es cosa bien clara que muchos de estos incidentes no podrian ser previstos; y por otra parte el sufragio universal no sabria entrar en todos los detalles de la administracion y del impuesto. Es, pues, necesario que dén en parte á los representantes carta blanca para que hagan lo que juzguen oportuno.

Pero cuando se trata de leyes importantes que deben ejercer una influencia sobre los destinos ulteriores de la nacion, ¿es necesario que sean hechas por los mismos representantes? ¿No hay un medio mas seguro para que las leyes sean hechas exactamente segun los deseos del país?

Un diputado puede hallarse de acuerdo con sus comitentes sobre la cuestion de la República ó la monarquía, y no sobre la organizacion de los caminos de hierro, sobre los tratados de comercio, sobre el servicio militar, sobre la instruccion. Y bien! nosotros preguntamos: ¿por qué, cuando se trata de establecer algunas de estas grandes leyes, no han de ser invitados los ciudadanos á elegir una comision legislativa especial encargada

esclusivamente de este cuidado? De este modo se haría la ley tal como la deseara la mayoría. Podrían, para mas seguridad, someterla enseguida á la aprobacion del mismo sufragio universal.

¿Qué sucede hoy? Ya se ha dicho varias veces; las elecciones se hacen siempre sobre una sola cuestion, la cuestion grave del momento. La opinion escoje los que la resuelvan como ella. Pero, algunos meses mas tarde, la cuestion está resuelta y le reemplaza otra. El elegido, no piensa siempre como el elector sobre esta nueva cuestion, y sin embargo, su mandato subsiste. Continúa ejerciéndole para hacer en nombre del elector todo lo contrario á lo que éste desearía. Se agita de establecer ó revisar un tratado de comercio. Yo soy libre-cambista ó proteccionista, y voto por el candidato que sostendrá la proteccion ó el libre-cambio. Pero este mismo candidato, que piensa como yo en economía política, tendrá otra opinion diferente á la mia en materia de instruccion pública; y no tengo mas eleccion, si voto á él, que una buena ley económica y una mala ley sobre instruccion; ó votando por su concurrente, una buena ley sobre instruccion y una mala ley económica.

Que el sufragio, por el contrario, tenga que hacer una nueva eleccion cada vez que se trate de una ley importante, y no verán producirse ninguno de estos inconvenientes. Es natural que elija hombres mas competentes, no teniendo que designar sino los mandatarios para una sola cuestion. No elegirán á un abogado para hacer una ley sobre la organizacion militar, á un marino para hacer una ley sobre la instruccion pública ó á un general para reformar el Código civil. Lo que en todo caso puede afirmarse, es que cada can-

didato esplicará su programa, indicando hácia qué principios quiere dirijir la ley; será preferido ó abandonado segun que su programa agrade ó nó á la mayoría; de este modo, buenas ó malas, el país tendrá las leyes que desee.

El sistema que proponemos no ocasionaría en la práctica tantas complicaciones como á primera vista puede creerse. Se harian media docena de leyes generales sobre otros tantos grandes servicios públicos, las cuales no podrian modificar el Senado ni la Cámara, á no ser en circunstancias especiales. Ganaríase con este arreglo una estabilidad que falta en el actual derecho público; no se vería trastornar á cada momento la organizacion de los grandes servicios segun el capricho ó la pasion de las Asambleas, las cuales destruyen la obra que pocos meses antes se esforzaban en construir. Cesaría de verse á la armada, á la organizacion municipal, á la enseñanza pública, á los impuestos, sometidos incesantemente á todas las fluctuaciones, no de la opinion, sino de los deseos de quinientos ó seiscientos indivíduos mas ó menos inteligentes, y que á veces se sirven de las pasiones que levanta tal ó cual cuestion para derribar los ministerios y hacer triunfar las coaliciones.

Desearíamos que las personas sérias refiexionaran sobre estas ideas sin espantarles su falta de costumbre. Aun cuando esta nueva division del poder legislativo no produzca otro efecto que el de enseñar á ser modestos á los elegidos del pais, creemos que la leccion no sería del todo inútil.

III

Pocas cosas tenemos que decir respecto al po-

der ejecutivo. Es tambien una forma de la soberanía; pertenece en una democracia, al soberano, á la nacion. Ofrece el carácter de no poder ser ejercido sino directamente; no puede hallarse sino en manos de una delegacion. Pero, á causa de esto mismo, es necesario que esté sujeta á una estricta é incesante vigilancia. Que lo ejerza uno solo ó varios, que estén designados por el sufragio universal ó por los mandatarios de la nacion, son cosas que importan poco.

Los diversos sistemas han sido practicados en diversas Repúblicas, y han dado resultados satisfactorios cada vez que los principios republicanos han sido sanamente comprendidos y lealmente practicados. Por lo que concierne á Francia, puede decirse que el sistema de un presidente único es lo que está mas en armonía con sus tradiciones; puede decirse tambien que el sistema de eleccion del Presidente, no por el sufragio universal, sino por el congreso de los mandatarios de la nacion, es el que parece ofrecer mas ventajas. La única vez que la nacion ha ensayado un presidente elegido de un modo directo por el sufragio universal, no le ha ido muy bien. Este presidente ha creido estar él solo, á la misma altura que la representacion nacional; se ha colocado frente á ésta como un adversario, y bien se sabe como ha concluido el duelo.

La principal obligacion del poder legislativo es autorizar los actos del ejecutivo; y sin hablar de la responsabilidad personal y colectiva de los ministros, no está mal, para que la autorizacion parlamentaria sea escuchada como debe serlo, que el jefe del poder ejecutivo, sin ser un simple jefe de gabinete, revocable á toda hora por un voto parlamentario, sea, sin embargo, algo inferior al Par

lamento. De este modo le será mas difícil olvidar que ha sido designado por él.

Es un grave error creer que el poder ejecutivo reside tan solo en el gobierno. Cierto es que las órdenes de accion no pueden emanar sino del jefe del Estado y de los ministros escogidos por él. Pero lo que no es cierto es que el jefe ó sus ministros, sean dueños de dar las órdenes que les convengan. El Parlamento posee únicamente el poder legislativo. Por el contrario, la esencia del poder ejecutivo le pertenece, mas bien que al mismo poder ejecutivo; este no es en cierto modo sino el primero de los servidores, el mayordomo que trasmite á los subordinados las órdenes del dueño. Las Asambleas políticas interpelan al gobierno, le exijen cuenta de su conducta, le prescriben lo que debe hacer tanto en el interior cuanto en el esterior. Él es justiciero de ellos, y ellos no lo son suyos; lo que pueden hacer es no conceder por mas tiempo su confianza á los ministros y obligarles á retirarse, ó precisar al jefe del Estado, rechazando los presupuestos, á abandonar una política personal, si se obstinara en ella. El gobierno es quien ejecuta, el Parlamento quien ordena. A decir verdad, en esta division de los papeles, necesaria á la armonía general, el poder ejecutivo no es un poder, sino un guarda, cuyos servicios valen segun su celo y docilidad, y si él manda á su vez á la nacion, es por que ésta le ha mandado con anterioridad.

IV

La tercera manifestacion de la soberanía es el poder judicial. Es evidente que el soberano tan solo es quien puede arrogarse el derecho de qui-

tar á los ciudadanos su libertad, y á veces su vida, y que puede imponerse á unos y otros para que se inclinen ante sus decisiones. Era natural que en tiempo del derecho divino la justicia se ejerciera en nombre del rey: en un país de derecho popular no puede serlo sino en nombre de la nacion.

El Presidente de una República no puede hacer como los antiguos soberanos: juzgar las conciencias y apreciar el valor moral de las acciones. No ha recibido del cielo ningun mandato. El orígen de su autoridad es terrestre, y no puede castigar sino ateniéndose á lo que la mayoría ha dispuesto. El acto mas criminal no podria ser castigado si no daña á alguien ó tan solo á aquel que le comete. Pero el mas inocente, puede ser objeto de una interdiccion y una penalidad, si es un acto que compromete la paz general ó infringe una ley del país. Lo que es necesario añadir, sin lo cual esta concepcion de la ley tan sábia y tan justa, podria volverse á su vez un instrumento de espantosa opresion, es que la misma voluntad general tiene sus límites, y que el derecho de la sociedad acaba en donde comienzan los derechos sagrados é imprescriptibles del indivíduo.

Atenas, esa ciudad que ha servido y servirá de modelo á todas las democracías, cuyos habitantes habian recibido del cielo una inteligencia tan pura como el aire que respiraban, habia encontrado, desde el orígen de la civilizacion europea, la natural organizacion de la justicia popular. La soberanía nacional era quien egercía directamente el poder legislativo y la direccion de los negocios; ella era quien nombraba los instrumentos del poder político; ella, quien tambien ejercía directamente la magistratura judicial. Y como hubiera sido impo-

sible molestar, para cada proceso particular, á toda la Asamblea de los ciudadanos, los grandes jurados de los Heliastas eran quienes pronunciaban en nombre de la ciudad. En Francia se ha establecido ya esta institucion del jurado para todas las causas graves que ponen en juego la libertad ó la vida de los ciudadanos; lo mismo ha sucedido con respecto á ciertas cuestiones que afectan á la propiedad, como en materia de espropiacion. Puede decirse que los tribunales de comercio, elegidos cada año por los notables comerciantes, y cuya imparcialidad todos alaban, no son sino jurados que duran determinado tiempo, en vez de renovarse cada quincena. Una sola cosa sorprende en la organizacion del jurado criminal: que los jueces están encargados solamente de establecer el hecho y no de determinar al mismo tiempo la pena incurrida. No se presenciarían si fuera de otro modo, ciertos contrastes singulares entre el veredicto del jurado y la decision del tribunal que le sigue.

La institucion del jurado, fundada sobre la soberanía popular, tiende evidentemente á generalizarse. No se ha demostrado bien que la institucion del jurado esté destinada á establecerse en breve tiempo hasta en la justicia civil; tampoco se ha probado que daría resultados tan satisfactorios al menos como los del sistema actual. Si el juicio de la muchedumbre tiene sus inconvenievtes, el de un cuerpo constituido tiene tambien los suyos. Puede decirse que la mayor dificultad hoy para el jurado civil, es la multiplicidad de leyes y la ambigüedad de un gran número de textos de estas mismas leyes. Los que las hicieron creyeron hacerlas claras, pero se equivocaron; los mismos comentadores en su pasion personal ó en su aficion á las aplicaciones ingeniosas y á las inter-

pretaciones nuevas, han puesto mas confusos los artículos cuyo sentido parecia mas claro, y sucede que en muchas ocasiones no se sabe lo que se permite ó prohibe. Establézcase una comision que revise las leyes y haga que no estén unas en contradiccion con las otras y que entre tanta y tanta interpretacion diga cual se debe tener por valedera. De este modo habrá menos procesos y podrá confiarse mas fácilmente la aplicacion de una ley comprensible á todos.

¿Hay necesidad de añadir que, en esta organizacion, los jurados deberán estar sometidos á las mismas condiciones de apelar y de casacion que los tribunales ordinarios? Nadie encontrará mal que una decision dada por doce hombres pueda ser sometida una segunda vez á la apreciacion de otros doce que vivan lejos de los primeros: nadie podrá encontrar mal tampoco que un Tribunal supremo, semejante al actual, sea el último que decida, y restablezca, si estaban desconocidos, los derechos y la exacta interpretacion de la ley que el pais entero se ha dado, y á la cual nadie tiene el derecho de poner obstáculos.

Las listas del jurado, tambien deberán ser objeto de una reforma. No conviene, sin duda, proceder aquí con la misma imprudencia que para el sufragio universal. Bien sabido es lo caro que ha costado el acordar á todos los ciudadanos el uso de los derechos políticos antes de haberles dado la instruccion que les permitiera ejercerlo con inteligencia, para confiar á todos indistintamente el uso de la soberanía judicial. Dia vendrá quizás en que la lista del sufragio universal puede ser igualmente la del jurado; pero eso está lejos aún y el ejercicio de la justicia es cosa bastante grave para que cualquier cosa de ella se

haga á la ligera. Hoy ciertamente no comprende ni la tercera parte de los que debian formar parte de ella. El excluir, como hace aún, á los que ofrecen las garantías necesarias de moralidad é inteligencia, es una injusticia escandalosa y una monstruosidad social.

¿Es que la mayoría de los negociantes, de los empleados, de los médicos, de los abogados, no son tan capaces de ser buenos jueces como los notables comerciantes ó los grandes propietarios? ¿No hay entre los obreros de las ciudades un número considerable de hombres inteligentes, concienzudos, honrados, que en un jurado llenarian cumplidamente su plaza? ¿Por qué las asociaciones obreras no han de tener el derecho de escoger entre sí un cierto número de jueces? ¿Si al pueblo pertenecen la mayoría de los indivíduos que comparecen ante el jurado, por qué el pueblo no ha de formar parte de los que juzgan? ¿Piensan que cuidaría menos de los grandes intereses sociales? Que hagan la prueba y bien pronto saldran de su error. El jurado tal como funciona hoy es todavía una institucion aristocrática: es el producto de una teoría política anti-democrática y altiva, que confia el derecho de juzgar, á los hombres que llevan levita, y escluye á los que usan la blusa como si bajo una blusa no pudiera hallarse un hombre virtuoso é instruido.

Todos los filósofos han proclamado la indepencia del poder judicial, y sin embargo la administracion de la justicia no es sino una simple dependencia del poder ejecutivo. En vano han dado como correctivo á esta dependencia la inamovilidad de la magistratura: bien se sabe que esto no ha estorbado á los gobiernos. El poder ejecutivo es quien escoge á su gusto los jueces que le son

adictos y como el gobierno pertenece y pertenecerá siempre á un partido político, se sigue de esto, que el magistrado que quiere hacer carrera está reducido á agradar á aquel de quien depende: se creen en el derecho de exijirle toda clase de servicios políticos, los cuales no tiene el valor de rehusar. ¿No es una desgracia para la sociedad ver la cenciencia pública pervertida precisamente por los mismos que tienen la alta mision de protegerla?

No harán mas que disimular el mal mientras no se resuelvan á separar definitivamente el poder judicial del ejecutivo· Su confusion se remonta á la doctrina del derecho divino que hacía de un hombre, representante del mismo Dios, el centro de toda autoridad sobre la tierra. Era natural que este hombre fuera el justiciero, como era el legislador, el jefe de los ejércitos. La doctrina ha cambiado, pero nó los hechos, y el poder judicial permanece siendo uno de los departamentos administrativos, lo mismo que la Hacienda, la Marina, la Guerra ó la Instruccion pública.

Hé ahí la organizacion que sería importante modificar. No se trata de pedir la supresion del ministerio de Justicia. En la administracion de esta, ejerce un verdadero servicio público formando parte integrante del poder ejecutivo. No es dudoso que este debe ser el jefe y el dueño, bajo la censura de las Asambleas políticas. Es preciso que sea obedecida por las salas de jueces y que pueda trasmitirle órdenes fielmente ejecutadas. El ministerio público, representante de los intereses sociales y verificando en su nombre la ejecucion de las leyes y la reparacion de las injurias, es una de las mas bellas instituciones de la moderna civilizacion.

Pero el ministerio público no es el poder judicial. El ministerio público no es el juez. No puede nunca decidir. Todo lo contrario, es una parte; una parte que, en los procesos criminales representa la acusacion; una parte que en los procesos civiles representa á la sociedad interesada siempre, aun en los debates entre particulares. Puede perder su causa ó ganarla, equivocarse ó ser apasionada. No han soñado nunca en reclamar su independencia, ni en conferirle inamovilidad.

El poder judicial se halla concentrado esclusivamente en cierta clase de la magistratura que tomando asiento en el tribunal, escuchan al ministerio público y á las partes. El sustituto, el procurador general, son iguales á los abogados adversos; los únicos magistrados son los jueces que deciden segun su gerarquía.

Estos son los representantes del poder judicial que desearíamos ver sustraidos á los favores del ejecutivo. No tienen nada de comun con este y por lo tanto nada deben recibir de él. El poder ejecutivo está encargado de la accion y nada mas: debe asegurar la ejecucion de las decisiones.

Pero, cómo hacer para que el poder judicial salga de la soberanía nacional? Si el principio del jurado se generalizase, la cuestion se simplificaría. No se ha demostrado que los jueces de paz elegidos por los habitantes de un canton serian peores jueces de primera instancia que los nombrados por el gobierno. No se ha demostrado que los electores de un distrito sean menos capaces de designar los jueces para un tribunal de primera instancia, prévias ciertas condiciones de capacidad y aptitud, que el ministro de Justicia. No comprendemos la razon que haya para que los

ciudadanos que nombran á los miembros del Parlamento cuyo papel no es menos importante, no han de elegir tambien á los qne componen el tribunal de justicia. En todo caso, si se cree mas prudente mantener á la cabeza de la magistratura á un hombre que tenga la responsabilidad, la lógica hará comprender algun dia que este gefe no debe ser un ministro, miembro de un gabinete político. Nosotros pediríamos que este jefe fuera elegido por el Congreso y responsable ante él. Sería el jefe del poder judicial como el presidente lo es del poder ejecutivo. Los escesos de poder que puede intentar este último, encontrarian en la separacion un útil preservativo; no se asistiría á ese escándalo de sustitutos y procuradores recompensados con un destino inamovible, de los servicios poco loables que prestaran.

V

Creemos haber demostrado qué reformas, sábiamente aplicadas y lentamente desenvueltas, deben poner un dia las instituciones en armonía con las doctrinas democráticas. Despues de la organizacion del municipio, hemos intentado definir el papel y las atribuciones de los tres grandes poderes del Estado. Resta decir algunas palabras sobre los principales servicios públicos y marcar á grandes rasgos los progresos que la democracia espera de cada uno de ellos.

Se ha inscrito en el Código francés el gran principio del servicio militar obligatorio. Háse establecido que todo hijo de la pátria le debe en los dias de peligro su concurso para defenderla; que ningun rescate puede dispensarle de cumplir esta sagrada deuda; han vuelto á la sana y generosa

doctrina de las ciudades antiguas en que todo ciudadano se hallaba obligado á ser militar. No es esta una decision que sirve tan solo para aumentar el número de los batallones, sino que la aplicacion es un principio de justicia social, es decir, de la idea democrática, aplicacion tan provechosa á los indivíduos como al país. Es bueno, especialmente en una República, que todo ciudadano aprenda en la escuela militar, el respeto á la disciplina, la obediencia á los jefes, el sacrificio del indivíduo al interés general, el desprecio á la muerte; es bueno que la fuerza armada, destinada á proteger la ley durante la paz contra los revoltosos, la pátria contra el extrangero durante la guerra, no pueda distinguirse de la nacion misma. Es bueno que los hijos del país, sean cualquiera las distinciones que hayan podído establecer entre ellos el nacimiento ó la fortuna, estén, al llegar á la edad de hombres, sometidos á iguales reglas, sujetos á los mismos deberes, y animados todos del amor á su pátria y del sentimiento de la solidaridad.

Es necesario que el servicio obligatorio una vez proclamado por la ley, sea en la práctica una realidad. En Francia sucede hoy, que los contingentes se hallan divididos aún en dos mitades, de las cuales una sirve cinco años y la otra uno escaso. En tanto que algunos reciben completa la educacion física y moral del soldado los otros conocen quizás los elementos; y mientras que el país llamado á defenderse podria confiar en los primeros, el concurso de los segundos sería insuficiente. Si un año puede bastar para formar á los que poseen condiciones especiales de inteligencia y docilidad, es preciso mas de uno para que los aldeanos lleguen á ser soldados instruidos. Necesa-

rio es encontrar un medio, aun á costa de nuevos sacrificios en el presupuesto, para hacer cesar la distincion entre las dos mitades de cada contingente militar, y dar á ambos una igual instruccion. Una buena ley que permita abreviar el servicio sin desorganizar los cuadros, facilitará la solucion del problema, y quizás no esté lejano el momento en que, gracias á los progresos de la instruccion popular, la duracion del servicio pueda disminuirse notablemente.

VI

Pero las dos cuestiones á las que la República debe conceder su solicitud, por depender de ellas la prosperidad del país y el éxito de las instituciones democráticas, son el desarrollo de la riqueza nacional y el progreso de la instruccion pública. El ministerio que está mas escasamente dotado y desempeña un papel secundario, es sin embargo el mas importante de todos.

Mucho tiempo hace que se ha dicho, la cuestion social es ante todo una cuestion económica. La aspereza de lo que los ingleses han llamado la lucha por la existencia, tiende sobre todo á la dificultad de esta lucha. Hay en el banquete de la vida muchos llamados y pocos elegidos, y tan solo los mas fuertes ó dichosos son los que toman otra cosa que las migajas. Los bienes terrenales existen en cantidad insuficiente: no hay para todos los apetitos. Imaginaos un mundo constituido de un modo diferente al nuestro, en donde la naturaleza mas fecunda hubiera multiplicado las producciones necesarias, no solamente para la manutencion de la vida, si que tambien para su recreo; en un mundo semejante, la cuestion social ni aún

se presentaría. No es así este en que la naturaleza nos ha colocado, y en el estado actual de cosas, la igualdad, si pudiera llevarse á cabo, terminaria en la miseria universal. La humanidad no se resigna á la privacion comun, y, en la imposibilidad en que todos se hallan de satisfacerse á la vez, cada cual se quiere lo bastante para coger los buenos trozos que puede, aunque vea morir de hambre á la persona que tiene á su lado. Así, á medida que un país es mas pobre, mas bien se vé, en cualquiera época que se estudie, á una pequeña parte de la aristocracia agotando ella sola el escaso manantial de riqueza que existe, y ostentando como un oásis en medio del desierto, el contraste de su lujo al lado de la pobreza general. La vida de una generacion se concentra toda en algunos indivíduos privilegiados por la suerte. La manumision comienza solamente el dia en que aumentando le riqueza pública y la produccion, nuevos recien venidos, esclavos hasta entonces, son llamados para poseer su parte de los bienes terrenales; levantan su cabeza hasta entonces agobiada, y adquieren conciencia de su dignidad y de sus derechos de hombres. La hora en que las cuestiones sociales se presentan temibles es cuando esta conciencia se ha despertado sin que la riqueza pública haya hecho progresos correspondientes y que es cuando numerosos apetitos reclaman satisfaccion sin poderla obtener.

Tal es hoy la situacion de Francia. Un gran progreso ha tenido lugar en la riqueza pública y cuyas dichosas consecuencias presenciamos. Los sábios que han descubierto el vapor y la electricidad, los industriales que han multiplicado las máquinas, hecho producir á las fábricas los instrumentos perfeccionados del trabajo, los ingenie-

ros que han creado los canales y los caminos de hierro, los agricultores que por medio de nuevos métodos han acrecentado la produccion de la tierra, desarrollando las especies animales útiles al hombre, han hecho mas por el bien de la humanidad y la causa de la democracia que todos los filósofos y todos los hombres políticos. La vida felíz que disfrutaban antes algunos miles de hombres, hoy la poseen algunos millones. Ciertamente todos estos no tienen una parte igual en la fortuna, pero todos tienen al menos una parte suficiente: ninguno de ellos, esceptuados algunos locos, piensa en trastornar la sociedad.

El progreso es grande si se mira al pasado, es poca cosa aún, si se considera el objeto que se desea, la manumision universal. Seguramente la condicion de los desheredados de la vida se ha dulcificado si se recuerda lo que era antes; el obrero tiene carne casi todos los dias, el aldeano una ó dos veces en semana: pero la carne falta á veces, ó no la hay en cantidad suficiente; en ciertas ocasiones sucede lo mismo con el pan. No es este el peor mal. Ese pan y esa carne que el amo posee á discrecion, los gana mediante algunas horas de trabajo diarias. Cuando ha terminado le queda tiempo para leer, divertirse y gozar de la vida de familia; puede vivir para el arte, la poesía, la música, el estudio. El obrero se levanta al amanecer, trabaja durante todo el dia y á veces necesita velar para asegurar su subsistencia y la de sus hijos. Toda la energía de sus músculos se ha gastado en su labor material; su cerebro no tiene fuerza para pensar. Desearíamos ver á esos libelistas que no han encontrado otra manera de representar al pueblo que en la caricatura de un obrero embriagado, reducidos durante algunos

años, durante algunos meses tan solo, á la suerte de aquellos á quienes ridiculizan. Como variaría entonces su vida!

No hay medio de hacer que todos los hombres vivan con un trabajo cuotidiano de cinco ó seis horas. El suelo no produce bastante, la industria no se halla suficientemente adelantada. Sin duda algunos toman para sí mas de lo necesario: pero aun cuando desposeyeran á estos y despues de haber hecho la division, impidieran que se desbaratara al dia siguiente, no por eso habrian suprimido la miseria de los que sufren. No hay sino un remedio para este mal. Aumentar la produccion general, obligar la avara naturaleza á que abra, á pesar suyo, su mano bienhechora. Esta será la victoria mas gloriosa del hombre. El progreso será lento, pero puede afirmarse su seguridad. Seis millones de hombres han sido librados en Francia de la labor servil; con el tiempo serán diez millones, despues veinte, despues treinta, mas tarde todos. Dia vendrá en que la sociedad no contará mas esclavos; entonces nadie podrá decir justamente que ha muerto sin haber vivido; feliz la persona que viva en esa época y asistir pueda á tan magnífico y grandioso espectáculo!

Los gobiernos, por desgracia, en vez de ayudar á la actividad de los indivíduos, se han dedicado las mas de las veces á paralizarla. El ministro de Hacienda tiene en estas cuestiones un importante papel que desempeñar. Conviene, para el establecimiento de impuestos, que tenga presente las costumbres, y puesto que el Tesoro público necesita mucho dinero, es preciso averiguar los medios mas ventajosos de obtenerle.

Una sola regla de buen sentido se impone á los legisladores, y es, que todo impuesto que ata-

ca á la produccion debe ser evitado en cuanto posible sea, pues de otro modo disminuye la energía y la vitalidad de un país presentándole en condicion desfavorable para con el extrangero:

El ministerio de Fomento debe dedicarse á proteger la agricultura, la industria, el comercio, la navegacion, que son las fuentes de la riqueza pública; debe aumentar los premios á los agricultores, multiplicar las escuelas agronómicas y propagar las nuevas doctrinas de cultura.

El ministerio de Marina se ocupa sobre todo en las cuestiones militares; el de Estado de la influencia política extrangera, y el sueño de los agentes consulares es desempeñar el papel de pequeño embajador. La marcha prudente de un país es evitar las complicaciones diplomáticas. El verdadero papel de los cónsules, es no solamente defender los súbditos en caso de peligro, si que tambien, y esto es lo mas importante, ayudarles en sus operaciones comerciales, é indicarles los recursos que cada comarca puede ofrecerles.

En cuanto á las colonias, su utilidad no está reducida á dar brillo á la metrópoli y ofrecer á las embarcaciones puertos de salvacion en sus viajes á través de los mares; sino que por el contrario abrir al comercio mercados en donde pueda cambiar unos productos por otros y crear nuevos intereses estrechamente ligados á los de la nacion. De esto se preocupa poco el ministerio de Marina. En la actualidad con la inmensa circulacion de productos, no hay region que no sea tributaria de otras: cada una se aprovecha igualmente de las importaciones y exportaciones; las mismas colonias no sabrian hallarse ligadas á la madre pátria sino por beneficios recíprocos, y el país mas rico y útil al mundo será aquel que sepa unir su

propia actividad á la actividad universal. Finalmente, las colonias deben ser para un país otra cosa que un lujo ruinoso.

Al lado de la proteccion á la agricultura y al comercio, los trabajos públicos. Estos no han sido durante largos años en Francia sino gastos de lujo. Versalles, construido para distraccion de un solo hombre, es el trabajo principal del siglo diez y siete. Mas recientemente hemos visto emplear la mayor parte del dinero de los trabajos públicos en reconstruir palacios, levantar iglesias, edificar prefecturas y ornar y decorar las ciudades. Sin duda no está mal qqe un gran país sea bastante rico para pagar su gloria, y el lujo no se debe desdeñar; pero lo que es mejor, y sobre todo justo en una democracia, es que el dinero de todos sirva para el interés general. No ese interés de amor propio que, en un magnífico monumento, atrae la vista de propios y la admiracion de estraños ante una columna ó un arco de triunfo, sino un interés real, práctico, que contribuya á la prosperidad general y al bienestar de todos.

En esta materia el Estado puede proporcionar servicios prodigiosos. A los particulares la iniciativa de la energía, pero lo que depende del Estado, es poner los medios al alcance de todos, sin los cuales esta iniciativa y esta energía son impotentes. ¿Qué parte de la riqueza nacional no es debida á las grandes vías, que han unido unas provincias á otras, permitiéndoles de este modo el mútuo cambio de sus productos? ¿Qué actividad no han imprimido al comercio, tanto interior como exterior, los canales y mas tarde los caminos de hierro? Sin embargo, aún hay necesidad de mas caminos de hierro, de mas canales. La industria

privada que ha emprendido gustosa los trabajos de las grandes vías férreas, retrocede ante las líneas secundarias que no recompensan sino pasado mucho tiempo. Pues bien! en esto debe intervenir el Estado. Él es quíen puede surcar el país de canales y caminos de hierro, dar á cada departamento las salidas que reclama por tierra ó por mar. ¿Cuántas regiones no se hallan infestadas de sus productos? ¿Cuantas riquezas naturales no están aún por esplotar? ¿Cuántas industrias que hoy languidecen, se volverian prósperas si les ofrecieran medios de trasporte? ¿Y cuanta parte de energía no se consume al dejar de ser empleada útilmente? ¿Qué produciria la ejecucion de este programa democrático y patriótico, sino una impulsion dada á los productos y á la circulacion, una maravillosa actividad de la industria y del comercio, y una multiplicacion extraordinaria de la riqueza nacional? Despues de los grandes trabajos públicos interiores, vendrán los esteriores, la mejora de los puertos, y la ayuda á las empresas lejanas é internacionales.

VII

Y llegamos á la seccion del ministerio de Fomento que podríamos llamar de Instruccion pública. Esta debe ser la parte mas útil y noble de ministerio. Los sábios son los grandes promotores del progreso económico. Sus estudios desinteresados y que prosiguen esclusivamente la investigacion de la verdad, son en realidad los mas fecundos para el interés público y privado. El vapor y sus innumerables aplicaciones, el trabajo de las máquinas que libertó á la humanidad y libertará hasta á los animales, las vías férreas, la na-

vegacion moderna, los telégrafos, todo lo debemo á los sábios. ¿Hasta donde no llegarán en sus descubrímientos? Lo que constituye el lujo y el placer de la vida, la facilidad de nuestras relaciones lo hemos recibido de la ciencia; quién podrá decir que ella no creará un dia las sustancias necesarias para la manutencion de la vida, y fabricará el pan y la carne como ya fabrica el gas que nos alumbra, el tinte que dá color á nuestros trajes, el cristal que deja llegar la luz á nuestras habitaciones?

La instruccion superior no es la única que contribuye á desarrollar la riqueza pública. Do quier se encuentra un ingeniero inteligente, un agrónomo ilustrado, un industrial hábil, un negociante que sabe aprovechar las nuevas vías abiertas á las comunicaciones de los pueblos, un hombre de iniciativa y de imaginacion capaz de inventar, vemos surgir mil perfeccionamientos ingeniosos de los cuales quien mas se aprovecha es la sociedad. El que se enriquece primero, enriquece á su vez á una infinidad de imitadores y nuevos inventos suceden á los antiguos. ¿Quién osaría decir que la instruccion deja de ser útil en algunas cosas? ¿Es que el obrero inteligente ó instruido no hace mejor papel que el ignorante? ¿Es que no puede hacer algun descubrimiento útil y ponerse rico? ¿Es que el aldeano ilustrado no sabrá sacar mejor partido del cortijo que esplota, ensayar nuevas labores, bonificar la tierra, hacerla producir, en una palabra, sacar mas ganancias que su vecino empeñado en la esclavitud de la rutina, y que no conoce otros métodos que los que usaban sus padres? El trabajador ignorante vale lo que una máquina ó una bestia de carga, en la proporcion del esfuerzo muscular; el trabajador inte-

ligente, por el contrario, sabe dirigir este esfuerzo y aplicarle allí en donde puede ocasionar mas útiles resultados.

Pero la prosperidad material no lo constituye todo. El hombre no vive solamente del pan; es poca cosa aumentar en beneficio de todos el bienestar del cuerpo, si no le sigue el progreso intelectual y moral. Las satisfacciones concedidas esclusivamente á los sentidos no servirian sino para degradar á una sociedad en vez de levantarla. Cuando soñamos el advenimiento de la democracia, no nos imaginamos solamente un órden social en donde todos podrian comer, beber y descansar; soñamos un órden social en el que todos, con escepciones sin duda, pero en una equitativa medida, tendrian su parte de los placeres artísticos, de las curiosidades inteligentes, de los goces del ànimo. Soñamos un órden social en el cual lo que hoy es privilegio de un escaso número pertenecerá al dominio comun, en donde el pensamiento y la conciencia serán como el aire y la luz; accesibles á todos. La instruccion tan solo puede asegurar á todos estos bienes y fecundizar en toda criatura esa porcion de sí misma tan noble, que el hombre ha podido proclamarla inmortal y en la cual las religiones y los filósofos han visto un reflejo de la magestad divina.

Discutir la obligacion de la enseñanza en una democracia, es un contra sentido: investigar si un padre estúpido tiene el derecho de rehusar á su hijo la instruccion, es lo mismo que preguntar si le está permitido dejarlo morir de hambre. El ser la escuela gratuita es una consecuencia de la obligacion. En cuanto á la educacion religiosa, es á las familias á quienes atañe; el jefe que releva de la administracion política y nó de la autoridad re-

ligiosa no sabría tener el derecho de imponerla y no tiene títulos para distribuírla. Se necesitarán pocos años para que sobre estos tres puntos, discutidos hoy con tanta pasion, se imponga el buen sentido á las preocupaciones y á los equivocados.

Una reforma séria y difícil es la division de la enseñanza y los programas de las escuelas. En esta parte la organizacion misma es la llamada á cambiar, y mientras este cambio no tenga lugar, la democracia no será sino una vana frase. La segunda enseñanza y la superior están íntimamente unidas; el alumno pasa de la una á la otra sin esfuerzo y por una transicion natural; cuando el instituto le abandona, la universidad le recoge. Todo lo contrario ocurre en la enseñanza primaria. Desde la infancia, la generacion que crece se halla separada en dos divisiones bastante desiguales; la una compuesta de un escaso número de privilegiados ante los cuales la carrera se abre indeterminada para aprender, instruirse y elevarse; la otra, la mas numerosa, debe limitar su ambicion á saber leer, contar y casi escribir con ortografía. Desde el primer dia, es necesario escoger la vía por donde ha de caminar el alumno; y cuando ha recorrido el círculo de la escuela primaria, si ha nacido capaz de elevarse mas alto, si los recursos de la familia han aumentado, es tarde ya para cambiar de direccion: no es sino mediante esfuerzos sobrehumanos que el mejor alumno de la escuela primaria puede recobrar el tiempo perdido y reunirse, instruyéndose en el griego y latin, con los camaradas mas dichosos que ya entraron en la segunda enseñanza. Algunos podríamos citar que han llevado á cabo este milagro.

Dos causas han acarreado esta consecuencia;

la una el deseo de las clases medias en ahondar un foso profundo entre ellas y el pueblo; la otra, la exagerada importancia concedida en la segunda enseñanza á las lenguas muertas. La democracia no puede admitir la primera demarcacion, y, en cuanto á la enseñanza secundaria, es cierto que el latin es cosa muy bella, pero es necesario ó renunciar á dejarle el importaute papel que hoy tiene ó encontrar para enseñarle métodos mas espeditivos. Despues de todo, es poco importante para la mayoría de los ciudadanos saber hacer versos y temas latinos, y si el objeto de las humanidades es llegar á leer correctamente á Demóstenes ó Ciceron y poner á la juventud en estado de comprender sus bellezas, nosotros creemos que para llegar á este resultado no se necesitan tantos años de estudio. No está en proporcion el premio recogido de los egercicios clásicos sobre las lenguas muertas, con el tiempo gastado.

Es indispensable que desde la sala de primeras letras hasta el último exámen de medicina ó derecho, la cadena de estudios sea una y no interrumpida. Los unos se pararán en medio de camino, los otros mas dichosos tendrán tiempo para llegar hasta el fin: pero no existirán dos instrucciones, una para el pueblo; otra para las personas elegantes. El sistema de que hablamos no es una invencion nueva; funciona del lado allá del Oceano. Sería provechoso que los hijos de un mismo país, ricos y pobres, se encontraran en el principio de la vida sobre los bancos de la escuela primaria, que aprendieran á conocerse, á comprenderse, á amarse, ellos que están destinados á vivir al lado el uno del otro, á ayudarse mútuamente; esta sola ventaja no se debería desdeñar.

Desde el dia en que todo soldado llamado por

la circunscripcion ha podido decir que llevaba en su cartuchera el baston de mariscal, ha habido en Francia un ejército democrático; no habrá en Francia verdadera democracia sino el dia en que un muchacho una vez entrado en la escuela primaria, por pobre, por desheredada que sea su familia, pueda, segun sus capacidades, ser con el tiempo profesor, miembro de la Academia, ministro. Cuántos Molières, cuantos Voltaires, cuantos Cuviers, cuantos Delacroix han muerto ignorados, sin haber producido ninguna obra inmortal de que eran capaces, ninguno de los grandes y útiles descubrimientos cuyo secreto poseian, ignorado aún de ellos mismos! Ah! su génio ha sido ahogado por las fatalidades de la suerte que pesaban sobre ellos, y los que habrian ilustrado su pais, lo mas que han conseguido ha sido alimentar oscuramente su familia con el trabajo de sus manos. Los Ayuntamientos, el Estado, los particulares generosos, no podrán emplear su dinero en cosa de mas provecho que en abrir á los jóvenes despues de la escuela primaria (cuando la asistencia sea obligatoria,) la puerta de la segunda enseñanza, despues las Universidades, la escuela de Bellas Artes, las escuelas superiores. Qué rico plantel se formaría así de talentos vigorosos, de nobles ambiciones, de buenas voluntades, y cómo se asemejaría la sociedad á ese país de utopía, con el que soñamos tan á menudo, y en el cual cada uno tendria su plaza, segun sus actitudes, segun su energía, segun su valor intelectual y moral! Quién oiría entonces pronunciar tan solo el nombre de «cuestiones sociales?»

Los actuales programas de instruccion pública son casi insuficientes: los de instruccion primaria son á la vez insuficieutes é inútiles. La historia

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA GRANADA

de un pequeño pueblo, que tuvo sus dias de esplendor hace tres mil años y cuya civilizacion no dió provecho alguno al mundo, esa historia cuajada de leyendas absurdas, tiene mas importancia en las escuelas que la historia, no ya de esa Grecia que ha iluminado el mundo, sino del país que habitamos. Un muchacho sale de la escuela primaria sin haber recibido las menores nociones de física, química, meteorología, higiene, historia natural, No se preocupan de hacer que piense, y quizás, en efecto, han temido durante cierto tiempo que pensara. Todo lo que puede proporcionarle ideas generales, despertar su curiosidad, en una palabra, hacer de él un hombre, todo esto lo han abandonado. Jamás le han exhortado para que se observara á sí mismo: dejan á la religion el cuidado esclusivo de hablarle de la moral; creerian cometer una impiedad al presentarles la moral separada de la religion. Es hijo de un país, está obligado á conocer las leyes, y jamás le han hablado de las leyes de este país ni de sus instituciones. Será llamado á votar, pasados algunos años, por los concejales, por los diputados, y jamás le dijeron lo que era un concejal ó un diputado, cuáles eran sus funciones, cual su papel.

La escuela primaria acaba demasiado pronto sin duda para que aquellos que no pueden avanzar mas, adquieran en ella conocimientos estensos; no tienen aún la edad para que muchas ideas les sean accesibles. Pero una sociedad democrática no debe permitir que despues de trece ó catorce años el muchacho no tenga mas ocasion de aprender. Es preciso fundar escuelas de adultos; es preciso que las haya en todas partes y sean obligatorias como las primarias. Sería ridículo sostener que la sociedad que recoje á los jóvenes de

veinte años, cuando se hallan en la flor de la edad, para enseñarles á manejar el fusil y afianzar su seguridad, llevaría á cabo una tiranía exigiendo que todo adolescente de catorce á diez y nueve años estuviese, por ejemplo, obligado á frecuentar la escuela de adultos durante la mitad del dia, dejando la otra para dedicarse al trabajo. Los estudios de historia, las nociones científicas, los elementos de economía política, del derecho público, no estarían fuera de lugar en la instruccion del pueblo, como no lo están en la de la clase media. Verian mas tarde en la conducta de la vida, en la práctica del oficio mas humilde, que sirve de algo saber, y reflexionar. Desearíamos que, en esta enseñanza, no fuesen olvidadas las artes, sobre todo esas dos que el pueblo comprende tan fácilmente, la música y la literatura.

El gusto de leer, una vez tomado, no se perdería: cada Ayuntamiento poseería bien pronto su biblioteca como se vé en otros paises y en determinada época establecería sus conferencias. El periódico y el tibro serian para el pueblo, como para la clase media, los compañeros favoritos en las horas de descanso, y entonces los libros buenos y los periódicos sérios tendrian un éxito, de que hoy por desgracia han menester. La verdadera igualdad se fundaría: la manumision intelectual de los pequeños seria una realidad en adelante.

VIII

Constituir la democracia; tal es la mision de la República. Tiene otra que no es ni menos elevada ni menos importante y que, á decír verdad, no se separa de la primera: rehacer el alma del país.

El peligro de la civilizacion es el eclipse de la

de un pequeño pueblo, que tuvo sus dias de esplendor hace tres mil años y cuya civilizacion no dió provecho alguno al mundo, esa historia cuajada de leyendas absurdas, tiene mas importancia en las escuelas que la historia, no ya de esa Grecia que ha lluminado el mundo, sino del país que habitamos. Un muchacho sale de la escuela primaria sin haber recibido las menores nociones de física, química, meteorología, hígiene, historia natural, No se preocupan de hacer que piense, y quizás, en efecto, han temido durante cierto tiempo que pensara. Todo lo que puede proporcionarle ideas generales, despertar su curiosidad, en una palabra, hacer de él un hombre, todo esto lo han abandonado. Jamás le han exhortado para que se observara á sí mismo: dejan á la religion el cuidado esclusivo de hablarle de la moral; creerian cometer una impiedad al presentarles la moral separada de la religion. Es hijo de un país, está obligado á conocer las leyes, y jamás le han hablado de las leyes de este país ni de sus instituciones. Será llamado á votar, pasados algunos años, por los concejales, por los diputados, y jamás le dijeron lo que era un concejal ó un diputado, cuáles eran sus funciones, cual su papel.

La escuela primaria acaba demasiado pronto sin duda para que aquellos que no pueden avanzar mas, adquieran en ella conocimientos estensos; no tienen aún la edad para que muchas ideas les sean accesibles. Pero una sociedad democrática no debe permitir que despues de trece ó catorce años el muchacho no tenga mas ocasion de aprender. Es preciso fundar escuelas de adultos; es preciso que las haya en todas partes y sean obligatorias como las primarias. Sería ridículo sostener que la sociedad que recoje á los jóvenes de

veinte años, cuando se hallan en la flor de la edad, para enseñarles á manejar el fusil y afianzar su seguridad, llevaría á cabo una tiranía exigiendo que todo adolescente de catorce á diez y nueve años estuviese, por ejemplo, obligado á frecuentar la escuela de adultos durante la mitad del dia, dejando la otra para dedicarse al trabajo. Los estudios de historia, las nociones científicas, los elementos de economía política, del derecho público, no estarían fuera de lugar en la instruccion del pueblo, como no lo están en la de la clase media. Verian mas tarde en la conducta de la vida, en la práctica del oficio mas humilde, que sirve de algo saber, y reflexionar. Desearíamos que, en esta enseñanza, no fuesen olvidadas las artes, sobre todo esas dos que el pueblo comprende tan fácilmente, la música y la literatura.

El gusto de leer, una vez tomado, no se perderia: cada Ayuntamiento poseería bien pronto su biblioteca como se vé en otros paises y en determinada época estableceria sus conferencias. El periódico y el tibro serian para el pueblo, como para la clase media, los compañeros favoritos en las horas de descanso, y entonces los libros buenos y los periódicos sérios tendrian un éxito, de que hoy por desgracia han menester. La verdadera igualdad se fundaría: la manumision intelectual de los pequeños seria una realidad en adelante.

VIII

Constituir la democracia; tal es la mision de la República. Tiene otra que no es ni menos elevada ni menos importante y que, á decír verdad, no se separa de la primera: rehacer el alma del país.

El peligro de la civilizacion es el eclipse de la

idea de pátria: la antigüedad lo ha probado ya. El deligro es mayor aún en los tiempos modernos. Lo que constituia la pátria para nuestros antepasados ha desaparecido. Una revolucion ha destrozado la monarquía secular que habia hecho la unidad del pais y cuyo viviente símbolo era. Las luchas políticas han hecho surgir los partidos. Los hombres han venido á considerarse, aunque hablando la misma lengua, no como hermanos, sino como enemigos. La religion que durante tantos siglos ha sido el mas poderoso vínculo del amor pátrio, ha cesado desde el cristianismo de desempeñar este papel. No hay mas dioses que pertenezcan en propiedad á una nacion, adorados de ella solamente y encargados de protegerla contra sus enemigos: el mismo Dios es el padre de todos los hombres: todos son llamados por Él á la misma salvacion eterna, á la misma felicidad. Mas bien, la religion no sirve apenas sino para animar unos contra otros á los hijos de una misma nacion. La fé se ha vuelto un elemento de disolucion entre los ciudadanos y no de cohesion: el católico tiene dos pátrias; Roma y su país natal, y de estas dos, Roma es la primera, y á la cual debe ante todo la obediencia y el amor. La pátria política no posee sino su cuerpo: á la religiosa es á quien pertenece su alma inmortal.

La filosofía y el progreso económico por su parte han contribuido tambien á aflojar el lazo patriótico. El comercio, la industria, la facilidad de los viages, los cambios incesantes, hacen caer las barreras entre las naciones, unen los pueblos; y á medida que una raza es mas generosa, mas dispuesta se halla considerar como hermanas á las que le rodean; á perder de vista la pátria para dar su amor á la humanidad.

Y sin embargo, á la pátria es á quien hay que amar antes que á la humanidad; mas que á ella. Desgraciada la nacion en que el patriotismo se haya perdido y que consienta vaya á disminuir en sus manos la herencia de sus antepasados, se resigne á ser dividida, mas tarde conquistada, y á desaparecer quizás algun dia! Esta solidaridad que se ha debilitado, si queremos vivir y ser dichosos, es preciso estrecharla y fortificarla.

¿Qué poder llevará á cabo esta obra social? ¿Qué fuerza unirá estas individualidades dispersas y avivará en todas las almas el sagrado amor á la pátria? En la instruccion, en ella, es en quien debemos confiar.

Con una sola escuela de patriotismo contamos hoy: el ejército. En él solamente se habla á los hijos del país de lo que les une y no de lo que les divide: alli solamente es donde le enseñan la disciplina, el sacrificio, el culto á la bandera, emblema de la pátria, la adoracion de los colores nacionales. Es necesario que toda la educacion de la juventud sea un curso incesante de patriotismo. Es necesario enseñar á las generaciones el amor á su país; y esto lo conseguirán haciéndoles conocer el suelo, sus diversas provincias, su pasado, contándole los siglos de su historia; lo conseguirán haciéndole interesarse á la vez en sus glorias y en sus humillaciones, esponiéndole sus instituciones libres, lentas conquistas del esfuerzo de nuestros antepasados, manumision en la que cada una de las generaciones que han precedido á la nuestra, ha puesto su energía, su generosidad, su sangre.

No se reanimará el patriotismo en los corazones proponiendo á la juventud que se contente con el goce de la riqueza material, renuncie á todo y

descienda al rango de las naciones secundarias. Para que la pátria se halle amada sobre las demás cosas, es necesario que represente y reasuma las mas nobles aspiraciones.

Yo me represento á la democracia en su aurora, alumbrando el país, gracia á las instituciones republicanas. Veo en época no lejana, nó ya una minoría solamente en posesion de la instruccion y de la fortuna, sino una raza generosa y libre, desarrollando su génio bajo todas las formas de la actividad humana: que grande y magnífico espectáculo! ¿Qué pueblo podria presentar con mas orgullo una pléyade igual de sábios, de filósofos, de poetas, de artistas? ¿Qué país estaría mas próspero y mas rico, mas floreciente por su comercio, su industria, su agricultura? ¿Qué país ofrecería al mundo el conocimiento de instituciones mas nobles, de un órden social mas justo? ¿Qué pais sería mas grande en la historia? ¿Dónde se hallaría á mas altura la dignidad humana? ¿Dónde sería preferible vivir? ¿Qué pátria merecería ser mas amada de sus hijos? ¿Con qué gozo no trabajarian estos para ilustrarla? ¿Con qué ardor no se hallarian dispuestos á defenderla, á derramar su sangre por ella? ¿Por qué otro nombre desearian cambiar el suyo? Busco y no encuentro sino un orador capaz de espresar dignamente semejante patriotismo: Pericles pronunciando el panegírico de Atenas sobre la tumba de los soldados muertos por la pátria.

FIN

FÉ DE ERRATAS.

Página	Línea	Dice	Debe decir
13	11	reconocinale	reconocíanle
13	31	del	de él
29	12	deciales	decirles
29	34	vueto	vuelto
42	2	tradicion.	traicion
63	18	la	lo
68	35	Fuschi	Fieschi
89	16	ne	no
90	1	á	la
119	5	eon	con
120	13	el	la
127	11	absolverles	absorverles
137	21	gebernantes	gobernantes
138	7	puntos	puestos
144	16	las	los
148	2	ó	á
152	4	amordazada punta	mordaza puesta
152	6	en	de
164	11	del	ó el
173	18	republica	republicana
195	4	deepues	despues
195	32	circunstaucias	circunstancias
199	22	jornaleras	cuotidianas
204	6	infancia	infamia
218	16	habran	habrian

Página	Línea	Dice	Debe decir
226	4	ópoca	época
226	9	resislencia	resistencia
227	33	compensacioni	compensacion
233	7	algunoe	algunos
239	1	respondría	repondría
240	8	é	á
240	27	ias	las
255	1	e	el
255	25	euergia	energía
265	19	aus	sus
280	4	deje	deja
303	9	El Parlamento posee	El Parlamento no posee
308	8	cenciencia	conciencia
313	19	le	la
318	25	de	del
319	1	debemo	debemos
323	1	eu	en
323	14	genlo	génio
325	22	tibro	libro
326	2	deligro	peligro

ÍNDICE.

LIBRO PRIMERO

LOS DOS PROBLEMAS.

Páginas

Capítulo I.—La cuestion social en 1789. . . . 9
» II.—La cuestion política en 1792. . . 25

LIBRO SEGUNDO

LA ODISEA DE LA FRANCIA.

Capítulo I.—La República. 37
» II.—El Imperio 49
» III.—La Restauracion 59
» IV.—La monarquía de Julio. 67
» V.—La segunda República. 79
» VI.—El segundo Imperio. 89
» VII.—Desde 1870. 101
» VIII.—Conclusion de la historia. La anarquía 109

LIBRO TERCERO

LA INDISPENSABLE REPÚBLICA

Capítulo I.—La necesidad de resolver el problema político. 111
» II.—En qué condiciones puede resolverse el problema político. 121
» III.—Por qué todos los gobiernos han tenido en Francia hasta ahora mal éxito. . 133
» IV.—La Francia posee una mayoría esta mayoria quiere la República. . . . 141
» V.—Dos signos del tiempo. . . 159

LIBRO CUARTO

LOS OBSTÁCULOS Á LA REPÚBLCA.

Páginas

Capítulo I.—Los partidos políticos. 185
» II.—Las resistencias de las costumbres. 215
» III.—Las preocupaciones sociales.—El peligro social. 231
» IV.—La Commune 253
» V.—Las preocupaciones religiosas. . 269

LIBRO QUINTO

El programa de la República. 283

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA GRANADA

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA DE GRANADA